ALHAMBRA

65 Leyendas-II

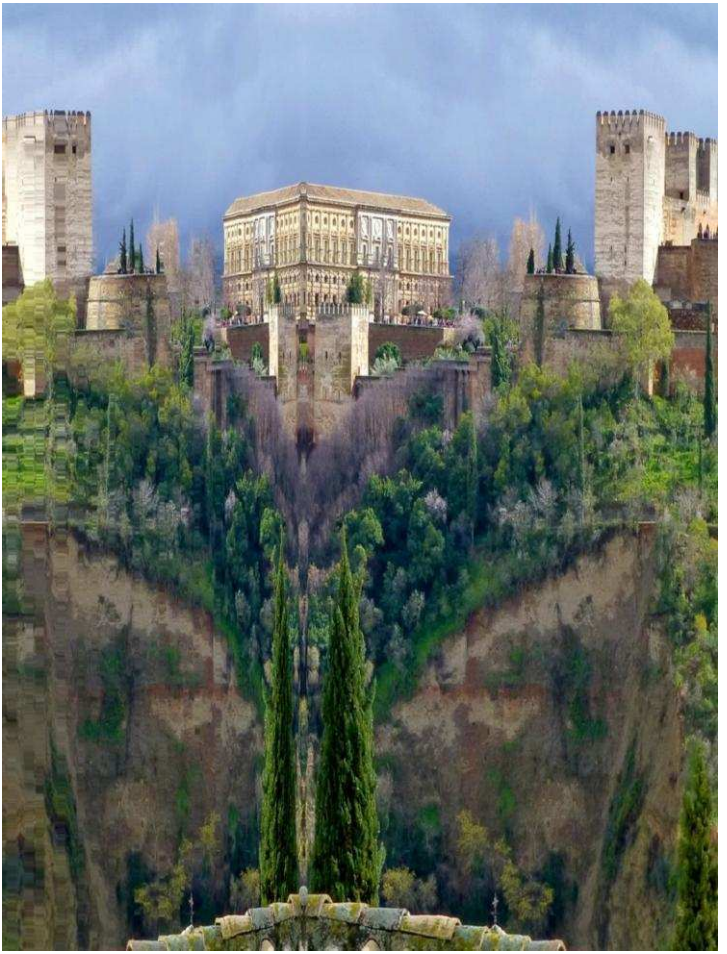
Alhambra,
río Darro,
Albaicín,
Granada

José Gómez Muñoz

José Gómez Muñoz

65 LEYENDAS-II

ALHAMBRA, RÍO DARRO, ALBAICÍN



65 Relatos breves de la Alhambra, río Darro y Albaicín, Granada, seleccionados de entre 580, de mi libro inédito:

©DESDE LA ALHAMBRA,
VENTANAS A LA ETERNIDAD

© José Gómez Muñoz SJ
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
Dibujos: Marta Maggio
ISBN 978-1-312-05634-3
Primera edición 25-3-2014
Granada, 2010-2014

Solo se es rico, cuando poseemos el tesoro que nunca nadie ni nada puede arrebatarnos en este suelo.

Índice del tomo leyendas -II 65 relatos

Azul violeta 007
La joven de los perros …… 009
Un hombre malo …….. 015
La fuente ……..... 017
Un hombre origina ……..…… 019
Nubes sobre la Alhambra ……..…. . 025
El secreto de las diez nogueras ……..…… 027
El cortijillo del valle…….. 031
Los ladrones …… 039
Poema de invierno …… 040
Las aceitunas ……..…… 042
El joven poeta ……..…… 047
Las ruinas …… 049
El corderillo color nieve ……..….. 052
El cortijillo de la fuente …….. 057
La ladrona …… 061
Navidad a los pies de la Alhambra…… 064
El cortijillo 076
Navidad desde la Alhambra y Albaicín ……... 079
El taller de los libros antiguos…….. 093
Entre la nieve, junto al río …….. ….. 096
Nace un niño ……... 098
El río azul verde ……..…… 099
Las oropéndolas de la Alhambra …… 102
En las tardes de otoño …… 105
Las naranjas…… 108
La novia de la Alhambra …… 111
Letras de oro …… 113
Compartir un trago …… 115
Desde el almez del Puente del Aljibillo …… 117
La casa de los mármoles …….. 119
El soldado y el soñador …… 121
Los membrillos de oro …… 123
La niña, el borriquillo y los membrillos…….. 126
Las granadas…… 127
Buscando trabajo …… 129
Comiendo frente a la Alhambra…… 131
Flores de adelfas …… 133
Katia y Nadia …… 134
La bellota de oro …….. 144
Sucedió en otoño …… 152
Los higos chumbos …… 154

La joven desconocida 155
Paisajes de otoño …… 157
Rezar al cielo …… 158
Dulces en el Paseo de los Tristes….. 160
La joven de la cueva …… 163
Quico y Josefa …….. 165
La bruja del puente …….. 168
Lo más bello del mundo ……. 171
Los dos amigos…… 173
¡Qué rico cuando pasa el viento!..... 175
El padre ……..…….. 177
La montaña del sol …….. 179
Las uvas……..…….. 183
El salvaje …….. 185
La mariposa ……..…… 188
La turista y el manantial …….. 191
La moneda ……..…….. 193
Al llegar el verano ……. 195
Los poemas del río …….. 196
Nostalgia ……..…… 200
La jóvenes, el perro y la niña ……. 202

Claves de los temas en estos relatos

1- Alhambra, jardines y la colina en general.	Aj
2- Río Darro, sus paisajes y recorrido.	Rd
3- Barrio del Albaicín.	Ba
4- Barrio del Realejo.	Br
5- Granada y ciudad en general.	Gc
6- Paisajes en torno a la Alhambra y Granada.	Pa

Índice del tomo Leyendas -I 70 relatos

Desde el reino de la Alhambra …… 5
La anciana, reina del bosque …… 9
El cascabel del Albaicín …… 12
La más hermosa noche de Navidad …… 15
Lucía, la niña …… 22
La calle del poeta …… 25
El hombre de la mirada mágica …….. 27
Desde las cuevas del Albaicín …… 30
Los dos monederos …… 34
El palacio del sol, gemelo de la Alhambra 37
El árbol en la riada del río Darro…….. 42
Los niños del otoño …… 48
En la Puerta de las Granadas de Granada 51
La mujer y el cordero …… 54
El árbol del otoño en el río Darro …… 57
Las dos amigas del Paseo de los Tristes …. 59
El duende del río Darro …… 61
El hombre del río ……. 63
Una reflexión …… 66
La pintora del Paseo de los Tristes …… 68
Castillo de arena en el río Darro …… 70
A la luz de la luna …… 72
El último día de la Alhambra …… . 75
Desde el muro del río Darro …… .. 78
Las torres de la Alhambra …… … 80
La despedida…… 83
Los silencios del río de la Alhambra …… 86
Diamantes del río Darro …… . 88
Los pobres del río Darro …… 89
La acequia del río Darro …… 91
En el puente del Aljibillo del río Darro …… 93
El caballo blanco de río Darro …… 95
Ecos del tiempo por la Carrera del Darro …… 100
El oro de las montañas de Granada …… 103
Noche de luna …… 105
El huertecillo del río Darro …… 106
El hombre y el borriquillo del río Darro…… 107
Lavando en el río Darro …… 113
Secretos en el Albaicín …… 115
La fantasía de un sueño …… 120
Una familia sin casa …… 122
Los gatos del río Darro …… 125

El sueño de un príncipe …… 128
El azufaifo de la princesa …… 130
El huertecillo de la Alhambra…… 134
Al llegar el otoño …… 137
Sonidos de guitarra junto al río …… 139
La calle, the street, улица, شارع …….. 141
Meditar la Alhambra …….. 143
Lo que no se ve con los ojos …… 145
Estudiar frente a la Alhambra …… 147
Desde el Carmen de los Mártires …… 149
Los dos jóvenes del Albaicín …… 152
Descalza por las calles de Granada …… 154
El hijo maldito …… 157
El profeta de la Alhambra …….. 160
Que no me quede ciego en Granada …….. 163
El río oculto de la Alhambra …… 166
El cielo en sus brazos …… 168
La mujer libre …… 170
El gran mirador de la Alhambra …… 173
El tejedor de mimbres …… 180
El jardín de los cerezos …… 182
La nieta y el abuelo …… 186
La madre y el otoño …… 189
La pepita de oro …… 190
El solitario del río …… 193
El granado del Albaicín …… 195
Una noche a los pies de la Alhambra ……. 198

Azul violeta //Ba

Ya está el otoño muy avanzado. Y ahora, al amanecer se ven nieblas por las laderas, por el barrio del Albaicín y el cerro que lo corona, por el valle del río Darro, por la umbría del Generalife y de la Alhambra, por donde el Paseo de los Tristes y el Puente del Aljibillo y por las montañas al fondo de la colina de la Alhambra. Un espectáculo hermoso, observar las blancas y frías nieblas en estas grises mañanas de otoño porque parecen que anuncian extraños y hondos misterios que conectan con los misterios más íntimos de la vida. Como si el Universo mismo o el cielo, se nos acercaran para darnos un beso con sabor y esencia de eternidad y paraísos bellos.

También por estos días y ahora, sobre las cumbres de Sierra Nevada, ya relucen las primeras nieves y en los campos, aparecen las escarchas. Corren más serenos y claros que nunca, los ríos Genil y Darro y hasta el aire está impregnado de otoño húmedo, con sabor a musgo y a hojas secas de álamos. Huele a castañas asadas por las calles de Granada y por las laderas, entre los castaños, se amontonan las amarillentas hojas de los robles, por entre muchas variedades de setas. El otoño aquí en Granada y justo ahora que la Navidad se acerca, sabe a blancas y húmedas nieblas y también a sueños azules con tonos violetas.

Él conoce estos fenómenos porque más de mil veces ha saboreado en su alma los mágicos sueños de las mañanas de niebla por el río Darro. Por eso la otra tarde, lentamente recorría este paseo que discurre a los pies de la Alhambra. Miraba a los turistas, como hace siempre y la recordaba al tiempo que nada nuevo por entre estas

personas encontraba. Con sus mapas en las manos, cámaras de fotos preparadas, caminar lento mirando a todos lados sin fijarse en nada y asombrados con las torres de la Alhambra asomadas desde lo más alto de la colina como si pretendieran mirarse en las claras aguas del río Darro. Y cuando descubrió que ya en muchas calles de Granada cuelgan las luces de la Navidad. Se dijo: “Como en tantos años y nunca nada nuevo aunque sí siempre las personas con los corazones ilusionados y en espera de un nuevo sueño. Pero todo por aquí y hasta en los humanos, se mantiene en la mediocridad y ni siquiera se despegan un poquito hacia lo espiritual y elevado”.

Cruzó el Puente del Aljibillo y por una veredilla que solo él conoce, se internó en el bosque de la umbría de la Alhambra. Sabe, porque lo ha soñado muchas veces, que por ahí se esconden misterios asombrosos que tienen mucho que ver con el cielo más limpio y la eternidad más dulce y blanca. Y al poco de caminar por la sendilla casi borrada que por aquí corona, se encontró con el pequeño pajarillo. Un ave diminuta de color gris y el pecho rojo que por estas fechas llegan a estos lugares cada año. Porque son muy amantes de los fríos, de las nieblas y de los lugares húmedos y solitarios entre los jardines y bosques que rodean a la Alhambra. Se le conoce con el nombre de petirrojo.

Al verlo parado en las ramas bajas del almez, se quedó quieto y lo miró fijo. Pensó: “Parece como si quisiera saludarme o decirme algo. Quizá de alguna manera, es dueño de algún rinconcito por estos sitios de Granada y quisiera compartirlo conmigo”. Miró para la cuenca del río Darro y para el barrio del Albaicín y le pareció todo muy extraño. Como si las tierras, las casas y todas las personas, pertenecieran al mundo de barro, polvo y tierra, separados por una gran muralla. Y observó, aun más concentrado, al pequeño pajarillo que ante él se movía despacio y se atrevió a seguirlo. Por entre las ramas de un acebuche se perdió y, al intentar seguirlo, descubrió la cavidad. Como la puerta de una cueva que nunca antes había visto por aquí y por eso le extrañó. Se aproximó despacio y en cuanto se adentró unos metros, los ojos se le llenaron de luz y colores mágicos.

Ante sí se presentaba como un palacio casi tan grande como toda la Alhambra pero azul violeta y transparente. Tallado como en las entrañas de la gran colina y, al mismo tiempo, como derramándose en forma de agua clara hacia el río Darro. Restregó sus ojos, observó el pequeño pajarillo y luego intentó adivinar y en ese momento recordó que varias veces, a lo largo de muchos años, había soñado algo parecido a lo que ahora tenía frente a sí. Pero en esta ocasión, era consciente de que estaba despierto y caminaba por entre el bosque siguiendo los olores del otoño.

Por un momento, estuvo tratando de seguir por el interior de la gran cavidad. No necesitaba de la luz exterior porque lo que ante sí tenían, era tan transparente y de colores tan finos, que se vía perfectamente e incluso con más detalles que la realidad que a sus espaldas quedaba. Pero decidió no seguir avanzando. Retornó por los mismos pasos, como guiado por el vuelo de pajarillo y salió de la cavidad. Miró ahora de nuevo para la cuenca del río Darro, para el barrio del Albaicín, para la ciudad de Granada extendida por la vega y para la Alhambra en lo más alto de la colina y todo le parecía pobre, sucio, sin valor y como construido de tierra, piedras y barro. Incluso las torres y murallas de la Alhambra que tanto ensalzan unos y otros y los libros. Como si todo esto perteneciera a un mundo muy limitado, con materiales feos y pobres y decorados por seres no libres ni por completo sabios y buenos.

Lento volvió por el caminillo hacia el Puente del Aljibillo al tiempo que sentía un inmenso placer gozar de los olores del otoño, las nieblas blancas y el airecillo húmedo. Sabía que la Navidad estaba ya casi presente en las calles de Granada y en el corazón de algunas personas. Pero en su corazón ahora tenía un secreto y sensaciones mucho más elevadas, dulces y bellas que todo lo que las demás personas vivían.

La joven de los perros //Ba

I- Solo tres veces la ha visto en su vida. La primera vez, cuando sentada en la piedra del río, trenzaba hilos de colores para hacer pulseras. Era primavera, las lluvias a lo largo de todo el invierno, habían sido muchas. Tantas y abundantes que varias veces el río Darro, también conocido como el río de la Alhambra, bajó muy crecido. En una

de estas crecidas, la corriente arrastró más piedras y palos que otras veces. Hasta un peñasco tan grande como el cuerpo de dos personas. Bajó por la corriente dando tumbos y justo por el lado de abajo del Puente del Aljibillo, se quedó atascado. En una pequeña curva que aquí el río traza y no muy lejos de la orilla. Justo donde la veredilla que baja desde la explanada del Rey Chico, se encuentra con las aguas.

Al llegar la primavera, las aguas del río menguaron mucho y el gran peñasco, se quedó por completo al descubierto y en una posición fácil para subirse en él y sentarse. Y esto fue lo que hizo ella aquella tarde. Descendió por la veredilla, seguida de dos perros grandes, negro uno y el otro color canela, se quitó las sandalias, metió sus pies en las aguas, se acomodó bien en lo más alto del peñasco y, mirando a la corriente, se puso a trenzar hilos de colores para hacer pulseras. A sus espaldas quedaba de fondo el bosque de la Alhambra, las torres y murallas en todo lo alto y el azul del cielo sobre Sierra Nevada. Por delante de ella y abrazando a la gran piedra donde se había sentando, pasaban las aguas del río y en ellas se recreaba mientras entrelazaba hilos y la tarde caía. Una escena hermosísima, muy romántica y poética, envuelta por la música de las aguas y besada por los silencios y el oloroso airecillo de la primavera en Granada. Sus dos perros, correteaban de un lado para otro y de vez en cuando ladraban.

Pasaba él por la pequeña plaza del Paseo de los Tristes, se acercó al muro que separa la plaza del cauce del río y al verla sentada en el gran peñasco, se quedó fijo mirándola. Como extrañado y al mismo tiempo atrapado por la romántica imagen que la joven dibujaba sobre la roca y las aguas de la corriente. Y tan ensimismado estaba observando la escena, que ni siquiera se dio cuenta del hombre que se paró a su lado, apoyándose como él, en el muro entre el río y la plaza. Lo saludó y sin más le preguntó:
- ¿Conoces a esa muchacha de algo?
- Es la primera vez en mi vida que la veo. ¿Acaso tú sí sabes quién es?
- Sé que vive en una cueva del Sacromonte, a la altura de la Fuente del Avellano. ¿Conoces ese rincón?
- Lo conozco hasta con los ojos cerrados. ¿En qué cueva de esas vive ella?
- En la que mira al Generalife y tiene una gran fachada toda de conglomerado de la Alhambra.

Hizo memoria y cayó en la cuenta que esta cueva la conocía de algo. Por eso le preguntó:
- ¿Y sabes tú de quién fue esa cueva en otros tiempos?
- Dicen que allí vivió un hombre extraño, ya en los últimos tiempos de los reyes de la Alhambra.

- ¿Por qué era extraño este hombre?
- Dicen que no tenía muchos amigos, que vivía solo en esta cueva, que rezaba mucho al cielo y que todas las mañanas al salir el sol, protagonizaba una escena muy pintoresca.
- ¿Qué escena?
- Descalzo, salía de su cueva, caminaba por la sendilla hasta el río, se metía en las aguas, ponía uno de sus pies a la altura de la rodilla del otro y hacía equilibrio con un solo pie metido en el agua, al tiempo que formaba un triángulo con sus brazos sobre la cabeza.
Muy sorprendido, el hombre que había descubierto a la joven sentada en la roca del río, volvió a preguntar al que se había parado a su lado:
- ¿Y para qué hacía estas cosas tan raras aquel hombre?
- Todos los que por aquí lo conocían, creían que era una forma de oración. Que de esta manera se concentraba, conectaba con las profundidades del Universo y también con Dios.

Más extrañado aun ahora, el hombre que se había parado a observar a la joven sentada sobre la roca, por unos instantes, guardó silencio. Con sus ojos clavados en las aguas del río, en la joven y sus perros y en la figura de la Alhambra. El que charlaba con él, de nuevo dijo:
- Y decían que aquel hombre extraño, un día y de la noche a la mañana, desapareció de por aquí y nadie supo nada más de él.
- La historia que me has contado es también bastante extraña si la comparamos con la imagen de esa joven sentada sobre la roca que las aguas del río bañan. ¿Sabe ella que en la cueva donde ahora vive, ocurrió lo que me has dicho?
- Lo sabe porque yo un día se lo dije. Por eso ahora, al verte aquí mirándola, me he parado a tu lado y te cuento estas cosas. ¿Es que tú tienes algún interés en ella?
- Ninguno pero ya te he dicho que es agradable el mundo que configura.

El que había narrado la historia del hombre extraño, de nuevo dijo:
- Pues algo parecido me pasó a mí la tarde que también me la encontré sentada junto a las aguas del río, no lejos de su cueva.
- ¿Qué fue lo que te pasó?
- Bajaba yo por el caminillo que desde el valle de arriba viene siguiendo el cauce hasta este barrio blanco de Granada y al verla sola, como ya te he dicho junto a las aguas sentada, me acerqué y la saludé. Me recibió con agrado y por eso enseguida le pregunté:
- ¿Qué es lo que te emociona, sentada aquí tan sola, como meditando junto al río y a la Alhambra?
- Me llama el sueño que no puedo apartar de mi mente.
- ¿Qué sueño es ese?

- Desde aquí, una vez y otra, me veo montada en una bonita carroza, brillante como el oro y la plata acercándome a los palacios de la Alhambra, por entre los jardines que al lado de arriba hay.
- ¡Qué sueño tan fino y a la vez extraño! ¿Quién eres tú para que tus amigos te acerques a la Alhambra montada en tan bonita carroza y tirada por caballos nobles?
- En mi sueño, me veo princesa al encuentro del hombre más fuerte, sabio, valiente y noble que nunca hubo en la tierra. ¿Pero sabes una cosa?
- Claro que no la sé.
- Aunque un día y otro y desde aquí, contemplo y vivo el sueño que te he dicho, siempre mi carroza se para antes de llegar a la Alhambra y de ninguna manera logro avanzar.

Y al pronunciar estas palabras, el hombre que narraba la historia, guardó silencio. Observó durante unos minutos a la joven sentada en la roca del río y luego dijo al que se había encontrado mirándola:
- Y ahora sigo mi camino. Ya te he contado algunas cosas que quizá puedan servirte para algo, con respeto a lo que en este momento miras y te asombra.
Dio media vuelta y, sin más, se alejó caminando despacio como hacia las cuevas del Sacromonte. El que observaba a la joven, poco después, también se marchó del lugar, llevándose la imagen de la roca, el río, la joven, sus perros y la historia de la cueva en su mente. Se dijo, mientras se alejaba: “Tengo que volver otro día por aquí a ver si de nuevo la encuentro para acercarme a ella y preguntarle lo que me intriga”.

II- La segunda vez que la vio fue en la Carrera del Darro. Varios meses después de aquella tarde sentada en la roca del río y cuando ya el verano iba llegando a su fin. Subía él por el romántico paseo de Granada y caminaba despacio. Mirando a nada concreto pero sí como buscando detalles para enriquecer y alimentar un poco más su alma. Se paró un momento en el segundo puente de piedra sobre el río, el conocido con el nombre de Espinosa y después de observar las aguas y los perros que por aquí paseaban, siguió su ruta. A solo unos metros a la izquierda, iba dejando el edificio del Bañuelo cuando, al mirar para su derecha, descubrió el pequeño ensanche que ahí tiene la calle. Justo frente a las ruinas del viejo puente conocido con el nombre del Cadí. Dicen que el más antiguo que conserva el río Darro a su paso por los pies de la Alhambra. Y de él solo queda un trozo de pared construida de ladrillos, rotos por arriba y por abajo, zarzas, hierbas silvestres, cañas y gatos que de vez en cuando sestean o se sientan a mirar en lo más alto de estas ruinas.

Se paró él un momento a leer la inscripción que de estos restos arqueológicos han escrito para los turistas en una placa de hierro y al mirar para su derecha, la vio. Agachada en la misma acera, hablando con unos turistas y mostrándoles algunas de las cosas que vendía: pequeñas pulseras trenzadas en hilos de colores, algunos colgantes muy rústicos hechos con piedrecitas del río y alambre dorado y anillos y pendientes. Al descubrirla, el corazón le dio un vuelco y por eso se estuvo quieto frente a las ruinas del viejo puente. Miró muy interesado y vio a sus perros, los dos acostados cerca de ella y junto a la tela que, extendida en el suelo, le servía para mostrar sobre ella las cosas que vendía a los turistas. Se dijo: “Ahora que la veo de cerca, descubro que es muy guapa y también muy joven. Pero sus pelos se ven muy sucios, lo mismo que su vestido de colores, sus manos y pies y su mochila de cuero. ¿Quién será y por qué parece tan pobre y abandonada?” Y sin poderlo evitar, un sentimiento de pena le corrió por el corazón al mismo tiempo que ternura y respeto tanto por su figura como por la realidad que mostraba.

Se dispuso para acercarse, saludarla y hablarle pero a solo unos pasos se detuvo. Notaba que se había concentrado por completo en los turistas que observaban las cosas que vendía y por eso de nuevo se dijo: “No debería molestarla en esto momento. Quizá necesite vender algunos de estos objetos para juntar algunas monedas y comprar unas manzanas para alimentarse”. Y si más, no se detuvo. Tal como caminaba despacio calle arriba, pasó a solo unos metros de ella, la observó un poco más sin que se diera cuenta y siguió mientras se decía: “Llegaré hasta el final de este paseo, caminando despacio para hacer tiempo y cuando vuelva, la saludo y me presento. Ardo en deseos de preguntarle cosas”.

Llevó a cabo lo que había pensado y, cuando media hora más tarde volvía y se acercaba a donde momentos antes la había visto, descubrió a los policías. Subían por la calle y ella, por el puente Espinosa, se alejaba a toda prisa, seguida de sus perros y con la misma sucia mochila en la mano. Lamentó y le entristeció lo que veía y sin más, siguió avanzando calle abajo con un gran disgusto en su corazón.

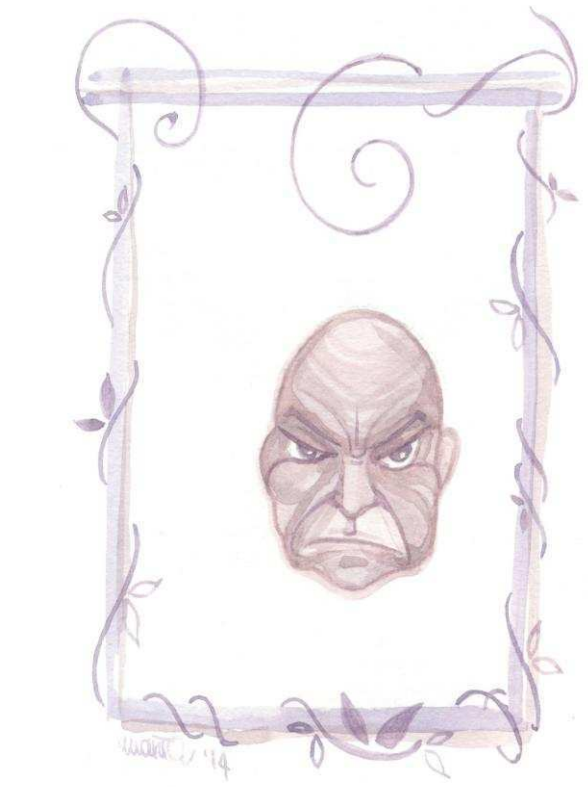
III- Al día siguiente, fue la tercera vez que la vio. Al caer la tarde, de nuevo volvía por la Carrera del Darro pensando en ella. Se acercó al puente Espinosa con la ilusión de verla y no la encontró. Siguió avanzando y el llegar a la altura de la iglesia de S. Pedro, sintió gritos y unos perros ladrar. Miró y vio a un empleado del Ayuntamiento reculando hacia el muro del río mientras muy sofocado decía:
- Sujeta estos perros que me muerden.
Y ella, la joven de la roca del río, con uno de sus perros en la mano, llamaba al que se había enfrentado al hombre:

- ¡Perra, perra, ven aquí!
Ni chispa de caso le hacía el animal. Seguía enfrentada al hombre que reculaba y ladrando como loca. El hombre repetía y repetía:
- Como me muerda esta perra, esta noche duermes en la cárcel.
- ¿Y qué quiere que haga si la estoy llamando y no me obedece?
- Pues ahora mismo llamo a la policía.
Muy enfadada gritó la joven:
- Haga lo que le parezca. ¡Perra, perra, por favor, ven aquí!

La perra no le hacía caso, el perro que sujetaba con una cuerda, tiraba de la joven y en la calle, a los ladridos de la perra enfadada y a los gritos del que reculaba, se fueron concentrando las personas. Turistas, estudiantes, camareros de los bares cercanos, algunos que llegaban en bicicleta y, unos y otros, la fueron rodeando y nadie hacía nada por ella ni por la perra ni por el hombre que reculaba. Éste, ya con el teléfono móvil en sus manos, seguía gritando contra el animal y contra la muchacha:
- Ya estoy llamando a la policía.
- Le repito que haga lo que quiera.

Poco después, la policía se presentó, se llevó a la joven y a los perros, el que reculaba se alegró y las personas que la rodeaban, se fueron. Con el corazón encogido y como paralizado, él se quedó por allí un rato pensando en la joven, en sus perros, en los que alrededor de ella se habían concentrado y en sí mismo. Culpándose por no haber hecho nada para ayudarle y pensando que podría ir al día siguiente a la cueva donde le habían dicho que vivía. Se preguntaba: “¿Se refugiará ahí y me permitirá que la salude y hable con ella un rato?”

Un hombre malo //Ba



Todas las tardes se sentaba en el Puente del Aljibillo. Para tomar el fresco en los calurosos días de verano, mientras meditaba y miraba a las personas que por aquí pasaban. La música de las aguas del río Darro, le acompañaban de fondo, en los momentos de sus oraciones al cielo, siempre compungido y triste: “Dios bueno, amigo y compañero desde que me trajiste a este suelo, líbrame de este hombre malo. De qué modo, yo no lo sé pero líbrame de él y que no me haga más daño ni con su lengua ni comportamiento soberbio. Líbrame de él, te lo ruego”.

Era ya mayor y su trabajo estaba al lado al hombre malo que intentaba apartar de su vida. Los dos vivían en la misma casa y trabajaban en un pequeño taller propiedad de un hombre bueno. Tan bueno que a los dos hombres que tenía a sueldo en su alfarería, les había pedido que cada día hicieran un buen rato de oración, antes de comenzar la jornada. Y el hombre malo no solo hacía su rato de oración sino que se daba golpes de pecho, se ponía de rodillas y suplicaba y luego juntaba las manos implorando bendiciones. Pero mientras hacía estos gestos, en ocasiones hasta grotescos, de reojo miraba al compañero y como descubría que éste no hacía lo que él sí, en cuanto se encontraba con el dueño, le chismorreaba:

- Que no es bueno porque para rezar ni se pone de rodillas. Ni siquiera hace reverencias ni juntas las manos para recibir las bendiciones del cielo. Ni es respetuoso con lo sagrado ni expresa su fe en Dios tal como está mandado.

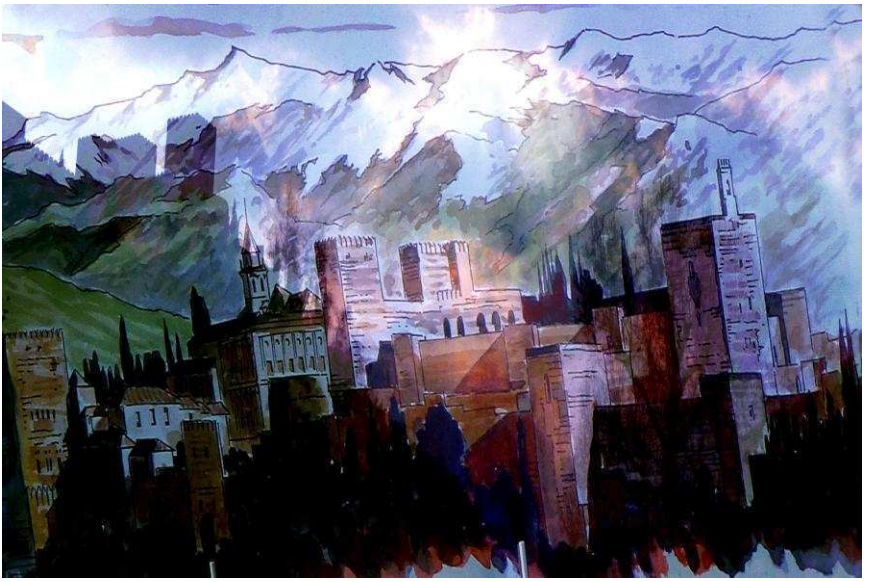
Escuchaba el dueño a este hombre beatón y guardaba silencio. Y como el hombre bueno seguía comportándose según su corazón le pedía, al día siguiente, el mala persona, buscaba otra vez al jefe y le alcahueteaba:
- Debe usted averiguar si es o no inteligente porque en el trabajo, también hace las cosas muy lentamente y a su manera y no tal como siempre se han hecho.

De nuevo este hombre bueno, guardaba silencio y en su corazón se decía: "Éste, cada día me trae algún cuento de su compañero, acusándolo de todo aquello que no encaje en su forma de pensar y ver la vida. Y ya me he dado cuenta que lo que pretende es ganarse mi favor y que me ponga en contra de su compañero. Es típico chivato que busca agradar al jefe para quedar siempre bien ante mí. No quiere el bien para este compañero suyo sino que sea castigado por su forma de pensar y hacer y ver las cosas".

Y al hombre mayor, objeto de las continuas críticas de su compañero, se le encogía el corazón y en su soledad lloraba, pidiéndole al cielo que lo librara de la mala persona que tenía a su lado. Por eso, una tarde cuando estaba sentado en el Puente del Aljibillo, se acercó al sabio de la casa del río, lo saludó y le preguntó:
- ¿Usted cree que Dios puede bendecir y estar de acuerdo con aquella persona que cumple escrupulosamente con todos los ritos pero luego habla mal y busca hacer daño a su compañero?
Y el sabio le dijo:
- Dios no puede bendecir eso porque él quiere, antes que nada, que las personas procuremos amarnos y ayudarnos unos a los otros. Hablar mal del compañero y procurar ponerle zancadilla para buscar el favor del jefe, es miserable, propio de personas mediocres, hipócritas y rastreras.
- Y el día que este compañero mío muera y yo también ¿Dios va a permitir que los dos estemos en el mismo lugar junto a Él?
- De ninguna manera.
- Entonces ¿qué debo hacer yo para no sufrir más las malas artes y envidas de este hombre mediocre y chivato que tengo a mi lado?
- Reza al cielo y pídele que te libre de él, tu enemigo. Dios sabe cómo hacerlo y de qué modo dar a cada uno lo que merece.

Y por esto, cada tarde después de su trabajo en el pequeño taller, el hombre bueno recorría las calles del Albaicín bajo y se venía al Puente del Aljibillo. En silencio y solo, aquí rezaba acompañado siempre por el rumor de las aguas del río Darro. En su corazón susurraba: "Dios bueno y amigo mío desde pequeño, líbrame de la envida y maldad de este hombre malo que tengo cada día a mi lado".

La fuente //Ba



Algo parecido a la Fuente Góntar,
en el pueblo de Segura de la Sierra.

Muy pocas personas en Granada y en otros lugares, conocían el sitio. Y menos personas aun, conocían el lugar concreto. Sin embargo, el lugar, el manantial y la fuente, existieron y, según las referencias que tengo, fue algo realmente hermoso. Alzado en la ladera que se enfrenta a la colina de la Alhambra, se abría como un recogido mirador con algunos asientos de piedra, varías pilas para el agua, cuatro o cinco caños cristalinos, sombras y hondos silencios. Nadie le había puesto nunca un nombre concreto y por eso, entre unos y otros, era conocido con el simple topónimo de “La Fuente”. Dejando así claro, sin que nadie fuera consciente de ello, que el lugar tan repleto de agua y tan originalmente alzado frente a la colina de la Alhambra, era único. Que no había o al menos nadie conocía por estos lugares de Granada, un manantial con la categoría de fuente y mirador como éste.

Y lo que yo sé de este especial y bellísimo rincón, se remonta a tiempos muy lejanos. A fechas incluso anteriores a la construcción de la Alhambra y de lo que hoy conocemos como el barrio del Albaicín. Y según esto que digo, la historia de La Fuente, arranca a mediado de un invierno muy lluvioso. Durante varios meses, noviembre, diciembre, enero y febrero, las lluvias cayeron sin parar y en gran cantidad. El río Darro comenzó a bajar lleno hasta los bordes y lo mismo los arroyuelos

que en este cauce desembocan. Varias torrenteras, por donde el lugar de Jesús del Valle y barrancos del Sacromonte para arriba, se hundieron. La tierra arrastró árboles, monte y rocas y los veneros comenzaron a brotar por sitios nunca antes vistos.

Y fue en estos días cuando apareció el caudaloso manantial en la ladera entre el Sacromonte y el Albaicín. Por donde en aquellas fechas crecían árboles y monte bajo y no había ni cuevas ni casas. Las primeras personas que vieron este manantial, comentaron:
- Para nosotros es bueno que haya aparecido aquí este abundante venero. El agua que por aquí brota, ya estamos viendo que es clara, fina y sabe bien. Podemos aprovecharla para regar nuestros huertos y para tener abundante agua en nuestras viviendas.
Aprobaron esta idea algunas personas pero otros, también comentaron:
- Pero lo que podríamos, es hacer aquí algunas sencillas obras y darle forma a una bonita fuente práctica y bonita.
- ¿Cómo imaginas tú que sería esa fuente?
- Tengo en mi mente la idea muy clara. Si estáis de acuerdo conmigo, nos ponemos mano a la obra y hoy mismo damos comienzo a este proyecto.
- Pues no se hable más y pongámonos a ello.

Aquel día, al siguiente y en los que fueron llegando a lo largo de unos meses, un grupo de hombres trabajó sin descanso. Subieron piedras del río, buscaron la mejor arena, acarrearon cal y yeso de los lugares cercanos y labraron una pequeña plataforma en la ladera. Construyeron algunos pilones, encauzaron el agua que brotaba del venero, procurando que saliera por varios caños y cuando llegó el verano, la bonita fuente, mirador a la colina y palacios de la Alhambra, ya estaba hecha. Al lugar comenzaron a llegar las personas con sus borriquillos para que bebieran y las mujeres con sus cántaros y ropas para lavar o coger agua para las necesidades en sus viviendas. También por el lugar comenzaron a jugar los niños y las personas mayores, para saludarse y echar un rato de charla.

Y unos y otros comentaban:
- Desde luego que ha sido un milagro que en este sitio haya aparecido un manantial tan caudaloso como éste.
- Y más milagro es aun que todos nosotros nos hayamos puesto de acuerdo para acondicionar y respetar este sitio. Porque es como si de pronto, algo tan simple como tres o cuatro caños de agua, nos hubiera unido de una forma especial.
Y todo fue de esta manera durante aquel verano, al otoño siguiente, invierno y primavera y de nuevo otra vez el verano. Porque sucedió que, al final del mes de agosto, hizo mucho calor y luego no llovió nada ni en

los meses que siguieron ni en las nuevas estaciones que llegaron. Los caños de agua de la fuente, comenzaron a mermar y las personas se preocuparon.

Y más se preocuparon cuando un día, cerca del río Darro y por debajo del manantial, una persona importante y con dinero, se puso a construir un palacio. Porque a los pocos días, este hombre dijo a los que hasta entonces habían sido los dueños de la fuente:
- Como el agua de este manantial no tiene dueño y yo la necesito para mi palacio, me la apropio.
Protestaron mucho las personas que habían hecho las obras, los niños, las mujeres que lavaban la ropa y los ancianos que por las tardes se venían al lugar para echar un rato de charla. Pero sus protestas fueron inútiles. El hombre del palacio, trazó una acequia, metió por ella pequeños trozos de tubos de barro conocidos con el nombre de atanores, tuberías árabes fabricadas con barro y condujo el agua hasta el lugar que había planeado.

Nadie hizo nada para impedirlo porque todas las personas eran pobres y temían al hombre rico y poderoso. Pero a los pocos meses, el agua de la fuente, dejó de brotar por completo. El hombre del palacio, al quedarse sin el agua del venero, se enfadó mucho y dejó de construir lo que soñaba. No se alegraron las personas pobres de estos lugares pero los hombres mayores, sí comentaban:
- ¡Ay que ver! Con lo bonita y rica que era esta sencilla fuente nuestra y lo desolado que todo por aquí ha quedado.

Hoy en día, después de haber pasado muchos, muchos años, ni siquiera nadie sabe de esta historia. Pero sí es cierto que cuando se pasea por esas laderas, a veces se sueña lo bonito que todo por ahí sería si las tierras estuvieran tapizadas con bosques y regadas con manantiales de aguas cristalinas.

Un hombre original //Ba

Al pasar por los lugares, los
mirlos siempre lo presentían.

No tenía amigos. Sí, a lo largo de su vida había conocido a muchas personas y todavía ahora en el presente. Pero con ninguna de estas personas simpatizaba sinceramente ni compartía sus mundos más íntimos. Y sin embargo, él se sabía

bueno, culto, educado, noble y, en el fondo, inteligente y sabio. Mucho más que las personas que a diario le rodeaban. Por eso, su actitud ante la sociedad y el mundo en general, era franca, de seguridad en sí, paz y transparencia en su forma de comportarse y proceder y lleno siempre de dignidad y orgullo. De aquí que no le agradara en absoluto, aquellas personas que con frecuencia descubría en actitud de “chulos” o con la disposición a burlarse de los demás, con la pretensión de ser tratado como superiores.

Con frecuencia, cuando en sus momentos de soledad reflexionaba sobre los que le rodeaban, se preguntaba: “¿Por qué tantas personas me tratan como si no fuera inteligente? ¿Serán ellos los ciegos o seré yo tan torpe que ni siquiera sé presentarle las cosas para que me entiendan?” Y después de darle vueltas, una vez y otra a estas ideas, dejaba su mente en blanco, se recogía en sí y vivía su vida procurando que nadie ni nada le afectara. Pero en el fondo, también tenía muy claro que si nadie lo atacaba o molestaba, tampoco él con nadie se metería. Dejaba vivir si a él de ningún modo le hacían daño. Pensaba que de esta manera, es como deben comportarse las personas que de verdad son inteligentes.

Pero en su vida, con frecuencia ocurría algo que en ningún momento había llegado a comprender. Debajo de su ventana, en la pequeña casa del Albaicín y frente a la Alhambra, crecía un acebo. Desde hacía muchos años y por eso el arbusto ya era grande, en todo momento se mostraba verde y en los meses de invierno, se cargaba de multitud de bayas rojas brillantes. Vivía en este acebo una pequeña bandada de gorriones, algunas currucas, un par de petirrojos y un viejo mirlo. Ave ésta última que a lo largo del día y parte de la noche, se movía por entre las ramas de este arbusto, se alejaba y volvía. Y siempre que hacía estos movimientos, los acompañaba de chillidos, a veces de cantos muy originales y, en otras ocasiones, de sonidos dulces y únicos.

Y sucedía esto casi siempre en los momentos en que él, en su habitación o cuando se levantaba e iba de un lado para otro, hacía algún ruido o se asomaba a la ventana. Al detectarlo el mirlo del acebo, como por arte de magia, emitía sonidos, revoloteaba o se ponía a cantar. Se dio cuenta él de esto una mañana de primavera y, unos cuantos días después, también descubrió el

mismo fenómeno por las orillas del río Darro. Paseaba una tarde por la famosa calle que discurre por la izquierda del río y al pasar por donde la iglesia de Santa Ana, un mirlo lanzó al aire sus chillidos. Alertado se paró, miró para el río y lo vio por entre la ramas de un sauco que ahí mismo crece. Se dijo: “Lo mismo que el mirlo del acebo de mi ventana. De alguna manera que yo no alcanzo a saber, estas aves detectan mi presencia y algo en mí que tampoco sé qué es”.

Unos días después, paseaba por los bosques de la Alhambra y a subir por la Cuesta de Gomérez, no un mirlo sino varios, alzaron vuelo a un lado y otro al tiempo que lanzaban al aire sus chillidos. Como si estas aves también lo hubieran detectado y se alegraran o se asustaran al intuirlo y verlo. Y fue esto lo que también sucedió cuando dos meses después surcaba las sendas que río Darro arriba, llevan al lugar de Jesús del Valle y a la Presa Real de la Alhambra. De entre las zarzas, los álamos y los almeces, se levantaban los mirlos y por entre los olivares se alejaban gritando y lanzando al aire sus algarabías. También en esta ocasión se preguntó por el anormal comportamiento de estas aves y de nuevo pensó que en su persona, quizá en su corazón o alma, existía algo que desconocía pero que los pájaros percibían en cuanto se acercaban a ellos.

Con nadie comento, ni el primer día ni la segunda vez ni la tercera, estos hechos. Pero sí ya muy alertado, siempre que caminaba por el Paseo de los Tristes, por los jardines de la Alhambra, por la umbría del Generalife y por donde el acebo de su ventana, estaba pendiente de estos mirlos. Y fue descubriendo, un día y otro y a lo largo de los meses y de los años, que los mirlos siempre lo presentían al acercarse o pasar por donde estuvieran. Y tan habitual fue ocurriendo esto en su vida que llegó un momento en el que dejó de darle importancia, aun sabiendo que detrás de los comportamientos de estas aves, existía algún misterio. Algo que, en más de un momento, pensó que se relacionaba con el mundo de sus sueños y de su alma. Se decía: “Yo creo en Dios, creo en el cielo y en la existencia de un mundo hermoso y eterno al otro lado de nuestra presencia aquí en la tierra. Lo que descubro una vez y otra en estos mirlos, me inclino a pensar que está relacionado con este mundo espiritual que digo”.

Y una tarde de invierno, fría, nublada y algo lluviosa, subió despacio por el Paseo de los Tristes. Con solo cuatro o cinco personas se encontró por aquí. Era jueves, la nubecillas grises y húmedas se acumulaban por entre los recintos de la Alhambra, el bosque de la umbría y las hondas sierras hacia las cumbres de Sierra Nevada. Caminó despacio, observó la corriente del río Darro hoy con sus aguas color chocolate y se detuvo unos minutos frente al bosque de la umbría. Por el puente de Cabrera, un mirlo negro con algunas plumas blancas, salió volando hacia la iglesia de San Pedro. Después de observarlo unos segundos, continuó su caminar. Hizo otra parada en el Puente del Aljibillo y luego continuó por el lado izquierdo del río. Buscó unos caminillos que conocía de sus paseos por estos lugares y, por donde la vieja muralla que separa al Albaicín del Sacromonte, se detuvo.

En un lugar que le resultaba muy familiar, se sentó frente al río, bajo la fina lluvia que caía, frente a la umbría del Generalife y de las torres y murallas de la Alhambra. Y, como cansado y algo melancólico por la gris tarde, las nubes y la lluvia, meditó durante unos segundos y luego cerró sus ojos. Rezó al cielo con una oración extraña, amable, bastante triste y al mismo tiempo lleno de esperanza: “Cuando tú quieras, Dios mío, me abrigas en tus brazos y me llevas de este suelo al lugar que tantas veces he soñado. Y hoy, esta tarde, parece ser un momento bueno porque mi corazón ya siente que nada tengo que hacer en este mundo. Tres días más, un mes o un año por estos lugares ¿para qué los quiero si solo voy a gastarlos en seguir esperando?”.

Y de pronto, aunque tenía los ojos cerrados y se recogía en lo más secreto de su alma, vio los huertecillos por la orilla del río Darro, tierras muy bellas, sembradas de toda clase de hortalizas y por donde personas buenas cultivaban plantas, iban y venían. La Alhambra seguía coronando como siempre y desde hacía cientos de años pero en estos momentos se veía más hermosa que nunca y, a la vez, intemporal y lejana. Como si ahora la estuviera observando desde un lugar y dimensión por completo desconocida en este suelo.

Por una pequeña veredilla de tierra y que ascendía desde el río, vio a una niña caminar. Venía como a su encuentro,

portando una pequeña caja de madera en sus manos y con una mochila a sus espaldas. Se fijó bien en ella y descubrió que su pelo era negro, la piel de su cara fina y sonrosada, su cuerpo algo regordete y baja de estatura. Según se acercaba, sonreía dejando traslucir una luz casi celestial que además transmitía limpieza, serenidad y un gozo muy dulce. Se paró a solo unos pasos de donde él estaba sentando, lo saludó y le dijo:
- Te he visto aquí y vengo a tu encuentro.
Algo sorprendido, la miró mostrando mucho interés por la pequeña y rápido también se fijó en la cajita de madera que portaba en sus manos. Descubrió que dentro había un par de animales pequeños. Le preguntó:
- ¿Qué es lo que traes en esta caja?
Se la mostró como orgullosa de lo que portaba y le respondió:
- Esto es un mirlo blanco y negro que me he encontrado por el río Darro. Creo que alguien lo ha herido y por ahí lo ha dejado abandonado. Y este otro animalito, es un conejo negro que me ha regalado un amigo. Le he puesto por nombre black, que es como se dice negro en inglés.

Miró el hombre a los dos pequeños animalillos que la niña mostraba en su caja de madera y luego se fijó un poco más en la chiquilla. Y ahora que la tenía casi al alcance de su mano, notó que realmente era muy hermosa. Dulce como la flor más pura, frágil y mostraba la sonrisa más delicada. De nuevo la niña habló y dijo:
- Yo sé quién eres tú y también sé que cuando vas por las calles de Granada, miras y miras a las personas y siempre tu corazón suspira por conseguir e irse a un lugar que tienes muy vivo dentro de ti.
Y el hombre le preguntó:
- Pero tú ¿a dónde vas por aquí tan sola y con esta cajita llena de animales?
- Me marcho a ese lugar que te he dicho antes, tienes vivo y te hierve en el alma. ¿Quieres venirte conmigo?
- Claro que quiero. Estoy tan cansado de este mundo, de las cosas que me dicen y hacen unos y otros, que ya no espero nada en la vida que me ha tocado llevar en este suelo. Quiero irme a ese lugar que describes y si lo hiciera acompañado de ti, sería fantástico pero ¿cómo lo consigo?
Y la pequeña sin más dijo:

-Tengo tres preguntas para ti y solo la respuesta acertada de una de ellas, te abrirá el camino y la puerta para venir conmigo al lugar al que voy y tú tanto sueñas. ¿Quieres oírlas?
- Claro que sí. ¿Cuál es la primera de esas tres preguntas?
- Si te dieran a elegir y ofrecieran irte a vivir a la Alhambra, los palacios y torres que ahí hay ¿qué harías?
- De ningún modo aceptaría.
- Cuando te vayas de este mundo, porque un día como todas las personas, morirás ¿qué es lo que te gustaría llevarte de Granada, de los paisajes que le rodean y de las montañas del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas?
- De Granada, sus paisajes y la Alhambra, no quiero llevarme absolutamente nada. De las montañas de Cazorla, algo que es mi secreto más profundo en mi alma.
- Pero entonces, cuando vas por las calles de Granada ¿qué es lo que buscas y por qué sufres tanto no poderlo conseguir?
- Miro a las personas y, en espacial, a algunas muy concretas y como en ellas veo esa fascinante belleza y luz que antes me decías, en mi corazón sufro porque no puedo hacer realidad lo que mi alma necesita.

Durante unos segundos, la pequeña se mantuvo en silencio. Miraba para la Alhambra y para el valle del río Darro y luego se acercó un poco más al hombre y, como susurrando, le preguntó muy bajito y poniendo en su voz un río de delicadeza:
- ¿Te quieres venir conmigo a ese lugar que tanto has soñado a lo largo de tu vida y buscas cada día cuando vas por las calles de Granada?
Y el hombre respondió:
- Tú lo decías antes, más tarde o más temprano, igual que todas las personas en esta vida, voy a morir. ¿Para qué quiero seguir unos días, unos meses o años más en este suelo si aquí no sirvo para nada y lo que de verdad necesita y alimenta mi alma, en este lugar no lo tenga?

El hombre le dio la mano a la pequeña, Ésta muy serena y confiada se acercó a él y al poco, a los dos se les vio caminando hacia lo más alto del cerro. Por donde, frente a la Alhambra, unas nubes cubrían y un hermoso paraíso se intuía.

Nubes sobre la Alhambra //Aj

Las nubes que sobre la Alhambra
con frecuencia revolotean,
anuncian un gran misterio.

Sobre la Alhambra, con frecuencia se ven nubes muy bellas. Coronando las torres y jardines y como clavadas a lo largo de toda la colina. Algunas de estas nubes son alargadas, otras redondas y con los bordes muy pulidos y, al caer las tardes, poco antes de ponerse el sol, con frecuencia se ven nubes más grandes. Muy blancas algunas, negras y grises otras y, las más originales, color rosa con los bordes rojos, llamas y oro viejo.

Una tarde subí yo por el mirador de San Nicolás y desde este bonito balcón, observaba entusiasmado un espectáculo de nubes teñidas de rojo sangre. Los turistas, absortos miraban para los palacios de la Alhambra y hacían fotos sin parar. Algunos comentaban:
- Y esas nubes tan bonitas que cuelgan por encima de las torres ¿también son trozos de la Alhambra?
Y oí que un guía dijo:
- Eso pertenece al tiempo y a los caprichos del viento que las guía por aquí labrando figuras de ensueño.
Y entonces me animé y le pregunté a mi amigo:
- ¿Es cierto lo que este guía acaba de anunciar?

Después de unos segundos, mi amigo me respondió:
- Quizá sea cierto pero esas nubes negras que esta tarde se cuelgan sobre la Alhambra y las que otra tardes por aquí aparecen, tienen una historia muy bonita que solo unos pocos conocen.
- ¿Y tú sí conoces la historia que me dices?
- La conozco porque me la contaron mis abuelos y a ellos se la contaron los suyos y así hasta muchas generaciones hacia atrás. ¿Tú quieres oírla?
- Me muero por conocerla. Cuéntame esa historia mientras observamos las originales nubes que esta tarde parecen coronar a la Alhambra.
Y mi amigo sin más, me dijo:

Eran tres niños. La niña y uno de los varones, hermanos y el tercero, amigo. Vivían ellos con sus padres en unas tierras que hay en las partes altas del río Darro. Jugaban muchos por estos lugares y la niña, con frecuencia le preguntaba al hermano y al amigo:
- ¿Cómo podríamos nosotros, algún día, coger una de estas nubes blancas que muchas tardes por aquí aparecen?
-¿Y para qué quieres tú una nube blanca?
- Podríamos meternos dentro de ella y descubrir lo que esconde en su interior. Y también podríamos pedirle que se vaya volando por aquellas colinas de la Alhambra y así descubrimos mundos nuevos.

Los dos niños, el hermano y el amigo, pensaron mucho en lo que la niña les decía y por eso, un día y otro buscaban nubes por el cielo. Decía el amigo:
- Ojalá un día aparezca por aquí una bonita nube blanca pintada en oro.
- Es lo que yo también pienso. Porque podríamos saltar dentro de esta nube y, llevándonos con nosotros a la niña, nos alejaríamos por el cielo en busca de la Alhambra.
Y una tarde de invierno, después de varios días de lluvia, frío y viento, salió el sol. Aparecieron muchas nubes por el cielo y una de ellas, muy blanca, rechoncha y esponjosa, se posó cerca de donde los niños jugaban. Al verla dijo el hermano a la pequeña:
- Cojámonos de la mano, salimos corriendo, saltamos dentro de esta nube y nos refugiamos en su centro.

Y sin pensarlo mucho, los tres se prepararon, corrieron muy aprisa, saltaron a la gran nube blanca y enseguida se acomodaron en el corazón de esta nube. Como en el salón más lujoso del más hermoso palacio y entonces el hermano dijo a la pequeña:
- Ahora mira y verás como en un momento desde aquí descubrimos a la Alhambra, las torres y sus jardines tal como siempre soñaste.
Y en ese momento, el amigo se puso a guiar a la gran nube y ésta se alzó lentamente por el aire. Muy despacio se fue situando sobre lo más alto de la colina de la Alhambra y como el sol se estaba poniendo, la nube comenzó a tornarse rosa y oro. Desde su rincón dentro del corazón y alma de la nube, la niña miraba

ilusionada y al descubrir la Alhambra, dijo:
- A nadie contemos nunca este sueño porque es tan bonito y especial que no lo creerán. Que sea este nuestro secreto para siempre.
Y los dos niños dijeron que estaban de acuerdo.

Al oscurecer, la gran nube blanca, roja y oro, desapareció. Al día siguiente, muchas personas buscaban a los tres niños por estos lugares. No lo encontraron ni aquel día ni en los que después vinieron. Tampoco pasado mucho tiempo. Pero sí desde aquella tarde, con frecuencia aparecían nubes muy bellas por encima de la colina de la Alhambra y los que conocen la historia que te he contado, dicen:
- Esta es la casa, el mundo y el sueño de aquellos tres niños que el tiempo y el viento siguen por aquí manteniendo vivos. Lo soñaron con tanta ilusión y lo creyeron tan bonito, que se le convirtió en realidad y no solo para unos días sino para toda la eternidad.

El secreto de las diez nogueras //Pa

Al norte de Granada, en las sierras donde nace el río Darro, hay un rincón muy bello. Donde en otros tiempos crecía un denso bosque, corrían claros los arroyos y las praderas de hierba, eran extensas y frescas. Cerca de unos acantilados de rocas calizas, construyeron un pequeño edificio, acondicionaron las tierras para sembrar en ellas y, por donde el copioso manantial, prepararon una pequeña presa. Para almacenar el agua del venero y así luego poderla usar en los momentos de sequía y necesidades de riego. Junto a este embalse cavado en el terreno y rematado a los lados y por la parte de abajo con un rústico muro de tierra y piedras, sembraron varias nogueras. Y, en la recogida cañada al norte, junto a un matorral de lentiscos, coscojas y retamas, construyeron como una torre.

No era una torre exactamente sino el resultado de las piedras que retiraban de las tierras de labranza. Pero este montón de piedras, poco a poco fue tomando forma de torreón, con una base muy ancha y terminado casi en pirámide. Junto a la roca natural que en este lugar existe, se formó como una rústica covacha. Como la entrada a un lugar mucho más grande y secreto que todos por aquellos lugares respetaban y procuraban que los animales también lo hicieran.

A este lugar, no hace muchos años, una tarde llegó un joven montañero y al ver las nogueras, diez y ya muy viejas, secas algunas y otras, con apenas ramas, se propuso recorrer y explorar el montículo de las piedras y la pequeña covacha. Entre unos gruesos bolos, encontró una original vasija de barro cocido en forma de cilindro, por completo cerrado. Lo cogió, con mucha precaución lo observó y al notar que dentro había algo, no pudo resistir la tentación. Buscó unas piedras, golpeó con ellas la vasija de barro y enseguida ésta se rompió en varios trozos. Vio al instante que dentro había un bonito pergamino escrito. Lo desenrolló y con dificultad y paciencia, descifró el relato que sigue a continuación:

"Le digo que sí, que lo entiendo y quizá más de lo que él pueda creer. Por eso los dos guardamos silencio durante unos segundos. Miro al borriquillo y al agua de la fuente brotando por el chorrillo y luego le pregunto a mi amigo:
- ¿Y lo que me ibas a explicar de las nogueras?
- Ahora mismo te lo expongo porque ya sí es el momento.
- Pues habla que te escucho.
Y mi amigo se puso y, de esta manera y pausadamente, me dijo:
- Al pasar por la llanura ya las has visto. Son diez nogueras viejas, seis en hilera por el lado debajo de la tierra llana, una por el lado del torreón de piedra y tres, sobre la ladera, al lado de arriba.
- Las he visto y, al pasar por ahí, las he observado despacio. Y, además, he sentido como respeto o como miedo o como si por ahí hubiera algún misterio agazapado tras el viento. ¿Sabes quién sembró esos diez árboles?
- No lo sé porque son centenarias pero sí puedo decirte que ese rincón mágico de las nogueras, la tierra llana y el torreón de piedra, fue como el edén encantado donde mi niña todos los días jugaba. Donde ella se pasaba las horas muertas contemplando al borriquillo comer hierba y donde disfrutaba luego recogiendo las nueces. Y al borriquillo, de todos los rincones de estas montañas, éste ha sido siempre el que más le ha gustado.

Un día de primavera, cuando ya todas las florecillas de los campos estaban abiertas, pasé por ahí. Sobre la hierba y, entre las margaritas blancas y amarillas, estaba sentada ella. El borriquillo se recostaba a solo unos metros y se apoyaba en el tronco de una de estas nogueras. Me pareció tan idílico el cuadro que hasta tuve miedo acercarme por miedo a estropearlo. ¡Estaba tan guapa mi niña! Porque un rayo de sol caía desde el cielo, entraba por entre las ramas de la noguera más gruesa y se derramaba delicadamente en su cara. Parecía como si el mismo cielo hubiera abierto su corazón y, convertido en sol, se derramara sobre mi niña para darle un beso. Y el borriquillo, estaba tan

plácidamente durmiendo que parecía un trozo más, una flor única y nueva, que le había salido a la primavera. Se dio cuenta mi niña de mi presencia y miró para el lado de arriba. Por donde yo llegaba despacio para no perturbarlos. Salió de su juego y me dijo:
- Acércate, papá, que tengo para ti un mensaje importante.
Me acerqué a ella, me senté a su lado, la acaricié con mis manos y esperé embelesado a que me hablara. Y lo hizo diciendo:
- Quiero darte un recado y quiero que lo guardes toda tu vida. Y quiero que lo compartas solo con una persona buena, que ahora no sé quién es, pero que a todas horas estoy soñando. ¿Me prometes cumplir, por mí, este mandato?
- Sí que te lo prometo, hija mía. Cuéntame y dime cuál es tu encargo.

Miró al borriquillo, guardó unos segundos de silencio, cortó unas margaritas blancas, jugueteó con ellas en sus manos y luego habló y esto fue lo que me dijo:
- Cuando me muera me voy a ir al cielo y ya no habrá quien cuide a este borriquillo tan bueno. Pero sé, porque lo he soñado, que un día vendrá por aquí la persona en la que tanto pienso. Pídele que se lo lleve y cuide de él como si de mí se tratara. Dile que es el capricho de una niña que un día se murió y un ángel se la llevó a otro mundo más bello. Y dile que yo desde allí todo lo estaré viendo y, esperaré ilusionada, a que llegue el momento en que mi borriquillo y esa persona, también de esta tierra se vayan y en aquel paraíso mío celebremos el encuentro. Siempre los tendré conmigo y, desde allí, les mandaré muchos besos. ¿Has entendido, papá, lo que te estoy diciendo?
Le dije que sí y luego quise decirle que ella nunca se iba a morir. Pero guardé silencio y no le hablé de esto. Lo que ella me estaba diciendo sabía que era una fantasía de niña. Sabes tú que todos los niños del mundo, alguna vez en su vida, piensa en la muerte y creen que se van a morir en cualquier momento. Pero para mí fue muy interesante lo que mi niña me revelaba y por eso me lo tomé en serio. También sabes que muchas veces lo niños dicen verdades que los mayores no entendemos. Los niños son ángeles y, muchas veces sus sueños, también contienen grandes verdades. Por eso le pregunté:
- ¿Y qué más cosas tendré que decirle a la persona que se lleve a tu borriquillo?
Y me aclaró:
- Dile que venga cada primavera y, de las flores amarillas de los adonis que crecen por debajo de la fuente, que corte un ramo y que las traiga y las ponga en el torreón de piedra de esta pradera.
- ¿Y por qué en el torreón de piedra?
- Porque es ahí donde quiero que me entierres el día que me muera.
- Y si alguna vez, esa persona, no viene a ponerte flores ¿qué pasaría?
- Se secarán las nogueras, una cada año y después se cerrará la puerta.

- ¿Y qué puerta es esa, hija mía?

Y ya ni niña no me dijo nada más. Pero desde aquel momento, no he olvidado este encargo suyo y por eso lo estoy compartiendo contigo. Llévate el borriquillo y vete en paz y solo te pido, que vuelvas cada primavera y que cortes un ramo de los adonis vernalis que hay por debajo de la fuente y que se lo pongas a ella en el torreón de piedra que se eleva donde las nogueras. Como recuerdo y en homenaje y para que vea ella que sigue vivo el pacto. Y te pido que, si en algún momento, este amigo asno se pone enfermo y crees que se va a morir, que te lo traigas corriendo. Ella me reveló que solo si muere aquí, en este prado de las diez nogueras, podrá entrar por la puerta que da al paraíso bello donde mi niña juega. Y lo mismo son las cosas para ti. ¿Me has entendido?
Le dije a mi amigo que sí, que todo estaba claro y que confiara en mí.
- Al menos ya tengo una misión en esta tierra para llenar mi tiempo y, que de este modo mi corazón, también tenga un dueño.
- Pues ya sabes: al florecer los adonis, ven cada primavera pero, con el borriquillo, solo en los últimos momentos de tu vida o de la suya, en esta tierra. Así me lo pidió mi niña y así quiero que sea".

Cuando el joven montañero terminó de leer el relato que atrás ha quedado, durante un largo rato, respiró profundo. Miró los trozos de la vasija de barro esparcidos por el suelo y en su corazón, sintió como miedo a la vez que algo de tristeza y respeto. Intuía que había roto algo muy sagrado. Sin pretenderlo ni saber por qué, alzó sus ojos al cielo. Miró luego para los troncos de las nogueras que, destartalados, viejos y rotos todavía por el lugar se veían clavados y luego caminó unos pasos para el hilillo de agua que brotaba del manantial.

Siguiendo este hilillo de agua, caminó durante un tiempo y al poco se asomó al cauce del río. Sabía que se trataba del río Darro, el que corre a los pies de la Alhambra y que muchas personas fotografían una vez y otra a su paso por el Paseo de los Tristes. Pensó un momento y cayó en la cuanta de la biblioteca y archivos de la Alhambra, ahora por la parte de arriba del Generalife. Se dijo: "En cuanto pueda, voy a ir a ese lugar a ver si encuentro algún documento que me ilumine un poco más de lo que por aquí hoy he encontrado. Y en cuanto llegue la primavera, volveré por aquí, buscaré los adonis invernalis que aun crecen por estos lugares y pondré bonitos ramos de estas flores amarillas en el lugar donde he encontrado la vajilla que contenía este pergamino. Y rezaré una pequeña oración por esta niña y el sueño que tuvo en su vida. Aunque las nogueras ya están casi muertas, creo que su perfume, dulzura e inocencia, por estos lugares permanecen eternos".

El cortijillo del valle //Pa

Si matamos la memoria,
matamos también la posibilidad
de hacer un mundo mejor.

Se celebró en Granada la fiesta de la Navidad, la de año viejo y nuevo y el día de los reyes magos. Y aquella mañana seis de enero, se despertó antes del amanecer. No para ver lo que le habían regalado sino porque no podía dormir, pensando en ellos, aunque ya hubiera pasado tanto tiempo. Se levantó, se lavó un poco, peló una naranja, se la comió y luego cogió un trozo de pan y queso y lo metió en la mochila gris. Se dijo: "Para beber, seguro que puedo en el venero del valle del cortijillo. Como aquellas cristalinas aguas, con sabor a miel y frescas, no hay otras más buenas en el mundo".

Salió de su casa y se puso en camino, justo cuando los primeros rayos de sol caían sobre las torres de la Alhambra. Mientras avanzaba, observó la figura de estos palacios sobre la colina, el barrio del Albaicín como derramándose hacia el río y la ciudad de Granada, extendida a sus pies. De nuevo se dijo: "Muy hermoso será este monumento y muchos lo ensalzan y ahora en el mundo entero pero en estos instantes, a mí no me sirve de nada ni tampoco sirvió a muchos en aquellos tiempos. Su mundo no fue el de ellos ni ahora es nada en mi mundo pequeño".

Era media mañana cuando cruzó el arroyuelo de los acebuches. El pequeño cauce que baja de los oscuros cerros y que tanto le intrigaba cuando por estos rincones pasaba siendo pequeño. Corría claro esta mañana y para atravesar el pequeño caudal tuvo que saltar de una piedra a otra y luego agarrarse a unas ramas de acebuche para no caerse. Cuando ya estuvo en el otro lado, se volvió para atrás, observó despacio el pequeño arroyuelo y de nuevo se dijo: "A pesar del tiempo que ha transcurrido, sigue siendo el mismo. Tanto que hasta el agua que ahora mismo salta por aquí y la música que deja por entre el viento, es igual y tiene el mismo timbre. Y me pregunto lo que en aquellos días me preguntaba: ¿para quién corre y para quién desgrana sus delicadas melodías este pequeño cauce, aquí tan lejos de la ciudad y en la soledad de estos densos montes?"

Desde el arroyuelo, siguió subiendo por la sendilla hacia el collado. Dejando a su derecha las encinas de tronco negro y el barranco por donde descendía y se alejaba el arroyuelo. Antes del collado se encontró con la espesura del monte y luego con la vaguada donde manaba un hilo de agua y todavía los jabalíes construían por aquí sus pozas de barro y cieno. Al pisar la hierba y recorrer el lugar, el corazón

se le llenó de emoción y de recuerdos y percibió, una vez más, lo solo que en este mundo estaba. Solo frente a los paisajes y las ruinas de su infancia pero con los recuerdos vivos y clavados en el alma, como si fueran lo único importante en su vida y ahora en este momento. Y al comparar esta realidad con algunas de las experiencias que años atrás había vivido, sintió desprecio por todas las personas que lo habían juzgado y puesto zancadillas una vez y otra.

De nuevo se dijo: “Al final y en especial ahora, lo único que en la vida importa es haber amado y hecho bien a los demás. Juzgarlos, hacerles daño, prohibirles sus sueños y ponerles zancadillas y dificultades en su camino, solo arruina el alma del que así procede sin que consiga hacer mejor a otros ni a este mundo. Lo inteligente, tal como siempre he intuido, es mirar cada noche al cielo, recrearse en el color de las estrellas, aspirar el aire puro que Dios cada día nos regala, agradecer por todo lo que la naturaleza nos ofrece y respetar siempre a los demás porque son libres y dueños de sus sueños. ¿Qué derechos tengo yo ni nadie, sobre los otros, por mucho que sean insignificantes?”

Terminó de remontar al collado de las jaras y en ese momento, como el sol lo iluminaba de frente, vio que una porción de esta clara luz que desde el horizonte se alzaba, incidía sobre el cerro que aparecía a su derecha. Cubierto por completo de espeso monte bajo y sumido en un silencio total. Y sobre este monte, en la parte más alta del cerro, los rayos del sol se derramaban con matices dorados y azules muy bellos. Tanto impresionaban que el mismo cerro parecía arder en su parte más elevada al tiempo que de la mitad para abajo, quedaba en sombra y como en penumbra. Como si el cerro y el monte que lo tapizaba, estuvieran enredados en un original juego con los rayos del sol y las sombras por las laderas salpicadas.

Después de unos minutos gozando de este emocionante cuadro, sin dejar de caminar, comenzó ahora a bajar por donde el terreno era casi llano. Conocía perfectamente estos lugares y por eso, iba preparando su corazón para el momento en que asomara al pequeño valle. Como si de alguna manera pretendiera sorprenderse a sí mismo con lo que por ahí iba a encontrar al tiempo que lo potenciaba con los recuerdos. Por eso, según salía de la espesura del monte y se acercaba al punto donde el terreno se presentaba como un pequeño mirador hacia el recogido valle, agachaba su cabeza y se decía: “En cuanto me encuentre en el punto concreto, voy a procurar no mirar de frente por el miedo que tengo encontrarme por aquí lo que no quiero”.

Y al asomar al valle, donde el caminillo trazaba como una curva y el monte clareaba, bajó aun más su cabeza. Miró solo a lo que tenía

cerca, buscó una piedra, se sentó en ella frente al valle que conocía y ahora imaginaba casi a sus pies, y se puso a soñar. Repasó los sitios en su mente y por el mundo de los recuerdos y lo primero que vio en su corazón fue la casa del guarda sobre el cerrillo, al levante del valle. Un edificio no muy grande pero sí bonito y construido en el más elevado punto de este lugar. Por la puerta vio jugando a las dos niñas de este matrimonio y el corazón se le llenó de ternura al verlas correr y sentirlas reír. Sus dos más preciosas y queridas amigas de su infancia y, al mismo tiempo, los dos únicos ángeles que por estos lugares conocía. Y tanto se emocionó con el vivo recuerdo de estas dos criaturas que comenzó a sentir que ellas y el blanco cortijo elevado sobre el valle, era lo más sagrado de todo cuanto había conocido a lo largo de su vida. Y descubrió, una vez más, el gran valor y la fuerza que tienen las sencillas y hermosas cosas que se viven de pequeño.

Desde la puerta del blanco cortijo, se vino un poco para el poniente y enseguida vio el pozo. Casi en el centro de la recogida llanura pero un poco en la parte alta y al comienzo. Vio el redondo brocal, con el cubo de zinc y la gruesa cuerda de esparto. Al lado de abajo, vio la pila alargada de piedra y cemento, llena de agua como en aquellos tiempos y en ella bebiendo cabras, ovejas y la hermosa borriquilla con la que tanto jugaban las dos hijas del guarda. Por el lado de abajo de la pila, descubrió los charcos donde cada día los cerdos se bañaban y luego el hilillo de agua atravesando la llanura en busca de los primeros metros del arroyo. Al comienzo, lleno de juncos y encina a los lados y luego, adelfas, zarzas y arrayanes. Y, a unos cuantos metros del comienzo del pequeño arroyo, vio la construcción de cemento donde se remansaba el agua del manantial.

En tiempos pasados, era de este pequeño venero de donde cogían el agua que necesitaban las personas que vivían en el segundo cortijillo. El que se alzaba con los cimientos clavados en las rocas del puntalillo a la derecha. Y también era de aquí de donde, en tiempos pasados, la madre y la niña, cogían pequeños cubos de agua para regar las cuatro hortalizas que sembraban en el huertecillo por delante del cortijillo y entre encinas y lentiscos. El corazón se le encogió al recordar aquellos días y ver a los padres y a la hermana, solos por completo en este cortijillo, con frío y calor en invierno y verano y con muchas carencias y hambre en todo momento.

Y a su mente vino la última escena de aquellos días: bajaba él desde la parta alta donde, entre olivos, se alzaba en gran cortijo. Lugar donde se hospedaba el dueño cuando en los meses de verano se veía a este lugar de vacaciones con su familia. Y era aquí también donde dormían y comían los hombres que labraban las tierras del olivar y

también las sementeras de trigo y cebada. Hacía ya más de dos meses que no había visto a los padres ni a la hermana. Y por eso tenía necesidad de visitarlos y estar con ellos unas horas. Pero cuando llegó al cortijillo clavado en las blancas rocas, se encontró a la madre acurrucada junto al fuego, sin apenas fuerzas ni voz en su garganta. La saludó y al preguntarle:
- ¿Qué es lo que te pasa?
Ella le reveló:
- Hijo mío, que cada día tenemos menos para comer. Tu padre, tu hermana y yo, nos estamos muriendo poco a poco y nada podemos hacer para evitarlo.

La niña, en esos momentos, también se recogía en un rincón de la estancia, famélica, con las miradas perdidas y su pensamiento, nadie sabía dónde. El padre no estaba porque recorría los campos detrás de los animales que cuidaba, trabajo por el que percibía solo unos céntimos. Abrazó él a la madre y le dijo:
- Yo quiero ayudarte y también quiero dar algunos alimentos a la niña y a mi padre. Pero fíjate, ni siquiera un mendrugo de pan traigo en el bolsillo.
- Lo estoy viendo, hijo mío y por eso nadie te culpa de nada. Pero mi corazón, el de tu hermana y el de tu padre, tienen puestas las esperanzas en ti porque eres el mayor de esta casa, el más valiente y el que posee más fuerzas.

Y en ese momento, al hijo mayor se le rompió el corazón al sentir la súplica de la madre y comprobar la miseria que estaban viviendo. Le dijo:
- Voy a salir ahora mismo de esta casa, atravesaré los campos, recorreré los paisajes de la Alhambra y todas las calles del barrio del Albaicín y Granada pidiendo ayuda y trabajo. Me muero viendo como estáis de enfermos y con tanta hambre en vuestros cuerpos. No tengáis pena y aguantar un poco más que regresaré no dentro de mucho trayendo conmigo alimentos y la salvación para vosotros y esta casa.
- Ojalá Dios te oiga y bendiga, hijo mío.
Dijo la madre como con el último hilo de voz que salía de su corazón y de su boca.

Besó a la madre y a la hermana, salió del cortijillo, atravesó la llanura, subió por las sendas que en este momento recorre y al llegar al gran cortijo en el corazón de la extensa finca de olivares, tierras yermas y encinas, no se detuvo aquí. Sabía que nadie en este edificio iba a prestarle ayuda y sabía también que el que estaba al cargo de las personas que por aquí trabajaban y era casi el secretario del hombre rico y dueño de todo, de ningún modo iba a ofrecerle ayuda. E incluso hasta presentía que desaprobaría la decisión que había tomado y, de este

modo, aprovecharía para despedirlo y prohibirle que pisara más este lugar.

Por eso, en su huida o marcha en busca de lo esencial y dignidad para los padre y la hermana, pasó por el lado de arriba del cortijo. Lo observó de reojo y siguió avanzando. No tenía claro hacia dónde ni a qué cosa concreta pero le empujaba el dolor y miseria que había visto en los padres y en la hermana. Poco después rozó las murallas de la Alhambra y ni siquiera imaginó pararse aquí y entrar en los recintos amurallados. Se dijo: "Nadie por estos lugares me conoce y por eso, menos espero que alguna persona de estos lugares, escuche mi relato y me ofrezca luego algo bueno para salvar a los míos. Y bien sabe el cielo que lo que menos vengo buscando es limosna o caridad. Esto no resolvería el problema que en mi casa hay aunque aliviara un poco ahora de inmediato". Siguió y al poco llegó al barrio del Albaicín. Y por aquí, como tampoco nadie lo conocía ni él tenía ningún amigo, caminó por las calles sin rumbo fijo y sin saber qué hacer. Miraba a un lado y otro y le deslumbraban no solo las blancas casas y algunos bonitos patios, sino también el trajín que unos y otros por el lugar tenían entre manos.

Y mientras iba recorriendo estos sitios, de su mente no se apartaba la imagen de la madre y la hermana acurrucadas en el cortijillo, muertas de frío, sin nada que comer, sin fuerzas y sin tener a dónde ir. Por eso, después de un tiempo recorriendo las calles del barrio y de la ciudad, al caer la noche, decidió volver. Sin nada concreto en sus manos pero sí su corazón le arrastraba hacia el rincón de los padres y la hermana. Caminó de regreso y a media noche, se acercaba otra vez al sencillo cortijillo sobre las rocas del cerro y se extrañó no sentir ningún ruido según se aproximaba. Llegó a la puerta, la encontró medio abierta, llamó a la madre al tiempo que entraba y nadie le respondió. Ni el padre ni la hermana y esto hizo que su corazón se asustara aun más.

Por la pequeña ventana entraba la luz de la luna y bajo este débil resplandor, descubrió a las personas que venía buscando. La madre abrazada a la pequeña y el padre al lado, como dándoles la mano. Y según se acercaba a ellos, los seguía llamando sin obtener ninguna respuesta. Tampoco los vio moverse y ni siquiera notó su respiración cuando por fin tocó sus caras al tiempo que les decía y preguntaba:
- Vuelvo sin nada en mis manos pero sí para quedarme a vuestro lado para lo que me necesitéis. ¿Qué ha sido lo que os ha pasado?
Seguía sin recibir respuesta y fue ahora cuando descubrió que ninguno de los tres miembros de su familia estaban vivos. Cerró los ojos, se le nubló el pensamiento, se arrodilló y los abrazó gimiendo y preguntando al cielo por lo ocurrido y en nada encontraba ninguna respuesta ni consuelo.

En la estancia, fría, desangelada y ahora amarga, estuvo el resto de la noche dándoles compañía. Con la cara de la madre pegada a su pecho y con sus manos puestas, la derecha en las mejillas de la niña apretándola con fuerza y con la mano izquierda, también acariciando el frío rostro de la madre. Pero sobre todo, donde más se le derramaba el corazón, entre dolor y sinceros sentimientos de amor, era en la pequeña cara de la hermana. Sin aceptar que la realidad se las hubiera llevado de este mundo tan joven y teniendo, como sabía que tenía, un corazón tan puro. Al amanecer, rezó al cielo un poco más, lloró desesperado mirando al valle y al río, al fondo y al salir el sol, caminó por el recogido valle sin rumbo fijo. Haciéndose mil preguntas y luego se acercó al venero del arroyo. Bebió unos tragos, se lavó las manos y la cara y cuando caía la tarde, se puso a cavar una tumba. Justo por delante de la casa, donde las rocas terminaban y el terreno ya era tierra y una vieja encina clavaba sus raíces. Poniéndose el sol, en este lugar los enterró a los tres y luego volvió a marcharse. Atravesó de nuevo la llanura y caminó, a la luz de la luna, sin parar un solo momento. Por la ciudad deambuló varios días y luego desapareció, nadie supo por qué ni a dónde. Pasó el tiempo, muchos años y una tarde al comienzo del mes de enero, se enteró de la noticia. Por eso, unos días después, aquella mañana del mes de enero, volvía al pequeño valle, un poco aturdido por el recuerdo de los suyos en estos lugares enterrados y otro poco, movido por la curiosidad de ver y descubrir lo que en estos rincones se disponían hacer.

Sentado ahora mismo frente al valle y con sus ojos cerrados para no ver de frente lo que por el lugar había, volvió a repasar en sus recuerdos los amargos días pasados y el corazón de nuevo se le llenó de miedo. Se levantó, con su cabeza agachada, caminó por la inclinación de la ladera y se dirigió al comienzo del valle. Justo por encima del pozo y por donde iba cayendo el caminillo. Y según se acercaba al pozo, hasta sus oídos comenzó a llegar y cada vez con más fuerza y claridad, el murmullo de personas hablando en voz alta y el ruido de máquinas. No quería mirar por miedo a encontrarse de frente lo que le habían contado. Por eso, siguió avanzando despacio, con la cabeza agachada, llegó al pozo con la intención de coger el cubo y beber un trago de agua fresca y buena y que tantas veces en su infancia había saboreado. Pero al pararse cerca del brocal, descubrió que ni el cubo de zinc estaba ni tampoco la gruesa cuerda de esparto que servía para atar al cubo, bajarlo hasta el agua y luego tirar de él y subirlo lleno. Era lo que, la hermana ahora ausente y los padres, en aquellos años de su infancia, muchas veces habían realizado.

Sorprendido, miró y descubrió que tampoco estaba el pequeño arco de hierro que sostenía a la garrucha. Se dijo: “Es normal

que después de tanto tiempo, estas cosas por aquí hayan desaparecido por lo mucho que todo ha cambiado. Pero ¿y la casa del guarda con sus dos niñas siempre jugando en lo alto del cerrillo que tengo ahora mismo a mis espaldas?" Después de hacerse esta pregunta, sintió la necesidad de alzar su cabeza y mirar para el lugar que en su mente imaginaba. No lo hizo. Abandonó la idea de beber un trago de agua del pequeño pozo en la llanura y se disponía seguir.

Hasta con los ojos cerrados, conocía el caminillo que iba desde el pozo al cortijillo donde los padres y la hermana, aquel día y hacía mucho tiempo, habían muerto. Por eso caminó muy seguro de sí y, conforme se acercaba al arroyuelo antes del cortijillo, el ruido que le intrigaba era cada vez más fuerte y claro. No alzó su cabeza pero sí, al llegar a la vieja encina que conocía de una forma especial, se vino hacia ella al tiempo que se decía: "Siempre este árbol dio bellotas tan buenas que nunca fueron igualadas a los frutos de las otras encinas por este valle. Me gustaría coger de nuevo, un puñado para partirlas con mis dientes y saborearlas como en aquellos tiempos".

Se puso a buscar y no encontró ni una sola bellota. Pero sí de pronto, oyó que alguien le preguntaba:
- ¿Quién eres tú y qué buscas por aquí?
Alzó un poco su cabeza, miró en la dirección en que el arroyo bajaba y lo vio. Un hombre alto, corpulento, con pelo negro y cara arrugada y vestido con ropas recias. Lo saludó y le dijo:
- Aunque te lo explique no entenderías quien soy ni tampoco podrías entender qué es lo que busco por estos lugares.
- Pues apártate de ahí que vamos a comenzar el trabajo.
Y alertado preguntó al hombre que le daba órdenes:
- ¿Qué trabajo?
- Tampoco yo tendría que explicarte a ti lo que me preguntas. Pero, como no me importa, te diré que aquí mismo intentamos hacer un sondeo.
- ¿Y qué pretendéis hacer con esto que me dices?
- Sabemos que en este valle, hay un gran embalse de agua subterráneo. Lo vamos a necesitar para las construcciones que ya hemos planeado levantar justo donde la vieja casa de ese cerrillo de las rocas.

Al oír esto, alzo un poco más su cabeza, miró al frente y vio la derruida casa sobre el cerrillo de las rocas. Y enseguida quiso explicar, al hombre que tenía delante, que la vieja casa era parte de su corazón, escenarios de su infancia y ahora sepultura de los suyos. Pero lo que enseguida hizo fue caminar a toda prisa hacia el cerrillo. Antes de llegar, vio las máquinas que ya maniobraban preparándose para envestir contra los pocos restos que de la humilde casa quedaban. Y como a su mente

vino el recuerdo de los padres y de la hermana ahí mismo enterrados años atrás, su miedo aumentó al mismo tiempo que su pena y dolor.

Rápido se puso delante de la gran máquina de hierro que se disponía a envestir contra la vieja construcción. Al verlo el que movía los mandos de esta máquina, reaccionó y la detuvo. Fue en este momento cuando de nuevo, el hombre que hacía solo unos minutos había encontrado en el arroyuelo, cuando se presentó de nuevo donde el joven se había colocado. Muy enfadado lo miró nervioso y le dijo:
- Quítate de ahí porque la máquina que ves al frente, va a derruir las cuatro viejas paredes de esta esquelética casa.
No dijo nada el joven ni se movió del lugar donde se había colocado. Mirando de frente a la máquina, alzó sus ojos al cielo y luego dijo al que le ordenaba:
- No voy a permitir que ni estas máquinas tuyas ni otras, destruyan lo que para mí es tan importante.
- ¿Qué es lo que para ti es tan importante en este lugar?
- Esta vieja casa, los cimientos donde se sostienen, la recia encina que ahí ves y lo que la tierra esconde.

Y, sin prisa y con todo detalle, el joven explicó al que acosaba, lo que todos ignoraban. Y al final dijo:
- De estos trozos de alma ahora aquí enterrados, nadie ha recogido nada en la historia. Y por eso yo ahora los defiendo para hacerlos dignos como siempre he creído que se merecen.
- Solo pronuncias palabras necias. La historia siempre y en cada momento, solo recoge y deja escrito la vida de los héroes como reyes, científicos o sabios. ¿Qué han hecho los tuyos en esta vida para que los demás tengamos que respetarlos como tú crees? Desde hace un tiempo, yo soy el propietario de las tierras de este valle y por eso ahora he decidido construir aquí un gran complejo para personas con dinero. Necesito el agua de estos manantiales y necesito destruir los cimientos de esta vieja casa para levantar ahí mismo el edificio de lujo que te digo. Apártate de ahí ahora mismo para que esta máquina avance y destruya y no me hagas perder más tiempo.

Y al oír estas palabras, el joven dio unos pasos, buscó una de las piedras caída de los trozos de pared de la casa y en ella se sentó. Frente a la gran máquina de hierro, ignorando por completo al que le ordenaba. Alzó de nuevo sus ojos al cielo y en forma de oración, susurró: “Padre y madre mía y hermana dulce del alma, poco pude hacer por vosotros cuando estabais vivos pero hoy aquí me tenéis. Defendiendo vuestra dignidad y sueños con mi propia vida porque creo que tengo derecho y vosotros lo merecéis. Fuisteis pobres y lo seguí siendo pero ante Dios y en mi corazón, sois los mejores y tan dignos como los reyes más nobles”.

El que planificaba las cosas en el lugar, se acercó al conductor de la gran máquina, le dijo algo al oído y en esos momentos, el monstruo de hierro, rugió y comenzó a moverse lentamente dirección a las ruinas de la vieja casa y derecho al joven en la piedra sentado.

Los ladrones //Ba

Era otoño en su final. Últimos días del mes de noviembre, hacía frío, el cielo estaba cubierto y sobre las torres de la Alhambra, revoloteaban algunas nieblas. La tarde caía y él regresaba a su casa, siguiendo la estrecha calle. Iba en sí concentrado y miraba la pantalla del pequeño móvil que unos días antes le habían regalado. Por eso no advirtió la moto con dos jóvenes que se le cruzó en dirección contraria ni tampoco percibió lo que solo unos segundos después, por detrás de él sucedió. Sí de pronto se sintió sujeto por dos brazos a la vez que le arrebataban el móvil de sus manos. Gritó pidiendo ayuda pero nadie se la prestó. Y vio, como en un relámpago, correr a los dos jóvenes, subirse en la moto y desaparecer calle abajo.

Y fue ahora cuando se percató que también le habían robado el pequeño bolso de tela que traía colgado de su hombro. Dentro guardaba la cámara de fotos, un monedero con algunos euros y varios trozos de papel donde tenía escrito su nombre, la dirección de su casa y la calle y número donde vivía. Desolado, siguió caminando, despojado ahora del móvil y del bolso de tela y al poco llegó a su casa. No durmió en toda la noche y al día siguiente, puso una denuncia. Con la esperanza de que alguien encontrara a los ladrones y volviera a recuperar lo que le habían robado. Esperó una semana, un mes, un año y por ningún sitio le llegaban las noticias que deseaba.

Y un año después, una noche ya final de enero, también fría, nublada y con nieblas por entre las torres de la Alhambra, de madrugada lo despertó el ruido de una moto. Notó que se paró en la misma puerta de la casa y al asomarse a la ventana, vio a los jóvenes. Oyó que decían:
- Esta es la casa donde vive y este es el número y esa es la puerta.
Se acordó de los papeles que con el bolso le habían robado hacía un año y donde tenía escrito su nombre y la dirección donde vivía. Se dijo: “No se han olvidado de mí y esta noche vuelven a buscarme”. El miedo se apoderó de él y por eso rápido descolgó el teléfono y se puso a llamar a emergencia. Y no había pronunciado dos palabras cuando los vio entrar por la puerta, después de romperla a patadas. Con la velocidad del rayo se acercaron a él y le gritaron:

- Cuelga ese teléfono y deja de llamar a la policía. Ya eres nuestro y esta noche sí que no tienes escapatoria.

Aterrado, soltó el teléfono, corrió para la puerta, salió a la calle y pidió ayuda. Tres hombres algo mayores, lo vieron desde el otro lado de la calle y se vinieron hacia él con la intención de ayudarle. Los dos jóvenes se pusieron delante de él y muy sofocados seguían gritando:
- No podrás con nosotros porque eres viejo, no tienes fuerzas y los que vienen a defenderte, también son viejos como tú.
Uno de estos viejos cogió un palo y, por detrás de los jóvenes, se disponían para golpearlo cuando por la calle apareció el coche con las luces encendidas. El joven que se enfrentaba al viejo de la casa, gritó:
- ¡La policía!

Al otro lado del río Darro y sobre la colina, la robusta figura de la Alhambra, se veía inmóvil y hermosamente iluminada. Granada y todo el barrio del Albaicín, parecían dormir en un silencio apagado y el reloj de la iglesia más cercana, daba las cuatro de la madrugada.

Poema de invierno //Aj

Hacía mucho viento y la tarde era fría. Con algunas nubes sueltas en el cielo que amenazaban lluvia y dejaban copos blancos en las cumbres de Sierra Nevada. Por la calle, casi solitaria, las últimas hojas de otoño, rodaban y se iban quedando por entre las plantas de los jardines y sobre los troncos de los álamos y naranjos. Por completo ignoradas de las personas que por las calles iban o venían y como escondidas en los últimos rincones del tiempo.

Se le veía bajar por la calle y, según avanzaba, observaba el melancólico juego de estas últimas hojas de otoño y pensó escribir un poema. Para, aunque fuera muy breve, dejar recogidos en él su recuerdo en esta fría tarde de invierno. Buscó papel y bolígrafo en su bolsillo y meditó un momento mientras seguía bajando. Cuando llegó al paseo del río, lo recorrió despacio y al final, donde la plaza se ensancha y se encuentra el puente, se paró. Sobre el muro que separa el río, se apoyó y durante un rato, estuvo meditando. Escribió algunos versos y al final las vio.

Dos jóvenes desarrapadas, con ropas sucias, unos aros de plástico y mochilas. Jugaban tirando y cogiendo unos palos al aire y practicando aeróbic con los aros. Se acercó a ellas, abrió el pequeño bolso que colgaba de su hombro y les preguntó:

- ¿Queréis un dulce de almendra?
- ¿Un mantecado de Navidad?
- Algo parecido pero no es lo mismo.
- Pues vamos a probarlo.
Le ofreció dos logroñesas, las cogieron sin dudar, rompieron el envoltorio y rápidas le dieron varios bocados al tiempo que decían:
- Están buenos, muchas gracias. Así aumentamos las fuerzas para el ejercicio que estamos practicando.

Algo satisfecho, miró para el Puente del Aljibillo y los vio. Un grupo de varias personas que al instante lo llamaron e invitaron a que se uniera a ellos. Despidió a las jóvenes, se fue para el puente y al poco, todos subían por el barranco del arroyuelo, Cuesta del Rey Chico. No mucho después, se le vio asomado, mirando con los del grupo, desde una de las torres de la Alhambra que se asoman al río Darro. Contemplando las grandiosas vistas que desde esta torre se devisa. Meditó durante un buen rato y luego preguntó a la muchacha que se había sentado a su derecha:
- ¿Te imaginas que nos hubiéramos transportado en el tiempo y ahora mismo, desde aquella ladera, nos estuvieran apuntando con flechas?
- ¿Y te imaginas tú que además de apuntarnos con flechas, nos estuvieran gritando, “hay que acribillarlos porque ellos son los culpables. Apuntar bien y que estas flechas nuestras no fallen?”

No respondió a esta pregunta. Y sí, pasado un buen rato y después de recorrer varios jardines y estancias de la Alhambra, parte del grupo se marchó. Por los bosques que rodean a estos palacios por el lado sur y los cuatro o cinco que quedaban, de nuevo se vinieron para el barranco del agua. Con ellos se vino él acompañado de la joven que le había preguntado. Y cuando llegaron a donde, junto al camino crecen unos olivos y el agua del arroyuelo corre algo serena, comentó de nuevo:
- Pero ahora estamos en estos tiempos donde ya nadie por aquí hiere con flechas de hierro. Y lo que apetece esta tarde es escribir un poema de invierno donde dejar recogido estas emociones y estos momentos. ¿Te imaginas si yo fuera capaz de escribir estos versos?

Y ella, sin pronunciar palabras y tal como venía caminando por la vereda del arroyuelo abajo, lo abrazó por las espaldas. Puso su cabeza muy cerca del que se sentía poeta, lo acarició con un beso en la mejilla y con la suavidad y perfume de su pelo al tiempo que le decía:
- Los poemas siempre son bellos y regalan trozos de cielo y sentimientos eternos. Escribe lo que sueñas y deja así recogido este momento y esta fría tarde de invierno.

En otros momentos me hubiera puesto triste,
quizá romántico o algo melancólico,
la tarde gris y el viento frío,
por la calle las última hojas de otoño,
algunas nubes blancas y negras
sobre el cielo color plomo
y solitarios los bancos
de los magnolios…
Muy poético también me hubiera parecido
y sin duda doloroso,
todos los árboles desnudos,
solitario el río y en lo hondo,
más podridas aun las hojas
que de las ramas se llevó el otoño.

Pero esta fría y con mucho viento
tarde apagada y todo tan solo,
no tengo en el corazón poesía
ni en el alma un simple soplo
que me haga bella la vida.
No sé por qué, lloro
al pasar y ver
las últimas hojas del otoño
y aunque quisiera escribir un peona
tampoco sé cómo.

Las aceitunas //Ba

Aquella gris mañana de invierno, se presentó ante la madre y le dijo:
- Mi corazón ya no aguanta más. Tengo que darle un escarmiento para que se entere que su juego conmigo se ha terminado.
Y la madre le preguntó:
- Y en esta ocasión ¿qué ha sido lo que ha hecho?
- ¿Te acuerdas de aquel trozo de terreno que el año pasado cercamos para semillero para luego repoblar los campos?
- Claro que me acuerdo porque yo misma te ayudé a prepararlo.
- Pues el otro día fue por allí cuando yo no estaba, rompió el cercado, arrancó las plantas que ya estaban crecidas y todo lo dejó por lugar tirado. ¿Dime tú si esto no una provocación a cara de perro?

Durante unos instantes, la madre guardó silencio, meditó en su corazón y luego preguntó al hijo:
- ¿Y qué es lo que estás pensando?
- Atacarlo de frente pero no con palabras ni nobles razonamientos sino quitándolo de en medio. Voy a esperarlo y cuando me lo encuentre solo por ese trozo de tierra, le pego un tiro o le doy un gran porrazo procurando que no quede con vida. Es malo por dentro como pocas personas en este suelo y a mí me ha cogido por delante para hacerme la vida imposible.
Y muy calmada, la madre le dijo:
- Pero nosotros siempre hemos temido a Dios y por eso, nunca nos hemos tomado la venganza por nuestra cuenta. Guarda silencio, no le plantes cara ni entres en su juego. Haz como si no te importara nada su mal comportamiento y espera a que Dios un día le pague con la misma moneda. Todo y todos las personas, quedan al descubierto y pagadas con lo que cada uno merece.

Lleno de rabia, muy nervioso y con el corazón irritado, el hijo se retiró de la madre aquella mañana. Salió a la puerta de la casa, miró para la Alhambra, para el valle del río Darro y las casas por las laderas colgadas y al fondo, las cumbres de Sierra Nevada. Todo hermoso para él y en armonía muy sincera en su corazón para su vida y sus sueños pero ahora esta mañana, muy amargo en su alma y sus pensamientos. No podía dejar de pensar en la mala persona que un día y otro y ahora, lo acosaba y no podía apartar de su mente la rabia y odio hacia ella y su deseo de venganza. Porque desde hacía mucho tiempo, se sentía perseguido y atacado. Hizo un esfuerzo para comprender y aceptar lo que la madre le había dicho y recordó en este momento el olivar de la ladera, la hermosa casa en lo más alto del cerro, los dueños de estas tierras y el ánimo y confianza que aquel día depositaron en él.

Tan atormentado estaba, el hermano pequeño y la madre tanta hambre tenían y se encontraban rodeados de tanta miseria, que se fue por los caminos que surcaban el olivar del río. Con la intención de recoger ramas secas para calentarse en su vieja casa en el Albaicín y también para buscar y recoger los frutos silvestres que encontrara. E iba él surcando unas veredillas al borde del río Darro en sus partes medias y por la derecha, cuando unos mirlos lo alertaron. Salieron volando de entre unas retamas al tiempo que lanzaban estridentes chillidos. Miró y en ese momento vio a un hombre cojo, de estatura baja, algo calvo y de estética un poco destartalado que corría torpemente hacia la vegetación por la curva del río. No lo distinguió bien pero por su forma de andar y racionar, enseguida pensó en el que todos en el barrio odiaban. Por su agrio y chulesco comportamiento con unos y otros y porque presumía mucho de tener más cultura que todos y también más riquezas, la ropa

limpia y casa lujosa. Un hombre ladino y con intenciones siempre ocultas y malas.

Se quedó parado no lejos de donde había visto al que huía y miró muy interesado y cuando comprobó que, por entre la vegetación de la rivera del río, se había perdido, se acercó a los olivos de donde había salido. Y bajo uno de estos olivos vio un par de vasijas grandes llenas de aceitunas. Sin pensarlo mucho, cogió una de estas vasijas, subió por la vereda que desde el río iba a la casa en todo lo alto del cerro, llamó al llegar y al poco vio a la dueña salir por la puerta saludando. Sin más, el joven le dijo:
- Alguien estaba robando sus aceitunas en los olivos que hay cerca del río. Al verme, ha salido corriendo y ha dejado esta vasija y otra más, ya preparadas para llevárselas. Como estos frutos no son míos, se los traigo y le informo de lo que he visto.
Y muy sorprendida la mujer le dio las gracias, cogió la vasija llena de aceitunas al tiempo que decía:
- Yo sé quién es y tú también quizá lo conozcas porque vive en el mismo barrio donde tu madre tiene vuestra casa.
- Creo que también sé quién es pero mi pregunta es para qué y por qué hace esto.
- Desde hace tiempo me tiene manía porque no estoy de acuerdo con su forma de ser ni manera de pensar y mucho menos comulgo con sus delirios de persona arrogante y fea por dentro.
- Pero este hombre es rico y por eso me pregunto qué necesidad tiene de robarle a usted estas aceitunas.
- No lo hace por necesidad sino para fastidiarme y amargarme la vida. Por eso te decía y te repito que tiene el corazón retorcido, con mucho odio ahí acumulado por el simple hecho de que no estoy de acuerdo con su actitud, modo de comportarse y tratar a los demás.

Miró el joven en ese momento para el río y lo imaginó por entre la vegetación perdido o regresando al barrio, corriendo y como si fuera un vulgar delincuente. Sin dignidad ninguna y despreciado hasta de las avecillas que por entre los olivos se refugiaban. Le preguntó a la mujer:
- Y con estas aceitunas que le roba a usted ¿qué hace?
- Las tira al río para que se las lleve la corriente y de esta forma se divierte y es feliz, sintiéndose realizado con el daño que me hace. Y para infringirme aun más daño, rompe las ramas de todos los olivos que puede y por ahí tiradas las deja. A veces, en los caminos para que yo las vea y me sienta humillada.
- Y usted ¿de qué manera ha pensado atajar todo esto?
- Estoy buscando a alguien que quiera vigilar estos olivos y tierras mías y también a una persona buena y lista, que me lleve las cuentas, haga las compras y administre bien todo lo que por aquí tengo. Y ahora que te

veo aquí, voy a confesarte que pensaba en ti y en tu hermano pequeño, desde hace tiempo. Si te ofrezco este trabajo ¿tú lo aceptarías?
- En mi casa nos morimos de hambre y frío y nadie puede ayudarnos porque todos los que conocemos son tan pobres como nosotros. Lo que usted me ofrece, me gusta mucho porque así, al menos para comer, tendremos. ¿Cuándo puedo comenzar a trabajar en lo que me ha dicho?
- Desde ahora mismo, si estás dispuesto.

Y en ese mismo momento, el joven cogió la vasija llena de aceitunas, la metió dentro de la casa de la mujer, cogió un palo grueso que encontró apropiado como bastón y por si tenía que defenderse de alguien, bajó al río, recogió la otra vasija con las aceitunas y se puso a vigilar las tierras. Se decía: “Siempre oí decir que todos los malhechores y criminales, tarde o temprano, vuelven al escenario de sus crímenes. Como vuelva por aquí el que ahora mismo sé, me lo cargo de una vez por toda para que sepa lo que es bueno”.

No volvió el hombre malo en aquella ocasión al escenario de su crimen. Tampoco el joven lo vio al día siguiente ni al otro. Pero sí al tercer día, descubrió que en el trozo de tierra que junto al río servía como huerto y había algunas hortalizas sembradas, bastantes plantas estaban arrancadas y otras destrozadas. Dos días más tarde, cerca del huerto, vio un pequeño laurel por completo cortado y junto a él, un granadillo. Le comentó lo sucedido a la dueña de las tierras y, muy apesadumbrada y casi sintiéndose impotente frente a las extrañas acciones del hombre malo, la mujer le dijo:
- Por lo que me dices pienso que ahora es contra ti contra quién lucha. Quiere amargarte la vida y parece que no encuentra otra forma de hacer las cosas, que destruir plantas y dejarlas ahí rotas para que las veas.
Y el joven dijo a la mujer:
- Yo también pienso lo que usted pero dígame ¿qué hago?
- Sed paciente, sigue desempañando el trabajo que te he encomendado, no repares nada de lo que rompa y espera, verás como cae en su propia trampa. Este tipo de personas, necesita llamar la atención y que los demás los adule. Y cuando esto no sucede, si se tropieza con alguien que pasa de ellos y que incluso los deja en evidencia, se enrabian y reaccionan atacando, haciendo daño y denigrando.

No muy conforme con estas palabras, el joven aceptó lo que la mujer le decía. Pero como al día siguiente de nuevo encontró en el huerto plantas destrozadas, por la noche lo habló con la madre, por completo desesperado y muy indignado con el hombre desquiciado. La madre lo escuchó paciente y luego le dijo:
- Si te tomas la venganza por tu cuenta, te igualas a él y el cielo no estará de tu lado. Espera, reza, vigila las tierras porque es el trabajo que

te han encomendado y si un día te lo encuentras, haz como si no lo conocieras. Quizá se dé cuenta que ningún daño te hace con su acciones.
- Pero madre ¿cómo voy a aguantar yo que se burle y me pisoteé de esta manera? Parecería que soy un cobarde y que gana en su lucha conmigo. No tengo fuerzas para aguantar esto.
- Tú aguanta, hijo mío y verás como en su momento, cae en su propia trampa. Porque en la vida de las personas, nada es más placentero, llena el corazón de gozo y paz, que tener la conciencia tranquila y sentirse digno ante Dios. Y aquellas personas que en la vida actúan como lo hace este hombre, aunque siempre dicen que no creen en Dios ni en el cielo, sus propias acciones y comportamientos les lleva a la confusión y acaban destruidas por ellas mismas. Y al no tener la bendición del cielo ni ser digna antes los demás, son los más desgraciados y pobres de cuanto humanos pisan este suelo.

Y tres días después de esta conversación con la madre, una tarde ya casi oscureciendo vigilaba el joven por donde los olivos cerca del río. Vio a alguien que, desde el huerto, corría para las cañas entre unos olivos y al momento, sitió un gran tropel seguido de voces desesperadas pidiendo auxilio. Se dijo: “Ya lo tengo. En esta ocasión no se me escapa”. Y corrió para donde había visto al que huía. Al acercarse a la torrentera que caía para el barranco del río, lo descubrió. Había resbalado por la ladera y entre unas piedras, se había quedado atascado. Miraba asustado y con cara de dolor pidiendo ayuda diciendo:
- Me he roto un brazo y una pierna, ayúdame por favor.
El joven lo miró un momento, por su mente pasó todo lo que días atrás y en otros momentos, había visto y sufrido por parte de este hombre y a punto estuvo de irse y dejarlo allí en el barranco. Pero se acordó de las palabras de la madre y se dispuso para ayudarle. Bajó con mucha dificultad por la ladera y se acercó a él. Se dispuso para cogerlo pero en este momento tuvo miedo de tocarlo. Notó como si este hombre estuviera contaminado y desprendiera vibraciones y olores malos. Pero se aproximó, le ofreció el palo que llevaba para que se agarrara y así tirar de él y no consiguió rescatarlo.

Se hacía de noche y por eso dijo:
- Yo solo no puedo rescatarte de aquí. Sujétate bien a las piedras y el olivo que voy a ir al barrio para pedir ayuda. Volvemos enseguida y te rescatamos.
- No, por favor, no me dejes aquí solo porque me estoy muriendo.
- Regresaré pronto y todo irá bien. Sé valiente y no tengas miedo.

Corrió el joven hacia el barrio del Albaicín, buscó rápido a varios conocidos y les contó lo que pasaba al tiempo que les pedía ayuda. Y

todos le decían:
- Ahora es de noche. Al amanecer vamos por allí y te ayudamos.
- Pero es que se está muriendo. No podemos dejarlo toda la noche allí.
- Pues hasta que no amanezca, ninguno de nosotros vamos a ir por aquel lugar.
Y el joven regresó al olivar con la intención de hacer lo que pudiera antes de que amaneciera. Pero cuando iba llegando, de los olivos en la torrentera, vio salir como una llamarada color azul y sangre. Asustado corrió y no pudo acercarse al lugar por el mal olor que del barranco salía. Y también en esos momentos, le pareció descubrir que de la ladera del río, salían algunos seres no humanos, muy feos y extraños que daban gritos como de alegría.

Asustado el joven, se retiró del barranco, subió hacia el cortijo en lo alto del cerro y entre los olivos, se acurrucó mirando al río y esperando a que amaneciera. Y cuando amaneció oyó voces que llegaban desde las sendas cerca del río, que preguntaban:
- ¿Dónde se encuentra ese hombre herido que nos decías ayer por la tarde?
Y al mirar el joven para el barranco con la intención de indicarle a los que llegaban dónde se encontraba el que tenían que salvar, se quedó sin aliento. Vio asombrado que todo el barranco, los olivos, las cañas, el huerto y mucha vegetación del río, estaba por completo quemado. Como achicharrado y mostrando un color negro intenso. Salía humo de varias partes y el aire olía a podrido y a otros olores muy desagradables.

Nadie se atrevió bajar al barranco, ni aquella mañana ni en los días que siguieron. Sí unos meses después bajó el joven por el lugar y comprobó que en el punto donde se había quedado atascado el hombre herido, brotaba un hilillo de agua por completo negra que desprendía un olor muy fuerte y malo. No caía al río sino que por entre las mismas piedras, se filtraba otra vez y volvía a la tierra. Toda la vegetación por allí seguía seca y la tierra llena de tizne y con el mismo olor que las aguas del venero.

El joven poeta //Ba

Escribía todos los días. A veces, un poema, otras veces, un relato breve, un cuento o un relato algo más largo que él llamaba ‘novelilla’. No eran muchas las personas que leían sus escritos pero a él, no le importaba. Por eso, cuando alguno le comentaba:
- Si a nadie le interesa lo que escribes, no sé para que te metes

en este trabajo.
Y él siempre respondía:
- Claro que sería para mí una gran satisfacción que muchas personas leyeran lo que escribo. Pero si solo a dos o tres interesa, con eso me conformo.
- Pero entonces ¿para qué escribes?
- Para contar lo que siento y sueño y dar mi opinión de los comportamientos de las personas y de este mundo.
- ¡Tonterías! Deberías dedicarte a trabajar en algo más valioso y no perder el tiempo de esta manera.

No se desanimaba cuando oía estos comentarios. Al contrario, siempre pensaba que algún día sus escritos servirían para algo. Y un día, dos amigos le dijeron:
- Un hombre joven y una mujer también joven, van a poner una escuela para enseñar a escribir cosas interesantes y bellas.
- ¿Cuándo y dónde será eso?
- Ya están apuntando a los que llegan y las clases las dan en el rellano del Rey Chico, cerca del río Darro y el Puente del Aljibillo.
- ¿Y por qué ahí?
- Dicen ellos que es el lugar ideal para formar a los futuros artistas. Frente a las torres de la Alhambra, no lejos del bosque y acompañados del rumor de las aguas del río. ¿Qué opinas tú de esto?
- Que esta tarde mismo voy y me apunto a esa escuela.

Al caer el sol, se presentó en la explanada del Rey Chico, cerca del Puente del Aljibillo. Saludó a los dos profesores, más jóvenes de lo que le habían dicho y enseguida el profesor le dijo:
- Ahora mismo estamos impartiendo unas clases. ¿Quieres quedarte y pruebas?
- Me quedo porque tengo gran interés en conocer y aprender las maravillas que estáis anunciando.
- Pues toma este cuaderno, siéntate aquí mismo, frente a las torres de la Alhambra y mirando al río y escribe lo que se te ocurra pero no más de media páginas.

Cogió el cuaderno, sobre el muro de la explanada se sentó, prescindió por completo de los que le rodeaban y se puso a escribir con la misma ilusión que lo hacía cada día. En silencio, aislado de todo cuanto por el lugar ocurría y viviendo lo que sobre

el cuaderno iba dejando. Pasado media hora, el joven profesor le dijo:
- Ya es suficiente. Veo que has escrito media página pero tus letras yo no las entiendo. Léeme tú, por favor, tu propio relato.
Y el joven poeta, se situó delante del profesor, a la derecha de la muchacha que le acompañaba, abrió bien su cuaderno, se fijó en el texto que tenía escrito, respiró profundo y se dispuso a leer. Pronunció algunos sonidos irreconocibles y se esforzó en articular algunas palabras. No le salían porque ni él mismo entendía las letras que había trazado en el cuaderno. Sintiéndose impotente, miró al profesor y al notar éste la dificultad que tenía para entender lo que en el cuaderno había dejado escrito, le dijo:
- No te pongas nervioso e inténtale de nuevo. Quiero oír, con tu propia voz, lo que has escrito.
Y otra vez más intentó sin conseguir articular ni una sola palabra.

El joven profesor miró a su compañera y le dijo:
- Se trata de un caso especial. Que nos deje el cuaderno y que se marche que ya veremos nosotros lo que hacemos.
El joven profesor cogió el cuaderno del poeta y éste, lo despidió, caminó triste hacia el Puente del Aljibillo y mientras recorría las calles para regresar a su casa, se decía: "¿Qué será lo que me ha pasado para no poder leer ni entender ni siquiera lo que yo mismo escribo? A partir de ahora ¿qué voy a hacer con todos los escritos que tengo en mi casa amontonados?

Las ruinas //Br

Caminaba despacio e iba escoltado por tres hombres alto y fuertes. Miraba al frente como intentando descubrir el sitio que le habían dicho, cuando uno de los que le custodiaba, le preguntó:
- ¿Ves aquellas partes altas del terreno?
Miró concentrado y pasados unos segundos, respondió:
- Sí que las veo. ¿Es por allí por donde se encuentra la casa?
- Por allí va el camino y, en cuanto remontemos, verás las tierras y las murallas. Desde el lugar, tendrás las vistas más hermosas sobre el río Genil, Vega de Granada, barrio del Albaicín y las altas cumbres de las nieves.

Desde donde en estos momentos estaban parados, el río Genil le quedaba a su derecha. A solo unos metros y a su izquierda, se veían las laderas por donde ahora se alzaban las nuevas casas. Entre jardines, escalonadas, calles estrechas y algunos trozos de tierra sembrados de hortalizas y chumberas. Por encima del collado hacia el que avanzaban, se vía Sierra Nevada cubierta por las nieves y por donde el sol se alzaba en esos momentos. Porque era media mañana de un frío día de invierno aunque el cielo estaba por completo limpio y mostraba un azul muy intenso.

De nuevo dijo uno de los que le escoltaba:
- Sigamos y no estés preocupado por las cosas que te has dejado donde vivías.
- ¿Podré volver luego a recogerlas?
- No ahora de inmediato pero sí algún día y cuando te hayas adaptado. Sigamos adelante.
Continuaron avanzando por la pequeña senda de tierra e iban escoltado por los tres cuando, al dar una curva dirección al collado, la vieron venir. Una mujer joven acompañada de un hombre también joven que al descubrirlo, ella enseguida dijo:
- Un buen amigo nuestro nos habló mucho de ti. ¿A dónde vas por aquí y de este modo acompañado?
- Voy a vivir en una nueva casa desde donde dicen se ven las mejores vistas de todos estos lugares.
- Pues nosotros vivimos aquí cerca. Pararos un momento, llegad a mi casa, os la enseño y de paso os coméis unas naranjas de la nueva cosecha.

La mujer lo cogió del brazo, lo animó para que caminara confiado hacia su casa y, cuando llegaron a la puerta, abrieron y entraron. Dijo a él y a los que le escoltaban:
- Esta es mi casa. Pasad, os voy a enseñar el pequeño jardín y luego os sentáis en la terraza que en un momento preparo las naranjas que os he dicho.
Como impresionados por lo que comenzaron a ver, caminaron por el pasillo de la derecha. Por donde rosales, jazmines y enredaderas, cubrían y decoraban con elegancia y llenando de frescor y olores a naturaleza. Debajo de la parra, en lo que parecía una pequeña terraza y también balcón hacia un pequeño barranco, ladera y valle del río Genil, se pusieron. En unos bancos

de piedra, se sentaron y él, enseguida se fijó en la ladera que al frente salía del pequeño barranco. Por ahí, le llamó mucho la atención las paredes de piedra delimitando trozos de terreno, algunos con muchas adelfas y zarzas silvestres.

Regresó la mujer con una pequeña cesta de naranjas que puso sobre la mesa de piedra y comenzó a ofrecérselas a los invitados. Al llegar al que iba escoltado, preguntó éste a la mujer:
- ¿Qué son esas paredes y montones de piedras por ese barranco y laderas?
- Las ruinas que por aquí quedan de las casas donde ellos vivían y los pequeños huertos que cultivaban.
- ¿Quiénes fueron ellos?
- Las personas que habitaban en este barranco y que todos llamaban y aun muchos los distinguen como la comunidad judía.
- ¿Y todo lo demás de aquella cultura y comunidad de personas?
- Por aquí, todo lo demás se ha perdido para siempre. Solo esas viejísimas piedras de ruinas por completo abandonadas, quedan. Yo y mi marido, aunque no queramos, cada vez que en este balcón estamos, vemos y tenemos a solo unos metros de nosotros, las ruinas, trozos de paredes y hasta las pequeñas viviendas que estamos observando ahí en frente.

Poco después, con una naranja cada uno en sus manos, salieron de la casa de la mujer. Siguieron caminando, más escoltado ahora que antes por los tres que le acompañaban. Su corazón en estos momentos, estaba triste y de su mente no se borraba el montón de ruinas que había visto. Caminaban lentos y para sí se dijo: “Cuando esté instalado en la casa que dicen van a darme, sin duda que no voy a poder olvidar lo que acabo de ver. Porque tengo la sensación que bajo las ruinas de estas piedras, se ocultan y viven como en una eternidad, las almas y sueños de muchas personas buenas. ¿Por qué misterio los humanos somos capaces de romper y hasta dejar enterrado en el tiempo, miserias y sentimientos, ilusiones y sueños de personas que son hermanos nuestros?”

El corderillo color nieve //Aj Navidad 2013

Cuando las nieves cubrieron las montañas de Sierra Nevada y la escarcha apareció por las riveras del río Darro, en la Alhambra el rey dijo a su general:
- Ve a la majada del pastor del valle y le indicas que lleve a cabo lo que anoche aquí acordamos.
Y solo unas horas después, cuando el sol se alzaba limpio y brillante por encima de las altas torres, el general y cuatro de sus súbditos, salieron de la Alhambra. Montados en sus caballos, recorrieron las sendas dirección al valle de la majada. Al medio día, llegaron al lugar y en ese momento, solo una mujer con su hija, trajinaban por la puerta de la pequeña casa de piedra y monte. La niña, al ver a los caballos y a los hombres con sus ropas militares y armas de guerra, se asustó. Junto a la madre y como protegiéndose de algo malo, miraba sorprendida mientras también en esos momentos, un pequeño perro negro, ladraba a los que habían llegado.

Era diciembre y por eso el frío se colaba hasta los huesos. Las nieves se acumulaban en las partes altas de las montañas y por las laderas y cerca de los ríos y arroyos, las escarchas blanqueaban. Y como la familia de este pastor del valle sí celebraba la fiesta de Navidad, justo hoy se ocupaban ellos en algunos detalles de cara a la llegada del día más importante del año. Preguntó el general a la mujer:
- ¿Y tu marido?
- Por los campos con los animales. ¿Para qué lo quieren ustedes?
- Traemos un recado del rey de la Alhambra. Y como no tenemos tiempo, te lo voy a transmitir a ti para que cuando vuelta, tú se lo digas a él.
- Dígame lo que quiera que se lo comunicaré a mi marido en cuanto vuelva.

Y el general, muy brevemente transmitió a la mujer el encargo del rey y al poco regresaban por los caminos dirección a la Alhambra. En cuanto al caer la tarde el pastor regresó a la majada con su rebaño de ovejas, la mujer comunicó a éste lo que el general le había dicho. Y la niña, nada más saber de qué se trataba, comentó:
- Pues ahora mismo entro al corral y me traigo conmigo al

corderillo color nieve.
- ¿Y eso por qué?
Le preguntó el padre.
- Ya sabes que es mi amigo y como aun es tan pequeño y se le ve tan débil, blanquito y tan bueno, no quiero que se lo lleves al rey. Me quedaré sola y triste si lo pierdo y precisamente por estos días de Navidad, es cuando más lo necesito para compartir con él mis cosas y mis juegos.

En la Alhambra, unas horas antes, el rey recibía a sus amigos, un grupo muy numeroso y les decía:
- Nosotros no celebramos la fiesta de Navidad como si hace el pastor del valle. Pero esta noche, mañana y pasado, os voy a agasajar con la mejor carne de cordero que hayáis comido en vuestra vida. Quiero que lo paséis bien y que cuando luego regreséis a vuestras tierras, digáis a todo el mundo que aquí en Granada, hay manjares que son trocitos de cielo con sabor a las montañas y nieve de Sierra Nevada.
- Hace bien su majestad, obsequiándonos con los mejores corderos criados en estas tierras. Porque como también dice, no celebramos la Navidad pero disfrutar de la mejor cena, no está prohibido. Se lo diremos luego a nuestros amigos para que se asombre del poder y riquezas que tiene el rey de la Alhambra.

En la majada del valle, dentro de la humilde casa, la niña abrazaba al corderillo color nieve. Le daba matas de hierba y le decía:
- Come todo lo que quieras y no te asustes que a ti nadie te hará daño. Eres mi único amigo y por eso te cuidaré y protegeré con mi propia vida.
La madre y el padre la miraban mientras se calentaban en la lumbre de leña seca que ardía en la chimenea. La mujer dijo al marido:
- Si allá en la Alhambra te dan algún regalo por los corderos tan buenos que les hemos criado este año, nos traes de la ciudad algunas cosas para celebrar un poco mejor la fiesta de la Navidad.
- No te preocupes que si me obsequian con algo, cumpliré fielmente lo que me encargas.

Poco después, los tres se acostaron en sus camas de monte y la niña puso a su lado al corderillo color nieve y de nuevo

le comentaba:
- Unos a otros nos damos calor y así también cuido de ti para que no te pase nada.
La noche transcurrió en silencio, sin chispa de viento, con mucho frío y con el canto de algún mochuelo y cárabo por entre los árboles del río. Y a media noche, la nieve comenzó a caer. Sin hacer nada de ruido pero sí en gran cantidad y en copos grandes y esponjosos.

En cuanto amaneció, el pastor se dispuso. Salió de la casa y al ver todo el campo cubierto por un blanco y extenso manto, dijo a su mujer:
- No es un día bueno para llevar a cabo lo que el rey me pide pero tengo que hacerlo porque de lo contrario, será malo para nosotros.
- Pienso como tú y por eso ahora mismo te ayudo en lo que necesites. Los caminos están llenos de nieve y el frío es mucho pero los reyes de la Alhambra no entienden de esto.
En un momento, entre él y su mujer, separaron todos los corderos de las ovejas y al poco, los conducía por los caminos dirección a la Alhambra. Acompañado solo de un pequeño perro blanco y negro y el zurrón de piel de oveja a sus espaldas donde su mujer había puesto algo de pan y queso. Por entre las nieves, el monte helado y los ríos de claras aguas, condujo sin titubear el hato de corderos. Llegó a los recintos amurallados de la Alhambra al medio día y cuando justo en esos momentos en el cielo las nubes se abrían y el sol apareció. En cuanto vieron al pastor con su hato de corderos blancos y lustrosos, los guardianes avisaron al general y éste transmitió la noticia al rey que enseguida dijo:
- Que pase con sus corderos a estos recintos.

Avisó el rey a sus amigos y todos acudieron, les indicó y se fueron sentando a los lados de los salones, en los extremos y al fondo. Les decía el rey:
- Ya veréis qué corderos más hermosos y sanos criados en los pastizales de las montañas más altas y bellas.
- Y esto ¿para qué lo hace su majestad?
- Para que cuando luego esta noche nos comamos sus carnes asadas en las lumbres de leña y sentados en las mesas de este gran palacio mío, tengáis conciencia del manjar tan bueno que os ofrezco.
Alabaron al rey sus amigos y en ese momento, por el fondo de

una sala, aparecieron los corderos guiados por el pastor.

Enseguida el rey miró a este hombre y descubrir como vestía y calzaba, al instante dijo:
- Que le den unos bombines de seda para que no pise y manche el suelo de mármol de estos hermosos palacios mío.
Al oír esto, muy extrañado el pastor comentó:
- Pero majestad, el hato de corderos que ahora mismo desfila por los lujosos recintos de estos palacios suyos, rayan y ensucian mucho más que mis albarca de esparto que han sido lavada por la nieve de los caminos.
- Los corderos son una cosa y tú otra. Ponte los bombines de seda para andar por estos maravillosos palacios míos y luego te los llevas como regalo especial y agradecimiento mío por todo tu trabajo. Te servirán cuando andes por tu casa allá en la montaña y para que aprendas modales.

No dijo nada más el pastor. Siguió guiando el hato de corderos por delante del rey y sus amigos y, al poco, le prohibieron continuar. Le dijo el general:
- Tus corderos ya son nuestros. Dentro de unos momentos los habremos degollado todos y estarán asándolos en las lumbres de leña para que el rey se los coma con sus amigos. Tú, vete de aquí y regresa a tu majada.
- Y con estos bombines de seda ¿qué hago?
- Has oído al rey que te ha dicho que te los ofrece como regalo.

Sin más, salió el pastor de los recintos de la Alhambra, buscó los caminos de regreso y mientras iba surcando los montes, se paraba en los castañares y buscaba castañas. Se decía: “Todas las que encuentre, se las voy a llevar a mi niña y a mi mujer para que nos sirvan de alimento en esta noche de Navidad. Es lo único que puedo llevarles de este viaje mío a la ciudad de Granada”. Caía la tarde y llegaba él a su casa en el valle. Se encontró a su mujer a su niña con el corderillo color nieve, cerca del fuego en la chimenea. Preparaban unos dulces con miel de romero y la niña daba pequeñas hebras de hierba a su cordero y le decía:
- En esta noche, tú no estarás solo ni nosotros tampoco.

En la Alhambra, en esos momentos, degollaban a los corderos que el pastor había llevado. Desollaron luego sus cuerpos, los asaron en las brasas de los fuegos y se los ofrecieron en lujosas fuente al rey y a sus amigos. Sobre las ostentosas mesas, humeaban las carnes con olor a sierra, musgos y romeros, laurel y orégano al tiempo que el rey decía:
- Comed, amigos míos que esta noche invito yo.
Y los amigos comentaban:
- Y una comida como la que nos ofreces, no se saborea todos los días. Tus corderos son los mejores que hemos probado en la vida.

Junto al fuego, en la casa del pastor del valle, su acurrucaba el padre, la madre y la niña. Saboreaban lentamente las castañas asadas en las brasas y luego los dulces con miel de romero que la madre había preparado. Sacó el padre de su zurrón los bombines de seda y ofreciéndoselos a su mujer le dijo:
- Este es el regalo que el rey me ha dado por los corderos que le he llevado a su palacio.
- ¿Y para qué quiero yo esto?
- Según él, para que no manches el suelo de esta casa nuestra cuando andes por aquí trajinando.

Algo triste la niña preguntó:
- ¿Y no te ha regalado nada para mí?
La madre la abrazó y le dijo:
- Tú tienes ahora mismo a tu corderillo color nieve, nos tienes a nosotros que te queremos mucho, todos por aquí tenemos la inmaculada nieve de estas montañas, el profundo silencio de la noche, la música del agua yéndose por el río y la luz del sol y el azul del cielo cuando mañana amanezca. Y todo esto, es mucho más valioso que los palacios de la Alhambra, los reyes y sus amigos.
Desde las torres de la Alhambra y en esos momentos, los guardianes miraban para las montañas y al ver un gran resplandor azul oro por donde la casa del pastor, asombrados preguntaron:
- ¿Qué será aquella luminosidad tan bella que por aquellos lugares arde?

El cortijillo de la fuente //Pa Navidad 2013

Los dos trabajaban en la Alhambra. El marido, en cosas de artesanía y la mujer, en los palacios con los reyes. Tenían dos hijos, niña y niño de ocho y diez años y también jugaban ellos, a veces, con los hijos de los reyes y, en otras muchas ocasiones, con los demás niños de la Medina. Por todos eran muy queridos, tanto los padres como los hijos pero un día, a los dos lo despidieron de sus trabajos y a continuación le dijeron al padre:
- Tú, tu mujer y tus hijos, desde este mismo momento, tenéis prohibido no solo vivir en estos palacios de la Alhambra sino también andar por aquí.
Y suplicando el hombre preguntó:
- ¿Pero qué es lo que hemos hecho nosotros para que seamos despedidos y echados de aquí de esta manera?
- Eso no lo sabemos porque cumplimos órdenes. A partir de ahora, tú y tu familia, os las arregláis como podáis.

Aquel mismo día de invierno, ya próximo a la Navidad y con mucha nieve en Sierra Nevada, salieron del recinto amurallado de la Alhambra. Cargados con algunas de los enseres que tenían y, durante varias horas, en silencio caminaron por las veredas que llevaban a las montañas. Dirección al cortijillo de la fuente que no estaba lejos de la Alhambra. Al levante, cerca del río Genil y a los pies de Sierra Nevada, se recogía entre el monte. Justo al lado derecho del arroyo, a la caída del collado y donde en la vaguada, brotaba un manantial. Por eso a la pequeña construcción, unos lo llamaban almunia, otros, casa con huerto porque rozando sus paredes, existía tierras muy fértiles donde en muchas ocasiones sembraban hortalizas. Otras personas conocían este lugar con el nombre de “el cortijillo de los ciruelos” porque en las fértiles tierras crecían estos árboles. Y muchos, simplemente se referían a él utilizando el nombre de “el cortijillo de la fuente”.

El manantial brotaba por el lado de abajo del collado y antes del cortijillo y el huerto. Por eso y por una rústica acequia, el agua de este venero, se derramaba cómodamente tanto en las tierras fértiles como en la pila de piedra que había en la puerta de la vivienda. Una riqueza muy buena y más porque ni siquiera en los años de menos lluvia, el manantial aminoraba su caudal. Por

eso y desde tiempos remotos, los que habían vivido en este cortijillo, en todo momento se habían sentido afortunado por la abundancia de tanta agua pura y fresca. También por las abundantes hiedras verdes que se agarraban a las viejas paredes del cortijillo y a los troncos de los árboles. Daban sombras muy frescas en los calurosos meses de verano y, de alguna manera, abrigaban en los grises y fríos días del invierno.

En este recogido y bello lugar, se instalaron ellos. Labró el padre las tierras del huerto durante un tiempo y los niños le ayudaban. Recogieron algunas cosechas de berenjenas, espinacas, alcachofas acelgas y melones en verano y con esto iban tirando. Pero, pasado un tiempo y comprobando que en nada mejoraban sus vidas, el hombre dijo a la mujer:
- Debemos irnos a otro lugar.
- ¿En qué lugar piensas?
- Ahora mismo no lo sé pero lo sueño y por eso, mañana mismo voy a marcharme de aquí en busca del lugar que te digo. Deseo para ti y nuestros hijos, un futuro más seguro y bello para que cuando ellos sean mayores, tengan algo más que nosotros en estos momentos.
- Pues sea lo que Dios quiera y que tengas suerte para que ojalá no dentro de mucho, vuelvas por aquí con las manos llenas y el zurrón repleto.
Se marchó el hombre al día siguiente y pasaron los meses y los años y no daba señales de vida ni aparecía por ningún lado.

Por Navidad y aquel año de nieves abundantes en las cumbres de Sierra Nevada, en el cortijillo de paredes blancas y tejas de color barro sucio, solo vivían tres personas. La madre, aun joven pero muy deteriorada por la dura lucha a lo largo de la vida y los dos niños hermanos. Hacía ya mucho tiempo que el padre no estaba. Tanto los niños como la mujer, cada día y en cada momento lo esperaban pero por ningún sitio llegaban noticias de él y de aquí que fueron haciéndose a la idea de haberlo perdido para siempre.

Y aquellos grises días de abundantes nieves, ya en el umbral de la Navidad en el cortijillo hacía más y más frío. La madre había enfermado, no se sabía de qué y como los dos hermanos aun no eran muy mayores, tiritando de frío, con mucha

hambre y asustados por las circunstancias que les envolvían, le preguntaron a la madre:
- ¿Vamos a por leña y con ella, hacemos un gran fuego en la chimenea para que te calientes y recobres fuerzas?
Sabía ella que sus fuerzas no se recuperaban con solo calentarse en la lumbre. Pero como también se daba cuenta que los que se morían de frío y falta de cariño, eran sus dos hijos, les dijo:
- Sí, id a por leña para que el fuego no se nos apague. Cada vez hace más frío y como por la noche la escarcha es tan abundante, ni siquiera cuando sale el sol calienta.
- ¿Y a qué sitio vamos a recoger la leña que necesitamos?
Le preguntó la niña, la menor de los dos hermanos.
- Por el collado de las madroñeras siempre hubo ramas secas de enebro y encinas. Id despacio y tened cuidado que yo os espero mientras tanto, liada en esta vieja manta al calorcito de las ascuas que quedan y poco a poco se apagan.

Con una cuerda de esparto en la mano, envueltos en viejos abrigos y también con una pequeña cesta de mimbre, salieron de la casa, por donde las tierrecillas del huerto y siguieron la sendilla que subía hacia el collado. Recogidos en sí los dos y abrigados lo que podían para que el frío no se los comiera. Por la ladera, se veían salpicadas las madroñeras y de sus ramas, colgaban madroños rojos, redondos y sanos. Era por la mañana, ya casi medio día y por eso el sol, aunque no calentaba mucho sí lucía muy hermoso. Por entre el bosque se oía los graznidos de algunos mirlos y las escandaleras de los arrendajos. Dijo el hermano a la pequeña:
- Aunque hoy el frío es muy intenso y por la noche las heladas han vestido de blanco todos estos lugares, puede que por este bosque todavía haya algunas setas. ¿Quieres que busquemos a ver si tenemos suerte y encontramos?
- Nos vendrían bien para asarlas luego en las brasas y comer calentito aunque solo sea un bocado de setas silvestres.

Y según iban por la senda remontando hacia el collado, se apartaron un poco para la derecha. Cogieron algunos madroños de las matas más viejas y también echaron a la cesta de mimbre algunos puñados de bellotas recogidas en las encinas que iban encontrando. Rebuscaron por entre las hojarascas las últimas castañas que aun por estos lugares quedaban y luego siguieron

buscando con la ilusión de hallar algunas setas. Decía la pequeña al hermano:
- Las setas de este bosque es lo que más le gusta a nuestra madre. Si las encontramos y las asamos en la lumbre, quizá le sirvan para recuperar fuerzas. Ojalá encontremos unas pocas.

Cerca de unas rocas y donde unos majuelos formaban como un pequeño bosquecillo, muy recogido y algo soleado, encontraron un pequeño rodal de níscalos. Quizá los últimos de la temporada pero que un estaban tiernos y muy sanos. Con cuidado, cortaron estas setas y las pusieron en la cesta, entre las castañas, madroños y bellotas. Y, para que los madroños no se despachurraran ni se estropearan las setas, cortó la pequeña unas matas de hierba y recogió unas cuantas hojas secas y grandes de castaños. Sobre la hierba colocó con mucho cuidado los madroños y sobre las amarillentas hojas de castaño, puso las setas, encima de las castañas y bellotas, dejando los madroños en separados en un rincón de la cesta.

Siguieron caminando, volcaron un poco para la umbría de la derecha y en cuanto encontraron ramas secas de enebro, sabinas y madroñeras, hicieron un haz no muy grande. Cargó con él el hermano mayor y la pequeña se encargó de la cesta con los frutos que habían recogido y mientras regresaban hacia el cortijillo, al pasar cerca del manantial, ella dijo al hermano:
- Y si por aquí también encontráramos algunas fresas silvestres para nuestra madre, sería estupendo.
Se pararon un momento a descansar, para beber un trago de agua del manantial y buscar fresas silvestres. No encontraron ninguna porque los fríos del invierno habían quemado por completo, no solo los pequeños frutos sino también las matas.

Siguieron bajando en busca del pequeño cortijillo y ya con el sol bastante colgado en el lado de la tarde, llegaron a la vivienda. Abrieron la puerta y lo primero que vieron fue a la madre liada en la manta vieja. Con la cara muy demacrada e intentando calentarse con las últimas brasas de la mortecina lumbre. En la estancia y no lejos de la chimenea, soltó el hermano el pequeño haz de leña al tiempo que le decían a la madre:
- Ya verás como ahora mismo avivamos esta lumbre y tú y toda esta estancia se calienta.

Y al acercarse la niña, también dijo a la madre:
- Y del bosque, además de leña para la lumbre, también traemos comida para ti.

A su derecha y carca de la mujer muerta de frío y sin fuerzas, puso la pequeña la cesta con los frutos que habían recogido por el bosque. Al poco, la lumbre resucitó y las llamas iluminaron y caldearon toda la estancia. En las brasas, asaron las bellotas, castañas y setas y cuando ya estuvieron a punto y mientras se las comían, la pequeña preguntó a la madre:
- ¿Por qué estamos tan solos en este mundo y ni siquiera tenemos mucho para cenar en una noche como ésta?
La madre abrazó al hijo por su lado derecho y a la niña por su lado izquierdo y les dijo:
- No estamos tan solos, hijos míos. Ahora mismo nos tenemos los unos a los otros, de alguna manera y sin que lo veamos, nos abraza el cielo y esta lumbre y estas castañas, nos calientan y alimentan.

Sobre el bosquecillo de la vaguada y del collado, la noche se cerró. En el cielo se acumularon las nubes negras y espesas y a lo lejos, comenzaron a brillar las luces de en las torres de la Alhambra y sobre la ciudad de la Alhambra y barrio del Albaicín. El silencio se espesó y la nieve comenzó a caer. El frío aumentó y junto al fuego, los tres acurrucados, la niña de nuevo preguntó a la madre:
- Y nuestro padre ¿Dónde estará ahora y por qué no vuelve? ¿Es que ya se ha olvidado de nosotros y no nos quiere?
Y en ese justo momento, fuera se oyó con una ráfaga de viento. Por las rendijas de la pequeña ventana en la estancia del cortijillo, penetraron unos copos de nieve y al extinguirse el ruido del viento, se oyeron pasos aproximándose a la vivienda.

La ladrona //Ba

Corría la tarde del último día del año y el frío era intenso. Se veían muy blancas las cumbres de Sierra Nevada, por el Paseo de los Tristes, la escarcha aun no se había derretido ni tampoco por la orilla del río y laderas hacia la Alhambra. Por encima de las torres de los Palacios Nazaríes, se veían trozos de

cielo azul y muchas nubes negras y blancas que a ratos eran rebaños de ovejas y, en otros momentos, vellones de algodón y montañas mágicas. Los cielos que coronan a la Alhambra, siempre son hermosos, muy llenos de misterios y decorados con trajes de seda bordados en oro y plata.

Ella caminaba sola, por la Carrera del Darro, a la altura del Bañuelo. Y se le veía hermosa, toda su espalda y hasta la cintura, cubierta por una hermosa mata de pelo negro, vestida con pantalones rojos y envuelta en un jersey negro de lana gruesa. En sus manos portaba una bolsa de plástico blanco y avanzaba como abstraída. Mirando para los lados pero no a las personas y como si pretendiera pararse en cualquier momento. Lo hizo al llegar a la altura de la iglesia de Santa Ana. Por aquí, en la calle y a la derecha según se baja hacia Plaza Nueva, hay algunos bares y tiendes con productos árabes. Y estas tiendas, además de las mil cosas de colores que muestran en su interior, siempre tienen las puertas llenas de prendas de vestir. Pañuelos, gorros, mochilas, faldas, bufandas…

Y ella, sin aparentar miedo alguno ni ocultarse de nadie, se paró frente a una de las cuerdas que en la puerta de una de estas tiendas sujetaba pañuelos grandes de colores, los tocó despacio, observándolos y levantándolos para arriba para verlos mejor y después de ojear varias prendas, tiró con cuidado y se trajo para sí una pashmina de seda y lana. Se la echó sobre los hombros y con mucho primor, se la fue colocando alrededor del cuello, por el pelo y por el pecho. Se retiró de la tienda y lentamente siguió caminando calle abajo. Pero dentro de la tienda, todo lo habían visto un hombre joven y una mujer mayor. Rápidos corrieron, salieron fuera y nerviosos le gritaron:
- ¡Eh, ladrona, devuelve ese pañuelo!

En mitad de la calle la joven se paró, esperó inmutable a que el hombre que la perseguía se le acercara y dejó que le arrebatara la pashimna con la que se había adornado. De un tirón y con gran brusquedad, el hombre le arrancó el pañuelo del cuello al tiempo que le gritaba:
- Eres una fresca, sin vergüenza.
Y ella, tal como estaba parada inmóvil en el centro de la calle, como sorprendida y con un débil hilo de voz, solo dijo:

- ¿Yo?
Después de unos segundos y ajena por completo a los que para arriba y para abajo pasaban, siguió caminando. Muy despacio y como si nada hubiera ocurrido. En la puerta de su tienda, el hombre del pañuelo se quedó observándola y al poco vio como se paraba de nuevo frente a la ropa de otra tienda un poco más abajo. Cogió una bufanda de lana gruesa y color gris, se la enrolló en el cuello y antes de que diera un paso más, otra vez se vino hacia ella el hombre que la observaba.

Muy enfadado en esta ocasión y por eso, arrebatándole la prenda que había cogido, le gritó:
- ¿Tú está loca o es que tienes la cara de cemento?
Ni una palabra pronunció la joven. Dócil como un cordero, se dejó quitar la bufanda de lana gris, dio media vuelta y siguió bajando hacia Plaza Nueva. Al llegar a la altura de la calle Pisas, se fue por aquí dirección al museo que al final y al frente se ve. Se paró dos veces en las tiendas que hay en esta calle a la derecha, miró ilusionada algunas de las prendas que en las cuerdas había colgadas y con sus manos y muy tranquila, las alzaba por el aire y las movía de un lado a otro para verla mejor. Descubrió un gorro blanco también de lana y punto grueso y, sin más, lo cogió, se lo colocó sobre la cabeza, distribuyó bien su mata de pelo a un lado y otro y luego dio media vuelta, desanduvo el trozo de calle Pisas, pisó el pavimento de la Plaza Santa Ana y lentamente siguió caminando.

Ajena por completo a los que subían y bajaban y con su bonito gorro blanco de lana decorando su cabeza. Sobre la colina de la Alhambra, las nubes también decoraban y por Plaza Nueva, los turistas miraban mapas, hacían fotos y preguntaban por el Mirador de San Nicolás. Comenzaba a caer la noche y el frío aumentaba. Y ella, al poco se perdía por el comienzo de la calle Reyes Católicos, frente a la tienda de la Alhambra. Pero al llegar a una calle que por aquí sale a la derecha y se le conoce con el nombre de Joaquín Costa, se fue derecha a los contenedores de basura y por entre los cartones y bolsas negras y rotas, se puso a buscar comida.

Navidad a los pies de la Alhambra //Ba

Navidad 2013

I- **Agua con sabor a Navidad**

Todos los días, al caer las tardes, da su paseo. Y siempre lo hace por la Carrera del Darro, Paseo de los Tristes hasta el Puente del Aljibillo. Al llegar a este punto, se para y durante un rato, observa la corriente del río con la imagen de la Alhambra al fondo y en lo más alto de la colina, coge un par de almecinas del árbol que ahí crece, piensa un momento en la muchacha que vive en las cuevas por encima de la Fuente del Avellano, da media vuelta y regresa. Satisfecho consigo mismo por el nuevo paseo y el aire puro que por aquí respira pero no contento del todo.

Porque nunca, en estos paseos de cada tarde, lleva compañía y su corazón la necesita. Sueña con ella pero ya hace tanto que no la ve ni sabe nada de su vida que hasta se ha perdido su memoria imperceptiblemente en el tiempo. Por eso, cada tarde se para justo a la altura de la iglesia de San Pedro, según se sube a la izquierda. Aquí, tras unas rejas de hierro en un pequeño patio que años atrás fue colegio, vive un gato negro. Libre y a su aire pero es muy manso con algunas personas y bastante desconfiado con los que por aquí pasan con perros. Pero a él, le gusta verlo y por eso, al pasar por delante de las rejas, se para, lo llama y al instante, lo ve salir de la caja de cartón que alguien le puso en el dintel de una ventana casi al ras del suelo, para que durmiera.

Y este gato negro, parece que lo conoce y hasta le gusta acercarse a él y dejar que lo acaricie. Como si el animal intuyera la ternura y el amor que en su corazón lleva y por eso se muestra tan confiado. Al salir de la caja de cartón, lo mira, lanza un débil y afectuoso maullido, se estira un poco y después de mirarlo de nuevo, camina lento desde la ventana hasta el pequeño muro de la reja de hierro. Al llegar aquí, da un salto, se coloca sobre el muro pero por detrás de la reja y comienza a ronronear. Con gusto se deja acariciar y hasta alza su cabeza, estira el rabo y se restriega contra los hierros de la reja, indicando de este modo que confía en él y agradece sus caricias. Sin prisa y con cuidado, le regala estas caricias sobre su cabeza, por el lomo y por el cuello. Las personas que por la calle pasan, al verlos a los dos en este

inocente juego, miran. Algunos se paran, hacen fotos y también se acercan para acariciarlo pero el gato negro desconfía. Casi nunca se deja acariciar por estas personas. Y esto a él le sirve para reflexionar y se pregunta: "¿Por qué desconfiará de casi todas las personas que se le acercan y hasta parece temer que lo toquen? ¿Por qué si se viene a mí dócil y con su maullido tierno y, mientras lo acaricio, hace carantoñas y se muestra cariñoso?"

Y la otra tarde, veinticuatro de diciembre, ya invierno y por eso frío, gris, con olor a turrón y reflejos de luces navideñas, por donde las rejas del rincón, se paró. Llamó al gato y al instante salió de la caja de cartón que le sirve de refugio. Se subió al pequeño muro de la reja y comenzó a regalarle suaves caricias, a la par que lo saludaba con palabras afectuosas. Como si hiciera ya mucho tiempo que no lo hubiera visto. Y por eso, prescindía por completo de las personas que por la calle pasaban y de los que se paraban para hacerle fotos. Y tan entusiasmado estaba que ni siquiera se dio cuenta de las dos personas que de pronto se colocaron delante de él.

Dos niñas de unos doce años, pelo rubio, ojos azules, piel de sus caras blanca y suave como la seda, lo miraron y sin pronunciar palabras, comenzaron a regalarle caricias al gato negro. Se le llenó el corazón de ternura al ver sus pequeñas y blancas manos pasando con delicadeza por el lomo del animal al tiempo que volvían sus cabezas y lo saludaban sonriendo. Creyó que eran extranjeras y que hablaban otro idioma y por eso pensó que no lo entenderían si les decía algo. Pero sí advirtió que junto a la puerta de la iglesia de San Pedro, una mujer muy guapa, joven y alta, miraba fijamente y muy interesada. Se dijo: "sin duda, es la madre de estos dos niñas. No haré nada que a ella le haga pensar que puedo dañar a sus niñas".

Sí ahora les dijo:
- Acariciarlo por entre las orejas, encima de su cabeza. Es lo que más les gusta a los gatos.
Y se dio cuenta que lo entendieron porque al instante, pasaron sus delicadas manitas de piel blanca, por entre las orejas del gato negro. Éste, parecía sentirse feliz pero mientras se movía haciendo carantoñas y dejándose tocar, lo miraba como lleno de curiosidad y diciendo: "Son tiernas y bellas estas dos niñas que

parecen gemelas pero no me fío del todo de ellas. Ni tampoco me fío de los que por la calle pasan con sus perros pero confío en que tú me defiendas en caso de peligro".

Por la calle, en ese momento, bajaba un niño pequeño con un vaso de barro en una mano y en la otra, portando una calabaza de peregrino. Al ver a las niñas de pelo y ojos azules, se vino hacia ellas y les dijo:
- Traigo agua con sabor a Navidad ¿queréis un trago?
Las dos niñas, como desorientadas y también como pidiendo ayuda, miraron al hombre que tenían a su lado, luego miraron al niño del agua y después miraron a la madre que las seguía observado desde el otro lado de la calle. El hombre, no supo qué decir porque de nada conocía al niño del agua ni tampoco sabía quiénes eran las dos niñas. Sí le preguntó al pequeño de la calabaza:
- ¿De dónde es esta agua que regalas?
- De corazón de la Alhambra.
- ¿Y eso dónde está?
- Pasando el puente del Aljibillo, al otro lado del río Darro, en la ladera que cae desde la Torre de Comares, brota el manantial.
- ¿Y qué manantial es ese?
- El que surgen del corazón de la Alhambra porque brota de las entrañas de esa colina y por eso es agua muy fresca, clara como el viento más limpio y sabe a Navidad.

Las niñas miraban al hombre, la madre miraba a las pequeñas y el niño de la calabaza dijo otra vez:
- Es la mejor agua que puede beberse aquí en Granada. Acabo de cogerla del manantial de la Alhambra y la regalo porque sabe a Navidad y eso es algo muy bueno y especial para el día de hoy. ¿Queréis probarla?
Les dijo de nuevo a las dos niñas de pelo rubio y ojos azules. Y de pronto oyó que una de estas dos niñas preguntó, en un español muy claro pero con gran acento extranjero:
- ¿Podemos ver ese manantial que dices?
- Si os venís conmigo, en un momento vamos a ese sitio y os lo enseño.
Miraron las niñas a la madre, ésta se vino con ellas, las cogió de las manos y dijo al pequeño:
- Mis niñas quieren ver el manantial ese que brota del corazón de

la Alhambra y yo quiero beber del agua de Granada que sabe a Navidad. Vamos y nos lo enseñas.
- Y también de paso, si tus niñas quieren, les regalo una de estas calabazas de peregrino llena de agua con sabor a Navidad. Mi padre las ha criado en su huerto y el otro día me dio tres para que las llene de agua y la reparta por Granada.

Calle arriba, hacia el Paseo de los Tristes, los vio perderse. La madre con sus dos niñas de las manos y el niño junto a ellas con su calabaza y vaso de barro. El hombre los observó durante unos instantes y regalando una nueva caricia al gato negro, le dijo: "Ya ves las cosas que ocurren aquí en Granada y por estos rincones a los pies de la Alhambra. Agua con sabor a Navidad que mana del corazón de los palacios sobre la colina Roja y niños que van por las calles regalándola. No sé si esto será cierto porque se parece mucho a un sueño pero quizá luego yo también me acerque a ese manantial para seguir jugando con las niñas de ojos azules y con el niño que con su calabaza, regala agua por las calles de granada con sabor a Navidad. Es algo que creo es bueno y hace mucha falta. Y más, si lo llevan a cabo niños como estos".

II- La cabaña

Cruzaron el Puente del Aljibillo, torcieron para la derecha, atravesaron la explanada del Rey Chico, alfombrada toda ella de hojas secas de almeces y por una pequeña senda, se adentraron en el bosque de la Alhambra. El bosque de la umbría que cae desde las murallas y Torre de Comares. La tarde caía y al fondo, por donde el río Darro se alejaba y se ve Granada como sosteniendo al horizonte, el sol se fue tiñendo de rojo violeta. Por entre algunas nubes que también se teñían de naranja y gris ceniza. Las dos niñas caminaban cogidas de la mano de la madre y el niño de la calabaza, avanzaba delante. Con gran seguridad y mostrando un entusiasmo que contagiaba. Por el barrio del Albaicín, al frente y ahora al otro lado del río, las luces de las calles y plazas, comenzaban a iluminar.

Preguntó la madre:
- ¿Tú vives por aquí?
Y el niño del agua le respondió:
- Yo vivo en el Albaicín, cerca del Mirador de San Nicolás. Pero a

veces, muchas mañanas y tardes, me vengo a esta cabaña mía y aquí me quedo durante mucho tiempo. Solo, casi siempre porque me gusta oír el rumor del agua brotando del manantial, con el chapoteo de la corriente del río de fondo y cuando todo duerme en Granada.
Algo extrañado por lo de la cabaña y lo de quedarse solo aquí por las noches, la madre volvió a preguntar:
- ¿De qué cabaña hablas y por qué te gusta quedarte solo por aquí?
- La cabaña, vamos a verla ahora mismo y lo otro, podréis descubrirlo un poco más tarde.

Y al dar una curva la sendilla que seguían, ya bastante elevada en la umbría, apareció ante ellos la cabaña. Una especie de chozo cónico, construido con ramas y troncos de árboles y techado con retamas, lentiscos y juncos. Abrieron mucho los ojos las dos niñas y admiradas dijeron a la madre:
- Nadie nos había dicho a nosotras que había estas cosas en Granada. Es muy bonito y nos gusta mucho. ¿Podemos hacernos amigas de este niño?
- Creo que ya somos sus amigos porque comparte con nosotros sus juegos y su mundo.

En el centro de la cabaña en forma de chozo cónico, ardía un pequeño fuego, a la derecha se veía como una pequeña repisa construida con tablas y encima de estas tablas, se veían algunos alimentos: naranjas, higos secos y nueces. A los lados y al fondo, había unas camas construidas con monte y cubiertas con panochas de maíz. Sobre éstas, unas mantas de fibra de lana, se veían dobladas. Y en la misma puerta de la cabaña, a la derecha y por donde en todo lo alto coronaba la Torre de Comares, brotaba el manantial. Un chorrillo de agua muy clara que, nada más emerger del terreno, caía a una pequeña y redonda poza y luego rebosaba y, en forma de arroyuelo, seguía surcando la ladera hacia el río Darro, por debajo de la cabaña y no muy lejos.

Junto a venero de agua clara, el pequeño soltó su calabaza y vaso de barro, entró a la cabaña al tiempo que decía a la madre y a las dos niñas:
- Ahora mismo sois mis invitados y por eso os pido que paséis. No es muy grande mi cabaña pero cabemos los cuatro.

Sin dudarlo, la madre y las dos niñas, pasaron a interior de la cabaña, se acomodaron junto al fuego porque el frío ahora ya era mucho, en unos rústicos bancos de madera y en estos momentos una de las niñas preguntó:
- ¿Tú te vas a quedar a dormir esta noche aquí?
- Claro que sí. Les he pedido permiso a mis padres y ya lo tengo todo preparado.
- ¿Y nosotras nos podemos quedar contigo?
- Podéis quedaros si vosotras queréis. Naranjas tengo doce, higos pasos, kilo y medio y nueces, poco más o menos. Podemos comer de esto, beber agua de este manantial mío, mientras nos calentamos en este fuego y luego, cuando nos entre sueño, también tenemos camas para dormir y mantas para arroparnos. Las ha tejido mi madre de la mejor lana de oveja.
- ¿Y es emocionante dormir en esta cabaña tuya, cerca del río, junto al manantial y frente al barrio del Albaicín?
- Lo más emocionante del mundo. Ya lo comprobaréis.

Se hizo de noche enseguida, el cielo se nubló, se levantó un poco de viento y, al rato, la lluvia comenzó a caer. El viento se calmó y en esos momentos, solo se oía el tintineo de las gotas de lluvia quebrándose sobre las piedras por la puerta de la cabaña, en el charco redondo del venero y en las pequeñas cascadas que había en el arroyuelo. El silencio era total y por eso se oía con toda claridad la lluvia al caer resaltada por el resplandor de las luces al frente y por el barrio y el rumor del río deslizándose algo más abajo.

De la tabla en forma de lacena, el niño cogió las naranjas, los higos secos y las nueces, le ofreció un buen puñado a cada una de las niñas y a la madre y les dijo:
- No es una cena muy especial de Navidad pero están buenos estos alimentos criados en el huerto de mi padre.
- ¿Y las naranjas también son de tu huerto?
- Cogidas ayer mismo de los tres naranjos que crecen cerca del río. Ya veréis qué sabor más bueno tienen.
Y una de las niñas también preguntó:
- ¿Y tú solo has hecho esta cabaña?
- Yo he ayudado a mi padre que ha sido el constructor y arquitecto. Pero lo de lacena, estas camas y los bancos de madera, sí es obra mía toda entera. Mi padre siempre me dice:

“Vivir en una cabaña como ésta, a los pies de la Alhambra, junto a este manantial de agua tan clara, casi a dos pasos de la ciudad de Granada y del barrio del Albaicín y aquí tanto solo y con tanto silencio, es propio de un rey muy privilegiado”.

Y después de un rato en silencio los cuatro, la más pequeña de las niñas, preguntó:
- ¿Y por eso que dices te contaba tu padre, es por lo que tú construiste aquí esta cabaña?
- Por eso pero especialmente porque en el barrio del Albaicín donde vivo, muchos niños se meten conmigo, me dicen cosas humillantes y también muchos mayores, me juzgan. Me gusta vivir en este lugar porque me siento libre, nadie por aquí se mete conmigo ni me juzga y sí noto muchas veces, que alguien muy grande y bueno, me da su cariño y me quiere de verdad. Sentirme dueño de esta cabaña, el manantial de las buenas aguas, la soledad y el silencio que por aquí siempre hay, me gusta mucho. “El silencio es algo muy valioso y gustar las cosas sencillas y pequeñas, es propio de almas limpias y buenas”, es algo que también me dice muchas veces mi padre.
Y al oír esto, la madre comentó:
- Yo pienso también que en la vida, es muy interesante ser dueño de un sitio especial donde tú puedas decidir y hacer lo que quieras, cuando quieras y de la manera que más te guste.

Otra vez se hizo el silencio. Fuera del chozo, se oía la lluvia caer, ahora cada vez más suave y en menos cantidad. Se oía también, muy poco y a lo lejos, el ruido de la ciudad, algunos motores de coches, las voces de algunas personas y poco más. Porque según avanzaba la noche, las personas se refugiaban en los lugares más cálidos de sus hogares y solo iban quedando por las calles, las luces de colores parpadeando y algo veladas por la fina lluvia y algunas hebras de niebla que desde el río se alzaban. En el centro de la cabaña, la lumbre también se iba apagando lentamente aunque desprendía calor suficiente para caldear la estancia y reconfortar a los cuatro que la rodeaban. Hasta sus oídos también llegaba el rumor del pequeño manantial que, según el pequeño, surgía del corazón de la Alhambra.

Mientras se comían las naranjas, ya como postre después de haber saboreado los higos secos y las nueces, la niña mayor

comentó:
- Pues nosotras y si nuestra madre quiere, podemos venirnos a vivir aquí contigo. Nos gusta tu cabaña, el manantial, el río, la figura de la Alhambra como vigilando en todo lo alto y vivir aquí en Granada pero en este bosque tan lleno de silencios y todo misterioso.
Y la hermana menor preguntó:
- Mamá ¿tú qué piensas?
- Pienso que ahora mismo es muy bonito todo lo que nos está ocurriendo. Queríamos venir por Navidad a Granada para comprobar y ver cómo se viven por aquí estas fiestas y mirad lo que nos ocurren sin que lo hayamos buscado. Mañana cuando salga el sol y veamos mejor todos estos panoramas, respondo a la pregunta que me has hecho.

De una de sus calabazas de peregrino, el niño vació un poco de agua en unos jarrillos de barro, se los dio a la madre y a las niñas al tiempo que les decía:
- Un poquito de agua con sabor a Navidad para completar la sencilla cena que acabamos de celebrar.
Bebieron despacio, saborearon con gusto el agua que el pequeño les ofrecía y en ese momento, se dejó de oír el rumor de la lluvia. Un poco sorprendida, la más pequeña de las niñas, preguntó:
- ¿Ha parado de llover?
De la lumbre el niño cogió un tizón que desprendía un poco de llama, se levantó, abrió la puerta de madera que servía para cerrar la entrada al chozo, salió fuera, alumbró hacia el manantial y al ver el espectáculo, dijo:
- ¡Está nevando! Venid y veréis qué bonito.

Rápidas las tres se levantaron, salieron fuera de la cabaña y sobre ellas, enseguida cayeron los blancos copos de nieve. Miraron para el barrio del Albaicín y al descubrirlo tan en silencio, como perdido y arropado por una fina capa de niebla, con el resplandor de las luces y la nieve cayendo, comentaron:
- Una Navidad de ensueño como solo aquí en Granada ocurre.
Y al mirar para la Alhambra, la vieron toda iluminada, por completo en silencio y con los copos de nieve revoloteando por entre las torres. Durante un buen rato, observaron este mágico espectáculo. Luego volvieron a entrar al chozo y como tenían frío, se envolvieron en las mantas que había sobre las camas y la

madre dijo:
- Aunque mañana, pasado, la semana que viene, dentro de unos meses y a lo largo de los años que aun nos queden por vivir en este suelo, nos ocurran cosas importantes y muchas, no olvidéis nunca esta noche y este momento. Creo que es como un paréntesis en la realidad de este mundo y tiempo, que de pronto se convierte en un trozo de cielo, dentro de una dimensión que se llama eternidad. Nada de lo que a partir de esta noche ocurra en nuestras vidas, será nunca más hermoso, dulce y trascendente que este momento.

Los niños no entendieron mucho lo que la madre les dijo pero sí guardaron silencio. Se acurrucaron un poco más en las mantas porque tenían frío y como el silencio era por momentos más denso y profundo, se quedaron dormidos.

III- Día de Navidad

En el acebo que hay bajo su ventana, por estos días repleto de bayas rojas, al salir el sol unos mirlos se peleaban. La algarabía de sus revuelos y chillidos, lo despertó. Abrió los ojos y enseguida miró al frente. El sol ya se derramaba, limpio y muy brillante, por los pinares de enfrente y por entre los cipreses del jardín. Y descubrió maravillado como todo estaba cubierto por un limpio manto blanco. Pero el cielo estaba por completo despejado y mostrando un azul intenso y puro. No se movía ni una brizna de viento, a nadie se oía por ningún lado, la calle, al frente y a la derecha, estaba desierta y solo los tres o cuatro mirlos del acebo parecían llenar de vida el espacio.

Reflexionó un momento, trajo a su mente la imagen del gato y de los tres niños y la madre por la Carrera del Darro, la tarde antes. Se preguntó: “¿Cómo habrá pasado esta noche ese amigo mío y dónde habrá dormido el niño del agua, las dos niñas y su madre?” Y vino también a su mente por un momento, la imagen de la persona que más ha querido en su vida, ahora por completo ausente. Se vio asomado al barranco y a ella con sus amigas, por lo hondo y entre la vegetación caminando. Ella, joven, risueña, bella como el amanecer de un día de primavera y toda enamorada de sus sueños, de la vida y del momento, dijo:
- Vente con nosotras y nos acompañas.
- ¿A dónde vais?

- Llevamos los libros para devolverlos y nos traeremos otros para leerlos.
- ¿Lleváis con vosotras el que a mí me gusta tanto?
- Tenemos con nosotras tu libro favorito. Vente y te lo regalamos.

Ilusionado bajó aquella mañana por las sendillas del monte y, en el manantial de los acerolos, se encontró con ellas. Miró enseguida a la que su corazón amaba y la vio hermosa como ninguna. Brillantes sus ojos, la piel de su cara relucía pura y todo su cuerpo y el perfume que exhalaba, llenaba el momento y el rincón de un sueño mágico. Le regaló el libro que le había prometido, se lo agradeció y poco después, la vio alejarse con sus amigas hacia un lugar que nunca había visto. Leyendo y sentado allí junto al manantial, se quedó mientras la observaba alejándose y el corazón se le deshacía todo en puro amor, por la esencia dulce y la fresca belleza que derramaba.

Ahora, esta mañana vestida de blanco y Navidad casi perfecta, al recordarla de nuevo, el corazón se le inundó de fresca esencia. Era ya tan viejo y todo había ido cambiado tanto, que ninguna esperanza tenía que aquellos sueños volvieran y se hicieran realidad. Pero los sentía vivos, íntimos, frescos, por completo celestiales y para siempre eternos. La algarabía de los mirlos peleándose en el acebo, de nuevo le trajo a la realidad. Se incorporó, miró durante unos segundos por la ventana y le gustó mucho el espeso manto blanco que cubría por todos lados.

Se lavó un poco, se calzó, se puso la ropa, de la fiambrera de plástico, cogió un puñado de frutos secos: dátiles, pasas y ciruelas y comenzó a comérselas. Al poco, salió de su habitación, caminó despacio y salió de la casa, miró para la ciudad de Granada, con la Alhambra y Sierra Nevada a sus espaldas y más cerca, el barrio del Albaicín. Por un lado y otro, todo lo que alcazaba con la vista, se veía cubierto con una inmaculada alfombra blanca. El sol lucía hermoso, no se movía ni una chispa de viento ni tampoco el frío era mucho. Sí algunos pajarillos, petirrojos, gorriones y mirlos, revoloteaban como nerviosos o celebrando el inusual espectáculo.

Se envolvió un poco más en el gorro de lana y en la bufanda y caminó hacia el centro de Granada. Ni un solo coche

por aquí se movía ni tampoco a nadie por las calles se veía. Pasó por delante del Hospital Real, dejó atrás la Acera de San Idelfonso y antes de la Plaza del Triunfo, torció para la izquierda y comenzó a subir por la empinada calle Cuesta de Alhacaba. En el mirador de la Lona, se detuvo un momento y despacio y lleno de asombro, contempló la grandiosa y amplia alfombra blanca que se extendía por toda la ciudad de Granada. También por la Vega y las sierras a los lados y, sobre todo, por el macizo de Sierra Nevada. El sol ahora lucía más brillante y el azul del cielo era intenso y puro.

Siguió caminando, atravesó la placeta de San Miguel Bajo, recorrió el espacio del Huerto de Carlos, dejó a su izquierda el Aljibe del Rey y después de rozar el Arco de las Pesas, se encaminó hacia el Mirador de San Nicolás. Ya por aquí sí se encontró con algunos turistas que comenzaban a recorrer las calles, entusiasmados por la gran nevada que en la noche de Navidad había caído sobre el barrio del Albaicín, la colina de la Alhambra y toda la ciudad de Granada. Ilusionados como niños, comentaban sin parar, hacían fotos y de las aceras, recogían la limpia nieve y hacían bolas para jugar. Sin hacerles mucho caso, siguió su rumbo y al poco se encajó en el mismo centro del Mirador de San Nicolás. Prescindió de las personas que por aquí también amontonaban nieve para construir pequeñas bolas y hacer muñecos y se fijó en la imponente figura de la Alhambra, la colina y el bosque, todo por completo cubierto de blanco.

Sacó su cámara, hizo algunas fotos, miraba y reflexionaba cuando de pronto, algo le alertó. Por la calle que hay justo al lado de abajo del mirador, subían dos personas, mujer y hombre, preguntando:
- Desde ayer por la tarde no sabemos nada de nuestro hijo. ¿Alguien por aquí lo ha visto?
Algunos pararon a los padres y le preguntaron:
- ¿Tu hijo, el de las calabazas de peregrino y manantial de agua en la umbría de la Alhambra?
- Sí, el mismo. ¿Sabéis algo de él?
- Por aquí nosotros tampoco lo hemos visto.

Y el hombre que paseaba por las calles llenas de nieve, caminó hacia la derecha, bajó las escaleras que llevan a la calle de abajo, se encontró con los padres, los saludó y luego, despacio

les contó lo que la tarde antes había visto por la Carrera del Darro y cerca de la iglesia de San Pedro. A prisa, los tres se fueron calle abajo, pisando nieve y con los ojos puestos en la ladera de enfrente. En un abrir y cerrar de ojos, recorrieron la Cuesta del Chapiz, dejaron atrás el palacio de los Cordova y se acercaban al Puente del Aljibillo, cuando vieron las pisadas sobre el inmaculado manto de nieve por este lugar acumulada. Solo las huellas de dos o tres personas, unas un poco más grandes y las otras, más pequeñas.

En el mismo muro del puente, los tres se pararon, miraron a un lado y otro y luego para la umbría de la Alhambra. Los padres llamaron a su hijo y se disponían a seguir las huellas de las pisadas dirección al bosque por debajo de la Torre de Comares, cuando lo descubrieron. Cerca de la corriente del río, entre un par de piedras gordas y los troncos de unos árboles, liado un una manta estaba acurrucado. Al verlo la madre, corrió hacia él al tiempo que le decía:
- ¡Hijo mío! ¿Dónde te has metido y qué es lo que te ha pasado?
Tembloroso y sin apenas poder hablar, el pequeño dijo:
- No me he ido de casa. Solo que ayer por la tarde, me encontré por aquí con unos amigos y esta noche de Navidad, la hemos pasado juntos en mi cabaña del manantial.
- ¿En qué cabaña y dónde están tus amigos?
- La cabaña se encuentra ahí mismo, cerca del manantial de las aguas con sabor a Navidad. Y mis tres amigos, al amanecer me desperté y vi que no estaban conmigo. He venido a buscarlos y no los encuentro. Pero sigo creyendo que en estos momentos duermen junto al fuego y envueltos en las mantas de lana. Vamos a despertarlos para compartir con ellos este amanecer tan blanco y lleno de tanta luz y cielo azul.

Envolvió la madre a su hijo en una gruesa chaqueta de lana, al tiempo que lo besaba y le decía:
- Sí, vamos ahora mismo y entremos a la cabaña que nos dices para saludar a tus amigos.
Caminaron por la explanada del Rey Chico, siguiendo las pisadas que se adentraban en el bosque y después de andar un buen trecho por las veredillas que iban encontrando, ni rastros vieron de la cabaña ni del manantial. Por eso, pasado un buen rato, viendo la madre que su niño temblaba mucho y apenas podía articular

palabra, dijo:
- Creo que es mejor volver ahora a nuestra casa y cuando caliente más el sol y se derrita esta nieve, regresamos y seguimos buscando a tu cabaña y a tus amigos.

Cruzaron el puente del Aljibillo y subieron de regreso la Cuesta del Chapiz, seguidos por las miradas del hombre que había acompañado a los padres. Éste se embutió un poco más en su ropa de abrigo, se restregó los ojos para liberarse de algunas hebras de hielo que se la habían formado en las pestañas y se dijo: "Voy a regresar caminando por esta calle Carrera del Darro abajo hasta llegar a la reja donde ayer estuve acariciando al solitario gato negro. Quiero comprobar si aun sigue ahí o también lo que ayer por la tarde ocurría, ha sido un sueño".

El cortijillo //Pa

En realidad era y son tres los cortijillos. El primero, en la cañada de Los Juncos y es el de la parte de abajo. El segundo, se le conoce con el nombre de Los Fresnos y se alza en el centro, en la segunda cañada al norte. Y el tercero, el de la historia de este relato, se encuentra en la parte más alta, justo por donde nace el arroyo de los juncos y se le conoce con el nombre de Las Encinas. Los tres cortijillos, pequeñas viviendas construidas de piedras de las montañas, árboles y ramas del bosque, se alzaban y alzan en la pequeña ladera de cara a la colina de la Alhambra. Al lado del levante, se ve Sierra Nevada y muy lejos y al fondo, se ve la ciudad de Granada.

Por Navidad, la joven llegó a esta ciudad. Sola, vestida de azul, con una mochila también azul algo más oscuro y con botas para caminar por las montañas. Alta, guapa, pelo rubio y ojos azules, con una limpia sonrisa en sus labios y, en apariencia, fuerte y muy convencida de su proyecto. Desde la ciudad, caminó hacia las montañas y buscó la senda que lleva al lugar. Varias veces se paró, bebió agua de su cantimplora, miró el mapa y luego siguió. Al medio día llegó al cortijillo de abajo. Al que se le conoce con el nombre de Los Juncos. Aquí de nuevo se paró, soltó su mochila, caminó arroyuelo arriba hasta llegar al manantial

que desde la torrentera y unas rocas, caía al arroyuelo. Lo observó durante un rato, bebió un trago y luego se dijo: “Era y sigue siendo hermoso este rincón del mundo. El agua es abundante y buena, mucha y espesa la vegetación, tanto por el arroyo como por las laderas y el silencio, limpio y hondo como en ningún lugar del mundo. ¿Por qué fue destruido de aquella manera y por qué ahora lo reconstruyen para que lo visiten los turistas?”

Miró para el lado del norte y vio el camino. Con un empedrado casi flamante y en lugar de subir por el arroyuelo como lo hacía en otros tiempos, se veía surcando la ladera por la misma curva de nivel, en busca de segundo arroyuelo y cortijo. Regresó a donde su mochila, cargó de nuevo con ella y, siguiendo el camino casi llano y con su nuevo empedrado, reemprendió la marcha. Una hora más tarde, llegó a la segunda cañada, atravesó las tierras de lo que en otros tiempos habían sido los huertos, sorteó las ruinas de lo que también en otros tiempos había sido el cortijillo de Los Fresnos y se paró un momento. No soltó su mochila ni bebió en el manantial que brotaba cerca del tronco del fresno más viejo. Sí observó despacio y descubrió, en primer plano, la primera cañada, el primer cortijillo, el arroyuelo y la senda por donde había remontado. Más lejos vio las nieves de Sierra Nevada y a su derecha, la colina y las torres de la Alhambra. Respiró profundo, se lamentó de la ausencia ahora por aquí de las personas que habitaban estos cortijillos y se hizo mil preguntas.

La senda, desde este segundo cortijillo, seguía remontando empedrada pero ahora se iba hacia la primera cañada, ya en la parte alta. Se dijo: “Al volcar ese puntalillo, es donde se encuentra el cortijillo que vengo buscando. En la parte más alta del arroyo de los juncos, donde brota el manantial más grande y por donde las tierras son más fértiles y hay vistas fantásticas. Al menos eso es lo que en mi mapa veo escrito y he leído varias veces en el viejo libro. Siento el corazón emocionado y la sangre se me sale del pecho”.

Reemprendió de nuevo su marcha y, siguiendo la bonita senda empedrada no hacía mucho para que por aquí pasen los turistas, continuó subiendo. Caminó durante un buen rato y, un

poco antes de que el sol se pusiera, llegó a las tierras próximas al conocido como el tercer cortijillo. En realidad, el primero por alzarse en lo más alto, donde brota el primer manantial y por ser el protagonista de la historia más cruel, bella y excelsa. Siguió avanzando y ahora, a cada paso que daba, el corazón se le llenaba de miedo y de emoción. Pero esto era lo que venía buscando y había soñado y planificado desde hacía mucho, mucho tiempo.

En el rellano ante del cortijillo, ahora restaurado y convertido en mirador hacia Sierra Nevada, la Alhambra y Granada, se paró. Soltó la mochila, sacó de ella un cuaderno y de éste, un folio escrito que decía: “Te doy tres días para que devuelvas el dinero que me debes. Si no lo haces, al final del tercer día, vendré a este miserable cortijillo tuyo, acabaré contigo, tu mujer y tu hijo y prenderé fuego a todo lo que por aquí encuentre. Firmado: el general dueño de estas tierras y al servicio del rey de la Alhambra”. Sobre la misma piedra donde aquella noche dejaron el papel escrito que contenía este mensaje, ella coloca el folio que acaba de leer. Lo sujeta con una piedra más pequeña para que el viento no se lo lleve y aquí mismo, prepara para montar la tienda mientras se dice:

“Sé que no pudiste devolver el dinero que te pedían porque eras el más pobre de estos lugares. Y por eso, al tercer día, vinieron y llevaron a cabo lo que te habían anunciado. Todo por aquí quedó desolado y tú, tu mujer y tu hijo, desaparecidos para siempre. Pero hoy, por mi cuenta y sin que nadie lo sepa, vengo a rendirte mi más sentido y enamorado homenaje. Para que desde el cielo donde ahora vives para toda la eternidad, veas y compruebes que una muchacha hermosa, joven y de sentimientos limpios, te respeta y quiere como siempre necesitaste. Quiero, con este sencillo homenaje y a mi manera, llenar de dignidad tu presencia por estos lugares”.

Poco después se hizo de noche, junto a la tienda hizo ella una lumbre y antes de acostarse, imaginó como sería, a partir del día siguiente, el mirador que aquí iban a inaugurar para que lo disfrutaran los turistas.

Navidad desde la Alhambra y Albaicín //Ba

Navidad 2013

I- El niño del saco

Caía la tarde y el sol calentaba débilmente. El cielo estaba despejado, mostrando un azul intenso por encima de las torres de la Alhambra. El ambiente era frío y por eso, en la umbría de la Alhambra que desde las murallas cae hacia el río Darro, la escarcha relucía blanca. A pesar del sol que limpio brillaba, todo por este rincón de Granada era gris, húmedo y olía a musgo, propio del más auténtico día de invierno.

Por eso, aprovechando los últimos rayos de sol y para calentarse un poco, cerca del viejo puente se acurrucaban. Frente justo a las ruinas del Puente del Cadí pero al otro lado. Donde la calle se ensancha y junto a la puerta del edificio Zafra, hay un pilar que no tiene agua desde hace muchos años. Justo aquí a la calle le hicieron una acera un poco elevada del nivel del paseo y es el rincón que más les gusta a ellos. Para tomar el sol, como esta tarde, para ofrecer sus pequeños espectáculos con guitarras, flautas y acordeones y también para vender sus sencillas obras de arte: collares, pulseras de cuero, pendientes, colgantes, bufandas y gorros y otros objetos más o menos similares.

Y ellos son los jóvenes de pelos con rastas y barbas largas que viven tanto en las cuevas del Albaicín como en las del Sacromonte y rincones por la Fuente del Avellano. Al caer las tardes, siempre aparecen por aquí con el deseo de que alguien les de unas monedas, como ya he dicho, por las cosas que venden y por las canciones que cantan. Algunos, hasta escriben y reparten poesías. Hoy, se habían parado aquí no solo para tomar el sol sino también para descansar un poco. Momentos antes habían subido por la Carrera del Darro, en una pandilla bastante grande y mezclados con los turistas, portando cajas y bolsas de frutas y verduras. Venían de recoger esta comida en los contenedores de los supermercados y por donde el mercado central de Granada.

El hombre mayor que cada tarde recorre esta calle a los pies de la Alhambra, también se había parado en el pequeño muro, frente a las ruinas del Puente del Cadí. Y observaba con interés al grupo de jóvenes, habitantes de las cuevas, ahora

mismo parados al otro lado de la calle cuando, desde el Paseo de los Tristes, lo vio avanzar. Un niño de unos diez años, no muy alto ni grueso, pelo corto y negro y cara algo redonda y con un saco de esparto en sus manos. Bajaba solo y miraba a los que en dirección contraria, con él se cruzaban sin que estas personas advirtieran su presencia. Tampoco parecían verlo, los jóvenes de las cuevas pero el pequeño sí que aparentaba conocerlos a todos. Por eso, al llegar a la altura del grupo de jóvenes con rastas en el pelo, extendió un poco la mano hacia ellos y dijo:
- Podéis seguir vuestro camino por esta calle arriba en busca de las cuevas que os dan cobijo. Por mi parte, nada os voy a dar ni tampoco deseo nada de vosotros. Continuar en paz en la dirección contraria a como corren las aguas del río.
Al oír esto, el hombre mayor que estaba parado a la altura del Puente del Cadí, observó con gran interés al tiempo que se preguntó: "¿Por qué le dirá a estos jóvenes lo que he oído y hasta parece que con autoridad y sabiduría suprema? No se parece ni mucho menos a los cientos de niños que cada día veo por estas calles de Granada"

Siguió muy atento mirando al pequeño que por la calle bajaba y al poco vio como se paraba justo a la entrada del puente de piedra conocido con el nombre de Espinosa. Se situó junto al muro de la derecha, abrió el saco de esparto que traía en las manos y frente a las personas que iban llegando calle arriba hacia la iglesia de San Pedro, comenzó a realizar algo que desconcertó por completo al hombre que observaba: con la mano izquierda sostenía el saco procurando que se mantuviera abierto y con la mano derecha, señalaba a las personas. Extendiendo el brazo como si les pidiera que se pararan pero lo único que hacía era coger algo invisible de cada una de estas personas. Algo que parecía salir del pecho de todo aquel que con su mano marcaba, sin rozarlo ni herirlo y sin que tampoco advirtieran lo que en ese momento ocurría. No hacía esto con todas las personas sino solo con algunas. Porque las que subían por la calle, ni se paraban ni se daban cuenta de la presencia del pequeño ya que ni siquiera lo veían. Era por completo invisible a todo el que por la calle iba o venía y lo mismo era invisible lo que con su mano derecha extraía de cada una de las personas que señalaba.

El hombre mayor que observaba, sí veía que desde el pecho de cada una de estas personas, al aproximar la mano derecha, salía como un pequeño ramo de flores en muchos colores y casi transparentes que el pequeño apresaba con su mano y echaba dentro del saco al tiempo que decía:
- Tú, vete por la calle de la izquierda. Tú, sigue al frente y tú, vete por esta calle de la derecha.
Y en ese momento, el hombre descubría que las persona señalada, se dividía en dos: la real y de carne y hueso que seguía su camino con la misma serenidad y la otra imagen, la que parecía salir de la personas real, algo transparente y que tranquilamente se iba en la dirección que el pequeño le indicaba. También parecía ajena y por completo obediente a las palabras del niño del saco.

Quiso acercarse el hombre mayor y presentarse ante el pequeño para preguntarle pero permaneció quieto donde estaba. Observando con más interés lo que este personaje hacía. Y al poco, cuando ya el sol empezaba a ocultarse al fondo de Granada y el frío airecillo se dejaba notar, vio que el pequeño, además de divertirse mucho, había juntado una gran cantidad de ramos de flores transparente extraídos como de los corazones de algunas de las personas que por la calle iban y venían. Y vio también y esto es lo que le parecía aun más divertido a la vez que confuso y misterioso, como las calles se llenaban de más y más personas. La calle de la izquierda, la que lleva al Paseo de los Triste y la de la derecha, que parecía como subir a la Alhambra por entre el bosque de la umbría. Y todas estas personas, eran la copia algo transparente de las mismas que caminaban calle arriba hacia la iglesia de San Pedro. Pero ninguna se quejaba de nada ni se echaban de menos entre sí. Por eso seguían pareciendo felices y hasta contentas de caminar en la dirección que el pequeño les había indicado.

Se vía ya casi por completo lleno el saco de los originales ramos de flores que el niño había extraído de los corazones de las personas. Y por eso, se disponía a concluir su misión cerrando su saco de esparto y miraba para la Alhambra hacia donde parecía iba a irse, cuando alguien se le acercó. Era un hombre de estatura baja, pelo blanco, bastante calvo y cuerpo delgado. Traía en sus manos un puñado de ramitas de mirto, muy verdes y con su

cosecha de bayas grises y relucientes. Separó una de estas ramitas, se acercó al niño del saco y se la ofreció diciendo:
- Es mirto criado en el jardín de mi casa, en el barrio del Albaicín y frente a la Alhambra. Te lo regalo porque es Navidad y quiero compartir cosas con las personas de corazón bueno y noble voluntad.
Miró el pequeño al hombre de las ramitas de arrayán, cogió la que le daba, terminó de cerrar su saco y por una estrecha calle que discurre desde el Puente Espinosa hacia la Alhambra, comenzó a subir con su saco de esparto a cuestas y por completo lleno.

Durante unos segundos, el hombre de las ramitas de mirto, lo estuvo mirando y luego siguió su caminar Paseo del Darro arriba. Ofreciendo ramitas de mirto a las personas que encontraba y que ninguna aceptaba. El hombre mayor que apoyado en el muro del río había observado al niño del saco, se fijó ahora en este pequeño hombre con ramitas de arrayán. Se movió, le salió al paso, lo paró y le preguntó:
- ¿Por qué regalas estas ramitas verdes con baya grises y maduras?
Y al ver y oír la pregunta de este hombre mayor, el que sujetaba tallos pequeños y verdes, se paró, miró muy interesado y al rato peguntó:
- ¿De verdad quieres saberlo?
- Crece en mí por momentos más y más la curiosidad. Párate un momento conmigo y respóndeme a lo que te he preguntado.

II- Ramitas de mirto

Oscurecía ya tanto por este rincón de Granada como junto a la Alhambra, por las cumbres de Sierra Nevada y por la Vega al poniente. Por eso las luces de colores que todos los años cuelgan en las calles y plaza de esta ciudad, comenzaron a brillar. Aparecieron guirnaldas y bombillas por la Carrera del Darro, por Plaza Nueva y Reyes Católicos, por la Gran vía y las calles cercanas a la catedral. También por las partes altas del barrio del Albaicín y por las torres y murallas de la Alhambra. Los turistas seguían llenando el Paseo de los Tristes y todos iban a sus casas por completo ajenos a los dos hombres que cerca del Puente Espinosa, estaban parados. Y más ajenos, tanto turistas como muchas otras personas de esta ciudad, estaban al pequeño que, con su saco lleno de ramos de flores transparentes, subía por el

bosque hacia las torres de la Alhambra. El frío se dejaba sentir con más fuerza y también comenzaron a oírse sones de algunos villancicos, recordando que era la fiesta de Navidad.

Sentados en el muro de río, el hombre mayor y el de las ramitas de mirto, prescindían de los que por la calle pasaban y se concentraban en lo que les interesaba. El de las ramitas de mirto, habló y dijo:
- Vivo yo en una pequeña casa en este barrio del Albaicín. Allá en lo más alto y desde donde se ve con toda claridad y grandeza tanto la colina como los montes, torres y murallas que por ahí se alzan. Por eso, desde la ventana de esta humilde casa mía, desde la puerta y desde la estrecha calle que por ahí pasa, cada día al salir el sol, doy gracias al Universo y a Dios en particular, por regalarme este privilegio. Sé que soy afortunado no solo por vivir en este lugar de Granada y del mundo sino también por el sol que cada mañana me ilumina, por el aire limpio que respiro y por los colores de la nieve y del cielo que al fondo y sobre mí se extiende. Algo que muchas personas a lo largo de su vida sueñan y yo tengo sin haberlo merecido de ninguna manera.

En mi pequeña casa, donde vivo desde hace muchos años siempre solo, tengo un trozo de terreno. Y ahí sembré yo hace mucho tiempo y también mis antes pasados, algunas plantas: dos almendros, un granado, un laurel, una higuera y un ciprés. Entre estos árboles, crece una pequeña madroñera, una mata de mirto y un macasar. El mirto es un arbusto de hojas perennes en forma de lanza y ramas de color marrón. Las flores, de color blanco, crecen aisladas y, al igual que el resto de la planta, tienen un intenso aroma. Sus frutos son bayas comestibles que contribuyen, con su color gris azulado, a la belleza del arbusto.

El año pasado, cerca de la mata de mirto y del macasar, sembré cuatro matas de tomates y un día, cuando estas plantas ya estaban con sus frutos muy desarrollados y algunos hasta maduros, un vecino que me tiene manía, me arrancó de raíz estas tomateras. Acción que me llenó de pena y dejó mi corazón muy triste y lleno de sentimientos oscuros hacia esta persona que ahora para mí, ni siquiera merece ser nombrado por el nombre que tiene. Se lo dije a unas personas que conozco y enseguida me dijeron:

- Ese hombre, más rico que todos nosotros porque siempre viste las mejores ropas, come los alientos más esquistos y alardea de ser culto, es un pijo caprichoso, chulo, acomplejado y con sicología de adolecente. Es pobre en su corazón y alma y está vacío de sentimientos nobles y bellos. Tú pasa de él y no entres en su juego aunque nosotros, a partir de ahora lo vamos a llamar "Arrancatomateras".
Y ahora, dejo este tema porque no es lo que en este momento me interesa compartir contigo. Sigo y te digo que la mata de mirto que tengo en mi trozo de tierra, cada año florece en primavera.

Cada año y por estas fechas, sus ramas y tallos, se llenan de diminutas florecillas blancas y muy olorosas. Mi casa, mi pequeño jardín y la calle estrecha y parte del barrio del Albaicín, se impregna entonces del perfume más delicioso que existe en este mundo. Del mismo perfume que gozaron los reyes de la Alhambra cuando en aquellos tiempos vivían en los palacios y ahora todavía por ahí pueden gozar los turistas que los visitan y otras personas. Y como este perfume es tan fino y único, siempre que mi mata de mirto florece, mi corazón se alegra y al mismo tiempo se pone triste. Y es porque siempre deseo compartir estas delicias con alguien y nunca puedo. Porque tienes que saber que nunca, a lo largo de mi vida, he tenido a mi lado a nadie con quien compartir los momentos, sonrisas y penas.

Por eso este año, cuando mi mata de mirto dio su gran cosecha de blancas y olorosas florecillas, me alegré más que otras veces. La cuidé mucho cada día y esperé ilusionado a que aparecieran sus frutos. Mi mata mirto dio una gran cosecha de bayas azules y olorosas y esto me alegró. Esperé a que el otoño llegara y esperé a que también se presentaran estas fiestas del año, el día de la Navidad. Que como todos sabemos, es un día hermoso, lleno de olores, luces y sentimientos entrañables en los corazones de todas las personas.

Por estos días, a todas las personas, se nos llena el corazón de recuerdos, nos entristecemos o alegramos, según lo que a lo largo de los años pasados hayamos ido viviendo y a todos, yo creo que a todas las personas de este mundo, nos invade la melancolía. Nos sentimos más desgraciados y solos que nunca y deseamos más que otros días del año, la compañía de

personas. Deseamos palabras amables y alentadoras y necesitamos abrazo o besos cariñosos y buenos. La Navidad es algo tan entrañable que remueve los sentimientos más profundos de las personas y hace reflexionar sobre nuestra existencia y lo que después de esta vida nos espera.

Por esto y más cosas que ahora no tengo tiempo de contarte, a lo largo de todo el otoño, fui cuidando cada día con más cariño mi pequeña mata de mirto. Y esperaba paciente e ilusionado que llegara este día de la Navidad. Por fin ya llegó y es hoy. Así que ayer por la tarde, después de hacer un pequeño rato de oración y relajarme frente a la figura de la Alhambra, me acerqué a mi mata de mirto. Con mucho cuidado, fui cortando los tallos más verdes y sanos de este mirto mío, procurando que cada uno de estos tallos tuviera una buena cantidad de bayas azules brillantes. Junté un buen puñado de ramitas de mirto oloroso y fresco y, para que no perdieran lozanía, las puse en un jarrito de barro lleno de agua y al fresco de la noche. Porque has de saber que al mirto le gusta mucho tanto el calor del verano como el frío de las nieves y hielo del invierno y también el aire limpio.

A primera hora del día de hoy, en mi casa, cogí el ramito de tallos de mirto, caminé despacio por las calles del Albaicín y al llegar por donde los turistas y otras personas van y vienen, me fui parando antes ellas. Primero con tres jóvenes. Las saludé con respeto, le ofrecí un tallito de mirto y les dije:
- Os lo regla con mi mejor afecto. Es un tallo de oloroso mirto, la planta más hermosas y perfumada de Granada.
- ¿Y por qué nos lo regalas?
- Porque es Navidad y quiero sembrar mi granito de paz entre las personas, ofreciendo el único regalo que tengo.
- ¿Y tenemos que hacer o pagar algo a cambio de tu regalo?
- Únicamente aceptarlo y nada más.
- Pues no lo queremos porque nos parece una tontería.

Como un dardo al rojo vivo, sus palabras y actitud me hirieron el corazón. Primero porque no ser amables conmigo, a pesar de la belleza de sus caras y cuerpos y segundo, porque no caía en la cuenta ella que mi regalo era limpio y bueno y se lo ofrecía por la gran necesidad que en mí hay de amigos, una sonrisa, una palabra dulce o un abrazo. En un día como el de hoy,

todos echamos en falta el calor de personas generosas y sonrisas, abrazos y besos. Y esto era y es lo que, de alguna manera, buscaba yo regalando mis ramitas de mirto. Pero tres las tres primeras personas que se lo ofrecí, solo recibí lo que ya te he dicho. Y sus posturas y palabras me dolieron tanto que hasta lloré.

Seguí caminando por el centro de Granada, Gran Vía, Plaza Bib rambla, Reyes Católicos, Plaza Nueva… cerca de la calle Elvira, a una pareja de jóvenes, le ofrecí mi segunda ramita de mirto. Frente a mí se quedaron parados, me miraron fijos y ella preguntó:
- ¿Quién eres tú y por qué regalas esto?
- Soy un enamorado de Granada, de las puestas de sol, del río Darro, de las torres de la Alhambra y de las nieves sobre las altas cumbres. A nadie tengo en este mundo y como mi soledad es mucha, pienso que hoy es un gran día para regalar a las personas que van por las calles de Granada, ramitas de mirto perfumado.
- ¿Y también eres un charlatán que buscas unas monedas haciendo esto?
- Lo que os ofrezco, es gratis y lo único que a cambio me gustaría recibir son unas simples palabras de agradecimiento y una sonrisa.
- Pues gracias por tu ramita de mirto pero quédate con ella y déjanos en paz. Estamos recorriendo las calles de estos sitios y queremos tranquilidad.

Me quedé con mi ramita de mirto y seguí caminando. Por la Plaza de la Romanilla, vi a unos niños con los ojos azules y pelo rubio que caminaban junto a sus padres y al instante, ofrecí la más lozana ramita de mirto a la niña de unos doce años, diciendo:
- Es mi regalo para vosotros y vuestros padres en este día de Navidad.
El hombre me miró y curioso me preguntó:
- ¿Esto es típico de aquí en Granada?
- Es algo que hago yo como cosa mía particular.
- ¿Y qué tenemos que darte a cambio?
- Absolutamente nada porque sería para mí un placer único que sus niños aceptaran esta ramita de mirto.
- Pues quédate con ella y guárdala sin tanto valor tiene para ti. Nosotros pertenecemos a otra categoría de personas.

Cogía en esos momentos la niña de mis manos el regalo que le había ofrecido pero el padre le dijo:
- No lo cojas ni le des las gracias.
Los dos pequeños me miraron extrañados y desconfiando de mí. Los vi alejarse hacia los pies de la torre de la catedral. Triste por el rechazo y desconfianza que iba encontrando en unos y otros, seguí caminando por las calles. Recorrí Reyes Católico, Puerta Real, la Plaza de la Fuente de las Batallas y por la calle Matías, regresé a Plaza Nueva y luego a la Carrera del Darro. Conforme me iba encontrando con las personas que por aquí paseaban, casi todas turistas, le seguía ofreciendo mi ramitas de mirto. Ni una, ni siquiera una persona, aceptó el regalo que les ofrecía. Así que ya cayendo la tarde y dando paso a las primeras sombras de la noche, subí por esta bonita calle a los pies de las torres de la Alhambra. Al llegar al puente donde tú has visto a ese niño metiendo cosas en un saco de esparto, a él también me acerqué y le ofrecí la ramita de mirto. Y, como has visto, ha sido la única persona que me la ha aceptado. Mi corazón se ha llenado de gozo y por eso ahora ya regreso a mi pequeña casa, algo más contento. Y al encontrarme aquí contigo y dejarme que te cuente la historia que ya conoces, aun más el alma se me ha esponjado. Voy a regalarte también a ti una de estas ramitas de mirto porque noto que eres buena persona y por el detalle de haberme escuchado durante un rato.

Y el hombre de las ramitas de mirto, cogió uno de estos tallos, se lo ofreció al hombre mayor que tenía frente a él y le dijo:
- Para ti como regalo de Navidad y para que el cielo esta noche y a lo largo de los días que aun tengas de vida, te bendiga. Feliz Navidad y hasta otra.
El hombre mayor tembloroso cogió la fresca ramita, se la llevó rápido a su nariz, la olió entusiasmado y en ese momento notó que el pequeño tallo verde que tenía en sus manos, olía a una esencia que desconocía por completo. Agradecido y muy confortado, antes de que se alejara el hombre del relato, le preguntó:
- ¿A qué huele esta ramita de mirto?
- A los jardines de la Alhambra, con sus aires frescos y puros y a las fuentes de aguas claras, al cielo azul que le corona y a las nieves de Sierra Nevada. Pero sobre todo, estas ramitas de mirto mío, huelen a paisajes de cielo y a esa eternidad que todos

llevamos en el alma y continuamente soñamos. Y por ser una planta única en los jardines de la Alhambra y obra perfecta del Creador, divina y regalo muy origina en este día de Navidad.

De nuevo el hombre mayor agradeció el regalo de la ramita de mirto y los dos se despidieron. Por la calle Carrera del Darro, siguió subiendo el hombre de las ramitas de mirto. Durante unos segundos y mientras seguía en el muro del río, el hombre mayor lo observó. Se acordó en esos momentos del niño del saco y por eso miró también para los bosques de la umbría de la Alhambra. Las luces de las murallas y torres, llenaban de claridad toda la umbría y, desde el río y la calle, también las luces proyectaban su claridad sobre el bosque y hacia la Alhambra. Por entre esta vegetación, intentó descubrí al pequeño que momentos antes había comenzado a subir con su saco de esparto repleto de algo en apariencia invisible y maravilloso. El hombre mayor, mirando también ahora para la calle por donde, entre las personas se perdía el de la ramitas de mirto, se dijo: “Los dos van hacia un sitio que nadie ahora conoce y con algo que, al parecer, nada tiene que ver con lo que esta noche el mundo entero celebra. Y en el fondo pienso, que a nadie, absolutamente a nadie ahora mismo interesa ninguno de estos personajes”.

Caminó el hombre mayor hacia el centro de Granada y se dirigió a su casa. Solo también y por entre las cuatro personas que a estas horas aun caminaban por las calles. Todo parecía sumido en un profundo y misterioso silencio.

III- Noche de Navidad

Y solo unas horas después, el silencio en la ciudad entera de Granada, era total. Las personas, casi todas, se habían refugiado en sus casas para quitarse el frío y compartir con los familiares y amigos, alimentos y el calor de estas entrañables fiestas. En las calles, las luces llenaban de fantasías cada rincón y sobre las aguas del río Darro y las fuentes, se reflejaban los colores y las siluetas de las farolas y árboles decorados.

Y marcaban los relojes las horas centrales de la noche cuando, desde la torre de la Alhambra, la conocida con el nombre de la Vela, se vio algo que nunca antes nadie ha visto en esta ciudad. Como una lluvia fina que parecía manar del corazón de

esta torre pero, en lugar de descender desde el cielo, se elevaba por el aire en forma de manadas de mariposas. Reflejando colores muy vivos y no eran gotas sino como pequeña flores con alas que al levarse por los aires, poco a poco se iban extendiendo hacia el valle del río Darro, colina por donde se clavan las casas del Albaicín y la gran vega por donde se derrama la ciudad de Granada. Como en forma de nube que poco a poco iba cubriendo por encima de las casas y quedaba suspendida a unos metros de los tejados, jardines, plazas y calles.

Cada una de estas florecillas con alas y en vivos colores, desprendía destellos bellísimos que, en forma de delicados rayos luminosos, se deslizaban suavemente por todo el amplio espacio de la ciudad y barrios. De una de las casas en el corazón del barrio del Albaicín, por la chimenea y justo en el momento en que las florecillas con alas descendían sobre Granada, se vio emerger una fina columna de humo en tono algo azulado. Por el aire y por entre la amplia nube de florecillas luminosas, se fue extendiendo y poco a poco, también comenzó a cubrir toda la ciudad y barrios. Y justo en este momento, algunas personas y por toda la ciudad, comenzaron a percibir un delicado olor nunca tampoco antes conocido en esta ciudad. En las casas del Albaicín cercanas a la de la chimenea por donde salía la nube de humo oloroso, algunas personas empezaron a preguntar:
- ¿De dónde viene este olor tan delicado?
- No lo sabemos pero ciertamente es un perfume casi celestial.
- ¿Y qué es lo que anuncia?
- Tampoco lo sabemos pero relaja el alma y hasta parece elevarla hacia un cielo maravilloso como nada.
- Salgamos a la calle y busquemos a ver si descubrimos lo que pasa.

Salieron a las calles y, desde las puertas de sus casas, todos empezaron a mirar hacia la Alhambra. Y maravillados empezaron a comentar:
- ¡Mirad lo que sucede allá en la Torre de la Vela!
- De allí mana como un mar de maravillosas lucecitas que tampoco sabemos de dónde vienen ni por qué.
- Pero mirad que fantasía más gloriosa se ve por toda la ciudad. ¿Por qué sucede esto y a qué se debe?
Algunos fijaros sus ojos en el punto de la Torre de la Vela de

donde manaban las mágicas florecillas en forma de luces y mariposas y vieron algo que les llamó la atención. Y fue una niña pequeña la que dijo:
- Allí en todo lo alto de esa torre, está el niño que esta tarde vimos en el puente del río Darro.
- ¿A qué niño te refieres?
- A uno que, un poco antes de la puesta de sol, con un saco de esparto, parecía repartir o recoger cosas de las personas que por ahí pasaban.
- ¿Y qué era lo que recogía?
- Yo no lo sé exactamente pero oí comentar que recogía trozos del alma y sentimientos de los corazones de las personas.
- ¡Qué extraño!
Comentó una mujer mayor.

Y todos se restregaban los ojos mirando fijamente a la Torre de la Vela. La niña volvió a comentar:
- Y si miráis bien, ese niño que hay allí en lo más alto de la torre, parece sacar de un saco las lucecitas que desde ese punto vuelan por los aires.
- Eso es cierto pero ¿qué serán esas lucecitas que saca del saco y echa al aire?
- Quizá sean esas cosas que has dicho tú, que ese niño recogía esta tarde de las personas que pasaban por la Carrera del Darro.

Apareció en ese momento una joven que venía como de la casa que por la chimenea manaba el humo perfumado y al grupo que embelesado miraba para la Torre de la Vela, dijo:
- Vengo de la casa del hombre mayor que ahí vive solitario y esta tarde recorría las calles de Granada regalando ramitas de mirto.
Y enseguida varios preguntaron:
- ¿Y qué?
- Pues que lo he visto ahí en su casa, sentado frente a la lumbre que arde en la chimenea, en silencio y como meditando y echando ramitas de mirto a las llamas.
Al oír esto, nadie dijo nada pero sí, pasado un rato, un hombre mayor comentó:
- Pues lo que pienso yo ahora mismo es que ese humo algo azul que mana por la chimenea de su casa, es lo que está impregnando de perfume a todo este barrio nuestro y a toda la ciudad de Granada.

- Perfume de ramitas de mirto que arden lentamente en la lumbre y que huelen como a cielo y también a Navidad, a incienso y a no se sabe qué maravilloso paraíso bello.

Todos guardaron de nuevo silencio. La pequeña que había descubierto al niño con su saco lleno de rosas aladas, se retiró del grupo, caminó lentamente por la calle, llegó a la casa del hombre de las ramitas de mirto y como encontró la puerta abierta, sin llamar entró. Lo encontró sentado frente a la lumbre y con pequeñas ramas de mirto que iba echando a las llamas para que se quemaran. Lo saludó y le preguntó:
- ¿Te molesto?
- De ningún modo. Pasa y siéntate a mi lado.
En una vieja silla de mimbre, la pequeña se sentó al lado de hombre y enseguida le preguntó:
- ¿Qué es lo que haces?
- Ya lo estás viendo. Echo a la lumbre los tallos de mirto que esta tarde deseaba regalar por las calles de Granada y nadie quiso coger.

Guardó un momento de silencio la niña mientras miraba a las llamas devorando los perfumados tallos de mirto. Luego volvió a preguntar:
- ¿Y por qué huele tan bien no solo aquí en tu casa sino en todo el barrio y Granada?
- Es natural y, aunque todas las personas rechazaran esta tarde el regalo que quise darle, quiero yo compartir con ellos y ahora este perfume tan bueno. El mirto siempre entrega una esencia muy fina y más que apropiado para una noche como ésta.
Desde donde la niña estaba sentada, por una pequeña ventana con rejas, se vía al frente y a lo lejos, la Torre de la Vela y, desde ella subiendo, las mil pequeñas y hermosas rosas aladas que por el aire seguían volando cubriendo los cielos de Granada. Por eso la niña de nuevo preguntó al hombre:
- ¿Y aquellas luces tan bonitas que desde la Alhambra vuelan e iluminan los cielos envueltas en el perfume que tu mirto exhala?

Miró el hombre a la pequeña y le dijo:
- El niño del saco que esta tarde recogía ramos invisibles de flores de las almas y corazones de las personas, es el que está ahora mismo allí regalando flores a las personas que viven en esta

ciudad.
- ¿Y quién es ese niño y por qué hace eso?
- Quien sea él, no importa pero sí valoro lo que hace. Cuando esta tarde recogía ramos hermosos de los corazones de los que por la Carrera del Darro pasaban, no lo hacía de todas las personas. Solo de algunos recogía flores y de otros, nada.
- ¿Y eso por qué?
- Porque no todas las personas de esta ciudad y del mundo entero, tienen flores en sus corazones y almas. Solo las personas de sentimientos puros y bellos y aquellos que obran bien y reparten amor entre los demás. Pero ya estás viendo: esta noche, gracias a la bondad y belleza de las personas buenas y nobles, se llena de luz los cielos de esta ciudad. Y eso quiere decir que, gracias a la presencia, bondad y belleza de las personas buenas a lo ancho de nuestro planeta, el mundo sigue vivo y nosotros los humanos, todos los seres vivos y plantas, respiramos. Si no fuera por las personas justas, buenas y bondadosas, nada de lo que vemos y gozamos cada día y noche, existiría.

Guardó silencio el hombre de las ramitas de mirto. Durante unos segundos también se mantuvo en silencio la pequeña, mirando para la Alhambra y mirando a la lumbre donde ardían las ramitas de mirto. Luego otra vez preguntó:
- ¿Y qué vas a cenar esta noche?
- Nada tengo para llevarme a la boca pero soy feliz sabiendo que el niño del saco, mi amigo y allá en la Alhambra, reparte e ilumina los cielos de Granada.
- Pues espera un momento que voy ahora mismo a mi casa, le pido a mi madre comida y vengo y la comparto contigo. Así te alimentas con algo mientras yo te doy compañía.
- Aquí seguiré sentando mientras te espero.

A prisa salió la pequeña de la casa, caminó por las calles del barrio y rápida entró donde vivía y les contó a los padres lo que había visto y ahora sabía. La madre le dejó que cogiera la comida que quisiera para que la compartiera con el hombre de las ramitas de mirto. A toda prisa, se puso y cogió comida, un poco de varias cosas y salió a la calle con una péquela cesta de mimbre con la intención de regresar a la casa del nuevo amigo que ahora tenía. Pero cuando de nuevo ahora pasaba por la calle, de repente oyó a muchas personas que mirando para las torres de la

Alhambra, exclamaban:
- ¡Oh, qué bello y emocionante!

En ese momento, desde la Torre de la Vela, salió como volando y se alzaba por los aires, una gran rosa muy hermosa que reflejaban todos los colores del arco iris. Tenía como dos suaves alas que movía lentamente para desplazarse por el espacio por encima de la Alhambra y Granada. Corrió ella hacia la casa del mirto para anunciar también ahora a su amigo de lo que ocurría y al llegar, vio que nadie había sentado frente a la lumbre. Sí ésta seguía ardiendo y en sus llamas quemándose los perfumados tallos de arrayán. Llamó a su amigo y al no obtener ninguna respuesta, miró por la ventana y vio a la maravillosa y gran rosa de mil colores que, por el aire, venía como hacia el barrio del albaicín. En sus pétalos se veía como una delicada y bellísima sonrisa y en las alas de colores y como tejidas con esencias de flores, en una se podía leer la palabra: “Feliz” y en la otra, la de la derecha: “Navidad”.

El taller de los libros antiguos //Ba

Su taller era muy antiguo y estaba enclavado en el Albaicín, cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Una sola estancia tenía en forma rectangular, no muy ancha y con una gran mesa de madera en el centro. Era aquí donde él ponía los libros antiguos que le daban para que los encuadernara o restaurara. No muchos libros porque en aquellos tiempos, pocas personas los poseían pero como su taller estaba no lejos de la zona donde se alzaban grandes casas de personas con dinero y hasta pequeños palacios, las familias y dueños de estas viviendas, sí poseían pequeñas bibliotecas. Era esto como un signo especial de cultura y estatus social.

Por eso, algunas de estas familias, encargaban al dueño del taller la restauración de sus viejos libros de historia, literatura, manuales o libros de viajes. El hombre, padre de una sola niña de diez años y esposo de una gran mujer, hermosa, honesta y muy trabajadora, se prestaba con amor a estos trabajos. Pero como nunca ganaba los suficiente restaurando libros viejos, también él en su taller, modelaba pequeñas obras de madera de raíces de

olivo. Una madera muy noble y con dibujos muy bellos que a él le servía para dar forma a verdaderas obras de arte que luego vendía a las familias nobles de las casas señoriales y a las personas del Albaicín.

A su taller, trajo él un día un hombre mayor para que le ayudara. Le dijo:
- Te pagaré bien si cumples con el trabajo y haces las cosas como es debido.
El hombre, de muy poca cultura, con escasa inteligencia, modales toscos y palabras, a veces agrias y mal sonantes, enseguida le cogió manía a la pequeña. Especialmente cuando ésta, siguiendo los consejos del padre, se esforzaba en que todo el taller estuviera ordenado y limpio. Le decía al hombre mayor:
- Es bueno que trabajes mucho y que muestres gran empeño en lo que mi padre te encarga pero también es bueno que hagas las cosas como él te dice, que no le contestes y que seas limpio y ordenado.
Y el hombre agrio, con miradas desencajadas y en actitud de prepotencia, decía a la pequeña:
- Tú me dejas en paz que yo sé muy bien lo que tengo que hacer.
- Pero el dueño de este taller es mi padre y a él le gusta el orden y la limpieza.
- Y como yo soy más inteligente que tu padre y que tú, hago las cosas a mi manera y así quedan. Y tú, una mequetrefe, no tienes por qué decirme a mí lo que debo o no hacer y de qué manera debiera comportarme.

A lo largo del día, muchos ratos dedicaba la pequeña a ordenar y limpiar el taller de su padre. Y como éste, cada vez más descubría que la niña mostraba mucho interés por la artesanía, con frecuencia le enseñaba algo en la restauración de los libros y en la madera que tallaba. Y le decía:
- Ya sabes que lo mejor en un taller como el nuestro, es tenerlo todo ordenado y limpio. Así, cuando los clientes nos visiten, se llevarán una muy buena imagen de nosotros.
Y ella le comentaba, cuando el hombre agrio no estaba presente:
- Pero padre, este hombre, aunque hace mucho trabajo, no es cuidadoso ni educado con nosotros ni tampoco le gusta el orden ni la limpieza.
- Ya me he dado cuenta de eso, hija mía.

- ¿Y no puedes hacer nada para corregirlo?
- Si lo trato yo a él como él se comporta con nosotros, me rebajo a su nivel y eso tampoco es bueno.
Y la chiquilla, no acababa de comprender lo que el padre le decía pero a su corta edad, su padre era el modelo.

Un día de otoño, el dueño de este taller, salió de Granada a un viaje largo. Le dijo a la hija:
- Tú no discutas con el que trabaja en el taller pero procura que todo se mantenga ordenado y limpio. Te dejo este encargo y me voy tranquilo porque confío en ti.
Y la pequeña, aquel mismo día y al siguiente, se dedicó a limpiar el taller a fondo y a ordenar todos los libros que había en cima de la mesa. Y como el hombre agrio no respetaba nada de lo que la niña hacía, volvía a coger los libros y los colocaba donde le parecía. Y muy enfadado le decía a la pequeña:
- Que ya te he dicho mil veces que sé muy bien lo que tengo que hacer.
Algo disgustada, sentía ganas de enfrentarse a este hombre y decirle también una vez más que hacía las cosas tal como su padre le había pedido. Pero se aguantaba para no discutir con él y por no oír su voz desagradable y sus palabras crudas y mal sonantes.

Por eso, al segundo día de la ausencia del padre, se le ocurrió una idea. Se fue a la noguera del jardín en la puerta de su casa y en las ramas bajas, tronco y cruces de las ramas, comenzó a colocar los libros que ya estaban restaurados. Con mucho cuidado para que no se cayeran. Al ver esto, el hombre agrio le decía:
- Desde luego, vaya cabecita la tuya con el teatro que te has inventado.
- Pues al menos aquí mando yo y hago y ordeno las cosas como a mí me gustan y como quiere mi padre.

Cuando el padre volvió, al tercer día, lo primero que vio fue la vieja noguera y todos los libros muy bien colocados, tanto en el tronco como en las ramas. Se quedó mirando, miró luego a la niña que en ese momento estaba allí a su lado esperando la aprobación del padre y al poco, se dirigió a ella y le dijo:
- Ni en sueño hubiera yo imaginado que a ti se te ocurriera esto.

- ¿Te gusta?
- No solo me gusta sino que estoy admirado. De esta manera compruebo que tienes tus ideas propias y quieres hacer las cosas bien y con inteligencia. Porque es verdad que no solo se trata de trabajar y hacer las cosas bien como el hombre que aquí tenemos con nosotros sino que hay que ser críticos y abiertos a lo nuevo y al futuro. Me gusta que seas así, hija mía y me alegro que hayas descubierto la tacañería del alma del que trabaja con nosotros.

Entre la nieve, junto al río //Pa

Lo sabe el cielo y mi corazón.

Durante varios días estuvo nevando. Sin parar un momento a lo largo de estos días y por las noches y sin que apenas se moviera el viento. Con el cielo todo cubierto de espesas nubes negras y con las nieblas subiendo por los barrancos y coronando las crestas.

Pero aquel día, una mañana ya casi final del mes de diciembre, amaneció sin nubes en el cielo. Todo azul, con el viento en calma y la nieve reluciendo blanca sobre las cumbres de Sierra Nevada, por las colinas del Generalife y torres de la Alhambra y también por el barrio del Albaicín. Extendida como una inmensa alfombra mágica, por todas las laderas de las montañas y por las llanuras y barrancos. Y, sobre todo, por la ladera de las encinas, el valle de las rocas, por donde la gran curva del río y por el arroyo de los fresnos. Por aquí y esta parte de la montaña, la nieve había caído en tanta cantidad que ni se veían los caminos ni las aulagas ni los romeros.

Pero aquella mañana de cielo azul intenso, fría y blanca como la escarcha más pura, se asomó a la ladera. La de las encinas, frente a la curva del río y el valle de las rocas. Y, antes de continuar avanzando, se paró justo en lo más elevado. Miró, durante largo rato y descubrió que toda la ladera estaba cubierta por una gruesa capa de nieve. Se dijo para sí: “Me gusta esto. Así que no tengo miedo ni me acobardo”. Y pasado unos minutos meditando y sin dejar de observar, respiró hondo y susurró: “¡Dios mío, si estuviera!”

Y transcurrido un largo rato, comenzó a caminar. Pisando la blanca nieve y dejándose deslizar por ella como en los años lejanos, cuando todavía era pequeño y luego ya de joven. Y su gozo fue inmenso. Recibió la caria del aire en el rostro y sintió como si cayera al universo de sus más bellos sueños. Esquivó el pino centenario, la encina de tronco retorcido, la roca boronda y el acantilado de la izquierda. Y, sin preocuparse nada más que de la sensación que gustaba en el corazón, descendió y descendió hasta aterrizar en las tierras llanas del valle. Justo por donde el río se remansa y, a la derecha, se apiñan los fresnos.

Sintió voces y miró. Por la ladera de enfrente, solana, los vio. Eran los mismos de siempre, con sus mismas vestimentas y la misma actitud. Se dijo en su corazón: “¿Cuándo dejaréis de recorrer estas montañas como feriantes que solo buscan divertirse en la fiesta? ¿Cuándo descubriereis que estos lugares son sangrados y por eso antesala del cielo?” No les hizo caso. Metido en sí, caminó ahora hacia el bosquecillo de los fresnos. Buscó por entre la vegetación y las rocas y encontró el refugio. Construido de madera, pegado a unas de las rocas más grandes y muy cerca del cauce del arroyo. Desde aquí se veía al fondo y algo lejos, la colina de la Alhambra y las altas torres como clavadas en el tiempo.

Al llegar empujó la puerta, abrió y pasó dentro. Vio la chimenea y, a la derecha, el montón de troncos y ramas secas. Se puso, prendió fuego a las ramas más delgadas y luego echó troncos más gruesos. El fuego prendió con fuerza y, por eso en poco rato, toda la estancia estaba caldeada. Frente a la lumbre se sentó, abrió su mochila, sacó los alimentos y se puso a comer. Y, mientras contemplaba las llamas, saboreaba los alimentos y fuera el silencio se fundía con el frío, para sí otra vez se dijo: “Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

Nace un niño //Pa

La noticia llegó hasta los campos. Y él, que también trabajaba la tierra, alzó su cuerpo, miró despacio al horizonte y dijo a sus compañeros:
- Yo voy ahora mismo a verlo.
Y los que le acompañaban también comentaron:
- Nosotros no podemos dejar el trabajo porque, si se entera el dueño, nos despide. Vuelve pronto y nos traes noticias.
Y no se habló más.

En la misma tierra dejó sus herramientas, se puso un poco de ropa, lavó sus manos en el agua del arroyuelo y, sin perder más tiempo, recorrió el camino en busca del lugar. Llegó al pueblo, preguntó y fue directamente a donde la madre con el niño. La saludó, le dio besos y luego dijo:
- El nacimiento de un nuevo niño, en estos tiempos, es la noticia más grande. Y este niño es el más bello que nadie haya visto nunca.
Ella le dio las gracias y luego comentó:
- Mi casa se ha quedado sola. Regresa y lleva a los vecinos la noticia de este acontecimiento. Da de comer y beber a los animales que allí tengo y luego vuelve a los campos y comparte con los demás lo que tus ojos están viendo.

Regresó por los caminos y, mientras bajaba por la senda que surca la ladera de los romeros, se dio cuenta que por el cielo revoloteaban una pequeña bandada de palomas. “Parece como si también se alegraran de la presencia del niño que ha nacido”. Y, en este momento, una de las palomas, se separó de la bandada y se vino volando como a su encuentro. Como si pretendiera acercarse para compartir con él la alegría del acontecimiento.

Llegó al cortijo, dio de comer y beber a los animales y luego, de nuevo se puso en camino para regresar a los campos. Junto a las aguas del río se encontró con los niños que se divertían con sus juegos. Les dijo:
- Os traigo una gran noticia: un niño dulce y muy pequeño acaba de nacer. Lo he visto con mis propios ojos y es lo más hermoso de este mundo.
Y los niños dijeron:

- Queremos verlo.
- Venid conmigo, se lo decimos a los que trabajan las tierras, también a los pastores y a los demás de estos campos. Luego todos juntos volvemos y os enseño dónde ahora mismo se acurruca el ángel que os anuncio.

Y los niños le siguieron. Llegaron a los hombres que trabajaban las tierras y les dijeron:
- Es el milagro más grande que nunca se ha dado por estos lugares y quizá en la tierra entera. Vamos todos junto a comunicárselo al dueño.
- ¿Y si nos despide porque hemos abandonado el trabajo?
- Le decimos que él también se venga con nosotros y que vea.
Y no se habló más. Unos se fueron en busca del dueño, otros hacia la montaña al encuentro de los pastores y otros para la ciudad. Y el que había visto al niño, a unos y a otros, les repetía:
- Y decidle a todos que hay que organizar una fiesta. El nacimiento de un niño, es lo más grande de todo.

El río Azul verde //Pa

Estuvo un tiempo estudiando en Granada, después volvió a su país unos meses, al curso siguiente se fue a Canadá para seguir estudiando y, al tercer año, volvió a España pero en esta ocasión, a la ciudad de Bilbao. Y aquel año, cuando el otoño llegó, un poco antes de la Navidad, lo llamó y le dijo:
- Aprovechando que estoy en España, en las vacaciones de Navidad, regresaré unos días a la ciudad mágica.
Y él le contestó:
- Será como un sueño volverte a ver. Desde que te fuiste, nada es igual por los rincones de la Alhambra.

Y desde ese instante, su pensamiento solo se ocupaba en el momento del encuentro. Se decía: “La recibiré con mi mejor abrazo porque ella siempre fue buena conmigo. Y, en toda ocasión en aquellos días, me regaló su mejor sonrisa. Mi corazón salta de gozo solo pensar en ella y hasta la luz y el aire de esta ciudad me sabe a nuevo. Tengo que llevarla a los paisajes del río azul y verde que tan bello es y tampoco conoce”.

Llegó a Granada un día gris de invierno aunque algo soleado y con poco frío. Le regaló su sincero abrazo y ella lo recibió con la mejor sonrisa al tiempo que dijo:
- Mi encuentro contigo y con mi amiga aquí en Granada, es lo más dulce que ocurre en mi vida desde que me fui de este lugar. No quiero de vosotros y de esta ciudad más regalos pero sí que estoy deseando conocer y recorrer los paisajes que tanto a ti te fascinan y no pude ver en aquellos días. ¿Vas a llevarme a esos lugares?
- Ahora mismo nos ponemos en camino y te llevo a los lugares que tantas veces ya te he dicho.

Él a su derecha y la amiga a su izquierda, recorrieron las calles de Granada observados por los que llegaban. Y mientras caminaban con el corazón henchido de gozo y exultantes por la alegría del encuentro, la que llegaba, no paraba de sonreír y regalar a los amigos su dulzura diciendo:
- Me parece sueño sentir el calor de vuestros cuerpos acariciando mis brazos. A los dos os quiero como nunca mi corazón ha querido a nadie en este mundo. Sois para mí una bendición del cielo.
Y él y la amiga de Granada, le correspondían con palabras también muy amables y apretando más y más sus brazos contra ella. Al llegar a las calles próximas a la Alhambra, la vieron más misteriosa que nunca por la luz que en ese momento el sol derramaba sobre las torres y palacios. Algunas nubes negras con bordes blancos y como bañados en oro, la coronaban y al fondo, aun el misterio parecía más grande, hondo y como expectante.

Salieron de la ciudad de Granada y, por los caminos que llevan a las montañas de Sierra Nevada, caminaron durante algunas horas. Y llegaba el día a su centro cuando por fin pisaban la hierba de la llanura por detrás de la vieja casa. Al ver el paisaje, con las altas montañas de Sierra Nevada al fondo, el arroyuelo deslizándose limpio por el centro de la llanura y los otros arroyuelos bajando por los lados, la que volvía a Granada, gritó alborozada y corrió pradera abajo en la dirección de las aguas y con los brazos abiertos al tiempo que decía:
- Nada en el mundo hay comparable a esto.
Y entonces él le dijo:
- Pues espera un momento y ya verás en cuanto volquemos el cerrillo hacia el río.

- ¿Qué hay ahí?
- Tienes que verlo para comprobarlo.

Atravesaron la llanura de la hierba, dejando la vieja casa a la derecha, remontaron el cerrillo y al asomarse, vieron el río. Allá en lo más hondo y como alejándose hacia el corazón de las altas montañas. Por lo más alto del puntal, descendieron al encuentro de las aguas y al llegar donde un gran charco alargado se remansaba, se acercaron todo lo que pudieron. Por la misma orilla caminaron hacia la amplia curva y la junta de los arroyos y mientras avanzaba, la que había vuelto a Granada, de vez en cuando se paraba, miraba fijamente a la corriente y luego comentaba:
- Nunca en mi vida he visto yo ni siquiera en sueños, transparencias y colores tan delicados y puros como lo que este río refleja. ¿De dónde sale esto?
- Pertenece a los misterios más profundos de Granada y que tienen conexión con la Alhambra pero que muy pocas personas conoce.
- ¿Y por eso queréis que los vea?
- Por eso y para que, ahora que después de tanto tiempo vuelves, conozcas y veas lo que en otras ocasiones no pudiste.

Saltaron la corriente del arroyuelo, caminaron unos metros más y, al poco, se encajaron en la pequeña llanura de las tres encinas. Una especia de entrada hacia el río donde el terreno era por completo llano, la hierba cubría espesa, varios rincones ofrecían tonos singulares y las encinas eran gruesas y muy frondosas. Caminó él hasta el borde mismo de las aguas y le pidió a la que había llegado que mirara. Frente al río que se alejaba como hacia el levante, descubrió la masa de agua azul verde. Serena, muy tranparente y como reflejando los colores del cielo, el blanco de las nieves en las cumbres y, al mismo tiempo, la serenidad y un misterioso mundo bello.

De nuevo dijo la que había llegado:
- Regalo como este no me lo imaginaba.
Y confirmó él:
- En Navidad, además de comidas, felicitaciones, abrazos entre las personas y pensamientos nobles hacia los pobres de la tierra, es también muy importante esto que ahora mismo tenemos ante

nosotros.
- Nunca nadie ni me enseñó ni me dijo nada igual. Quedémonos aquí esta noche y vivimos una Navidad diferente. ¿Os apetece?
Preguntó la que había llegado. Y los dos amigos respondieron:
- Para que veas y sepas que en Granada hay monumentos únicos y se viven sensaciones que muy pocos conocen.
- Y para que a partir de ahora me sienta más orgullosa de teneros por amigos.
Confirmó ella.

Las oropéndolas de la Alhambra //Aj

Por entre los olivares, alamedas y
naranjales de la Alhambra, se les oyen
cantar pero muy pocos las ven.

El niño pobre, se divertía de la manera más sencilla: por entre los olivares, al lado de arriba de los huertos del Generalife, donde trabajaba su padre. Mientras éste labraba las tierras, sembraba y cuidaba las plantas, el niño pobre se iba de olivo en olivo descubriendo misterios y poniendo nombres a las cosas. Esto era para él, el más divertido de los juegos porque se sentía libre y aprendía cosas muy interesantes. Continuamente preguntaba al padre todo aquello que iba encontrando y todavía desconocía. Y, además, desde su pequeño territorio, en todo momento tenía una vista muy especial tanto de las torres de la Alhambra como de todo el recinto amurallado, la Medina y la Alcazaba.

No tenía amigos y por eso se interesaba mucho por cualquier animalillo que encontrara. Trigueros, mirlos a algún mochuelo que se refugiara en los huecos de los troncos de los olivos, los cernícalos que por los aires revoloteaban y hasta de las águilas, palomas y tórtolas. Y fue así como un día, al comienzo de la primavera, de pronto descubrió un ave que nunca había visto antes. De cuerpo más o menos como el de un mirlo pero con plumas muy vistosas: amarillas verdes y pico algo rojo, con plumas negras en la cola y alas, decoradas con matices algo blancos y azules. Lleno de curiosidad preguntó enseguida al padre

y éste le dijo:
- Esta ave, viene todos los años en primavera por estas tierras desde las regiones cálidas y se le conoce con el nombre de oropéndola. Su canto es muy dulce y su comportamiento, huidizo y poco sociable con las personas.
- Pues yo quiero hacerme amigo de estos pájaros tan bonitos.
Dijo sin titubear el niño.

Aquel día, al siguiente en los que fueron llegando después, se fue por entre los olivares, muy sigiloso, con la intención de acercarse al colorido animal. La sintió cantar y luego la vio varias veces posada en las ramas de las higueras, en compañía de otra ave de colores aun más brillantes. No las molestó y a los pocos días, las vio tejiendo un nido en las horquilla de un olivo. Tampoco las molestó pero sí, después de aquel momento, prestó mucha atención para no perderse ni un detalle de lo que los pájaros hacían. Y descubrió que, ya con la primavera un poco avanzada, tenían su nido terminado y al poco intuyó que dentro de este nido, las aves pusieron sus huevos. Le decía al padre:
- Su nido parece de seda y algodón y cuelga como un péndulo, en las romas de los olivos. Tú nunca me lo rompas y dile a tus amigos que también lo respeten mucho.
- No romperé yo nunca este nido ni tampoco molestaré a los pájaros que a ti tanto te gustan.

Y pasado unos días, el niño descubrió que las aves iban y venían con mucha frecuencia al nido, portando en sus picos rojos y negros, trozos de frutos e insectos pequeños. Se dijo: “Ya han nacido los pajarillos. Y, aunque me come la curiosidad por verlos, voy a procurar no molestarlos y que crezcan y salgan del nido cuando les llegue el momento”. Pero a partir de aquel día, por las tardes y mañanas y en otros momentos, se sentaba cerca del olivo del nido no solo para observar los movimientos de los pájaros sino también para vigilar que nadie les hiciera daño.

Estaban las crías de la oropéndolas bastantes grandes porque él las sentía llamar a los padres y esto le hacía mucha ilusión. Quería verlas salir del nido y hasta soñaba cogerlas en sus manos, si se dejaban, para acariciarlas y mirarlas más de cerca. Pero una tarde, cuando el niño aun no había llegado a los olivos para vigilar a los pajarillos, uno de los hijos de los reyes de la

Alhambra, se presentó por allí. Vio el nido de oropéndolas, se subió al olivo, lo cogió sin tacto alguno y como no podía ver lo que había dentro, tiró del pasto del nido y lo rompió. Una de las crías de oropéndolas, cayó al suelo y como todavía no volaba, comenzó a chillar. Acudieron los padres y chillaron con fuerza con el deseo de ayudar al pajarillo sin plumas. Al oír la algarabía, corriendo subió el niño y al ver al hijo del rey subido en el olivo y con el nido roto y colgando de las ramas del árbol, le dijo:
- ¿Por qué lo has roto? Eran mis amigos y yo estaba esperando a que se pusieran grandes para que salieran de este nido y se fueran con sus padres.

El hijo del rey, molesto por las palabras del niño pobre, muy enfadado dijo:
- ¿Tú no sabes quién soy yo? Mi padre es el rey de la Alhambra y por eso tengo libertad para ir por donde quiera y hacer lo que me apetezca.
Y el niño pobre, muy desorientado recogió del suelo a una de las crías de oropéndolas, la acorrucó en sus manos, se fue por entre los olivos en busca de su padre y cuando estuvo junto a él, le enseñó el pajarillo y contó lo que le había pasado con el hijo del rey. Muy preocupado el padre lo consoló y luego le dijo:
- Cuida tú a este pajarillo para que no se muera y, cuando ya vuele, lo soltamos para que se vaya con sus padres. Y lo del hijo del rey, olvídalo.

Se puso, en aquel mismo instante, a buscar comida para la cría de oropéndola. Le hizo un pequeño nido en una especie de jaula de madera y cuando notaba que el hijo del rey no andaba por allí, colgaba esta jaula en la rama del mismo olivo donde la pareja de oropéndolas habían hecho su nido para que los padres lo siguieran viendo y lo cuidaran. Y solo unos días después, en uno de los momentos en que el niño andaba por entre los olivos de la parte alta buscando comida para los pequeños pajaritos, apareció otra vez el hijo del rey. Al ver la jaula, enseguida la rompió, se fue con los trozos a los palacios, buscó a su padre rey y le dijo:
- ¿Ves? El hijo del jardinero se está burlando de mí. Yo me dedico a romper los nidos de los pájaros porque no me gustan ni sus cantos ni sus vuelos y él se empeña en protegerlos. No lo quiero como amigo.

Pocos días después, los padres del niño pobre, fueron despedidos de su trabajo, sin derechos ni a protestas ni a dinero alguno ni a tierras ni casa. Se refugiaron en una cueva por el río Darro y el niño pobre, ya no volvió más por el lugar de los olivos. Tampoco volvieron al año siguiente las oropéndolas pero sí el niño pobre las sentía cantar por las riveras del río. Y desde aquellos días hasta hoy, solo algunos años volvieron y vuelven por el lugar algunas parejas de oropéndolas. Muy pocas personas las ven pero sí, al amanecer y al ponerse el sol, algunos las oyen cantar. Y los que conocen esta historia, de vez en cuando comentan:
- Estos bonitos pájaros y por aquí, cuando llegan de sus tierras lejanas, cantan para que los oiga el niño pobre pero, al mismo tiempo, se esconden para que nunca más el hijo del rey las vea,

En las tardes de otoño //Ba

Todavía, en las tardes de otoño y cuando se camina por la Carrera del Darro, parece intuírsele ahí. Sentado al borde del río, mirando en silencio a la Alhambra y al cielo azul que le corona y meditando. Nadie supo entonces ni sabe ahora qué medita o espera pero su silencio y quietud, llena de respeto por la dignidad que desprende y el misterio que encierra.

Era hijo único de una familia muy rica que tenía su palacio en esta zona de Granada. Cerca de las aguas del río Darro, a los pies mismo de la Alhambra y, donde el barrio del Albaicín se derrama como en un lago por donde el río se desliza. Y su palacio era todo de piedra, con columnas, pilares y salones de mármoles y con hermosos jarrones de vidrio y barro decorado. Del techo de estas salas y habitaciones, colgaban lujosas lámparas y las paredes, todas estaban revestidas con azulejos en todas las formas y colores.

Ya estaba el joven para cumplir los dieciocho años y por aquellos días era amigo de otro muchacho casi de su misma edad. Lo había adoptado la familia después de que su padre muriera en una batalla en los ejércitos de la Alhambra. Poco después murió la madre y como esta familia era muy amiga de los

dueños de la casa a los pies de la Alhambra, al quedarse el joven sin padre, se lo trajeron a vivir con ellos. Era un muchacho culto porque había estudiado pero todos decían que tenía un gran defecto. Comentaban:
- Es soberbio como nadie en este mundo y además está acomplejado.
- Y también dicen que es muy vengativo aunque se muestre educado. Detrás de este comportamiento refinado y malicioso, siempre hay malos pensamientos y mucho egoísmo.
- Pues hay que tener mucho cuidado con él. Estas personas traicionan cuando menos te esperas y por eso no son de fiar. Son oscuros, con apariencia de importantes, reaccionan con violencia y atacan con toda crueldad a todo aquel que no se someta a sus caprichos.

El joven hijo de la familia rica ni era inteligente ni tenía estudios. Sí poseía una pequeña enfermedad síquica. Hablaba gangoso, se comportaba y reaccionaba con torpeza porque su inteligencia era escasa y mostraba siempre mucho interés por el aprecio de los demás y hacia los demás. Por eso los padres lo trataban con mucho cariño y siempre procuraban que nadie ni a nadie hiciera daño. Desde el primer día se comportó muy cariñoso con el joven que los padres habían adoptado aunque éste lo trataba con desprecio. Le decía:
- Tú eres tonto y ni siquiera sabes leer ni escribir. No te quiero a mi lado porque solo tu presencia me quita categoría.
Y el joven con deficiencia mental, le decía:
- Pues a mí me gustan mucho las plantas del jardín de mi casa y por eso quiero ser amigo tuyo. ¿A ti te gustan las flores?
- Vete a freír espárragos y ni te juntes conmigo ni me hables. ¿No te das cuenta que tengo estudios y mis padres han sido nobles? De ningún modo quiero ser amigo tuyo.
No entendía estas cosas el joven hijo legítimo de la casa cerca del río.

Pero un día, esta familia y para hacer un poco más feliz a su hijo enfermo, contrataron a un jardinero. Un joven pobre del barrio del Albaicín, con muy escasa cultura pero amable, bondadoso, trabajador y, sobre todo, muy humilde y generoso con todo el mundo. Enseguida el joven disminuido y dueño de alguna manera de la casa del jardín, se ofreció al jardinero para ser su

amigo. Le dijo:
- Quiero que me enseñes a sembrar y cuidar las plantas que dan flores de colores. A mí me gusta mucho verlas crecer y luego cuando abren sus flores y las mariposas y abejas revolotean acariciándolas.
- Pues tú no te preocupes que yo voy a ser tu amigo y los dos juntos, vamos a sembrar muchas plantas para que den flores y también árboles para que echen frutos.

Y se hicieron muy buenos amigos el joven jardinero y el muchacho disminuido. A los pocos días, ya tenían muchas flores sembradas y también, con la ayuda y complacencia de la madre, árboles frutales como higueras, cerezos, moreras, nísperos y azufaifos. Y el joven jardinero continuamente le decía a su amigo gangoso:
- Cogeremos cerezas y luego moras, higos, nueces y almendras en cuanto estos árboles crezcan y den sus frutos. Y ya verás cuantos pájaros van a venir por aquí para llenar de trinos, colores y vuelos todo este jardín nuestro.
- ¡Cuánto me gusta y qué bueno que seamos amigos!

En las macetas y pocos días después, brotaron las plantas que sembraron. Pero no mucho después, el joven adoptado, al descubrir la armonía que existía entre el jardinero y el muchacho enfermo, arrancó las plantas de algunas de estas macetas. Al descubrirlo el joven disminuido, se asustó y se lo dijo enseguida a su amigo el jardinero. Le preguntó:
- ¿Tú lo has hecho?
- De ninguna manera. Ya sabes que soy tu amigo y me gusta sembrar y cuidar las plantas que tanto te gustan a ti.
Al día siguiente, vieron más plantas arrancadas y algunas macetas tiradas por el suelo. Muy disgustado el joven gangoso se lo dijo a su madre y ésta, pensó que podría ser obra del jardinero. No le dijo nada pero como unos días más tarde en el jardín aparecieron arrancados de raíz algunos de los árboles que hacía unos meses habían sembrado, la mujer a los pocos días despidió al jardinero y le dijo:
- Y no vuelvas más por aquí porque mi hijo está muy triste y disgustado.

Se regocijó entonces mucho el joven culto y adoptado y aprovechó para burlarse del enfermo. Éste, al saber que su amigo el jardinero ya no estaba con él, comenzó a irse a orillas del río. Junto a las aguas se sentaba y, en silencio, miraba a la Alhambra y soñaba o meditaba, la madre lo dejaba porque veía que de este modo ocupaba el tiempo y era feliz y el joven adoptado, ni le hacía caso. No mucho después, en el jardín se secaron todas las plantas y una tarde de otoño, el joven enfermo, salió de su casa, cruzó el río, caminó hacia la Alhambra y siguió avanzando hacia Sierra Nevada. Se decía: "Voy en busca de mi amigo para que me diga el por qué en este jardín se están secando todas las plantas que sembramos y porque lo necesito". Y desde aquel día, nunca más nadie supo de él.

Sin embargo, hoy todavía, en las tardes de otoño y cuando se camina por la Carrera del Darro, parece intuírsele ahí. Sentado al borde del río, mirando en silencio a la Alhambra y al cielo azul que le corona y meditando. Nadie supo entonces ni sabe ahora qué medita o espera pero su silencio y quietud, llena de respeto por la dignidad que desprende y el misterio que encierra.

Las naranjas //Pa

Sus paredes estaban desconchadas, en la única ventana que tenía, la madera se había podrido y el escalón de la puerta, hasta había perdido la forma de sus bordes. También las tejas del tejado estaban llenas de musgo, muchas de estas tejas se veían rotas y la chimenea tenía tanto hollín que hasta por fuera relucía de negra.

Sin embargo sus cimientos, eran recios y permanecían inalterables a pesar de tanto tiempo. Porque nadie en el valle sabía en qué momento y quienes habían construido la pequeña casa. Y se alzaba, justo al final de la llanura, a la izquierda del arroyo según se miraba al sol y sobre una pequeña ondulación del terreno, donde afloraban las rocas. Piedras duras porque eran de granito y donde, solo unos cuantos metros más abajo, se extendía el huerto. Una pequeña porción de tierra fértil que el pastor todos los años sembraba y reparaba la valla de monte para que los

jabalíes y otros animales no se comieran las plantas que ahí cuidaba.

Vivía en la casa un matrimonio con tres hijos ya algo grandes. Dos varones y la más pequeña, hembra. “La niña”, la llamaban como expresión de cariño por ser la menor y por la ternura que ésta siempre despertaba y repartía, tanto entre los hermanos como con los padres y amigos. Y un año, al llegar el otoño, enfermó. La cuidaron los padres todo lo que pudieron y, como no mejoraba, acudieron a un hombre mayor que vivía al lado de abajo de la llanura de las encinas, para que les aconsejaran. El hombre dijo a los sus padres:
- Vuestra hija solo sanará si le dais cada día una naranja.
Y como los padres eran pobres y ni tenían tierras ni sembrados con naranjos ni dinero para comprar esta fruta en la ciudad o pueblo más cercano, se afligieron mucho. Comentaron esto con los dos hijos mayores y ellos enseguida dijeron:
- Ahora en otoño ya maduran las naranjas de los árboles que hay por donde el gran río se aleja hacia el sol de la tarde. Podemos ir un día y cogemos de allí un saco lleno.
Y al enterarse la niña que los hermanos estaban planeando ir a coger naranjas que no les pertenecían, le faltó tiempo para comentar:
- Esos árboles son propiedad de los reyes de la Alhambra. De ninguna manera quiero que robéis de allí naranjas para dármelas a mí.
- Pero tú estás enferma y nosotros queremos que te pongas buena.
- Si Dios quiere, de alguna manera nos ayudará y si no, lo que Él tenga en sus planes. Yo no quiero alimentarme con naranjas robadas a los reyes que gobiernan estos reinos.

Y solo tres días después, cuando ya el otoño estaba muy avanzado y hacía mucho frío y la pequeña apenas tenía fuerzas, una tarde aparecieron tres hombres por allí. Venían ellos del naranjal del río con sus borriquillos cargados de naranjas camino de Granada y al pasar por delante de la casa, uno de ellos se paró. Detuvo también a su borriquillo y de los serones, cogió una buena cantidad de naranjas. Llamó a la madre de la niña enferma y le aclaró:
- Llevamos estas naranjas a los reyes de la Alhambra pero por

unas cuantas menos, ellos no van a perder nada. Tómalas para ti y se las das a tu niña con la condición de que a nadie digáis nada. A ver si Dios quiere que dentro de unos días la veamos alegre y sana.
La mujer le agradeció al hombre el bonito gesto lleno de amor y generosidad y rápida peló una naranja y se la dio a su niña. Ésta se la comió con gusto y lo mismo hizo al día siguiente, por la mañana y por la tarde. Al segundo día pasaron de nuevo por allí los tres hombres de los borriquillos cargados de naranjas camino de la Alhambra y de nuevo se pararon y ofrecieron a la madre un buen puñado de estos olorosos y coloridos frutos. Se lo agradeció la mujer y lo mismo la pequeña. Y cuando por tercera vez aparecieron los hombres y regalaron más naranjas a la niña, ésta ahora, con buen ánimo y bonito color de cara, les dijo:
- Ya estoy curada de mi enfermedad y es gracias a vuestro buen comportamiento. ¿Cómo podremos pagaros, de alguna manera, lo buenos que estáis siendo conmigo y con mi familia?
Y el hombre mayor de los tres le dijo:
- Cuando la primavera llegue y juegues por estos campos cortando florecillas silvestres, de vez en cuando, mira al firmamento y acuérdate de pedirle a Dios que en su momento, nos abra las puertas del cielo y nos lleve al mejor de sus paraísos.

Y la niña, en cuanto se recuperó del todo y llegó la primavera, siempre que jugaba por los campos, miraba al cielo de vez en cuando y se acordaba de los hombres de las naranjas. Ya no pasaban por allí con sus borriquillos y a ella le preocupada que los reyes de la Alhambra, los verdaderos dueños de los naranjos, los hubieran castigado por lo que los hombres habían hecho. Por eso, con más interés cada día miraba al cielo y rezaba por ellos. Y sucedió que una noche tuvo un sueño y los vio. Desde la Alhambra y por un camino como de viento y por entre las nubes, los vio subir con sus borriquillos cargados de naranjas. De los serones de esparto, las mejores y de colores más brillantes, iban cayendo y al volar por los aires, se convertían en pepitas de oro, en diamantes transparentes, en cuarzos rosados y azules y también en ramos de flores con todos los colores de la primavera por los campos.

Al despertar al día siguiente, enseguida dijo la niña a su madre:
- Yo creo que Dios les ha regalado a estos hombres, algo muy bueno y maravilloso.
Y la madre comentó:
- Y yo creo que ellos y sus naranjas, han sido para nosotros un regalo muy especial del cielo. El por qué han sido las cosas así sin que lo merezcamos, yo no lo sé pero ahora creo también que en la vida, a veces ocurren milagros. Quizá la inocencia del corazón, el respeto por lo bello y amor para con las personas, sea la explicación de lo que en nuestras vidas ha ocurrido.

La novia de la Alhambra //Aj

Al salir el sol, la vistieron de azul y la llevaron a los jardines. Donde la fuente vertía sus cristalinas aguas y los jazmines exhalaban su fino perfume. De los árboles ya caían las primeras hojas con los colores del otoño y, sobre las cumbres de Sierra Nevada, relucían las recién llegadas nieves de la temporada. Y como las amigas la condujeron por entre las frescas plantas de los jardines, se le veía no solo hermosa sino asombrosamente mágica, reluciente su cara y sonrisa, muy tierna la piel de sus mejillas y toda ella, como la más joven y bella de las princesas.

La pusieron las amigas entre las plantas, junto a las torres de sus aposentos y no lejos de las claras aguas de las fuentes. Y la que parecía principal entre las amigas, jugó un momento con su abundante mata de pelo que le caía y cubría hasta la cintura y le dijo:
- Ya verás qué peinado más original y bonito vas a tener dentro de un rato.
Ella sonrió, miró dulcemente a las personas que le rodeaban y también para los palacios y no dijo nada. Dócil como la más humilde de las jóvenes en los recintos de la Alhambra, se dejaba hacer ilusionada y ajena por completo a todo lo que no fuera la felicidad que en ese momento brincaba en su corazón. La amiga más decidida, se puso a su lado, acarició la melena que le cubría y comenzó a preparar el peinado que había pensado. Las otras amigas la miraban y, con gran interés, fueron observando cada detalle.

En la Alhambra, en todo el recinto amurallado, dentro de los palacios, en las torres y en los jardines, todo transcurría como cualquier otro día. Los soldados se dedicaban a sus prácticas, los artesanos a sus quehaceres y los generales y reyes, a sus reflexiones o charlas con los amigos. Todo bullía como cualquier otro día y nadie prestaba atención a lo que las jóvenes hacían entre los jardines. Solo un joven soñador y casi ignorado de todos y no muy lejos de donde preparaban a la novia, observaba. Y la veía tan fantásticamente hermosa que en su corazón sentía tristeza al tiempo que gozo y una extraña felicidad.

De los rosales, las amigas cortaron muchas rosas blancas y con ellas tejieron una gran corona. La colocaron con cuidado sobre la cabeza de la novia y justo en ese momento, por el lado del sol de la mañana, apareció la carroza. Tirada por seis caballos blancos y toda la carroza también de color blanco, decorada con dibujos color oro y plata. Las amigas condujeron a la novia hasta el carruaje, le ayudaron a subir en ella y, al instante, los seis caballos se pusieron a trotar dirección a las blancas cumbres de Sierra Nevada. No mucho después, se le vio perderse y luego como fundirse por donde las lagunas de aguas azules y verdes y por donde también las blancas nieves ya eran casi nubes de algodón esponjoso y espejos relucientes.

El joven que, desde la distancia lo había observado todo y ahora tenía el alma triste y los ojos llenos de lágrimas, para sí y como si ella le oyera, dijo: “Te marchas de mi lado justo cuando más mi corazón te admira y más hermosa te ven mis ojos. Y puedes pensar que te pierdo para siempre pero yo creo que no. Te harás mayor, las arrugas aparecerán en tus manos y cara y la belleza de tu cuerpo se irá esfumando poco a poco como nos pasa a todos los humanos. Se te hará monótona la vida y llegará un momento que en casi nada encontrarás ni dicha ni consuelo. Pero yo en mí, tengo y tendré siempre la fortuna de haberte amado pura y limpia en mi pensamiento, tal como hace un momento te han visto mis ojos. Guardaré conmigo hasta que me muera y luego para toda la eternidad, tu imagen fresca e inmaculada y los sentimientos que en mi corazón han brotado para ti. Y, aunque estoy triste porque te pierdo, me siento afortunado porque siempre estarás en mi alma con la misma juventud y belleza que tenías hace un momento”.

Letras de oro //Pa

El río se deslizaba desde el levante hasta el poniente. El arroyo primero venía como desde el sol del medio día y el arroyo segundo, descendía como del lado del sol de la tarde. Y a pocos metros antes de fundirse con el río, los dos arroyos se juntaban. Justo en una porción de tierra llana que quedaba, a un lado y otro y por la parte de abajo, delimitado por las aguas de las tres corrientes: el río que bajaban del levante al poniente y los dos arroyos a los lados.

En el mismo centro de esta bonita isla, se alzaba la pequeña casa. Donde también brotaba un manantial y la hierba, en todo alrededor, crecía en todas las épocas del año. Por eso la casa, muy humilde porque estaba construida de piedras de las montañas, palos y monte, parecía un recogido paraíso. Suficiente para que el matrimonio con sus dos hijos y algunas cabras y ovejas, fueran felices. Tenían ellos aire puro, agua clara, hierba y flores casi todo el año y también lluvia y nieve y eran libres como pocas personas en este mundo con solo su cuatro animales, el río, los dos arroyuelos, su humilde casa y la fresca hierba de la pradera.

Pero el mayor de los hijos, varón fuerte y sano y de no más de quince años de edad, según iban pasando los días, sentía más y más necesidad de irse de aquellas tierras a otras partes del mundo. Les decía a sus padres:
- Sé que no tenéis dinero para darme y que me marche a conocer otros mundos pero yo voy a conseguirlo.
- ¿Y de qué modo vas a seguirlo?
Le preguntaba el padre.
- Buscaré pepitas de oro en los arroyo y en el río que baja desde las montañas. Las iré guardando y cuando tenga un buen puñado, se las venderé a los reyes de la Alhambra. Seguro que ellos me las comprarán por mucho dinero. Es lo que me ha dicho quien desde aquellos lugares viene por aquí de vez en cuando.

El padre y la madre callaban y también la hermana menor. Ésta, por las tardes y mañanas, se iba con el joven y en las corrientes de los arroyos le ayudaba a buscar pepitas de oro. Los primeros días, no encontraron nada pero al poco tiempo, sí hallaron unos granitos muy dorados que aparecieron en sus

manos después de lavar la arena que recogían en las orillas de los charcos. Dijo la hermana:
- Guardémoslo en un sitio muy seguro para que ni se te pierdan ni te los roben nadie. Y vamos a seguir buscando a ver si pronto juntamos lo suficiente para lo que sueñas.

Guardó el joven sus granitos de oro, envueltos en un trozo de piel de cordero, bajo unas piedras por detrás de la humilde casa. Siguieron buscando tanto en los arroyos como en el río y unos días más tarde, encontraron algunos granitos más, estos no redondos del todo sino como en forma de alambres retorcidos aunque muy delgados. Apenas pesaban unas décimas de gramos. Pero para ellos de nuevo fue suficiente para animarse y seguir confiando en lo que soñaban. Pasó por allí, una tarde, el hombre que subía con frecuencia desde la Alhambra y el joven le dijo:
- No he conseguido todavía mucho oro pero sí tengo ya algunos gramos. ¿Quieres verlos?
- Claro que sí ¿dónde los guardas?
- Aquí mismo. Ven conmigo y te los enseño.

Condujo el joven al hombre a donde tenía su tesoro escondido, levantó la piedra, desdobló el trozo de piel de cordero y le mostró los cinco o seis granitos de oro reluciente. Miró el hombre muy interesado y después de unos segundos en silencio, dijo:
- Es un oro muy bueno porque brilla mucho al darle el sol. Seguid buscando que dentro de unos días, volveré por aquí y me llevaré este tesoro tuyo para mostrárselo al rey de la Alhambra. Estoy seguro que ellos van a darte por él mucho dinero.

Y para sí, enseguida el joven pensó: “Y con todo el dinero que me den por mi oro, me marcharé de aquí, viajaré por todo el mundo, conoceré lugares y personas, haré amigos, viviré grandes aventuras y al final, seré el más feliz de cuantas personas hayan existido nunca bajo el sol. Conocer mundo y vivir aventuras, es lo mejor de todo”. Se marchó el hombre de la Alhambra y al día siguiente y al otro, ni él ni la hermana encontraron oro. Pesó más de un mes y como seguía sin encontrar un solo gramo del metal que buscaban, se preocupó mucho. Y más se preocupó porque ahora tampoco veía por allí al hombre de la Alhambra.

Por eso una mañana, al salir el sol, se acercó al lugar donde tenía escondido su tesoro personal, levantó la piedra, desdobló el trozo de piel de cordero y de pronto, se quedó sin respiración. No veía los granos de oro que en este sitio tenía escondidos pero sí y, como incrustadas en el cuero, descubrió unas letras muy relucientes que enseguida se puso a descifrar. Despacio y como asustado, al final leyó lo siguiente: “La felicidad que sueñas, el tesoro que apeteces y la libertad que deseas, no está en recorrer mundos ni poseer oro ni dinero. El gran tesoro que ansías, lo tienes en ti mismo, en tu propio sueño, en el aire que respiras, en el azul del cielo que te cubre y en las personas que te rodean”.

Compartir un trago //Pa

La vida, los paisajes, la naturaleza en general, es poesía, gozo a veces y belleza y dolor en muchas ocasiones.

Por debajo del Puente del Aljibillo, donde la torrentera junto al caminillo que baja a las aguas, las vio sentadas. Tres muchachas que, en el tapiz de la hierba recién nacida, extendían sus pies hacia el río y, en silencio, observaban las aguas. A sus espaldas, se alzaban las torres de la Alhambra, con los turistas haciendo fotos y contemplando las blancas casas del barrio del Albaicín y el bosque de la umbría, ya algo teñido de ocre.

Era otoño en sus primeros momentos y por eso el cielo se veía sembrado de nubes. Por el suelo y en el mismo Puente del Aljibillo, rodaban las primeras hojas caídas del almez que ahí crece. Olía el aire un poco a humedad otoñal y hacía algo de frío. Pero las tres jóvenes de la hierba, mientras entre sí comentaban y miraban a las aguas deslizándose cristalinas, parecían soñar o buscar la misteriosa paz y serenidad que la tarde regalaba.

Al verlas desde la plaza del Paseo de loso Tristes, al otro lado del río, se paró en el muro y, durante un buen rato, las estuvo observando. Se dijo: “Sin duda que la vida, las personas y la naturaleza en general, es puro gozo en muchas ocasiones, belleza profunda y limpia y dolor de ausencias, en otros instantes”.

Y en ese momento recordó que, justo donde las muchachas estaban sentadas, hacia unos años atrás, él encendía una pequeña lumbre. Casi todos los días y junto a las ascuas, ponía a calentar, en un pequeño recipiente de barro, agua. Mientras esta agua se calentaba, sentado frente a la lumbre, miraba a la Alhambra y al río y dibujaba. En un papel algo grueso y blanco y con lápiz de carbón, daba forma a sus sueños y a lo que ante sí tenía.

Con nadie compartía nada, ni su lumbre ni sus dibujos ni el té en que al final se convertía el agua que calentaba en el puchero de barro pero esperaba. En silencio y mientras dibujaba las cosas y paisajes y mientras saboreaba lo que vertía desde su puchero, se decía: “Algún día tiene que llegar y entonces seré feliz compartiendo con ella el calor de esta lumbre y un trago de mi té de puchero”. Y un día, una tarde de otoño muy parecida a la de hoy, dibujaba no paisajes ni torres de la Alhambra sino frutos. Junto a la lumbre había puesto una caja de granadas que unos amigos le habían regalado y mientras se calentaba y se templaba el agua para el té, se dedicaba a dibujar las granadas. Hoy más que otros días, la esperaba y por eso en el corazón parecía tener un gozo especial.

Y tenía ya el agua a punto y su dibujo casi terminado, cuando la vio acercarse. Alta, de pelo rubio, ojos claros, cara dulce y sonrisa franca. Se levantó, la recibió con amabilidad y enseguida vertió el agua calentita del puchero de barro en unos cuencos también de barro. Al instante, el vapor se elevó y el airecillo se impregnó de un olor muy agradable, le ofreció un cuenco lleno de té oloroso y le dijo:
- Por fin has llegado y, aunque ni te conozco ni sé quién eres ni de dónde vienes ni a dónde vas, mi corazón salta de gozo en este momento. Comparte conmigo este sorbo de té y goza de mi dibujo. Es todo lo que tengo y es lo más valioso para mí porque aquí están todos mis sueños.

Le sonrió ella, saboreó el té, observó el dibujo de las granadas, miró para el río y luego para las torres de la Alhambra y le preguntó:
- ¿Y si me marcho dentro de un rato? Te lo pregunto porque yo no soy de Granada ni vivo aquí. Mi país está muy lejos de este lugar

y puede que, en cuanto me vaya, no me veas nunca más en la vida.
Y él le dijo:
- Nada me importa eso. Compartir por fin un trago contigo, me deja más que feliz para toda la eternidad. Porque sabes, poseer las cosas y tenerlas para siempre, casi nunca satisface plenamente. Soñarlas durante mucho tiempo y, conocerlas y gozarlas durante unos instantes, es maravilloso, profundamente puro, gozoso y bello.

Y poco después, ella se marchó. Siguió él aquel día, al otro y a lo largo de mucho tiempo, encendiendo su fuego en este lugar y pintando sus cuadros. Y era feliz soñándola en su soledad y el tiempo sabiendo que por fin, aunque solo hubiera sido un instante, había compartido un trago. Hoy, esta misteriosa y bella tarde de otoño y después de muchos años, tres muchachas observan el río, sentadas en la hierba recién brotada y justo donde él encendía cada tarde su lumbre y calentaba agua para el té. Ni siquiera saben nada de aquella realidad. Los tiempos son otros, las personas también, el río corre hermoso y la Alhambra emerge silenciosa pero de los paisajes, las personas, las cosas y la naturaleza en general, mana la misma pureza, el mismo gozo, a veces la misma belleza y hasta el fino dolor que hace que soñar y la espera, sea hermosa y tenga sentido.

Desde el almez del Puente del Aljibillo //Ba

Tanto en invierno como en primavera, verano u otoño, cada tarde se le veía sentado en el mismo sitio: en el muro del río y bajo el almez del Puente del Aljibillo. Siempre solo, mirando sin fijarse en nada a los que pasaban o se paraban buscando orientarse. Nadia se fijaba en él pero a sus espaldas, parecía mirarle atentamente la Alhambra y, el rumor de las aguas del río, le servía como para elevarse. Solo verlo, se podía adivinar que esperaba algo o soñaba con alguien pero las tardes transcurrían y su mundo permanecía inmutable.

Sin embargo, ayer por la tarde, cálida y limpia tarde de otoño recién llegado, en su vida ocurrió algo. Bajo el almez del

Puente del Aljibillo estaba sentado. Saboreaba un par de almecinas que, ya maduras, había cogido de las ramas más bajas del árbol. Y miraba, como tantos otros días, cuando una muchacha se paró frente a los dos pequeños letreros que ahí hace tiempo colocaron. La observó curioso y descubrió que era bajita, de cuerpo delgado, cara muy dulce, suave y sonrosada, pelo negro y ojos brillantes y vivos. Le preguntó:
- ¿Buscas algo?
Como distraída y mirando al papel que tenía en sus manos, se acercó al muro por el lado derecho y con voz amable le dijo:
- Estoy esperando.
- ¿A tus amigas?
- A un amigo.

Y en esto momento, se aproximó más a él, se pegó al muro del puente y muy cerca, se sentó. Sin dejar de mirar a la hoja de papel que portaba en sus manos. Le volvió a preguntar:
- ¿Y qué es lo que ahí tienes escrito?
- Son mis apuntes de clase. Vivo aquí en Granada pero soy de Córdoba, estudio educación física y ahora tengo mi residencia en un piso cerca de la Plaza de Toros, no lejos de la facultad y es mi segundo año de carrera.
- Córdoba es una gran ciudad.
Y ella, muy amable confesó:
- Pero Granada es mucho más bonita. Yo estoy encantada de vivir aquí y de tener en esta ciudad a mis mejores amigos.

Alzó en ese momento su cabeza y miró para la calle de la Cuesta del Chapiz, por donde el Palacio de los Córdova. Y tal como observaba, de nuevo comentó:
- Por ahí viene ya mi amigo.
Un joven, también de estatura baja y cuerpo delgado, se acercó a ella, lo saludó, dejó su asiento en el muro del puente, caminó unos pasos, se puso frente a él y le dijo:
- Me marcho con mi amigo. ¡Encantad de conocerte!
La despidió y luego la observó unos segundos mientras se alejaba de espaldas. Se dijo: “Después de tantos años cada tarde aquí sentado, es la primera vez que alguien me regala un momento de su confianza, sazonado con la dulzura más amable. No sé quien será y ni siquiera me ha dicho cómo se llama pero el corazón se me ha quedado lleno de paz y gozo. Su amabilidad me ha

cautivado, la frescura de su rostro, el tono de su voz y, sobre todo, su confiado comportamiento. Ojalá vuelva por aquí mañana para verla de nuevo".

Poco después, también él abandonó el muro del puente y, despacio, caminó por el Paseo de los Tristes abajo, de regreso a su casa. A su izquierda, la robusta figura de la Alhambra, lo miraba, el río regalaba su pequeño concierto acuático y al fondo, por encima de las torres de la iglesia de San Pedro, el sol se teñía de oro. Todo, como si la pequeña figura de la joven estudiante, de pronto lo hubiera transformado en un sueño limpio que ahora se convertía en eternidad por donde el río Darro y el Puente del aljibillo.

La casa de los mármoles //Ba

Al caer la noche, todo el cielo se llenó de nubes. Negras y densas como de tormenta y se levantó un poco de viento. Oscureció y salió al jardín con la intención de dar un pequeño paseo y vivir de cerca lo que el clima anunciaba. Al fondo y por entre los árboles de la parte baja de su jardín, a lo lejos, se veían las luces de la ciudad extendida por la ancha Vega de Granada, desde la colina de la Alhambra, ríos Genil y Darro y el barrio del Albaicín.

Por entre el jardín huerto de su casa, todo era silencio, con el reflejo de las luces a lo lejos, el siseo del vientecillo por entre las hojas de los árboles y la oscuridad en el cielo amenazando lluvia. En su alma, un halo de tristeza y melancolía palpitaba motivado por su ausencia y sentimientos de lejanía. Se dijo sin pronunciar palabra: "Te echo de menos y a veces tanto, que ya ni siquiera soy amigo del viento. Quiero irme al lugar y mundo que tanto y tanto sueño y esta noche, ahora mismo, todo parece estar preparado para ese vuelo. Lo deseo y, porque aun sigo aquí, mi corazón se entristece".

Comenzó a llover, caminó de regreso, entró a su casa, buscó la cama, se envolvió en las sábanas y al poco lo vio en su sueño. Por las estrechas calles del barrio del Albaicín, caminaba dirección a la lujosa casa. Estaban por completo solitarias todas las calles, olía a otoño, a musgo y hojas secas y sobre la colina de

la Alhambra, las frías nieblas revoloteaban. Todo como ocultando un misterio dulce y doloroso al mismo tiempo y con sabor a soledad. Llegó a la puerta de la casa y al encontrarla abierta, entró, atravesó el pequeño patio lleno de plantas y algunas fuentes con agua y se acercó a la segunda puerta. La que daba entrada a la sala de los mármoles de colores. Y al encontrarse aquí, se paró y, como asombrado, miró a un lado y otro. Era tanto lo que abrumaban los mármoles en todos los colores y tamaños que hasta daba miedo pisar el suelo. Las columnas a un lado y otro de mármoles marrones, verdes y blancos y cúpula rematada también con mármoles azules, dorados y negros. Se dijo: “La belleza que desprenden, sin duda que es imponente y ello hace pensar que el dueño de este palacio, es rico y poderoso. Mis ojos nunca vieron ni mi corazón jamás soñó un lugar como este”.

Subió las escaleras y en la primera planta y bajo unas gruesas columnas de mármol, la vio. Se acurrucaba en unas ropas viejas y al sentirlo llegar, se incorporó, restregó sus ojos y lo saludó. El joven le preguntó:
- ¿Esta es la cama donde duermes?
- Ya estás viendo que sí y aun así, debo de estar agradecida. ¿Te sorprende?
- Claro que me sorprende y mucho. No puedo comprender como en una casa con tanto lujo de mármoles, una niña como tú, tenga que dormir en un rincón tan miserable. ¿Dónde está la persona que te somete a esto?
Y en ese momento, de la sala del fondo, salió un hombre de estatura baja, muy grueso, con melena y barbas negras que dijo:
- Ya era hora que vinieras. Llévatela de mi presencia que no quiero verla más.

Se sintió humillado el joven y se sintió humillada la pequeña pero ninguno de los dos dijo nada. La cogió de la mano, bajó las escaleras, atravesaron el recinto lleno de plantas y fuentes y al llegar a donde había dejado el borriquillo, le dijo:
- Sube a él y salgamos de esta casa y de este barrio cuanto antes.
Sobre la colina de enfrente, las torres de la Alhambra, se veían iluminadas por la luna y como veladas por las nieblas. Se oía el rumor de las aguas del río y las calles todas solitarias.

Ya subida en el borriquillo, la niña dijo al joven:
- Ese hombre que has visto, es el único administrador de esta casa tan lujosa. Y desde que llegó hace unos meses, a todos nos trata a voces y con desprecio.
Dijo el joven:
- Sabía yo esto y por eso he venido a por ti. A partir de ahora todo será nuevo. Yo estaré siempre a tu lado y, aunque no tengas lujos, vivirás rodeada del mejor cariño y respeto. Lo más digno y hermoso para las personas en este mundo.

Despertó en su cama y, durante unos segundos, miró en silencio por su ventana. Amanecía y ya no llovía. Tampoco se oía el viento aunque sí olía a musgo, a hojas secas y a tierra mojada. Recordó que era otoño y refrescó en su mente el sueño que había tenido. Se dijo: “Hoy mismo voy a recorrer las calles de ese trozo del Albaicín frente a la Alhambra. Quiero preguntar a ver si alguien por ahí sabe dónde estuvo la lujosa casa de los mármoles y quiero averiguar quién fue ese hombre grueso y violento que he visto en mi sueño. ¿Cómo acabaría su vida y en qué parte del cielo o de la eternidad lo habrá Dios acogido?

El soldado y el soñador //Pa

> Una persona, cualquier persona del mundo y en cualquier tiempo, nunca es libre por completo mientras no logre compartir con los demás los misterios de su corazón.

Desde la Alhambra, aquella fresca mañana de otoño, llegó montado en su caballo. Un bellísimo animal con la cabeza en forma de cuña y refinada, frente amplia, ojos grandes, fosas nasales también amplias y hocico chico con un pequeño aumento en la frente. Mostraba caderas profundas y bien anguladas y hombros con buena caída, huesos fuertes y densos y con una preciosa cola que zarandeaba y alzaba con majestuosidad, mostrando un carácter altivo y animoso.

Al llegar al centro de la pequeña llanura, el soldado tiró de las riendas del caballo, pronunció unas palabras y el animal se detuvo. Justo al lado de tres de los hombres que labraban las tierras. Al oírlo y verlo tan cerca de ellos, estos alzaron sus cabezas, limpiaron con sus manos el sudor de sus frentes y lo miraron, como si esperaran alguna orden. El soldado, bien acomodado en lo alto del caballo, los saludó y les dijo:
- Vuestro trabajo es bueno y creo que dará frutos aun mejores. Estoy contento y por eso os admiro.
Y uno de los hombres le preguntó:
- ¿Y cuando por fin seremos libres?
- Voy a regresar, dentro de un rato, a los recintos de la Alhambra y, como os tengo prometido, quiero hablar con el rey para que os pague mejor y os dé otro trato más bueno.
- Ojalá usted cumpla lo que nos dice y quiera Dios que al rey se le enternezca el corazón.

Espoleó el soldado a su caballo y se fue derecho al joven que bajo la encina miraba para la montaña. Al llegar a su lado, de nuevo se paró, lo saludó y al notar que lo recibía con agrado, sin más le preguntó:
- Sé que tu corazón sueña con ser libre y, como no lo eres, se te acumula dentro del dolor. ¿Qué harías y a dónde irías si fueras libre ahora mismo?
El joven miró con temor al soldado y luego volvió su cabeza para lo alto de la montaña que tenía a su derecha al tiempo que habló y dijo:
- Lo primero, subir a lo más alto de esta montaña para descubrir por fin qué es lo que hay al otro lado y para sentirme más cerca del cielo. Luego me pondría a escribir lo que siento y sueño para notarme libre por completo. Tú como yo sabes que una persona, cualquier persona del mundo y en cualquier tiempo, nunca es libre por completo mientras no logre compartir con los demás los misterios de su corazón. ¿Por qué no hablas con el rey y le pides que me conceda este sueño?

Después de unos segundos en silencio, el soldado dijo al joven:
- Pero antes de ser libre, me gustaría oír de ti todo el dolor que llevas dentro. Lo intuyo pero si me lo dices, aunque sea un trago duro para ti, yo comprendería mejor cuanto hay ahí de bello.

- Te lo contaré si a cambio de ello logro la libertad que sueño.
- Sabes que te aprecio y que haré todo lo que pueda para darte lo que necesitas. Háblame.

Y el joven, lentamente, frente a la alta y robusta montaña, dio comienzo a su relato y, durante bastante tiempo, contó al soldado parte del dolor de su corazón, mezclado con sus sueños y deseos de libertad. Lo escuchó muy atento el soldado y cuando el joven terminó de hablar, le dijo:
- Eres libre desde ahora mismo. Camina, sube a esa montaña, observa y goza lo que desde esa cumbre descubras, escribe lo que sientas y veas y luego, vuelve por aquí y me cuentas. A mí también me gustaría saber qué es lo que desde esa cumbre se ve para sentirme un poco más universal y en un escalón más cerca del cielo.

Los membrillos de oro //Pa

Los sueños, son ventanas a la eternidad,
corazón del gozo y de lo bello.

Tanto como ahora, por unos sitios y otros, muchos se preocupan de las cosas del pasado y aun todavía nadie sabe dónde estuvo. En sus tiempos, fue un edificio pequeño, construido de piedra y rematado con algunas torres también de piedra. Se alzaba al final de una pequeña ladera y, en lo hondo pero no muy lejos, corría un río. Sus puertas y ventanas, miraban a las montañas de Sierra Nevada, por donde el río Genil ahora se desliza. Y, un poco a la derecha de este edificio situado en la puerta frente a las nieves de las cumbres, se alzaba un cerro muy singular. Como una pequeña montañas, poblada en sus partes bajas de encinas, robles, majoletos, almeces castaños.

Estaba, esta montaña, como partida por la mitad, era algo alargada y en su cresta, justo en el centro y en todo lo alto, se formaba como una ondulación. Algo así como el lomo del camello bactriano doméstico, Camelus bactrianus. En cuya curva entre las dos gibas, había un bonito prado. Un trozo de terreno llano donde y a lo largo de casi todo el año, crecía la hierba y florecían mil pequeñas plantas silvestres. También, esta pequeña pradera de

fresca hierba, era como un particular y gran mirador hacia el claro río que se deslizaba por lo hondo, hacia los amaneceres por encima de las cumbres de Sierra Nevada y hacia estas cumbres mismas y las blancas nieves.

A la derecha de esta pequeña pradera de fresca hierba, crecían tres membrillos. Árboles pequeños que casi todos los años daban frutos muy lustrosos y que recogían algunos de los habitantes de la casa de piedra. Y aquel verano, la niña de unos diez años que vivía con sus padres en la bonita casa, se entusiasmó mucho con los frutos de estos árboles. Le decía a la madre:

- Cuando llegue el otoño, yo quiero subir a esa montaña para coger con mis propias manos esos dorados frutos con tonos de caramelo. Me gusta mucho su color oro nuevo y el perfume que desprenden.
- Pues si este es tu deseo, un día y cuando ya terminen de estar maduros, vamos y los cogemos.

Se acercó el otoño y cada mañana al salir el sol, se le veía a la pequeña asomada a la puerta de su casa. Frente a las montañas, abría sus brazos y por completo entusiasmada con el paisaje que al fondo se abría, gritaba y también le decía a la madre:

- Imágenes más grandiosas, llenas de colores y luz y que recojan tantos misterios, nadie puede verlas en ningún lugar del mundo. Estas montañas nuestras son el cielo más bonito que nadie haya imaginado.

Y la madre ratificaba:

- Desde luego que es cierto. Cuando el otoño llega por estos rincones de Granada, todo es como un dibujo fantástico. Los silencios, los colores, las luces y aromas que reflejan y regalan estas montañas, son como la antesala de paraísos nunca imaginados.

Y la niña aprovechaba el momento para preguntar a la madre:

- ¿Habrán ya madurado los membrillos del prado de la montaña?
- Si no lo han hecho, les quedará poco. Un día de estos vamos a ir a verlos.

Y al día siguiente de esta conversación, un hermoso amanecer de otoño, la pequeña salió a la puerta de su casa, saludó al nuevo día con su entusiasmo de siempre y luego, sin

decir nada a nadie, buscó un caminillo y lentamente se puso a remontar la montaña de los membrillos. Llegó al collado de la hierba, a media mañana, justo cuando el sol iluminaba muy brillante, llenando de luz toda la pradera, las dos pequeñas montañas a los lados y toda la inclinada ladera que caía hacia el río. De los membrillos colgaban los frutos con tonos color oro, muy sanos y esparciendo perfume. Sin pensarlo mucho, se subió a uno de estos árboles y se puso a coger los mejores membrillos que en las ramas se mecían. Revolotearon los mirlos y cacarearon las urracas al descubrir lo que ocurría en el paisaje pero ella, entusiasmada se decía: “Cogeré los frutos más grandes y sanos y se los llevaré a mi madre para que me haga dulce de membrillo. Y mañana por la mañana, iré a la casa del pastor amigo mío y a su niño, le regalaré una buena cantidad de esta exquisita mermelada”.

Una de las ramas del árbol, no pudo con el peso de su cuerpo. Al coger el fruto que en el extremo colgaba, la rama se rompió, la niña cayó al suelo envuelta entre los membrillos y todos juntos, por la ladera hacia el río rodaron. Su pequeño cuerpo, como flotando en el aire y los membrillos, como dándole compañía y saltando de roca en roca y por entre los árboles. El pastor que en ese momento daba careo a su rebaño de ovejas cerca de las aguas del río, la vio rodar por la ladera y luego la vio caer en las aguas junto con los membrillos. Salió corriendo y cuando llegó a su lado, solo pudo comprobar que ni de su boca salía una hebra de aliento ni en su pecho latía el corazón.

En sus brazos la llevó hasta la casa de piedra y al ver el cuadro, la madre y los conocidos, la lloraron desconsolados. Al día siguiente la enterraron en el collado de la hierba y, justo un día después, todos los membrillos que colgaban de las ramas de los árboles, brillaban como el oro más fino. Algunos dijeron:

- Es que el cielo quiere, de esta manera, decirnos que la ha recibido en un paraíso tan bello como el que ella cada mañana contemplaba y soñaba desde la puerta de su casa, frente a las montañas.

Nadie se atrevió a coger ni una sola fruta de estos árboles, ni aquel día ni nunca. La bella casa de piedra, se quedó sin alegría y sin luz y por eso, pasado el tiempo, fue quedando por completo deshabitada. Poco a poco se hundió y desapareció para siempre.

Pero por el lugar, el pastor del río y, muchos años después, algunas personas y al llegar el otoño, sí veían y dicen contemplar esta bellísima casa y a la niña en la puerta con sus brazos abiertos frente a los paisaje, saludando el nuevo día. Como si en el gran libro de lo inmortal, todo hubiera quedado fresco y puro en el mejor lugar de la eternidad.

La niña, el borriquillo y los membrillos //Pa

Ayer por la tarde subía yo siguiendo la senda que recorre el Arroyo de los Granados. Por entre los álamos, las nogueras y los membrillos. El borriquillo estabas entre las higueras que hay por donde la alberca chica, en la ladera del Cerro de la Viña. En cuanto empecé a subir me vio pero yo lo había visto un poco antes. Sin que nadie se lo indicara, ya sabías él que iba a su encuentro y por eso miraba sin perderse un detalle. Tiene una gracia especial cuando mira de este modo. A él le interesa mucho cualquier cosa que ocurra en el Prado de Otoño. Y lo que sucedía ayer por la tarde parece que le concernía más que otras veces.

Siguiendo la senda del Arroyo de los Granados entré por el boscaje de las parras y los álamos y en ese momento lo sentí rebuznar. Pensé que no pasaba nada porque ya estoy acostumbrado a estas manifestaciones suyas. Siempre que me ve, aunque esté lejos, rebuzna. Lo mismo le pasa con la niña. En cuanto la ve por la puerta del cortijo o, por algún rincón de estas tierras, la mira interesado y se pone a rebuznar. Yo sé que es una forma suya de llamar la atención. Para que ella sepa que está ahí y que quiere que se vaya a jugar con él. La niña y yo lo conocemos ya y casi nunca hacemos caso de estas llamadas suyas pero él sabes que en el fondo sí le prestamos atención.

Ayer por la tarde, al salir yo a la alberca de las nogueras, miré para ver qué le pasaba y lo descubrí enseguida. La niña subía desde el cortijo con una cesta en la mano y él la vio. En seguida la llamó con su especial roznido y ella le hizo caso. Subió por el otro lado del arroyo y llegó a él antes que yo. No me había visto ella a mí porque me quedé parado junto a la alberca, tapado

con los álamos, las nogueras y los granados. Pero oí que la niña le dijo:
- ¿Ves esta cesta que traigo? Es de mimbre y nueva y la quiero llenar de membrillos. Vengo a que tú me ayudes.
¡Qué ángel esta criatura!

Pero el borriquillo la entendió claramente. Según ella iba andando se puso a caminar a su lado y la llevó a los membrillos más grandes de la ladera del Cerro de la Viña. Los que hasta hace unos días tenían sus frutos colgando en las ramas y ahora ruedan por el suelo. Se paró la niña, soltó su cesta, empezó a coger los mejores membrillos y a echarlos dentro y en un ratillo ya tenía la cestilla llena. El borriquillo la miraba, olía los dorados frutos, miraba a la cesta y, de vez en cuando, partía con sus dientes un membrillo y se lo comía sin dejar de observarla. ¡Qué buena pareja hacen el borriquillo y la pequeña! Oí que le dijo:
- Ya tenemos el canasto rebosando. Ahora se los voy a llevar a mi madre para que haga dulce de membrillo y luego vengo y te regalo un trozo. ¿Tú has probado alguna vez el dulce de membrillo?
Sobre su lomo puso la niña su cesta de mimbre llena de membrillos y, con la carga dorada y olorosa, se fue con ella al cortijo.

Las granadas //Ba

Solo un pequeño granado crecía en el trocico de tierra que había en la puerta de su casa. No era grande ni tenía el tronco grueso pero sí estaba sano y daba flores muy rojas, con pétalos que parecían finas telas de seda y olor a pura primavera.

Miraba, la puerta de su pequeña casa, a la colina de la Alhambra y por eso su granado parecía en todo momento saludarla. Cuando el vientecillo pasaba y movía las hojas y las ramas, cuando el sol caía y, desde su sombra, el árbol parecía como arropar las torres de estos palacios, cuando la luna a media noche brillaba y cuando revoloteaban los mirlos, al amanecer y al ponerse el sol. También cuando las lluvias caían y las nieblas, como palomas con misteriosas alas de algodón, se acumulaban sobre las torres y palacios en la colina.

Cuando aquel verano la conoció estudiando en la Universidad de Granada, siempre que le hablaba de este granado suyo, le decía:
- En cuanto dé sus primeras granadas, las voy a cuidar con todo el cariño para luego regalártelas.
Y ella le decía:
- Será como un sueño para mí, recibí de ti media docena de granadas de este granado tuyo en el Albaicín y amigo especial de la Alhambra. Desde ahora mismo, voy a procurar que en ningún momento se me olvide lo que me dices.

Al final del curso universitario, ella se marchó a su país lejano y aquel mismo año, en la primavera de unos meses antes, su granado dio las primeras flores. Rojas como la sangre, muy delicadas y con pétalos como trozos de seda. Se dijo: “Desde ahora mismo, cada día voy a regar este granado mío para que le cuajen muchas granadas y se desarrollen robustas y lustrosas”. Y esto fue lo que cada día hizo. Y también cada día miraba con mucho interés las flores que iban brotando, los pequeños frutos que de ellas salían y luego las redondica granadas colgando de las ramas frente a la Alhambra. Las iba contando y, aunque muchas de las flores no cuajaban en frutos, sí al final fue descubriendo que más de media docena iban cada día engordando lustrosas y sanas.

En los días en que ella se marchó, las granadas ya estaban muy desarrolladas y se les veían con mucha salud. Por eso, entusiasmado, a cada instante se decía: “Será emocionante el día que por fin coja mis granadas y las prepare para mandárselas a su país. Y para ella, seguro que será más emocionante aun el momento en que reciba el paquete y las vea y toque con sus manos”.

Pero al día siguiente de esta reflexión, ya en pleno verano, hizo mucho calor. También otro día después y luego durante todo el mes de agosto. Llegó el mes de septiembre y preocupado empezó a descubrir que los frutos su granado, apenas engordaban y algunas granadas empezaron a rajarse cuando todavía no estaban por completo maduras. Se preguntaba: “¿Será por falta de agua?” Y aunque regó y acarició las ramas de su granado con más cariño cada día, los frutos no maduraban. Al

contrario, cada día que iba pasando, se abría una o dos Granada y al poco, aparecieron los mirlos y empezaron a comerse los granos de estos frutos sin estar todavía ni siquiera rojos. Apenado y pensando en ella, no sabía qué hacer para salvar el menos un par de granadas y poder cumplir así la promesa que le había hecho.

Preguntó a sus conocidos y puso un espantapájaros en las ramas del granado, regó un poco más el árbol y nada de esto fue suficiente. Cuando llegó el quince se septiembre, las granadas de su árbol, todas estaban abiertas y más de la mitad de ellas, comidas por los pájaros. Desanimado, dejó de cuidar su granado y al final de septiembre, ya solo colgaba de sus ramas, la piel de las granadas por completo abiertas y sin un solo grano. A mediado del mes de octubre, las hojas del árbol comenzaron a ponerse amarillas y al poco y en cuanto los fríos llegaron, estas hojas comenzaron a caerse, anunciando así que el otoño había llegado. Su corazón estaba triste y cada día se desanimaba más y más pensando en ella y notando que no podía cumplir lo que le había prometido.

Pero un amanecer, justo el día veinte de octubre, le despertó una gran algarabía de mirlos. Tal como estaba acostado en su cama, miró por la ventana desde la que se veía al fondo la Alhambra y se quedó por completo sorprendido. En el poyo de su ventana, vio una pequeña fuente de cristal blanco y dentro de ella, media docena de hermosísimas y frescas granadas recién cortadas del árbol. Se quedó mirando pensativo al descubrir la lustrosa fruta, con la algarabía de los mirlos de fondo y la Alhambra recortada sobre su colina. Se dijo: “Lo que ha pasado, yo no lo sé pero parece que el cielo quiere que cumpla mi promesa. Cuando dentro de unos días ella reciba estas granadas, se alegrará y comprobará que aun la sigo recordando y que cumplo lo prometido”.

Buscando trabajo //Pa

La madre aquella mañana, como todos los días, se levantó la primera. En la desangelada estancia de la fría casa, preparó algo para desayunar. Un poco de leche recién ordeñada de una de las tres cabras que poseían y un trozo de pan de trigo y

cebada. Reflexionó un momento mientras miraba como abstraída el recinto de la fría estancia y para sí se dijo: “Como Dios no se apiade de nosotros, cualquier día de estos morimos. Ya, ni siquiera leña para calentarnos tenemos y el puñado de harina que guardaba en la orza de barro, ahora mismo se ha terminado”.

Miró a los tres hijos que, cerca de la chimenea, se envolvían en el colchón de paja y mantas viejas y les dijo:
- Ya el sol alumbra con fuerza. Levantaos, comed lo poco que he podido preparar y luego vais a las tierras que a noche dijimos.
Los tres hijos, dos varones y una niña ya casi con doce años, se levantaron y en silencio comieron lo poco que la madre les había preparado. La madre, mientras los tres hermanos se miraban, de nuevo les dijo:
- La mujer buena que todos conocemos y que tiene sus tierras por donde las aguas del río se derraman, quizá tenga trabajo para algunos de vosotros. Ella siempre nos trató bien. Acercaros, la saludáis y preguntarle si podéis trabajar en sus tierras.

Sin pronunciar palabra, unos minutos después, el menor de los dos varones, salía de la casa. Como a escondidas porque quería llegar el primero a la casa donde vivía la mujer buena. Por eso, caminó a toda prisa y media hora más tarde, se encontraba frente a ella. Recogía algunas hortalizas del huerto y al llegar el joven, la saludó y le dijo:
- Yo sé que, hace unos meses, su marido me despidió del trabajo porque no era lo bastante bueno. Pero ahora acudo a usted para pedirle que confíe en mí
Dijo la mujer:
- Te acogeré y a tu hermano y hermana. Confía tú en mí que haré por ti todo lo que pueda para que no te sientas tan desgraciado.

Se acercó en ese momento el hermano mayor y al verlo, la mujer contenta lo saludó. Éste le dijo:
- Hasta hace poco tiempo estuve trabajando para usted y siempre me decían que era el mejor. ¿No podría seguir confiando en mí?
- Claro que sí porque eres el más fuerte, alto y noble pero tu hermano se te ha adelantado.
- Ya lo estoy viendo y también observo que por allí se acerca mi hermana. Ellos también necesitan trabajar pero usted ¿en cuál de los tres confía?

Sentándose entre sus matas de hortalizas, en la torrentera y frente al río y con la visión de las torres de la Alhambra a lo lejos, la mujer miró fijamente al hermano mayor, al más pequeño y a la niña que en ese momento llegaba y le dijo:
- Si menosprecias a tus hermanos porque son menores y no tan buenos para el trabajo como crees que eres tú, algo falla en tu corazón. De ti tengo el más alto concepto por lo responsable que siempre has sido en los trabajos que se te han encomendado pero a ellos también los quiero. Quedaros los tres a mi lado y ayudadme que luego os meteré en mi casa y os acogeré, hoy y para siempre. Labraremos estas tierras y os pagaré por ello porque los tres sois buenos y merecéis todo el respeto.

Comiendo frente a la Alhambra //Ba

Tenía un trozo de tierrecilla que usaba para sembrar algunas plantas. Algo así como un pequeño huerto con lo que se entretenía y de donde sacaba algunas hortalizas y frutas. Porque en este trozo de tierra, crecía una noguera, dos almendros, una higuera y un ciruelo.

Sembró aquel año, unas matas de tomates de la especie rosados, tres o cuatro matas de pimientos, hierbabuena, perejil, albahaca y dos matas de calabazas del peregrino: esas bonitas calabazas que tienen como dos cuerpos y en el centro un cuello y sirve para llevar agua, como en los tiempos antiguos. Todas estas plantas, al llegar el verano, le dieron una muy buena cosecha, tanto en cantidad, sabor, color y olor. Por eso, a lo largo de todo el verano, el hombre recogía cada día su cestica de tomates, berenjenas y pimientos. Y con su familia y amigos, con gusto compartía estos frutos.

Avanzó el verano y ya con el otoño también muy adelantado, una tarde revisó el trozo de tierra de su huerto. Al llegar a las tres matas de tomates cherry que junto a la higuera había sembrado, vio que de sus ramas aun colgaban un par de docenas de estos redodicos y sabrosos tomates enanos. Se dijo: “Voy a coger solo unos cuantos, los envuelvo en una servilleta de

papel, me voy por las calles de Granada y, cuando me encuentre con alguien que me los aceptes, se los regalo". Y sin pensarlo más, esto fue lo que hizo.

Despacio recorrió las calles de Granada, por las riveras del río Darro y por el barrio del albaicín. Miraba a las personas que se cruzaban con él y no encontraba la que buscaba para regalarle sus tomates. En el Puente del Rey Chico, estuvo sentado durante un buen rato y en todo momento observando. Iban y venían muchos turistas pero a ninguno se atrevía ofrecerle lo que en sus manos portaba.

Caía la tarde, abandonó el puente, caminó por la pequeña plaza del Paseo de los Tristes, siguiendo el muro que separa al río y al llegar frente al edificio del hotel Reuma, la vio sentada en uno de los bancos que aquí hay. Tenía sus piernas cruzadas, su pelo oro y azabache, brillaba frente a la Alhambra y era muy hermosa. Joven estudiante extranjera que sostenía en sus manos una pequeña fiambrera llena de comida. Saboreaba el alimento comiendo despacio mientras miraba a la corriente del río y observaba las torres de la Alhambra y él se acercó, la saludó, le mostró la servilleta de papel que llevaba en sus manos al tiempo que desliaba lo que en ella tenía envuelto y ofreciéndoselo le dijo:
- Te regalo estos exquisitos tomates cherry que acabo de coger de mi huerto para que acompañes los alimentos que saboreas.

Movió su mano hacia él al tiempo que extendía los dedos haciendo un signo de prohibido mientras pronunciaba suavemente:
- ¡No, gracias!
- Pues perdona y lo siento.
Triste se alejó y pensativo siguió bajando por la calle, mientras se decía: "Puedo entenderlo pero yo se los he ofrecido de corazón y porque realmente son buenos estos tomates míos".

Flores de adelfas //Ba

- ¿Por qué a las niñas, a las muchachas, a las jóvenes y a las mujeres en general, les gustan tanto las flores?
- Yo no sé responderte a lo que me preguntas pero lo que dices es cierto.
En este momento de su conversación, los dos amigos observaban a dos jóvenes extrajeras que cortaban unas flores de amapolas por las orillas del río Darro. Por debajo del Puente del Aljibillo y en la torrentera que cae desde la explanada del Rey Chico hacia la corriente del agua. A las espaldas de estas jóvenes y frente a los dos amigos, se veían las torres de la Alhambra en lo más alto de la colina, se oía el rumor del río y todo el airecillo olía a primavera.

Porque era exactamente eso: primavera casi en su centro. De aquí que por este rincón de Granada, donde comienza el barrio del Albaicín y tiene sus cimientos la Alhambra, bañados por el río Darro, todo estuviera como vestido de fiesta. Y para llenar un poco más de colorido esta fiesta, las dos jóvenes extranjeras, recorrían las riveras del río cortando flores de amapolas. Así era como ellos las veían y por eso, entre preguntas y comentarios, también se dijeron:
- ¿Y si nos acercamos, las saludamos, les preguntamos quiénes son y luego les ayudamos a recolectar flores de amapolas?
- Quizá no les gusta y hasta incluso pueden que se asusten. Mejor no acercarnos.

Al poco, las dos jóvenes se fueron de las riveras del río y se alejaron por la Cuesta del Chapiz con su pequeño ramo de flores rojas en las manos. También, cuando ya caía la tarde, los dos amigos se marcharon con lo que les inquietaban, sin resolver. Al día siguiente, el que vivía un poco intrigado por la fascinación tan especial que las mujeres sienten por las flores, subía solo por la Carrera del Darro. Pensando en esto de las flores y observando a los lados, la transformación que la primavera había obrado en las laderas desde el río Darro hasta la Alhambra. Los árboles, almendros, almeces y otras especies, todos estaban vestido de verde y regalaban esencias frescas. Echaba de menos a la joven que hacía unos años había conocido, porque deseó tenerla cerca para compartir el espectáculo. Cuando, a la altura del Puente Cabrera, se cruzó con dos jóvenes que bajaban para Plaza

Nueva. Y les llamó la atención enseguida porque una de ellas, portaba un ramito de flores rosas en sus manos. Nada más ver estas flores, las reconoció y para sí se preguntó: "¿Sabrán que llevan en sus manos veneno?" Paró a las jóvenes y les dijo:
- Perdonar pero las flores que lleváis en las manos, son tóxicas.
- Las hemos cogido del río Darro, a la altura del Paseo de los Tristes. ¿Por qué dices que son venenosas?
- Son flores de adelfas y esta planta, es una de las más tóxicas que por Granada existe.

Sin más, la joven tiró las flores al suelo, en la misma calle y siguieron bajando. Él observó un momento estas flores y luego siguió subiendo mientras para sí se preguntaba: "¿Por qué a las mujeres les gustará tanto las flores y todas?"

Katia y Nadia //Ba

Quien no tiene ilusión y esperanza,
tampoco poseerá sincera alegría y sonrisa
y sí la monotonía del vacío cada día.

Las dos eran muy hermosas. Tenían el pelo rubio, no claro ni oscuro sino dorado, casi color oro, la piel de sus caras parecía pétalos de rosas, sus labios eran delgados, con una sonrisa muy limpia y la nariz, una la tenía un poco achatada y la otra, respingona. La más pequeña, que se llamaba Nadia, era delgada y muy alegre y la mayor, con el nombre de Katia, tenía un cuerpo regordete y con frecuencia se le veía como seria y triste. Pocas veces sonreía, no hablaba mucho y en todo momento se mostraba como reservada.

Llegaron a Granada, al comienzo de los primeros días del verano y se instalaron en una bonita casa en el barrio del Albaicín. Desde donde podían ver la Alhambra al frente y las montañas de Sierra Nevada, al fondo y sobre el azul del cielo recortada. Tenía esta casa un pequeño jardín con muchas clases de flores, una fuente con agua clara, un par de naranjos, limoneros, cerezos y dos asientos de hierro forjado para acomodarse en ellos y contemplas los amaneceres de Sierra Nevada y la Alhambra y los

atardeceres al fondo de la vega. La mujer de mediana edad, dueña de esta bonita casa, era hermosa, muy buena y siempre estaba pendiente de las dos niñas. No eran sus hijas pero como si lo fueran.

Las había adoptado en un país lejano porque las dos niñas eran huérfanas sin ser hermanas. Y en cuanto llegaron a Granada, como era verano y hacía mucho calor, la pequeña se enamoró de un sombrero de paja que vio a unos niños. Enseguida fue la mujer y a las dos niñas, les compró a cada una, un bonito sombrero de paja, no muy grande pero sí casi del color de su pelo con algunos tonos de la piel de sus caras. Al ponérselo por primera vez, la mujer les dijo:

- Para que el sol de España, Andalucía y Granada, no queme la fina piel de vuestras dulces caras.

Y al oír estas palabras, la niña de cuerpo delgado, sonrió largamente y luego le dio un beso a la mujer que con tanto cariño las trataba. La otra pequeña, la del cuerpo regordete, solo esbozó una sonrisa pequeña, al tiempo que llevaba sus manos a la cabeza para colocarse bien el sombrero de paja. La mujer se dio cuenta de la manifestación tan diferente en cada una de las niñas. A las dos de nuevo las animó diciendo:

- A partir de ahora, cada vez que con vuestros sombreros puestos recorráis las calles de este bonito barrio, todo por aquí será mucho más dulce y bello.

Cerca de la casa de la mujer con las dos niñas, vivía un hombre mayor. Tan mayor que casi no tenía fuerzas pero sí en su corazón, cada día parecía arderle una ilusión nueva. Y entre estas ilusiones, lo que más valoraba y con lo que alimentaba cada día su alma, era contemplar en silencio la silueta de la Alhambra, al otro lado del río y sobre su colina. Y como este hombre era muy conocido en todo el barrio y también muy querido por la mujer madre adoptiva de las niñas, al jardín de esta casa se venía con frecuencia. En los bancos de hierro, cerca de los naranjos y limoneros, se sentaba y se ponía a contemplar la Alhambra, los paisajes al fondo y los colores que cada día le ofrecían los cielos de Granada. La niña regordeta y que apenas sonreía, le empezó a llamar la atención la presencia de este hombre mayor en el jardín de la casa donde ahora vivía. Lo saludó un par de veces pero no se atrevía a sentarse a su lado ni tampoco se animaba a preguntarle nada.

Pero como veía que la otra niña, ahora compañera de ella y casi hermana, sí se acercaba a él, sonreía y le preguntaba cosas, Katia, una fresca mañana de verano, se acercó y lo saludó. Tímidamente le preguntó:
- ¿Puedo sentarme en este banco a tu lado?
- Claro que puedes y a mí me agrada mucho.
Y junto a este hombre mayor, se sentó la niña falta de sonrisas, con su sombrero de paja en la mano por si el sol le molestaba. Y nada más estar acomodada cerca del hombre, éste le preguntó:
- Te conozco desde hace poco pero cada vez que te he visto, me ha parecido que quieres decirme algo. ¿Me equivoco?
Dudó unos segundos la pequeña y luego dijo, como con miedo:
- No sé si quiero preguntarte algo pero sí te digo que me intriga mucho verte tantas veces sentado en este banco, siempre en silencio y como esperando. ¿De qué te sirve esto?
- Me sirve de mucho aunque no sé, si te lo explico, tú lo entenderías. ¿Te hablo de ello?
- Sí por favor. Creo que me gustará saberlo.
- Pues te lo explico ahora mismo pero luego, cuando ya me canse de contarte cosas y tú de escucharme, me gustaría oírte a ti.
- ¿Y qué es lo que te gustaría oír de mí?
- Que me digas el por qué tú no sonríes como sí lo hace Nadia. Según me dice tu madre, parece que nada te ilusiona.
- No sé si sabré decirte lo que me pides pero lo intentaré después de oírte a ti.
- Es un trato perfecto.

Y el hombre mayor, esforzándose para exponer a la niña las cosas de la forma más sencilla y clara, dijo:
- Nunca le pedí a la vida nada más que lo que en cada momento mi corazón necesitaba. Y de igual modo me comporté con las personas que conocí y estuve a su lado o ellas cerca de mí. Ahora que ya soy viejo, como con tus propios ojos pues ver, aun le pido menos cosas a la vida. Pero sí agradezco cada día, cuando me siento en este banco y miro para la Alhambra, el aire que a cada instante Dios me regala, los colores de los paisajes y el azul del cielo y los cantos de los pajarillos mientras espero.
Hizo una pausa el hombre en su exposición y la niña aprovechó para preguntarle:
- ¿Y qué es lo que esperas?
- El momento en que Dios venga para llevarme al lugar que mi

corazón ha esperado y soñado a lo largo de mis días en este mundo. Por esto quiero decirte con mucha claridad: desde pequeño, desde que todavía no sabía ni andar ni hablar, en mi corazón sentía la presencia de un ser hermoso, grande y dueño de todo cuanto nuestros ojos pueden ver y nuestra mente soñar. Y, sin que nadie me lo haya explicado nunca, siempre y aun me confirmo en ello, he tenido claro que Dios existe y nos quiere y desea lo mejor para cada persona, seres vivos o plantas.

Otra vez el hombre hizo una breve pausa en su relato y luego, mirando a los ojos muy fijamente a la niña, le confesó:
- Mi presencia en este banco y frente a la Alhambra cada día, es para orar. Para, mientras contemplo el bello cuadro que desde aquí se ve y me siento acariciado por el vientecillo y besado por el sol, dar gracias a este Dios que te he dicho y así acercarme un poquito más a Él. ¿A ti no te asombra la fina y exquisita belleza de todo lo que desde aquí se contempla?
Y al oír esta pregunta y comprobar de nuevo la pausa que en el discurso que el hombre hacía, Katia comentó:
- Desde que te veo por aquí, me asombras y me pregunto por tu presencia en este lugar. Ahora entiendo algo, pero no lo comprendo todo. Yo no sé si creo en Dios ni tampoco sé si el mundo y las personas son buenos y me quieren y respetan.

Fue este el momento en el que el hombre notó que podía preguntar a la niña. Por eso aprovechó y formuló la siguiente pregunta:
- Como parte del trato que hemos hecho hace un momento, ahora me toca a mí: ¿Qué es lo que te pasó alguna vez o te pasa ahora para que nunca sonrías ni muestres ilusión por nada?
Algo insegura, la niña dijo:
- Siendo yo todavía muy pequeña, vi a mis padres pelearse muchas veces. A mí me asustaba mucho oírlos gritar y luego marcharse cada uno por su lado. Antes de que mi padre se fuera para siempre de mi casa, también muchas veces se enfadaba conmigo y no me dejaba hacer lo que me gustaba. Y esto, siempre me dejaba triste y sin ganas de nada. Ni siquiera deseos de seguir viva, tenía. De todo esto, al menos para mí, ya ha pasado mucho tiempo y ahora ni sé dónde estará ni como vivirá mi padre y mi madre. Y, en estos momentos, aunque sea muy buena y me trate bien esta mujer dueña de la casa y amiga tuya y

también sea interesante la figura de la Alhambra ahí en frente, no me siento bien ni tengo ganas de nada. Quizá por esto, ni siquiera me apetezca sonreír.

El hombre mayor, seguía con mucho interés el relato que la pequeña Katia desgranaba y, cuando ésta guardó silencio durante unos segundos, la miró fijamente. Por su rosada cara de piel de melocotón, vio que rodaban algunas lágrimas. Y tanta fue la ternura que esta escena le inspiró, que su corazón se sintió conmovido. Tuvo deseos de abrazar a la pequeña y acurrucarla en su pecho para darle seguridad y que se sintiera protegida y amada. Pero se contuvo por un extraño sentimiento de respeto hacia ella. Esperó un minuto en silencio para ver si la niña deseaba o tenía necesidad de contar algo más de su vida y, a lo largo de este intervalo de tiempo, también sintió el impulso de preguntarle algunos detalles de sus padres. Pero después de una pequeña reflexión, dijo a la pequeña:
- Tengo ahora mismo una idea muy bonita en mi mente.
Como impulsada por un resorte, la niña secó las lágrimas que le caían por las mejillas, sonrió muy levemente y mirando al hombre le preguntó:
- ¿Qué idea es?
- Algo muy bello que en más de una ocasión he soñado realizar en mi vida. Y ahora, después de conocerte a ti y a tu hermana Nadia, se me ocurre que podemos realizar para distraernos un poco y luchar por una pequeña meta.

Y como impaciente, de nuevo la pequeña preguntó al hombre:
- ¿Pero qué idea es la que se te ha ocurrido?
- Mejor que explicártelo con palabras, mañana mismo nos ponemos mano a la obra y conforme vayamos realizando el proyecto que en mi mente tengo, tú y tu hermana, iréis viendo y comprobando.
- Pues lo que quieras.
Dijo sin más la pequeña. Y en aquel mismo momento, por la noche y al día siguiente, se le vio más animada que otras veces. Dijo a su compañera, hermana de madre adoptiva:
- Mi amigo es un hombre bueno y por eso yo confío en él. A veces, hasta pienso que podría ser mi padre o, al menos, así lo quisiera.

A la mañana siguiente Katia se despertó antes que otros días. Se levantó enseguida y salió a la puerta de su casa, con el deseo de ver al hombre mayor. Y para su sorpresa, lo encontró por donde menos lo esperaba. Con un sombreo muy viejo y de paja sobre su cabeza, subía desde el río Darro portando un par de piedras muy gordas. Casi no podía con ellas y por eso se paraba a descansar de vez en cuando. Rápida la niña se fue hacia él y al llegar a su lado le preguntó:
- Y esto que haces ¿qué es y para qué?
- Tú y tu hermana, ahora mismo no lo entenderíais. Si puedes, ayúdame y te lo agradeceré mucho y si luego te quedas conmigo, te mostraré algo más.

Muy dispuesta la niña, en aquel momento ayudó al anciano. Subieron las piedras hasta el trozo del terreno que servía de jardín y huerta en la puerta de su casa frente a la Alhambra y al instante llamó a la hermana. Los tres se pusieron a tomar medidas y luego a cavar cimientos, siguiendo las indicaciones que les daba el hombre mayor. Todo el día, al siguiente y al otro, estuvo el anciano sin parar, a ratos cavando y a ratos bajando al río a por más piedras. Y al quinto día, como los vecinos del barrio ya se habían dado cuenta de la actividad que el hombre tenía y de la compañía de las niñas que en ningún momento dejaban de colaborar y, además, muy ilusionadas, algunas personas comentaron:
- Desde hace unos días este hombre no es el mismo. Muestra una actividad como nunca antes y trabaja sin parar. ¿Qué será lo que se traerá entre manos?
Y otros también comentaban:
- Y lo más interesante es ver a las dos hermanas, como nunca antes, con sus sombreros de paja siempre puestos y ayudando al anciano con un cariño que despierta envidia. ¿Qué habrá hecho o les ha dicho a estas niñas para que trabajen tanto y se les vea tan alegres?

Nadie sabía responder a las preguntas que unos y otros se hacían y ni siquiera la madre adoptiva de las pequeñas. Pero ella, viendo la actividad que los tres desarrollaban y siempre en compañía, era feliz y se le veía muy conforme con el proyecto que estaban realizando. Pero, solo unas semanas del comienzo de

proyecto en el jardín de la casa, una mañana temprano, ocurrió algo muy curioso. Dormían las dos hermanas en su habitación con ventanas a la Alhambra y, de pronto Katia se despertó asustada. Notó que el viento soplaba fuerte y al mirar por la ventana no vio nubes en el cielo. Pero sí, en ese momento, comprobaba que como desde el río Darro, se alzaba un remolino que levantaba por los aires el viejo sombrero de paja de su amigo el anciano. Preocupada, rápida llamó a su hermana y le dijo:
- No me gusta nada ni este viento tan de pronto y tan fuerte y menos me gusta ver el sombrero de mi amigo alzado por el aire y como si volara hacia la Alhambra. Levántate rápido y vamos corriendo a ver qué ha pasado.

No tardó nada la niña en levantarse y, sin pedir ni siquiera permiso a la madre, enseguida las dos salieron de la casa, recorrieron las calles y se dirigieron al río. Antes de llegar por donde hoy se encuentra el Puente del Aljibillo, vieron al anciano. Junto a unas piedras gordas que había sacado de las aguas, estaba recostado, mirando para la Alhambra y como si suplicara al cielo. Al verlo así las niñas enseguida le preguntaron:
- ¿Es que te has caído y te has hecho daño?
Con dificultad el anciano les dijo:
- Hijas mías, ni una cosa ni la otra. Se me para el corazón porque ya es muy viejo y por eso no puedo seguir.
- Pues te ayudamos ahora mismo. Deja estas piedras aquí y vente con nosotras a nuestra casa y te sientas en el jardín frente a la Alhambra, que es lo que tanto te gusta a ti. Hoy haremos nosotras todo el trabajo mientras tú nos miras y nos indicas lo que está bien o mal.

Y fueron las niñas a coger al anciano para que se incorporara cuando él les dijo:
- Quisiera complaceros en lo que me estáis pidiendo pero ya es tarde. Las fuerzas se me acaban y el corazón se me para y esto para mí es un gozo inmenso. Por fin ha llegado mi hora y estoy contento. Dentro de un rato, voy a encontrarme junto al Dios que siempre amé y en el mejor de todos los paraísos nunca imaginados. Pero no preocuparos ni lloréis por mí. Allá en el cielo hacia el que ahora me marcho, os estaré esperando para jugar y divertirnos juntos a lo largo de toda la eternidad.
Al oír estas palabras, la niña Katia le preguntó muy apenada:

- Pero si te vas y nos dejas ¿cómo podremos terminar la casa que estamos construyendo y tú deseas regalarnos a nosotras?
- Por eso no preocuparos. Lo haréis vosotras ayudadas por mí y de la mejor manera. Porque no me apartaré de vuestro lado en ningún momento.

Y justo con estas palabras, la boca del anciano se cerró. En ese momento su corazón dejó de latir, el aliento se le paró en los labios y sus ojos miraron por última vez para la Alhambra y el cielo azul que en ese momento la arropaba. Desorientadas las niñas pidieron ayuda a unos vecinos y otros, enseguida subieron por las calles para llamar a la madre y que acudiera también al lugar. Al poco, entre los vecinos, la madre y las dos niñas, dejaban el cuerpo del anciano en el mismo jardín de la casa. Y tal como también les había dicho poco antes de morir, las dos niñas se pusieron a cavar cerca de los cimientos de la casa que estaban construyendo. Les decía la madre:
- Mañana por la mañana, lo enterraremos aquí mismo, como él nos dijo.

Y sucedió que cuando ya llevaban más de medio metro cavado en el suelo, de pronto, apareció algo que les llamó mucho la atención: una especia de caja rectangular, toda construida en cobre que enseguida desenterraron. Ayudada por la madre, sacaron esta caja de la zanja y la abrieron. Y asombradas descubrieron que estaba por completo llena de relucientes monedas de oro. Preguntó Katia enseguida:
- ¿Y qué vamos a hacer nosotras con este gran tesoro?
Y la madre confirmó:
- Yo creo que es el premio que él os deja. Y ya tengo claro que es lo haremos con todo este oro.

Guardaron las monedas en su casa, al día siguiente dieron sepultura al anciano en el mismo lugar donde habían encontrado el gran tesoro, frente a la Alhambra y no lejos de un viejo cerezo y aquel mismo día, la madre habló con el mejor artesano de Albaicín. También habló con los mejores constructores y dos días más tarde, todos trabajaban y también Katia y Nadia, en la construcción de la casa que el anciano había proyectado. Solo una semana después, la estatua de bronce representando la imagen del anciano, ya estaba terminada. La colocaron justo

encima de la tumba donde ahora ya descansaba su amigo y mirando para la Alhambra. Y al verla tan bella y elegante, sobre la cabeza de esta estatua, Katia puso su sombrero de paja y dijo:
- Para que el sol no te moleste cuando caliente ni los pajarillos vengan a importunarte y para que no te olvides de mí.
Y al ver este gesto, Nadie enseguida dijo:
- Pues mañana cambiamos tu sombrero por el mío porque yo también quiero compartirlo con él. También quiero yo que nunca se olvide de mí.
- Pues vale.

Unos meses más tarde, la bonita casa que el anciano había imaginado como regalo a las dos niñas, ya estaba terminada. A ella se fueron a vivir las dos hermanas, tal como siempre les había dicho el anciano y Katia se instaló en una gran habitación con una amplia ventana hacia la Alhambra. Y por las noches mientras dormía en la cama de esta habitación, miraba al cielo estrellado coronando a la Alhambra y a las cumbres de Sierra Nevada. Soñaba con su amigo el anciano y en estos sueños, con frecuencia veía y oía remolinos de viento que, alzándose desde el jardín de su casa, se iban hacia las torres de la Alhambra, llevándose el sombrero de paja que había sobre la cabeza de la estatua de su amigo. Por allí, su sombreo de paja, se encontraba con el de su amigo y cuando el aire los zarandeaba de un lado para otro, los dos sombreros parecían bailar danzas flamencas al tiempo que dibujaban filigranas muy bellas.

Le gustaba esto tanto a la niña que siempre que soñaba este sueño, al levantarse por la mañana al día siguiente, se le veía alegre como nunca antes. Y llena de entusiasmo, le decía a la madre y a su hermana:
- Estoy contenta porque no solo mi sombrero de paja juega con el suyo por encima de las torres de la Alhambra sino porque también hoy sé que alguien me quiso mucho en este suelo y ahora reza por mí y me espera en el cielo.
Y la hermana Nadia le decía:
- Ha sido con nosotras más bueno que nuestros padres y, además de habernos enseñado lo mejor, nos ha premiado con un gran tesoro de monedas de oro y la más bonita de las casas frente a la alhambra.
- Y lo más valioso de todo, es que ha dejado nuestros corazones

llenos de esperanza diciéndonos que en algún momento nos encontraremos allá en el cielo para jugar y sonreír juntos a lo largo de toda la eternidad. Nos llevaremos nuestros sombreros y los juntaremos con el suyo porque era lo que a él tanto le gustaba.

Noche de luna //Pa

Al caer la tarde, desde Sierra Nevada, se le vio bajar. Solo, en silencio, con una bolsa de cuero a sus espaldas y como el encuentro de algo importante. Por su derecha, según recorría la senda, se le iba quedando la corriente del río, el pequeño bosque de árboles en las riveras y la soledad de los campos, con sus matas de retama, piornos, tomillos y mejorana. Se dijo: “En cuanto me encuentre con ella, le voy a dar mi más sincero abrazo al tiempo que le diré que por fin tengo otra vez la vida a mi lado”.

Se puso el sol, la oscuridad de la noche lo cubrió todo, la luna asomó por encima de las altas cumbres y tenuemente iluminó los paisajes. El camino que ahora recorría era estrecho, largo casi interminable y por eso, en su silencio y mientras seguía marcando los pasos, de nuevo se dijo: “Y si no me la encuentro en la casa cuando llegue, entraré, encenderé fuego en la chimenea y me sentaré a esperarla. Más allá de ese punto, ya no hay nada y por detrás de mí y a mi derecha y a la izquierda, solo la oscuridad de la noche se presenta”.

Cuando amanecía, ya muy cansado y con las plantas de los pies llenas de heridas, a lo lejos descubrió la casa. Más al fondo descubrió las torres de la Alhambra, la gran vega aun más lejos y luego el infinito y el azul del cielo. De la casa, por la chimenea, no salía ni una chispa de humo y todo parecía como dormir en un ancho mar de silencio. Otra vez se dijo: “Pero si no la encuentro y tampoco en ningún momento regresa ¿para qué habré andado todo este camino y con tanta ilusión en este alma mía ya tan vieja?”

La bellota de oro //Pa

Solo se es rico, cuando
poseemos el tesoro que
nunca nadie ni nada puede
arrebatarnos en este suelo.

Hacía mucho tiempo que toda su familia había muerto. Ahora ya era bastante mayor y vivía sola en la pequeña casa junto al río, al norte de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada. Solo un trozo de terreno tenía cerca de su casa que regaba con las claras aguas del río y, algo más arriba, entre la llanura y la ladera, poseía cinco encinas. Cuatro de ellas pequeñas, una arriba, otra abajo, dos a los lados y una muy grande en el centro. Ésta última era, según decía ella, la que formaba el corazón de la cruz y la que mejor bellotas daba. Porque sus cinco encinas, dibujaban exactamente eso: una verdadera cruz que se levantaba un poco sobre la ladera y por eso parecía mirar a la colina de la Alhambra y a toda la ciudad de Granada.

Los que la conocían, cuando pasaban por el camino que discurría cerca de donde crecían las encinas y se paraban con ella para saludarla, siempre le preguntaban:
- Tus cinco encinas, es lo más primoroso que nunca se vio en el reino de Granada. ¿Cómo has conseguido dibujar con ellas esta cruz tan original?
-Yo, solo me he limitado a cuidarlas y a compartir con ellas mi tiempo. Todo lo demás, es obra de la naturaleza y capricho del Creador. Vosotros, cuando paséis por aquí y veáis bellotas en estas encinas mías, coged siempre todas las que queráis pero, por favor os lo pido, no rompáis nunca ni una sola rama de estos árboles. Yo los considero sagrados porque los plantaron aquí mis antes pasados y ya veis las bellotas tan buenas y gordas que da la encina del centro.
- Lo vemos y lo sabemos porque más de una vez las hemos probado. Y desde luego que te agradecemos que nunca nos hayas regañado.
Le decían con frecuencia las personas que con ella se paraban.

La encina del centro, la del corazón de la cruz, daba bellotas algo más gordas que las avellanas y un poco más

pequeña que una nuez. No eran alargadas del todo sino un poco achatadas, con la parte del cascabillo de color dorado y con una pulpa muy dulce y agradable al paladar. Por eso ella y las personas que pasaban por el camino, apreciaban mucho los frutos de esta encina. Y se sentía muy orgullosa de poseer este árbol tan bello y bueno y más se alegraba cuando, después de saborear estas bellotas, se lo agradecían.

A dos niños que con frecuencia pasaban por allí, siempre que los veía, los paraba y les decía:
- Venid conmigo que vamos a coger un buen puñado de bellotas de la encina buena. Os coméis unas pocas y las otras se las lleváis a vuestros padres de parte mía.
Y los dos niños se iban con ella y se ponían a coger las mejores bellotas que encontraban en las ramas. Siempre procurando no herir a la encina para no disgustar a la anciana. Cuando tenían los bolsillos llenos, se comían algunas y luego se iban, llevándose las otras para compartirlas con los padres y los amigos. Antes de alejarse, le decían a la anciana:
- Tu encina grande y las otras formando esta cruz tan bonita, todos dicen que es como una despensa pequeña y también como un singo del cielo.
- Y dicen bien porque mis encinas son todo eso. Vosotros, siempre que paséis por aquí, coged todas las bellotas que queráis pero nunca hagáis daño a ninguna de estos árboles. Un día, cuando menos lo esperéis, recibiréis un buen premio.
- ¿Qué premio será?
- Yo no sé qué premio será pero mi corazón así lo presiente.

Fue esto suficiente para que los dos niños hermanos, a partir de aquel día y cada vez que de nuevo pasaban por allí, miraran a la encina y sentían hacia ella un gran respeto. Le decía el hermano mayor a la hermana pequeña:
- Esta mujer tan mayor es tan buena con nosotros que parece nuestra madre. Sus palabras siempre son dulces, su actitud para con nosotros y otras personas, es muy respetuosa y parece irradiar paz en todo momento. ¿Tú no has notado lo bien que nos sentimos cuando estamos a su lado?
- Claro que lo he notado y por eso me gusta mucho verla y charlar con ella. A partir de hoy, siempre que pasemos por aquí, no solo debemos respetar a estas encinas sino procurar que nadie las

dañen.
Decían esto los niños porque, con frecuencia la anciana también les argumentaba:
- Tener amigos que sean niños como vosotros o algo mayores, siempre es importante y bueno. Pero a lo largo de la vida, más de una vez he comprobado que, tanto vosotros los niños como los jóvenes, tienen comportamientos egoístas y vacíos de sabiduría. Por eso también os digo que tener amigos de vuestra misma edad, aunque es bueno, no lo es tanto. Mejor es tener muchos amigos entre las personas mayores porque ellos son sabios por lo que han sufrido y aprendido a lo largo de la vida muy pocas veces, son egoístas. Los amigos mayores siempre dan cariño, nunca fallan y enseñan cosas buenas.

Y un día de otoño ya muy avanzado, iban los dos niños hermanos por el camino y al acercarse a las encinas, vieron que la más grande, la que clavaba sus raíces en el corazón de la cruz, no tenía ni una sola bellota. Dijo el hermano a la pequeña:
- ¡Qué raro, si hace solo unos días la vimos con sus ramas cargadas de bellotas!
- ¿Qué puede haber pasado?
Preguntó muy extrañada la chiquilla. Y se acercaban a la encina para observarla mejor cuando, de lado derecho y como si viniera del río, vieron a un hombre aproximarse a ellos. Se quedaron quietos porque pensaron que venía a regañarles pero en cuanto el hombre estuvo frente a ellos, se tranquilizaron. Los saludó y les dijo:
- Sé que estáis preocupados porque la encina no tiene bellotas pero mirad lo que hay allá, en todo lo alto.

Intrigados los niños miraron hacia donde el hombre de barbas blancas y pelo negro señalaba. Y en todo lo alto vieron una gran bellota, con forma y colores muy diferentes a las bellotas que siempre habían cogido de la encina del centro. Preguntaron al hombre:
- ¿Por qué reluce tanto esa bellota que se mece en la rama más alta de la encina y por qué es diferente a las bellotas que tantas veces hemos cogido de este árbol?
- Es de oro la bellota solitaria que allá en lo más alto reluce.
- ¿De oro del bueno?
- Del mejor oro del mundo.

- ¿Y quién la ha puesto ahí y por qué hoy no vemos otras bellotas en esta encina?
- No es un milagro aunque sí es una pequeña obra del cielo que puede ser bueno para la anciana dueña de esta encina y, bueno o malo tanto para vosotros como para las personas que pasan por aquí y vean esta bellota de oro.
- Dinos por qué puede ser bueno o malo. ¿Va a ocurrirle algo a nuestra amiga la anciana?

Y el hombre de barbas blancas, explicó lo siguiente a los niños:
- Como os he dicho, esa bellota es de oro. Mientras nadie la coja y brille hermosa allá en todo lo alto, nada ocurrirá por aquí. Pero el día que alguna persona se anime y suba a la encina a coger esa bellota, sí ocurrirán por estos lugares cosas grandes y graves. Ahora me marcho y os dejo que sigáis vuestro camino. Contad esto que habéis visto y oído a todas las personas que queráis para que sepan lo que por aquí ha sucedido.
Y sin más, el hombre de las barbas blancas, se despidió de los niños y caminando se alejó hacia el río. Durante unos instantes, los dos hermanos estuvieron observando a este hombre y luego miraron durante un buen rato, a la bellota de oro meciéndose en todo lo alto de las ramas de la encina. Dijo la niña al hermano:
- Vamos ahora mismo a decírselo a nuestros padres y a todas las personas que conocemos por aquí. Para que lo sepan y al pasar por este lugar, a nadie se le ocurra coger este fruto extraño y bonito.

Los niños, rápidos comentaron las cosas tanto con sus padres como con todas las personas que conocían e incluso hasta con su amiga, la dueña de las encinas. Ésta les dijo:
- Pues lo que ha ocurrido en esta encina mía, yo no lo sé pero creo que ese hombre, os ha dicho cosas muy importantes. Vosotros, a partir de ahora y siempre que paséis por aquí, respetar esta bellota de oro. Sí así lo hacéis, un día recibiréis un gran premio.
- ¿Pero qué premio será?
- Tampoco hoy sé deciros qué premio recibiréis pero sigo intuyendo que será bueno. Y no preocuparos porque mis otras encinas, la cuatro que siguen formando la cruz, darán también este año buenas bellotas que podéis coger como siempre habéis

hecho.
Los niños dijeron a la mujer que haría lo que ella y el hombre de las barbas blancas les habían dicho y también prometieron a la anciana que vigilarían para que nadie robara la bellota de oro.

Pero como la noticia siguió extendiéndose, un día llegó hasta los recintos de la Alhambra. Enseguida unos y otros, empezaron a comentar y planear cosas. Hasta que esta misma noticia también llegó a oídos del rey más ambicioso, egoísta, violento y malo que en todos los tiempos tuvo trono en estos palacios. Enseguida este rey llamó a su general mayor y le dijo:
- Eso de la bellota de oro en la encina de la cruz de aquella anciana de la montaña, me preocupa mucho.
- ¿Y por qué, majestad?
- Lo de aquellas encinas en forma de cruz, es fastidioso y negativo por lo que sabes. Y lo mismo digo de aquella mujer. Así que te ordeno ahora mismo que, con un grupo de hombres, vayas a ese rincón y cojas de aquella encina la bellota de oro, cortes y quemes aquellas encinas y a la anciana le das un buen susto. Con esto creo que será suficiente para que escarmiente no solo esa mujer sin todas las personas que por allí la respetan. Y con el oro de esa bellota, aumentaré un poco más los tesoros que poseo. ¿Ha quedado claro mi deseo?
- Muy claro, majestad. Ahora mismo doy las órdenes oportunas para que se lleve a cabo lo que usted ordena.

Y al instante, el gran general dio las órdenes necesarias. Salieron de los recintos de la Alhambra, solo media hora después, un grupo de militares. Recorrieron los caminos y en cuanto llegaron a la encina de la cruz, lo primero que el general ordenó fue que subieran a lo más alto de la encina del centro para coger la bellota de oro.
- Es mejor así no sea que al cortar el árbol, esa bellota salte y se nos pierda por estas tierras.
Y uno de los soldados, comenzó a trepar por el tronco de la encina. Apartó algunas ramas y, por entre el follaje, buscaba la forma para llegar hasta la brillante bellota de oro. Se mecía y relucía en todo lo alto y en una de las ramas más finas. Por eso, en cuanto el hombre quiso seguir trepando por el tronco de esta rama, por la mitad crujió y, formando un gran estrépito, rama, hombre y bellota de oro, volaron por los aires. En el suelo y entre

piedras y matas de monte, quedó el soldado, muy herido y con muchos dolores por todo el cuerpo. La rama tronchada fue a caer justo sobre el cuerpo del general y éste también perdió el equilibrio y con heridas en la cabeza, en los brazos y en los hombros, rodó unos metros por la inclinación del terreno. Mientras se debatía entre las hojas, ramas y piedras, fuera de sí decía:
- ¡Que no se pierda la bellota de oro! Cogerla enseguida y guardarla en mis alforjas.

Pero la bellota de oro, al caer la rama al suelo, saltó del cascabillo donde estaba enganchada y con la fuerza del golpe sobre las piedras, salió despedida. Los demás soldados la vieron rodar ladera abajo y luego la vieron caer en el centro de la corriente del río. Uno de ellos gritó:
- Vamos corriendo y que no se nos pierda por nada del mundo.
Todos corrieron detrás de la bellota mientras el general y el hombre que se había caído de la encina, seguían quejándose, pidiendo ayuda y al mismo tiempo, con el miedo en el cuerpo de que la bellota se perdiera.

Y esto fue lo que pasó: al caer la bellota en la corriente del río, las aguas enseguida la arrastraron y quedó perdida por entre la arena, las pequeñas cascadas y los charcos.
- Vamos a buscarla a toda prisa que como la perdamos y no podamos presentársela al rey, nos mata a todos en cuanto lo sepa.
La buscaron y buscaron hasta que llegó la noche. No la encontraron. Sí muy tristes y llenos de miedo, ayudaron al general y al soldado herido y regresaron a la Alhambra. En cuanto el rey supo lo ocurrido, en ese mismo momento, montó en cólera y dio órdenes para que tanto el general como los soldados, fueran apresados y ejecutados al instante. Decía fuera de sí:
- Son unos incompetentes y por eso merecen morir sin compasión ninguna. Y que esto sirva de escarmiento para todas las personas que tengo bajo mis órdenes. Nadie nunca se ha reído de mí y menos me ha dejado en ridículo.

Mientras esto ocurría en los recintos de la Alhambra, en la pequeña casa junto al río, la anciana dueña de las encinas se moría de pena. Al oír y ver lo que los hombres hicieron con su encina grande, corazón de la cruz, corrió al lugar, suplicó a los

soldados y rogó que no rompieran los árboles ni le robaran el fruto de oro. Y como comprobó que no le hacían caso, triste se refugió en su humilde casa y en la cama de monte y colchón de hierbas secas, se acurrucó. Con el corazón asfixiado en pena, mientras rezaba al cielo y lloraba. Miraba por la pequeña ventana de su casa y en uno de los momentos, pudo ver todas las piruetas que trazó la bellota de oro desde que se desprendió de la rama hasta que cayó al río.

Por eso, cuando los niños hermanos se enteraron de lo que había ocurrido y enseguida acudieron a la casa de la anciana, ésta los recibió con gran satisfacción y al instante les dijo:
- Id ahora mismo al río y buscad la bellota de oro.
- Y si la encontramos ¿qué hacemos con ella?
- Me la traéis que os daré una muy buena recompensa.
- Pues vamos ahora mismo rápidos al río a buscar esta bellota de oro tan bonita y valiosa.
Confirmó el hermano mayor. Y los dos niños, salieron de la casa, se metieron en las aguas del río y se pusieron a buscar el original tesoro. Removieron las arenas, levantaron piedras redondas y alargadas, registraron todos los recovecos de los charcos y cascadas y nada encontraron. Se hizo de noche y apenados regresaron a la casa de la anciana y le dijeron:
- No hemos tenido suerte y lo sentimos mucho.
- Será porque así Dios lo quiere, no preocuparos.

Y aquella noche se quedaron en la casa de la anciana para darle compañía. En la lumbre de la chimenea, hicieron algo de comida y la repartieron con la anciana. Se quedaron dormidos ya muy de madrugada y la niña tuvo un sueño. En él vio al hombre de las barbas blancas que le dijo:
- La bellota de oro que estáis buscando, se encuentra entre unas piedras, a la derecha de la cascada que hay en el charco de las adelfas. Id a buscarla y cogerla.
En cuanto amaneció, la niña contó su sueño al hermano y enseguida los dos corrieron al río, buscaron donde el hombre les había dicho y encontraron el tesoro ansiado. Henchidos de gozo, rápidos regresaron a la casa para compartir con su amiga el hallazgo. Pero cuando de nuevo entraron a la vivienda, por más que llamaban a la mujer, ésta no les contentaba. Su corazón había dejado de latir y, en la vieja cama de monte, yacía muerta y como sonriente.

Muy preocupados, enseguida fueron en busca de sus padres y les contaron todo lo ocurrido. Acudieron estos a la casa de la anciana y al verla sin vida, decidieron enterrarla. Cavaron una pequeña sepultura justo donde la gran encina corazón de la cruz y aquí, después de llorarla y rezar al cielo, la dejaron. El padre dijo a sus niños:
- Y la bellota de oro, la vamos a poner a su lado para que con ella quede para siempre. Era su tesoro particular en este suelo y a nosotros, nada nos pertenece.
En la misma sepultura, enterraron la bonita bellota de oro y luego se fueron.

A partir de aquel momento, cada día los niños acudían al lugar y rezaban por la amiga ausente. Corrió el tiempo y un día murieron los padres de estos niños y ellos, ya mayores, los enterraron en el mismo lugar en que dormía la mujer del río. Cuando ellos también envejecieron y murieron, sus amigos les dieron sepultura en este mismo sitio. Y una noche de tormentas, lluvias y relámpagos, muchos años después, de la montaña rodó una gran roca. Quedó clavada justo donde crecían las encinas y estaban enterrados los amigos y la anciana. A partir de aquel acontecimiento, cuando las personas pasaban por el lugar, al ver la gran roca, con una forma muy original y como elevándose hacia el cielo, siempre se paraban aquí a contemplar el insólito y bello monumento natural. Y sin saberlo explicar, unos y otros siempre decían:
- Este lugar parece como si fuera la puerta del cielo. En ningún otro sitio, ni en Granada ni en la Alhambra y puede que en el mundo entero, se experimenta tanta paz, armonía en el corazón y gozo profundo y sincero, como en este recogido paraíso. Es como si aquí, lo más bello, lo más puro y lo más sincero del Universo entero, estuviera de alguna forma concentrado. Un monumento y pequeño paraíso infinitamente más grande y perfecto que todo lo que hay en aquellos palacios de la Alhambra de Granada.

Y un día, nadie supo quién ni cuando, alguien en la original roca y con cincel y martillo, talló el siguiente pensamiento: “Solo se es rico cuando poseemos el tesoro que nunca nadie ni nada puede robarnos en este suelo”.

Acompañándolos y, de alguna manera, guiándolos, subió con ellos por las veredillas de la solana. Coronaron a lo más alto del cerrillo y se encontraron con las ruinas de lo que, tiempos atrás, había sido un bonito cortijo. Solo algunos trozos de paredes, de metro y metro y medio de altas, se veían ahora. Ya entre estas ruinas, les dijo:

- Este es un buen sitio para descansar y dormir esta noche. Mañana y en los días que sigue, Dios proveerá.
- Mis hijos tienen hambre y también yo y mi marido. ¿Qué comemos?

Preguntó la madre, mujer muy mayor, con la cara arrugada, pelo con mechones blancos, nariz pequeña y toda ella muy delgada.

- Haré algo por vosotros ahora mismo.

Sobre una piedra se sentó la madre, a su derecha y en el suelo, su puso el padre con la niña entre las piernas y el hijo mayor, el hermano bueno que era como lo llamaban, entre el padre y la madre. Los cuatro se miraban y veían como el joven, lo primero que hizo fue buscar algunas ramas secas. Por delante de ellos y entre unas piedras, encendió la lumbre y de nuevo dijo:

- Acercaros y calentaros mientras me esperáis un momento. No tardaré en regresar.

Le hicieron caso y enseguida lo vieron alejarse para el lado del sol de la mañana. Se miraron entre sí, el padre, la madre y los dos hijos y en silencio se acomodaron junto al fuego.

El joven recorrió un buen trozo de solana y al llegar a las nogueras, buscó y cogió un buen puñado de nueces. Recogió avellanas de los árboles que crecían por el arroyo y luego subió a la gran encina que conocía desde hacía mucho tiempo. Buscó y encontró un buen puñado de bellotas que también se guardó en los bolsillos de sus ropas y se movió luego hacia el río. Por entre un pequeño bosque de encinas y otros árboles no muy grandes, se puso a buscar y al poco, encontró unas cuantas setas comestibles. Las cortó con mucho cuidado, las lavó en las aguas del arroyuelo a su derecha, las guardó en una pequeña bolsa de esparto y se fue hacia el cerrillo de las ruinas del cortijo. Al llegar a donde las encinas secas se veían caída y rotas sus ramas por el terreno, se puso e hizo un haz de leña. Cargó con él y se dirigió hacia donde los cuatro se acurrucaban junto a la lumbre.

Cuando llegó, vio que ellos lo esperaban. Soltó el haz de leña y se puso a colocar junto a ellos todo lo que traía en los bolsillos al tiempo que les decía:
- En esta ocasión, Dios ha proveído. Echad algunas ramas secas al fuego que en las brasas vamos a asar estas bellota y la buenas y frescas setas que traigo aquí. Todo, lo acompañaremos con las avellanas y las nueces y así nos alimentaremos.
La niña se puso a echar las ramas para alimentar el fuego, el padre preparó las setas, la madre las bellotas y el hermano y él lo observaban complacidos. Poco después y cuando ya empezaba a oscurecer, pelaban las bellotas asadas en las ascuas, repartían entre sin las setas, avellanas y nueces y se las comían en silencio.

Junto al fuego, durmieron a lo largo de toda la noche y al salir el sol al día siguiente, los despidió y les dijo cuando ya se alejaban hacia Granada:
- Que Dios os bendiga y no tengáis miedo que Él nunca os dejará sin alimento.
A sus espaldas y lejos, se veían las cumbres de Sierra Nevada y los ríos cayendo por las laderas. Al fondo y en la dirección en que los cuatro se alejaban, se veía la colina de la Alhambra, la ciudad de Granada y la ancha vega. Era otoño, no hacía mucho frío, las lluvias ya habían caído en abundancia y esta mañana, con el sol bañando todos los paisajes, parecía un luminoso y hermosísimo amanecer nuevo.

Desde las ruinas del antiguo cortijo en lo más alto del cerrillo, los miraba mientras se alejaban al tiempo que también observaba a los palacios y torres de la Alhambra y, a su derecha, el gran edificio convento y monasterio lleno de personas consagradas a Dios. Un pensamiento cruzó por su mente y para sí se preguntó: “¿Quién vivirá en aquellos palacios y en este monasterio, en su mundo y tan indiferente a todo esto?”

Los higos chumbos //Ba

Hacía ya mucho tiempo que nada sabía de ella. Tanto tiempo que hasta se había borrado de su mente el tono de su voz, la luz de su rostro, el brillo de sus ojos y los reflejos de su pelo. Pero no la olvidaba. Cada vez que iba y venía por las calles de Granada, pensaba en ella. Especialmente cuando recorría la Carrera del Darro, las laderas y caminos de la Fuente del avellano, los jardines de la Alhambra y los olivares y colinas que le rodean. Siempre la veía en cualquier sitio y, sobre todo, en las claras aguas del río Darro, en las florecillas silvestres brotadas por laderas y caminos, en los cantos de las avecillas y en las caricias del viento y puestas de sol al fondo de Granada.

Pero donde más la echaba de menos, era por las laderas del Sacromonte y de San Miguel alto. Por eso este año, ya final del verano y a solo unos pasos del otoño, una tarde se fue por estos lugares. Para recorrer las veredas como si la llevara de la mano y para detenerse de vez en cuando, observar la figura de la Alhambra y los bosques de la umbría. Como susurrando e imaginando tenerla a su lado, le decía: “Ahora que el otoño llega, ya verás que tonos más bonitos aparecen por aquellas laderas que caen hacia el río desde el Generalife y desde la Alhambra. Algo que en ninguna otra parte del mundo, encontrarás tú nunca porque el otoño por estos lugares, eleva al cielo, hace soñar y refleja matices que pertenecen al mundo de lo eterno”. Y a continuación de esta reflexión también se dijo: “Pero como no estás y te echo tanto de menos en estos días pre otoñales, voy a compartir contigo algunos trozos de lo que por aquí es tan bello”.

Caminó por las veredillas y se acercó a las chumberas. Descubrió que este año estaban más repletas de frutos que nunca. Con cuidado y usando unas pequeñas tenazas, comenzó a recolectar los mejores higos chumbos que en estas plantas encontraba. Los fue echando a una bolsa de plástico y cuando caía la tarde, regresó a su casa, en el barrio del Albaicín. Se acercó al taller de su amigo carpintero y le dijo:

- Quiero que me hagas una pequeña caja de madera y es urgente.
- Pues quédate conmigo y nos ponemos ahora mismo a construirla. ¿De qué madera la quieres?
- De olivo viejo, pulida y barnizada para que, además de olorosa, se vea el sol, las luces y las sombras de esta tierra nuestra.
- ¿Y para qué quieres esta caja tan pequeña, de esta madera tan especial y todo tan urgente?
- Cuando la tengamos hecha, te lo digo.

Y no hablaron más. Al instante los dos se pusieron mano a la obra y antes de ponerse el sol, ya tenían la pequeña caja construida. Rectangular, no muy alta, con madera de olivo añeja que tenía dibujos muy vistosos y dividida por dentro en pequeños cuadritos. Rellenó estos cuadritos con finas hebras de viruta y colocó luego los higos chumbos sobre estas laminillas de madera, uno en cada cuadro hasta completar la caja. En total, docena y media de higos chumbos grandes y no maduros del todo. Lo miraba el amigo mientras él se afanaba en su sueño y al final le preguntó:
- ¿Puedes decirme ahora qué es lo que vas a hacer con todo esto?
- Ella, hace ya mucho tiempo que no está en Granada. Yo no puedo olvidarla y como ahora el otoño por aquí es tan mágico, voy a mandarle estos frutos, recolectados a los pies de la Alhambra y, que como ves, tienen casi los mismo colores que esas torres y murallas y las puestas de sol que, cuando estuvo por aquí, le enamoraban.
- ¿Y a dónde se los vas a mandar?

Tenía en esos momentos un higo chumbo en la mano preparado para colocarlo en la caja de madera y al oír la pregunta del amigo, se quedó quieto. Pensó un momento y entonces cayó en la cuenta que este año, ya no estaba ella ni en su país ni en ninguno de los que años atrás había ido a estudiar. Para sí reflexionó: “Eso digo yo ¿a dónde le voy a mandar estos frutos de otoño criados frente a la Alhambra de Granada si no sé en qué país está ni tampoco en qué lugar, calle o casa vive ahora?”

La joven desconocida //Ba

En la pequeña plaza del Padre Manjón, más conocida con el nombre de Paseo de los Tristes, estaba sentada. Justo en el muro que separa la plaza del río, con la imagen de la Alhambra al frente y besada por el sol de la tarde. Su cara estaba iluminada, tenía sus piernas encogidas, con la mano izquierda sostenía un cuaderno y con la derecha un bolígrafos. Miraba a la Alhambra, se dejaba acariciar por el sol y el airecillo que pasaba y escribía. Por completo ajena a cuantos por su lado pasaban, hacían fotos o escudriñaban mapas. Era joven, muy bella, de tez clara, ojos azules y pelo negro.

Con una bolsa de plástico en la mano, bajó él por la Cuesta del Chapiz. Al llegar al Puente del Aljibillo, se paró un momento a la sombra del viejo almez que ahí mismo crece. Observó a los turistas que llegaban desde la Cuesta del Rey Chico y a los que buscaban el camino para ir al

mirador del Albaicín. Uno de ellos le preguntó:
- ¿Y las cuevas del Sacromonte?
- Subiendo esta empinada calle, llamada del Chapiz, la primera a la derecha.
Le indicó y a punto estuvo de abrir la bolsa y ofrecerle una pieza de lo que hacía unos minutos había comprado. En su corazón, como siempre, le gritaba el deseo de compartir cosas con las personas. Algo que desde muy pequeño había practicado y aun ahora, ya muy mayor y bastante cansado, practicaba.

Limpió el sudor de su frente y siguió. Justo pegado a la pequeña pared que separa la plaza del río y, a intervalos, se asomaba a este muro para observar las claras aguas. Se decía: "Un día, no sé de qué modo ni cómo, aprisionaré entre mis manos las aguas de este río y se las mostraré a todos los que por aquí pasan. Para que se den cuenta de la luz, misterio y belleza que regala este pequeño río de la Alhambra".

Llegó a la altura donde la joven estaba sentada escribiendo en su cuaderno, frente a la Alhambra y al sol de la tarde. Y al verla tan solitaria, recogida en sí, concentrada en lo que escribía y con su pelo como ocultándole la cara, se paró junto a ella. La saludó y sin más, abrió la bolsa de plástico blanco que llevan en la mano y le dijo:
- Te ofrezco una saladilla.
Sorprendida por su presencia y por lo que le ofrecía y de la manera más natural sin conocerla de nada, ella preguntó:
- ¿Y eso qué es?
- Un producto especial que hacen en el barrio del Albaicín y venden en las panaderías. Es como pequeños panes salados y acabo de comprarlos en el Horno del Moral. Media docena me han dado por solo cincuenta céntimos de euro.

Cogió la joven la pequeña porción de pan salado, lo miró, se lo llevó a la boca, lo mordió un poco y después de saborearlo exclamó:
- ¡Está rico! Nunca antes ni lo había probado ni sabía que en Granada hicieran estas cosas.
El hombre mayor se sintió bien porque al fin regalaba algo y, en esta ocasión, era a una joven muy guapa, al parecer escritora, al borde de las aguas del río Darro, frente a la Alhambra y al sol de las tardes de Granada. Sin importarle nada quién fuera aunque sí ardía en deseo de preguntarle qué escribía.

Paisajes de otoño //Pa

Al caer la tarde, se le vio caminando por la vereda del barranco. Solo, en silencio, rumiando en su corazón los recuerdos y como soñando. Al frente, lejos y en la dirección que marcaba sus pasos, se veían las cumbres de Sierra Nevada. Sin nieve alguna porque el verano hacía solo unos días que se había marchado pero sí como gritando al cielo, que es lo que siempre parecen proclamar estas montañas. A sus espaldas y según se alejaba del barrio blanco, se le iba quedando el laberinto de palacios, torres y murallas de la Alhambra. Clavados sobre la llanura de la gran colina y en su silencio de eternidad. De vez en cuando se paraba a respirar, miraba despacio y al descubrir el silencioso y extraño mundo de esta colina, se decía: “Ni siquiera los que en aquellos tiempos por aquí se afanaban en realizar sus sueños, pudieron sujetar la vida para hacer de ella lo que pretendían. Cada otoño las hojas de los árboles caen, las lluvias regresan, el aire se llena de olores a setas y todo parece como si ocurriera por primera vez. Como si una robusta ley interna y por completo invisible, marcara su ritmo derecho a un punto concreto, sin importarle nada más en este suelo. Ni siquiera los días pasados ni los que quedan por llegar”.

Cuando terminó de remontar, la pequeña senda, se vino para el borde de los olivos. Miró y a su derecha, vio las cinco o seis cepas de vid, ya con las pámpanas amarillas pero todavía con los racimos de uvas colgando de las ramas negras. Y recordó en ese momento cuando por aquí pasaba años atrás. Era aun muy joven y se ilusionaba cogiendo algunos racimos de estas plantas. Hoy, después de observarlos durante unos minutos, continuó marcando sus pasos sin cortar ni un solo racimo. Con la senda fue descendiendo hacia la cañada y al poco, se encajó en el pequeño huerto de la vega. Miró y vio que aun estaban verdes las tomateras que el dueño de las tierras, por aquí había sembrado. Se acercó un poco más y descubrió un fruto rojo, muy grande y casi redondo que colgaba de las ramas de la planta. Se dijo: “Sin duda que su dueño se sentirá orgulloso de este tomate. Si yo ahora lo corto y me lo como, saciaré un poco el hambre que tengo pero será a costa de un pequeño hurto”.

Rozó con los dedos de las manos el apetitoso fruto, lo miró despacio durante unos segundos más y luego siguió. Al llegar al arroyuelo, comprobó como la senda se dividía en tres más: Derecha, izquierda y al frente. Recordó en ese momento las palabras que, cuando pequeño, más de mil veces le había repetido el padre: “La vida está compuesta de sendas, en todas las direcciones, tamaños y formas. Pero entre todas, siempre hay una que es la verdaderamente valiosa. Reconocerla y seguirla, importa por encima de todo. Tú ten en cuenta, a

lo largo de tu vida, siempre esto". Tomó por la senda que se iba hacia la ladera y al llegar a los granados, si fijó en los frutos que de las ramas colgaban. Muchos, muy grandes y algunas abiertas y apetitosas granadas que se mecían empujadas por el vientecillo que acariciaba. A su derecha, vio los membrillos también ya muy dorados y un poco más arriba y salpicados por la ladera, aparecían los almendros y las nogueras con sus dorados frutos otoñales enganchados en las ramas.

Buscó la piedra que conocía desde hacía muchos años, se sentó en ella mirando para Sierra Nevada y los paisajes que tenía más cerca y recordó el momento de aquel día. Eran aun pequeño, el padre se sentó en esta misma piedra, lo cogió entre sus brazos y piernas y mirando para los paisajes que ahora tenía al frente, le dijo por última vez:
- Hijo mío, son muchas las sendas que a lo largo de tu vida tendrás antes ti para recorrer. Pero una sola de todas estas sendas, será la que de verdad te lleve al sitio que necesitas y donde serás feliz eternamente. Ve siempre con cuidado y antes de ponerte a recorrer cualquier camino que se te presente, escoge el certero, aunque no sea ni el más cómodo ni el más bello.

La tarde caía al fondo de la Vega de Granada, el cielo se iba tornando color ascuas, no hacía frío ninguno ni tampoco calor, a su izquierda y algo lejos, veía ahora la colina de la Alhambra y todo le parecía envuelto en un silencio único, hondo y misterioso. De nuevo se dijo: "El calor de su último abrazo y aquel momento, todavía palpita en mi corazón y más aun en esta tarde de otoño. Por eso, ahora también comprendo que además de escoger la senda buena de las muchas que la vida nos va presentando, también es necesario aprender a ignorarlos. No hacer ni chispa de caso a lo que me digan unos y otros. Al final del todo y, como en este momento, estaré solo y seré yo el único responsable de mis actos".

Rezar al cielo //Ba

Ocurrió en Granada y en un edificio noble y bello cerca del paseo conocido como Carrera del Darro. Ocupaban este edificio un grupo de personas dedicadas, decían ellos que, al rezar y pedir el bien y la paz para el mundo entero. Un joven bueno, llamó un día a la puerta de esta casa, le atendió el que hacía de portero y lo acompañó a la presencia del principal del grupo. Éste le preguntó:
- ¿Cuál es el motivo por el que quieres venirte a vivir con nosotros?
- Porque creo en Dios, en la amistad entre las personas y en la paz para el mundo entero. Quiero consagrar mi vida a estos principios y, después

de meditarlo mucho, he llegado a la conclusión de que solo aquí con vosotros puedo realizar lo que sueño.
- Pues seas bienvenido.

Y aquel día, al otro y bastantes más a lo largo de varios años, le enseñaron las normas y a rezar según en esta normas estaba escrito. Y el joven, de corazón bueno, con una fe profunda en Dios, en la Creación entera y con gran sensibilidad por lo bello, se aplicó seriamente a vivir según le ordenaban. Pero conforme iba pasando el tiempo, unos y otros, le decían al principal del grupo:
- Que no hace las cosas con el espíritu al que está obligado.
Llegó a oídos del joven estas críticas y callaba pero por dentro, sufría, lloraba a solas, rezaba al cielo y aun así, lo seguían criticando cada día más. Oía que murmuraban: "Ni se levanta a tiempo ni cumple correctamente con el trabajo que tiene encomendado ni se comporta con humildad. No vale para esto nuestro.

A lo largo del día, muchos seguían yendo al principal y le decía:
- Hace lo que le da la gana y trabaja como el más vago. No es un hombre bueno y por eso no merece vivir en esta casa con nosotros.
Cansando de tantas cosas negativas como cada día el principal escuchaba de él, un día dijo a su ayudante más cercano:
- Mañana le vamos a pedir que venga que a nuestro comedor a servirnos la comida.
- ¿Y eso?
- Para ver con nuestros propios ojos, si es torpe y vago como dicen.
- Pues vale.
Y enseguida le ordenaron que lo preparara todo y que no faltara un detalle. Al día siguiente preparó el joven las mesas, barrió y fregó todo el recinto, puso los platos con los cubiertos, jarras y botellas y preparó la comida. Lavó las frutas y se concentraba para el momento concreto. Entraron al comedor los ayudantes del principal con éste al frente, se sentaron en las mesas y le dijeron:
- Estamos preparados, sírvenos la comida.

Y al instante, el joven comenzó a colocar los alimentos sobre las mesas. El principal observaba y en su mente tomaba nota. Uno de los ayudantes dijo:
- Faltan las naranjas.
- Las estoy buscando y no las encuentro.
Se levantó el ayudante de la mesa, entró a un pequeño cuarto y de una estantería de madera, quiso alcanzar una cesta llena de naranjas. Fue en su ayuda el joven y en ese momento, la cesta se volcó y todas las naranjas cayeron al suelo y rodaron por el comedor y hasta los rincones más lejanos. Dijo asustado:

- No se preocupe que ahora mismo las recojo todas, las lavo y las pongo en la mesa.
Pero según recogía naranjas del suelo, algunas se le caían de las manos y otras las pisaba. Viendo lo que sucedía, el principal y sus ayudantes, se levantaron de las mesas y el principal dijo al joven:
- Ya hemos comido bastante. Mañana a primera hora te presentas en mi despacho.

No pudo dormir nada el joven en toda la noche. Rezó al cielo, lloró amargamente y a ratos, imaginó cosas extrañas mientras el alma se le moría en pena y sufrimientos. A primera hora del día siguiente, llamó a la puerta del despacho del principal y éste le dio permiso para que entrara. Al abrir la puerta, el joven vio al principal sentado en su mesa, con un gran libro abierto y pasando hojas como si buscara algo. Levantó la cabeza y, mostrando un papel escrito, pidió al joven:
- Firma este documento.
- ¿Y qué es lo que en este papel hay escrito?
- Tu expulsión para siempre de nuestro grupo de hermanos honrados, santos y consagrados.
- Pero si me echáis ¿a dónde voy a ir yo ahora y qué va a ser de mí?
- Eso no nos toca a nosotros. Los principios y reglas de nuestro grupo, es rezar al cielo, respetar y amar a las personas y ayudar para que el mundo sea cada día mejor. Hemos visto que tú no vales para esto. Los que sea de ti en el futuro es cosa tuya.

Dulces en el Paseo de los Tristes //Ba

No era profesor en la universidad ni guía turística ni director de hoteles o monumentos. Ni siquiera tenía muchos estudios pero sí en su alma existía una gran inquietud y respeto por la creación y las personas. A lo largo de toda su vida había mostrado mucho interés por estas cosas y ahora que ya envejecía, más aun se avivaban en su corazón estos sentimientos.

Vivía no lejos del barrio del Albaicín y le gustaba mucho pasear por la Carrera del Darro, Cuesta del Rey Chico y jardines y entorno de la Alhambra. Siempre iba atento a los que con él se cruzaban y mostraba mucho interés, en los turistas, los que ojeaban mapas, miraban a los gatos del río y hacían fotos a las torres y murallas de la Alhambra. Y con frecuencia se decía: “El día que yo tenga dinero, voy a ofrecer cosas muy interesantes a los jóvenes estudiantes que, de otros países extranjeros, acuden a estudiar a la Universidad de Granada. Casi todos

ellos aparecen por aquí con el deseo de conocer cosas y personas y vivir experiencias nuevas. Discotecas, bebidas, fiestas y otras cosas parecidas, las tienen en su país y en otras partes del mundo pero lo que a mí me gustaría ofrecerles, ni siquiera nunca lo han soñado".

Y a lo largo del verano, fue ahorrando algunas monedas. Recortando gastos en las cosas diarias y no comprando nada superfluo. También se fue preparando mentalmente y al comenzar el mes de septiembre, se puso mano a la obra. Habló con un amigo suyo del Albaicín que tenía un horno para cocer pan y que aun calentaba con leña de las montañas. Le pidió que comprara la mejor harina que existiera en el mercado y luego concertó con él día y hora para llevar a cabo lo que tenía planeado. Le dijo:
- Pero antes de nada, tengo que buscar y hablar con los jóvenes que ya te he dicho.
- ¿Y todos tienen que ser extranjeros?
- Es a ellos a los que yo quiero dar este regalo mío. Y el momento propicio es ahora que van llegando para comenzar el curso.

Se fue una tarde al Paseo de los Tristes y cuando vio a unas jóvenes haciendo fotos y oyó que hablaban en inglés, las saludó y les dijo:
- Dentro de tres días, va a ocurrir algo muy importante, original y bello, en este mismo lugar y frente a la Alhambra.
Muy sorprendidas, una de las muchachas y chapurreando el español, le preguntó:
- ¿Qué es lo que va a ocurrir?
- Vosotras decírselo a todos los jóvenes extranjeros que por estos días llegan a Granada. Quiero que vengáis ese día a este lugar y a la hora que os diré para conocer y vivir una experiencia única.
- ¡Qué interesante! Al menos nosotras vamos a venir. ¿A qué hora es ese acontecimiento?
- A las cinco en punto, dentro de tres días, os espero aquí mismo.
Les volvió a decir y las despidió.

Aquella noche y en los dos día siguientes, trabajó sin parar en el horno de su amigo. Amasó la harina y le añadió levadura y los ingredientes que había preparado, moldeó los dulces, los puso en bandejas que metió luego en el horno calentado con leña y después fue llenando las bonitas cajas que también había encargado a unos amigos. Cuando amaneció el día tercero, ya lo tenía todo preparado. Dijo al amigo dueño del horno:
- Ahora me voy a mi casa para descansar un poco. A primera hora de la tarde, vengo y lo recojo todo.
- Aquí te espero para que las cosas salgan como tienes planeado.

En su casa, también lo preparó todo y después de dormir unas horas, se levantó, aparejó su borriquillo, lo enganchó al viejo pero limpio y perfectamente reparado carro de madera y a primera hora de la tarde se presentó en el horno del amigo. Entre los dos, cargaron las cajas llenas de dulces en el carro y, al poco, subía con su borriquillo y la carga de dulces, por la Carrera del Darro. Le decía al animal: “Sin respingos ni trotes bruscos que la carga que llevamos es delicada como pocas cosas en Granada”. Y marcaba el reloj las cinco de la tarde y él, con su borriquillo y carro de madera cargado de los dulces más exquisitos, se aproximaba a este lugar. Miraba y vio que unos metros antes del Puente del Aljibillo, le esperaban un grupo de jóvenes. Las tres muchachas al verlo comentaron:
- Por ahí viene nuestro amigo. No nos ha fallado.
Y se apresuraron, ellas y los demás jóvenes allí concentrados, a recibirlo. Enseguida le preguntaron:
- ¿Y este borriquillo con su carro de madera y tantas cajas bonitas?
- Todo para daros la bienvenida a Granada, en este lugar tan especial y frente a la Alhambra.

Les pidió a las jóvenes que repartieran las cajas llenas de dulces entre todas las personas que por allí le esperaban y gustosas éstas le hicieron caso. Unos y otros, abrieron las cajas enseguida y al oler y probar los dulces, todos sin tardar dijeron:
- Nunca hemos probado dulces tan buenos como estos ni tampoco nunca pensábamos que en Granada hicieran estas cosas. ¿Por qué lo haces tú y todo gratis?
Y les dijo:
- Lo hago porque vosotros sois el futuro del mundo y creo que la asignatura más importante y primera que debéis aprender, es ser generosos. Proceder siempre en vuestras vidas como si no hubiera fronteras ni lenguas ni razas. Es este el único camino para lograr ese mundo hermoso y sincero que soñáis.
Y las jóvenes le preguntaron:
- ¿Y nos puedes decir la receta de estos dulces tan buenos y originales?
- La receta no es otra que unos gramos de amor, respeto, deseos de hacer el bien a los demás y gusto por lo bello.

Y al oír estas cosas, todos los jóvenes allí concentrados y en ese momento saboreando los originales dulces frente a la Alhambra, acariciados por el vientecillo del río y besados por el brillante sol de la tarde, comentaron:
- Desde luego que la primera clase que recibimos en la Universidad de Granada, es única y con un gran contenido.

La joven de la cueva //Ba

Desde la Alhambra y, especialmente desde la torre más alta y robusta, se veía su cueva. Casi al borde de las aguas del río Darro, ya al final de la ladera que mira a la umbría del Generalife y algo retirada de las casas del barrio del Albaicín. Y estaba casi aislada su cueva. Solo tres más y pequeñas, se abrían por el lado de arriba, ninguna a su derecha y dos más muy distanciada, a la izquierda y aguas arribas del río. Por eso su cueva ni tenía puerta para cerrar la entrada ni ventanas ni chimenea. Solo un pequeño rellano antes de la oquedad y donde su niña, continuamente jugaba.

Vivía ella sola, era joven, no estaba casada, sí era madre de una niña preciosa que ya iba a cumplir los siete años y que era su única y verdadera amiga, así como su gran consuelo y gozo profundo en sus momentos de soledad y sufrimientos, que eran muchos. Porque la joven, no tendría más de veintitrés años, no era aceptada por casi nadie en todo el barrio del Albaicín ni en la Alhambra ni en Granada. A sus espaldas y cuando ni los veía ni podía oírlos, muchos la criticaban más o menos de esta manera:
- Nunca se ha visto en el mundo que una mujer tan bella, viva sola en una cueva y que, además de no haberse casado, tenga una niña.
- Desde luego que no es bueno y por eso resulta escandaloso hasta su presencia.

Pero ella, estas cosas nadie se las decía delante ni de frente, sí sabía que era muy rechazada por casi todos los habitantes del barrio que, hasta incluso, deseaban que desapareciera de los lugares de donde vivía. Muchos pensaban esto menos un hombre mayor, viejo pastor en las montañas de Sierra Nevada y ahora en su vejez, refugiado en una pequeña casa en el barrio del Albaicín. Conocía este hombre a la madre soltera de la cueva del río y como en su corazón sí existía ternura para con los marginados y débiles, con frecuencia se acercaba al rincón donde vivía para saludar a la niña, jugar con ella y regalarles algunos alimentos. En invierno, frutos secos y bellotas que guardaba en su casa y buscaba de los bosques, en primavera, moras, cerezas y otros frutos que recogía de su huerto. En verano, brevas, higos y algunas hortalizas que también cultivaba y en otoño, almendras, nueces, avellanas y setas que encontraba en las montañas cercanas.

Las personas lo veían ir con frecuencia a la cueva de la joven marginada y esto era motivo de más críticas y habladurías. Por eso la joven, cuando el viejo pastor la visitaba para llevarle los alimentos que podía y para compartir con su niña juegos y sonrisas, le confesaba:
- Estoy cansada de tantas críticas de unos y otros. ¿Por qué las

personas no se dedican a vivir su vida y dejan en paz a los demás?
Y el hombre mayor siempre le aconsejaba:
- Tú reza, lucha y da la vida por tu hija y entrégale todo el amor que llevas en el corazón. Sed valiente y nunca dañes a nadie ni robes y que los demás digan lo que quieran. Las personas sabias, aunque sean pobres, dicen más callando que los necios cuando hablan sin parar.

Y la joven se admiraba del buen corazón y las bellas palabras que el hombre le regalaba. Tanto se admiraba que cuando estaba sola con su niña, aunque sabía que todavía no la comprendía, una vez y otra la abrazaba y le decía:
- Es más que un padre bueno y que un amigo sincero. Y te digo esto porque si no fuera por él y, sobre todo, el cariño sincero que nos da, ni el más mínimo gozo tendríamos en nuestras vidas. Parece como si fuera un enviado del cielo para guiarnos y acompañarnos por este suelo.
Y la pequeña de su alma, la más bella de las princesas según la madre continuamente le decía, besaba a su reina y sonreía y la miraba de frente. En su pequeña mente y tierno corazón, solo existían sueños maravillosos y la esperanza de que un día sería libre y dueña de lugares muy bellos.

Pero una noche de verano, cuando el calor apretaba y todo era serenidad por el valle del río Darro, laderas del Generalife y Sacromonte, desde el barrio del Albaicín, se oyeron voces que decían:
- ¡Fuego, fuego, fuego!
Rápidos se asomaron algunos vecinos y a lo lejos y por donde la cueva de la madre soltera, vieron las llamas. Dijeron:
- Arde todo lo que por allí y ellas están en el centro de estas llamaradas.
También en la alta y robusta torre de la Alhambra, se concentraron algunas personas y al ver los resplandores y columnas de humo y llamas, dijeron:
- Ojalá se achicharren en medio de esas llamas y desaparezcan de aquí para siempre. Son indeseables y el peor ejemplo para toda Granada.

Al ver el fuego rodeando a la cueva y hasta y quemándose en la misma puerta algunos palos y ramas secas, el hombre mayor del barrio del Albaicín, salió corriendo por las calles y cuando llegó a la cueva, encontró a la joven entre las cenizas, agonizando y abrazada a su niña mientras le decía:
- Corazón mío, no sufras ni tengas miedo que yo estoy aquí a tu lado.
De rodillas en suelo, el hombre mayor abrazó a la madre y a la niña y, aunque intentó alejarlas de la lumbre que las achicharraba, lo único que pudo hacer fue abrazarlas aun más fuerte al tiempo que alzaba sus ojos el cielo y llorando suplicaba:
- Dios bueno, llévatelas contigo a tu gran reino y que ahí vivan

eternamente junto a ti. La madre se lo merece por lo mucho que ha sufrido en este suelo y el corazón puro y limpio que tenía. Y mi pequeña princesa, sin trajes de seda ni corana ni palacios, porque es un ángel como nunca ha existido ni habrá otro en este mundo.

Y en ese momento, todo el cielo de Granada, sobre las torres de la Alhambra y las montañas de Sierra Nevada, se tiñó de oro viejo, ascuas vivas y doradas llamas. Como si fuera el primer amanecer de un nuevo tiempo, profundamente misterioso y bello, muy bello.

Quico y Josefa //Ba

A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca del río Darro, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía una muy vieja y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía con un joven, hijo de una familia de pastores por las montañas de Sierra Nevada.

Cuando el joven pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre lo saludaba, le ofrecía higos y otros frutos y la mujer le decía:
- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda.
Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas dulces y misteriosas, también con frecuencia le confesaba:
- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.
- ¿Con qué amigos?
Le preguntaba el joven.
- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio,

tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de la personas sino admira la belleza que aún queda.

Y el joven, además de sentirse muy alagado y querido por Quico y Josefa, le impresionaba mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Se decía: "Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo".

Y un día, cuando el joven pasó por el camino dirección al barrio, se dio cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Se acercó a la vieja higuera y lo encontró caído en el surco de la acequia. Enseguida se puso a ayudarle, lo rescató del surco, lo recostó bajo la higuera, le lavó las heridas y lo reconfortó con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subió el joven corriendo a la casa, le contó a Josefa lo que sucedía y ésta, fue corriendo a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos y por el joven, llevaron el cuerpo al cementerio y lo enterraron. Solo tres días después, Josefa enfermó y una tarde al ponerse el sol, murió. Al enterarse de ello el joven de la familia de pastores, acudió al barrio, lloró tanto a Quico como a Josefa y también ayudó a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresó luego el joven a su casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volvió por las tierrecillas del huerto de Quico, se paró bajo la higuera, miró a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en sus amigos, recordó lo que ella siempre le decía: "No te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda". Y en ese momento, le pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por allí, ofreciéndole los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y lo animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron los pastores padres del joven de las montañas. Envejeció también él y por eso un día, se vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, le sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos

árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo él, aunque todo por el lugar le seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, se iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo de la Vega de Granada, rumiaba sus recuerdos y meditaba. A su manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían sus amigos.

Y cada tarde, sentado en esta ladera por entre la vegetación y la hierba, cuando en su meditación le venía a la mente la imágenes de Quico y Josefa, recordaba las sonrisas y el amor que le regalaron cuando fue joven. Y caía entonces en la cuenta que por el lugar y para siempre, permanecían derramando belleza. Como rezando al cielo, se decía: “Aunque la desolación es mucha, la belleza de estos lugares y ellos por aquí, es cierto que permanece”.

Mucho, mucho tiempo después y cuando ya en la Alhambra no había reyes sino turistas, directores de muchos departamentos, archivos, bibliotecas, talleres y restauradores, una tarde un joven caminaba por donde el Puente del Aljibillo. Llegó a donde su amiga le esperaba y, al saludarla, ésta le dijo:
- Voy a irme con mis amigos a la discoteca. ¿Y tú a dónde vas?
- Yo voy a dar un paseo por el Camino de la Fuente del Avellano y luego voy a sentarme en el balcón que hay en mitad de la ladera.
- ¿Qué hay ahí?
- Aquello es un lugar mágico que con la llegada del otoño, se llena de hierba fresca y espesa vegetación. Y desde allí se ve todo el valle del río Darro cubierto de álamos, higueras, avellanos y otros árboles teñidos de oro y por donde la hierba y vegetación de la ladera, las setas brotan y los madroños maduran. Es un lugar fantástico no solo por la belleza que desde allí se contempla sino por la paz, misterio y trozos de cielo que se palpan. ¿Te animas y te vienes conmigo y te enseño lo que te he dicho?

Y la joven, dirigiéndose a los amigos que en ese momento llegaban para ir a la discoteca, les dio la bolsa de plástico que llevaba en la mano y les dijo:
- Llevaros vosotros esto y luego otro día nos vemos.

Los amigos le preguntaron:
- ¿Es que no vienes con nosotros?
- Este amigo mío me ha invitado a un lugar fantástico y voy a irme con él para conocer eso. Dice que aquello es como un balcón en mitad de la ladera, por encima de la Fuente del Avellano desde donde se ve y siente un mundo mágico. Me voy con él y luego otro día nos vemos y os lo cuento.

La bruja del puente //Ba

Cuentan que se ganaba la vida hablando a las personas de cosas tenebrosas. De noches oscuras y sin luna, de tormentas trágicas, de fantasmas vestidos de negro y grandes lanzas de hierro y de personas crueles, feas y violentas. Y dicen que vivía en uno de los puentes que en tiempos lejanos, tenía el río Darro, más o menos por donde hoy se encuentra el Paseo de los Tristes. Sin casa alguna, sin amigos ni marido ni hijos y se alimentaba de lo poco que le daban algunas de las personas que ella escogía para adivinarle el futuro.

Y dicen que cada mañana, al salir el sol, abandonaba el puente donde se refugiaba, caminaba por algunas de las calles cercanas al río, miraba siempre para la Alhambra y observaba a las personas que por estos lugares iban y venían. Con la intención en todo momento de encontrar algún incauto que tuviera problemas de amores o soñara en grandes fortunas y mejoras en su vida. Les hacía creer que poseía poderes ocultos y que tenía en sus manos el don de adivinarlo todo. Por eso, cuando iba por las calles, se ponía delante de estas personas y, después de soltarle su interminable retahíla de acontecimientos buenos y malos en sus vidas, remataba sus engaños diciéndoles:
- Y si no haces lo que te digo, en tu vida ocurrirá una gran tragedia.
Asustados por estos anuncios, las personas siempre le preguntaban:
- ¿Qué desgracia va a ocurrir en mi vida?
- Eso no te lo digo ahora pero puedes estar seguro que, a partir de estos momentos, tu vida va a ser muy desgraciada.

Por estas circunstancias, muchas personas de este lugar del barrio, vivían angustiadas. Temían a “la bruja del puente”, que era como la llamaban y huían de ella y, al mismo tiempo, la buscaban para que siguiera adivinándoles el futuro. Muchas de estas personas, la amaban y otras la odiaban menos un joven alto, fuerte, muy seguro de sí y decían que muy sabio. Con este joven, nunca la bruja se había encontrado porque en ningún momento acudía a ella para que le adivinara el futuro. Y hasta, cuando algún día la veía por las calles del barrio, daba un rodeo

para no verla. Le preguntaban los amigos:
- ¿Por qué tú, con la bruja del puente, no quieres trato?
Y él siempre argumentaba:
- Es que yo no necesito para nada las tonterías que predica esta mujer.
- Ella nos adivina el futuro y remedia, de alguna manera, los sufrimientos y problemas que tenemos. ¿A caso esto es malo?
- No sería malo si no fuera todo puro engaño. Ni esta bruja adivina el futuro de vuestras vidas ni con sus palabras alivia los problemas y sufrimientos que padecéis. Es una auténtica estafadora.
- ¿Y en qué te basas tú para saber y decir esto?
- Un día, cuando tengáis tiempo y os apetezca, os hablaré despacio para que tengáis claro el por qué yo no creo ni en esta bruja del puente ni en otros adivinos o magos.

Y tanto los amigos como otras muchas personas del barrio, se quedaban desorientados al oír lo que el joven decía. En el fondo lo admiraban y sentían hacia él cierto respeto pero seguían en las cosas que les decía la bruja del puente. Hasta que un día de verano y muy caluroso, el joven bajó al río Darro. Caminó por las sendillas entre zarzas llenas de moras y buscó los charcos que conocía. Unos bonitos remansos en la curva del río y donde también se fraguaban pequeñas cascadas. Y como el calor era tanto, en cuanto llegó a los charcos, se metió en ellos y se puso a nadar y a jugar con las cascadas. En uno de los lados de este gran remanso, brotaba un cristalino manantial de aguas muy frescas y sabrosas. Se acercó a este venero, bebió unos tragos y luego, después de rociarse la cara, brazos y pecho, nadó y buscó la pequeña playa de arena. Se decía: “Placer como éste, en una libertad tan limpia y grande y en lugar tan delicadamente bello, ni con todo el oro del mundo puede ser comprado. Pero yo ahora, porque Dios así lo quiere, lo tengo todo por aquí como regalo que no merezco”. Y en ese momento, la bruja del puente, lo vio y como estaba, además de dolida por el poco interés que el joven mostraba por ella, también ofendida en su dignidad de bruja y adivina, se acercó al joven cuando descubrió que éste se había sentado en la arena y le preguntó:
- ¿Molesto?
- A mí no me molestas nada pero si vienes por aquí para sermonearme con tus pamplinas de siempre, no eres bien recibida.

Sin más protocolo ni dar más rodeos, la bruja se sentó cerca del joven y mirando a las aguas del río, le dijo:
- Es que estoy enfadada contigo y quiero que lo sepas.
- ¿Qué es lo que te disgusta de mí?
- Que me ignores de la manera que lo haces y no muestres interés alguno por las cosas que digo y hago.
- Es que tú eres una aprovechada embaucadora.

- ¿Por qué dices eso?
- Porque te aprovechas del vacío, de dolor y desgracia de las personas para decirles lo que ellos quieren oír y de este modo las engañas.
- ¿Por qué las engaño?
- Porque nada de lo que le dices es verdad y ellos sí sufren y están desorientados. No es honesto que te aproveches y juegues con las desgracias de estas personas pobres. Ellos necesitan consuelo verdadero para sus penas y algo que dé sentido a sus vidas pero lo que tú le ofreces, no es bueno ni les sirve para nada.
- Pero en el fondo, se prestan a oírme y creen en lo que les digo. ¿Por qué tú no?

Y el joven, como distraído, reflexionando y al mismo tiempo observando la gran figura de la Alhambra a lo lejos y sobre la colina, muy seguro de sí, dijo a la bruja:
- Porque yo, siendo tan pobre como todos mis amigos y teniendo en mi vida tanto o más dolor que ellos, tengo lleno mi corazón y soy muy rico. Creo en un cielo después de esta vida, tengo fe en la bondad y verdad de un Dios grande y creador de todo y por eso considero que todo lo tuyo, es falacia y un modo de engañar a las personas para vivir de ellas. Las personas y mis amigos te creen porque es la condición humana. Cuando Dios falta de nuestras vidas, hay que llenar el corazón de dioses falsos y creer en las brujas de pacotilla como tú.
Y muy sorprendida por estas palabras, la bruja se levantó, dio un gran resoplido y se dispuso a marcharse pero antes de alejarse, dijo:
- Y si un día me ves volando sobre una escoba por encima de la Alhambra o me encuentras vestida toda de negro y convertida en vampiro ¿tampoco me vas a creer en mí?
- Ya te he dicho que no creo ni en tus poderes ni brujerías. Así que déjame en paz y vete a tu mundo de embustes y a vivir de los cuentos que te inventas.

Y cuentan que a partir de aquel momento, nadie más volvió a ver a la bruja ni en el puente ni por las calles de Granada. Las personas, sorprendidas por lo que había ocurrido, se acercaban al joven y le preguntaban:
- ¿Qué es lo que le has dicho para que se enfade tanto y se marche de aquí?
- Solo le he hablado con claridad descubriéndole honestamente su engaño para con vosotros.
- Pero tú ¿por qué no necesitas en tu vida de las cosas que dicen y hacen las brujas, adivinos, magos y hechiceros?
- Un día, cuando tengáis tiempo, nos reunimos y hablamos de esto. Os diré por qué yo no creo ni en la brujas ni en los magos y hechiceros y vosotros sí.

Lo más bello del mundo //Pa

Por todos sitios, oía a las personas decir:
- La Alhambra, es lo más bello del mundo.
Y como no tenía claro que esto fuera así, recorría los rincones de esta colina, leía libros, se interesaba en las opiniones de las personas cultas y no se convencía de que la Alhambra fuera lo más bello del mundo. Por eso, a escondidas y para sí, se preguntaba: "¿Será que yo no tengo la capacidad de ver la belleza que tantas y tantas personas sí encuentran en la Alhambra? Porque puede que sea yo el equivocado y no los miles de personas que visitan estos recintos y los cientos de libros que sobre estos lugares se han escrito, ensalzando su majestuosidad y belleza".

Pero sin poderlo remediar, cuando con los amigos hablaba o recorría los lugares de la colina sembrada de torres y murallas, les decía:
- Que la Alhambra no es lo más bello del mundo.
- ¿Y en qué te basas para afirmar eso?
- Porque con mis propios ojos, cada día lo estoy viendo.
- ¿Qué es lo que ves cada día que nosotros no vemos?
- Una vez y otra, recorro pacientemente todos los rincones de esta colina, miro las plantas que ahí crecen, observo las acequias de aguas claras y las fuentes, me fijo en las murallas y torres que por aquí jalonan y se elevan, recorro las salas de los palacios, las columnas de los patios y me detengo en los colores de sus techos y en el blanco de los mármoles y, al final, nada de lo que por aquí encuentro me hace creer que este lugar sea el más bello del mundo.
- Pero entonces, según tú ¿qué puede haber en el mundo que sea más bello que la Alhambra?
- Por mi parte, lo tengo muy claro y cuando queráis os lo enseño.

Y un día, un grupo de amigos muy críticos con su forma de ser y pensar, le dijeron:
- Queremos que nos enseñes lo que dices es más bello que la Alhambra. ¿Dónde está eso y cuándo lo vemos?
- No está lejos estos lugares y puedo mostrároslo mañana mismo.
- De acuerdo, mañana nos vemos.
Y al salir el sol en la mañana del veintidós de agosto de hace unos años, se encontró con los amigos, no lejos de las murallas de la Alhambra, los saludó y les dijo:
- Pongámonos en camino porque hoy hace un día fantástico para que veáis con claridad lo que tanto os tengo dicho.
Se pusieron en camino dirección a Sierra Nevada y, después de cruzar valles, arroyos y ríos, avanzaron por la senda de una gran montaña. Cuando ya iban llegando a lo más alto, les dijo:
- Al coronar este collado, veremos el valle al frente y ahí encontraremos

el pórtico de lo que deseo mostraros. Id atentos.

Coronaron al collado y al asomarse, vieron enseguida el valle salpicado de árboles centenarios y bajo ellos y a su sombra, un rebaño de cabras sesteando. Rápidos los amigos preguntaron:
- ¿Esto es maravilloso?
- Tenemos ante nosotros solo el pórtico porque el corazón de lo más bello, comienza del valle para arriba.
Miraron muy interesados los amigos y del valle para arriba, vieron más árboles, gruesos y frondosos clavados por aquí y allá en la ladera. Y al final de todo, vieron la silueta de una pequeña colina y, en todo lo alto, el hombre dueño del rebaño de cabras sentado en una piedra y mirando al frente que era por donde se elevaba Sierra Nevada. Más sorprendidos aun, volvieron a preguntar los amigos:
- ¿Pero qué significa todo esto?
Y mostrándose muy seguro, él les confirmó:

- Desde hace mucho, mucho tiempo, con frecuencia vengo a este lugar. Y muchas veces por aquí me encuentro lo que vosotros veis ahora mismo. Y me asombra y maravilla la tranquilidad y armonía de este valle, los centenarios árboles que lo salpican, el rebaño de cabras durmiendo a la sombra y, sobre todo, me transforma y llena de gozo profundo, la figura de ese hombre ahí en lo más alto sentado, mirando al frente y como rezando.
- ¿Pero qué es lo que hay al otro lado que este hombre observa tan en silencio y concentrado?
- Lo que hay a ese lado es lo que supera en belleza a toda la belleza que vosotros decís hay en la Alhambra. Y la diferencia de esta belleza con aquella, es que toda la Alhambra, murallas y torres, es obra humana y lo que a este amigo mío tanto embelesa, no es obra de humanos y por eso refleja la más fina pureza y está preñado de vida real. Lo más bello del mundo y, por supuesto, infinitamente más grandioso que todo el conjunto de la Alhambra.

Los amigos que le acompañaban, ahora no dijeron nada. Se miraron entre sí, recorrieron con sus miradas todo el valle y laderas y después de un buen rato, sí preguntaron:
- ¿Y podemos subir a esa colina para acercarnos a tu amigo el cabrero y descubrir lo que él está meditando?
- Vamos a subir, nos unimos a la contemplación y oración de mi amigo el cabrero y le preguntamos. Ya veréis vosotros como yo no estoy equivocado.

Los dos amigos //Pa

Al amanecer, el joven amantes de los libros, la naturaleza y la poesía, salió de su casa, cruzó el Puente del Aljibillo, subió por el barranco del Rey Chico y, en el lugar acordado, se encontró con su amigo. El hijo de uno de los nobles de la Alhambra, casi de su misma edad y muy aficionado a la caza y luchas en las batallas de las guerras. Al encontrarse con él, lo saludó y sin más le dijo:
- Traigo conmigo todo lo necesario para acampar una noche en el rellano del río que te dije.
- Por mi parte, también lo tengo todo preparado. Si estás dispuesto, emprendemos el camino.

Y desde una de las puertas de la muralla de la Alhambra, se pusieron en marcha dirección a Sierra Nevada. Salía el sol por lo alto de estas cumbres en ese momento y por eso ya todos los paisajes se veían iluminado con las primeras luces de un caluroso día de verano. Caminaron en silencio durante un rato, mientras atravesaban los jardines y otros espacios cerca de las murallas y palacios y cuando ya tomaron por la senda del arroyo de las aguas claras, el joven del Albaicín dijo a su amigo:
- Vengo bien preparado para dialogar contigo del tema que sabes.
- ¿Y qué es lo que vas a pedirme?
- Cuando mañana, al amanecer, estemos en el collado y mientras te muestro lo que pretendo, te lo digo.
- De verdad que me tienes intrigado porque ni siquiera sospecho qué es lo que te tienes entre manos.
- Tú tranquilo que no planeo intrigas contra nadie ni nada ni tampoco urdo proyectos de los que sacar beneficios.
- Confío en ti y por eso me presto gustoso a lo que ahora estamos viviendo.

Al llegar a un arroyuelo de aguas muy claras, se pararon, bebieron y lavaron las manos, cruzaron luego la corriente y siguieron. Hora y media después, llegaron a la pequeña llanura cerca del cauce. Aquí se pararon, soltaron sus equipajes, comieron algo y antes de que la tarde cayera, montaron una pequeña tienda de campaña. Justo donde la llanura se refugiaba cerca de la corriente y frente a las altas montañas y el profundo tajo de las rocas en el río, algo más arriba. Preguntó el joven de la Alhambra:
- ¿Por qué te gusta tanto este lugar para pasar la noche?
- Te lo voy a decir dentro de un rato, desde el corazón de la noche y mientras observamos el cielo estrellado.

Unas horas después, recostados sobre el pasto seco de la pradera, envueltos por el rumor de las aguas del río y mientras observaban las estrellas en el firmamento, el joven de la Alhambra dijo a su amigo:
- A esta llanura, mi amigo el pastor de las montañas, traía cada día su rebaño. Para que las ovejas y los corderillos comieran la rica hierba que estas tierras dan. Y aquel día de primavera, estaba él sentado justo donde nosotros ahora soñamos. Miraba las aguas de este río, meditaba y se complacía en sus lustrosos y pacíficos animales cuando por detrás, se acercaron tres hombres. Lo cogieron por el cuello, lo tumbaron en el suelo boca arriba y le dijeron:
- Si luchas y te revelas, ahora mismo eres hombre muerto.
Ni respirar podía mi amigo y mucho menos era capaz de articular palabra. Pero aquellos hombres, después de maltratarlo durante un buen rato, lo alzaron y lo pusieron sobre el tronco del árbol que tenemos cerca. Dos de ellos cogieron varios corderillos del rebaño, allí mismo lo degollaron, le quitaron la piel, hicieron fuego, los asaron y se los comieron frente a mi amigo preso y muerto de miedo.

Luego aquellos hombres se fueron dejando a mi amigo y a su rebaño por aquí. No tenía fuerzas él ni para seguir a sus animales y volver a la majada. Al día siguiente, después de toda la noche atormentado y sin poder dormir, sí se le vio caminando por las veredas de las partes altas. A donde vamos a subir mañana al salir el sol y desde donde te contaré y remataré la historia que de este amigo mío te estoy contando,
Guardó silencio el joven del Albaicín. Ni siquiera se atrevía a formular una pregunta de lo impresionado que le había dejado el relato que acababa de oír. Y, el amigo que tenía al lado, tal como estaba frente al cielo estrellado, también continuó callado.

Poco después, a los dos los venció el sueño y al amanecer, los despertaron el ruido de algunos animales silvestres. Rápidos se levantaron, recogieron las cosas, se pusieron en camino y salía el sol cuando llegaban al collado, lugar desde donde se veían las cumbres de Sierra Nevada, el gran río cayendo ladera abajo y la colina de la Alhambra muy a lo lejos. Dijo el joven del Albaicín:
- Hasta este mismo sitio llegó caminando aquella mañana mi amigo el pastor, compungido, acobardado, triste y por completo deprimido. Desde aquí observó la Alhambra que estás viendo allá a lo lejos y se dijo: “Solo dos caminos tengo ahora mismo en mi vida: uno, revelarme a ir hasta aquellos lugares donde se refugian los que ayer me atacaron y mataron mis corderos, enfrentarme a ellos y vengarme. Pero si hago esto, mi corazón se llenara de odio y ya no tendré paz en todo lo que me queda de vida. Y el segundo camino…” Y en aquel mismo momento, desde

estas alturas al borde del desfiladero del río, el cuerpo de mi amigo el pastor, se vio caer por el aire. Entre las rocas y las aguas en lo más hondo, se rompieron sus carnes y sueños y por ahí quedó para siempre.

Tampoco en estos momentos el joven de la Alhambra hizo ningún comentario. Miró en silencio al gran tajo rocoso abierto por la corriente del río, miró luego para las cumbres de Sierra Nevada y, durante un buen rato, contempló en silencio la silueta de la Alhambra a lo lejos. Y ahora sí le preguntó a su amigo:
- ¿Y solo para enseñarme estos lugares y contarme la historia de tu amigo me has traído aquí?
- En parte, para esto y en parte, para hacerte dos preguntas.
- ¿Qué dos preguntas?

El joven del Albaicín sacó de su bolsillo un puñado de hojas de papel en forma de libro pequeño, se las mostró a su amigo y mirando para la colina de la Alhambra, le preguntó:
- ¿Qué crees tú que es mejor en esta vida, enfrentarse a los enemigos, combatirlos y acabar con ellos por el odio y la venganza, hacer lo que hizo mi amigo o escribir las cosas y dejarlas recogidas en forma de poemas o relatos en este libro?
Dudó el joven compañero durante un buen rato por la extraña pregunta que le había hecho el amigo y luego preguntó a éste:
- ¿Y la segunda pregunta?
- Es muy sencilla y me interesa mucho tu respuesta: si mi amigo hubiera sabido leer y escribir ¿qué solución crees tú que le hubiera dado a su problema?

¡Qué rico cuando pasa el viento! //Gc

A los pies de la Alhambra, cada día ocurren mil pequeñas historias que nunca nadie conoce y quedan para siempre ignoradas. Justo por donde cada tarde pasean los turistas y corren las aguas del río Darro. Y son tan hermosas algunas de estas historias que, deberían ser recogidas para que para siempre queden, con la importancia que merecen, como tantas otras de batallas, reyes, príncipes y princesas en tiempos lejanos.

Hoy, en este breve relato, voy a reflejar solo un trozo de un bonito acontecimiento, acontecido solo hace unos días. Justo a finales del caluroso mes de agosto, en la tarde que con más fuerza calentaba el sol y rabiosas las chicharras cantaban. Por la calle Acera de San

Idelfonso bajaba él, hacia Puerta Elvira, con la intención de recorrer luego toda la Carrera del Darro hasta el Puente del Aljibillo. Porque era por aquí donde, desde hacía mucho tiempo, con frecuencia se sentaba a tomar el fresco y a ver a la gente caminar. Al pasar a la altura de la iglesia de San Idelfonso, donde se abre la plaza y hay un pequeño parque infantil, la vio meciéndose en uno de los columpios. Y como el calor era tanto y la calle y plaza se encontraba por completo desiertas, al verla se dijo: "Es el quinto día que a estas horas de la tarde, cuando más aprieta el calor, me la encuentro aquí meciéndose en este columpio de hierro. ¿Quién será y qué placer encontrará en esto para que sola y con este bochorno, se venga a los columpios a pasar el tiempo?" La observó de reojo y vio que era joven, con el pelo suelto y ondeado por el viento al ir y venir en el columpio. Tenía vestido corto, gafas pequeñas y blancas y cara dulce pero matizada con ciertas pinceladas de tristeza.

Siguió su paseo y a la tarde siguiente, la más calurosa de todo el mes de agosto, al pasar cerca de los columpios, no la vio. Recorrió toda la calle Elvira, atravesó Plaza Nueva, avanzó por el bonito paseo de la Carrera del Darro, a estas horas y esta tarde casi solitario y despacio siguió hacia el puente donde cada día se sentaba. Al llegar el Puente Espinosa, casi a la Altura del Bañuelo, se paró un momento para observar el río. Por aquí viven los gatos que ahora nadie alimentan. Hasta el año pasado, cada tarde una mujer mayor y extranjera, sí le traía bandejas de comida ya preparada y se la echaba al borde del río. Ya no viene por el lugar esta mujer mayor y este verano, los gatos se mueren famélicos, todo el rato esperando mientras duermen al borde de las aguas del río. Al pasar, algunas personas se asoman para verlos, les hacen fotos, comentan algo y luego se van dejándolos ignorados para siempre. Los del lugar, a veces comentan:
- Los gatos del río Darro, ya no son lo que eran ni las personas los aprecian tanto.
Y ni siquiera echan de menos a la mujer mayor que, a lo largo de varios años, les ha traído comida ni se peguntan por qué ya no se le ve por aquí. "¿Se habrá marchado a su país? ¿Habrá enfermado? ¿Se ha cansado o ya no tiene fuerzas ni dinero para comprar comida a los gatos del río Darro?"

En ese momento y mientras se hacía estas reflexiones, vio a la joven de los columpios y el pelo al aire que bajaba por la calle un poco antes del Bañuelo. Por donde el paseo se ensancha, se inclina hacia el Puente Espinosa y a la derecha quedan las ruinas del que fue Puente del Cadí. Caminaba muy resuelta como hacia él, con los brazos alzados y abiertos como si se preparara para dar un gran abrazo. Sonreía y su cara expresaba alegría y mucha belleza. Traía sus gafas puestas, portaba una pequeña mochila en las espaldas y su vestido era corto, de

cuadros color negro y blanco. Antes de cruzarse con ella, la miró muy interesado y entonces oyó que dijo:
- ¡Qué rico cuando pasa el viento!

Y era cierto porque, pequeñas ráfagas de viento, se movían calle arriba y era fresco. Sin embargo, el sol caía quemando y las chicharras, en la ladera de la Alhambra y por debajo de las Torres de la Vela y la de Comares, atronaban con sus cantos. Por eso ella, abría sus brazos como en forma de un gran abrazo y dejaba que el fresco vientecillo de la cálida tarde del mes de agosto en Granada, acariciara su rostro, manos y cuerpo. No la conocía de nada ni tampoco la volvió a ver nunca más pero su joven y bella figura, paseándose en los columpios del parque y luego con los brazos abiertos por la carrera del Darro, desde aquellos días, no la ha olvidado.

El padre //Aj

Los amigos, con frecuencia le preguntaban:
- No entendemos por qué das a tus hijos el trato que vemos.
- Pues yo sí lo tengo claro y por eso me comporto así con ellos.
- ¿Pero qué pretendes tratándolos con tanto respeto y concediéndoles casi siempre lo que te piden?
- Hacer de ellos hombres buenos que tengan siempre como principios el respeto para con los demás y lo que les rodean porque pienso que es el camino de la felicidad verdadera.
- ¿Entonces, según tú, el mundo y las personas nos transformamos y avanzamos correctamente hacia la perfección, practicando el respeto y la libertad y no con odio, luchas y guerras?
- Lo que estáis diciendo es exactamente lo que pienso.

Y los amigos, como no acababan de entender la filosofía del padre con sus hijos y las personas que le rodeaban, lo dejaban tranquilo pero no se quedaban convencidos. Los dos hijos, ya eran mayores, casi hombres porque estaban a punto de cumplir los quince y dieciséis años. La madre los quería mucho y nunca discutía ni con ellos ni con el padre, porque en su corazón intuía que era muy acertado el modo en que el padre trataba a los jóvenes. Trabajaba el padre en un pequeño taller de artesanía en la Medina de la Alhambra y tenía su humilde casa, en este bonito barrio, rodeado por la gran muralla. Los reyes de la Alhambra, los príncipes y las princesas, mostraban un gran respeto por este sencillo hombre artesano porque también se daban cuenta que era bueno y pacífico, más que ninguna persona en Granada.

Y aquella bonita mañana de primavera, tanto los amigos como los vecinos y otras personas, vieron con sus propios ojos, una noble acción de este padre bueno. Los jardines de la Alhambra se habían llenado de flores y también los pequeños arriates de las casas en la Medina. En la casa del artesano, la madre preparó las cosas para celebrar una pequeña fiesta, con motivo del cumpleaños de uno de los hijos. Puso flores en todos los lugares de la casa y preparó algunos alimentos buenos. Invitaron los hijos a sus amigos y también a los niños vecinos. Estos fueron los primeros en llegar y, entre ellos, una pequeña que considerada casi de la familia. Era por esto muy respetada y querida por los dos hermanos. Y como ella también los quería mucho, en cuanto llegó a la casa, le ofreció a los dos un gran ramo de flores recién cortadas. La madre se lo agradeció y enseguida le pidió a la niña que entrara y se acomodara y fuera cogiendo lo que más le gustara de las cosas que había preparado la madre.

Tres de los amigos del padre, ya estaban allí presentes y su intenciones eran observar el comportamiento de la familia para con los hijos y los invitados. Y especialmente les interesaba observar de qué modo se comportaba el padre con los hijos. Porque no acaban de convencerse que su modo de comportarse, fuera sincera. Y al poco de llegar a la casa, estos hombres vieron como el padre se acercó a los hijos y les preguntó:
- Como regalo en este día tan importante ¿queréis para vosotros todas las monedas que he ganado a lo largo del mes?
Al oír esto, los hombres amigos del padre, se llevaron las manos a la cabeza. Entre sí comentaron:
- No es correcto que un padre se comporte así con sus hijos.
- Desde luego que no lo es.
Y en este momento oyeron que los hijos dijeron al padre:
- Padre, el premio que nos ofreces es muy bueno pero nosotros no queremos tanto dinero.
- ¿Cuánto queréis, entonces?
- Solo algunos centavos para guardarlos y emplearlos luego en cosas buenas para nuestros amigos.

Al oír y ver esto, los hombres amigos del padre, se acercaron a éste y le preguntaron:
- ¿Pero cómo es posible que le ofrezcas a tus hijos todo lo que has ganado en un mes?
- Siendo generoso con ellos y ayudándoles a que sean libres y se sientan respetados y buenos, es como creo que el día de mañana serán hombres de paz y contribuirán a mejorar al mundo y a las personas. Haciendo felices a los demás y ofreciéndoles sonrisas, es la mejor forma

de realizarnos. Porque no es por el odio, la lucha y la violencia por donde el mundo y las personas llegarán un día al gozo pleno y a la armonía sino por el respeto, la bondad y el amor.

Y los amigos del padre, aquel día se marcharon de la fiesta y cuando iban por las calles, decían a los que se encontraban:
- Definitivamente este hombre artesano y padre de estos jóvenes o es un romántico o no está bien de la cabeza. Porque el mundo se transforma con luchas, guerras y sangre y no del modo en que él lo sueña.

La montaña del sol //Pa

Aquella mañana del mes de agosto, se abría muy luminosa. Serena por completo, con el cielo teñido de azul intenso y con muchos cantos de chicharras a lo largo y ancho de la gran ladera y del valle. Desde su pequeña habitación, en la casita de piedra y casi colgada en la roca de la montaña, ella observaba los paisajes. En silencio y como transformada por la gran belleza que los paisajes reflejaban. Preguntó a la madre que en aquellos momentos se movía de acá para allá por la casa:
- ¿Qué podría hacer yo para sujetar en el tiempo y conservar para siempre los colores y la luz que ahora mismo irradian estos lugares?
Y la madre, muy sorprendida por la pregunta que la niña le hacía, respondió:
- Si fueras artista y supieras pintar cuadros, podrías dibujar lo que me estás diciendo.
- ¿Y qué hay que hacer para ser artista?
- Creo que lo que tú haces ahora: contemplar las cosas, dejar que el corazón se llene de la luz y belleza que manan de estas cosas y saborearlas lentamente dentro.

No preguntó nada más en aquel momento a la madre. Siguió mirando por la ventana y vio al padre que, con su pequeño rebaño de ovejas, descendía por las veredas hacia el valle. Y comprobó que precisamente esto, aumentaba aun más la asombrosa belleza que la mañana esparcía por los paisajes. Una de las ovejas que iba en el rebaño que guiaba el padre, se apartó de la manada. Desde la distancia ella lo distinguió y por eso, enseguida comprobó que era con la que más continuamente jugaba. Sabía que estaba preñada, ya casi a punto de parir. Dijo de nuevo a la madre:
- Voy corriendo en busca de la oveja mansa para que ni se pierda ni se despeñe por la ladera. Creo que se encuentra en peligro y, como es mi amiga, debo ayudarle.

Rápida salió de la casita de piedra, surcó la inclinada ladera por el lado del sol de la mañana y, en lugar de irse derecha a la oveja que se había separado del rebaño, coronó por entre las rocas hacia lo más alto. Caminó como por una estrecha trinchera justo en todo lo alto de la cumbre, con la intención de asomarse al precipicio para ver por qué parte de la ladera se movía la oveja mansa. En ese momento, el sol brillaba en la mitad el cielo de la mañana y derramaba su mejor luz justo sobre la alta cumbre que la joven coronaba. Por eso, desde la casa, la madre la descubrió y algo en su corazón tembló. Quiso llamarla para pedirle que tuviera cuidado pero sabía que no podía oírla por la gran distancia.

Cuando ya la niña terminó de coronar al filo de la roca comienzo del gran precipicio, se asomó un poco más mientras se decía: “Si desde aquí descubro a la oveja mansa que está de parto, llamo a mi padre y le dijo que suba a recogerla”. Pero no le dio tiempo ni a encontrar a la oveja mansa ni al llamar al padre. Su pequeño cuerpo al borde del acantilado, perdió el equilibrio y desde lo más alto, salió volando. Como una mariposa recién venida al mundo. Desde la casa de piedra la madre la vio cayendo al vacío y luego la vio rebotar en las rocas de la ladera y saltando por encima de los árboles. La oveja mansa, al sentir los gritos y verla rodar, se asustó y corrió hacia el rebaño, en el fondo del valle. Detrás de ella trotaba un corderilla muy blanco, aun casi sin fuerzas y por completo desorientado.

Corrió la madre hacia el fondo del valle llamando al padre y llamando a la hija. Cuando llegó por donde el rebaño pastaba y la hierba se extendía en grandes alfombras verdes, se encontró al padre con la niña entre los brazos, mirando a la montaña por donde en esos momentos el sol iluminaba con unos colores y fuerza como nunca se ha visto por aquí. Y desde aquel momento, a lo largo de muchos, muchos años hasta el día de hoy, a esta cumbre siempre se le ha conocido con el nombre de “La Montaña del Sol”.

Por completo impresionado por el relato que el pastor le había contado, el científico preguntó:
- ¿Y qué fue de aquella niña?
- En el rincón más bonito de aquel valle y que se veía claramente desde la ventana de la casa de piedra, los padres la enterraron. Y por todos aquellos contornos, corrió la noticia como la pólvora. Muchas personas, la lloraron en silencio y hasta la soñaban por las noches. Cuando yo conocí esta historia, me impactó tanto, que desde aquel día tengo como estampada en mi pensamiento, la pequeña casita de piedra, el valle con sus ovejas, la alta cumbre rocosa y la imagen de la niña asomada al voladero, besada por el sol y aquel día, tan triste y bello.

Mientras el pastor había ido desgranando este relato, su acompañante el científico, no dejaba de observar la gran montaña que al levante se alzaba. Sobre la cumbre, el sol se reflejaba casi con la misma fuerza y luz que el pastor había descrito en su narración. Movido por la curiosidad, de nuevo preguntó al pastor:
- Claro que es triste y bella la historia que me acabas de contar pero nada me has dicho de estos grandes bloques de piedra que hay aquí, frente a las ruinas del que fue el Molino del Avellano. ¿Qué conexión tienen estas piedras con la pequeña de la Montaña del sol?
- Tienen una gran conexión y también es triste y bella. Voy a contársela yo a usted para que lo sepa.

Donde dieron sepultura a la niña, en el rincón más bello del valle de las lagunas azules, el padre quiso hacer algo especial. Le dijo a la mujer: “Para que nuestra querida hija esté siempre presente por aquí, aunque el tiempo avance”. Y lo primero que hizo fue sembrar tres árboles: un ciprés, un granado y una morera que a la primavera siguiente brotó con mucha fuerza. En solo unos años, crecieron mucho estos tres árboles y aunque los vientos lo azotaban con fuerza y las nieves del invierno los cubrían, los árboles resistían firmes, verdes y muy fuertes. Especialmente la morera que se cubría de grandes hojas verdes en primavera y verano y derramaba su sombra sobre la tierra donde dormía la mariposa del valle. A este árbol y al granado, en primavera acudían muchos pájaros en busca de los frutos que de las ramas colgaban y esto, llenaba el aire de una música especial en el centro del hondo silencio del valle.

Mientras tanto, ayudado por algunos amigos suyos, con cinceles y martillos el padre cortaba pequeños y grandes bloques de las rocas en la cumbre de la montaña. Abrió cimientos cerca de la tumba de la niña y comenzó a colocar los bloques de piedra tallados hasta levantar una pequeña construcción. Decía él que un oratorio para refugiarse en las noches frías del invierno y en los calurosos días del verano y estar de este modo cerca de donde dormía su niña y rezar al cielo por ella. Le comentaba a la esposa: “Ahora no podemos oír su voz ni ver su cara ni observar el brillo de sus ojos cuando contemplaba los paisajes pero eso no quita que la tengamos en nuestros corazones y elevemos oraciones por ella al cielo. Para que allí en su paraíso, Dios nos la guarde y nos la entregue el día que a ese lugar lleguemos”.

La pequeña pero bonita construcción de bloques de piedras talladas, se alzó robusta y muy hermosa. Junto a los tres árboles y la tumba de la niña y frente a la alta cumbre y el sol de la mañana, con el fondo de Sierra Nevada algo más lejos. Pasó el tiempo y los padres de aquella niña murieron, se desmoronó casi por completo la casita de

piedra en la ladera de la montaña pero los tres árboles no se secaban. En las azules aguas de una pequeña laguna, se reflejaban al salir el sol cada día y al atardecer en verano.

Un día, algunos de los arquitectos que por aquellos tiempos trabajaban en la construcción la Alhambra y a las órdenes de los reyes, vinieron por estos lugares, recorrieron la Montaña del Sol y al llegar al valle de la tumba de la niña, se fijaron en la construcción de piedras talladas que el padre había regalado a su niña. Uno de los arquitectos, al ver los magníficos bloques de piedra y tan primorosamente trabajados, dijo:
- Estas piezas son las que necesitamos para la construcción que en la Alhambra estamos levantando. Que se den las órdenes pertinentes y que parte de estas piedras sean llevadas hasta aquellos palacios.
Al día siguiente, derribaron la pequeña construcción y acto seguido, se llevaron las mejores piedras, algunas pequeñas y otras no tanto. Tres de aquellos bloques, los más grandes, rectangulares y que el padre había puesto muy cerca de la tumba de su niña, los dejaron por el lugar esparcidos, no lejos de la azul laguna y del espacio donde dormía el ángel.

Al enterarse los dueños de este molino del Avellano y otras familias amigas, de lo ocurrido en la construcción del oratorio del valle, se enfadaron mucho. El dueño del molino dijo:
- Tenemos que hacer algo para que no se pierda por completo el recuerdo de aquella hermosa niña y los momentos de amor que para ella tuvo el padre.
Y los vecinos dijeron:
- Estamos a tu disposición para ayudarte en lo que necesites y nosotros podamos.
Al día siguiente subieron al valle, prepararon los grandes bloques de piedras talladas, con bestias y palos los arrastraron y después de mucho esfuerzo y bastantes días, lograron traerlos hasta este lugar. Y aquí, no lejos del molino y cerca de este arroyuelo y entre estos olivos, los colocaron diciendo:
- Para que todo el que venga por estos lugares, pueda sentarse en estos bloques de rocas casi sagrados. Y para que, si también quiere y su corazón se lo pide, desde aquí observe la cumbre del la Montaña del Sol y en silencio rece una oración por aquella niña y por los padres que tanto amor le dieron.

Y el científico, al concluir el pastor esta narración, dio unos pasos, se acercó al primer bloque de piedra, justo al lado del olivo más viejo, se sentó frente a la alta montaña de rocas y en silencio, miró conteniendo el aliento. A su lado se sentó el pastor y muy quedamente le dijo:

- ¿Y sabe usted, señor? Cuando yo de pequeño recorría estos lugares con la bonita perra de agua de la que ya le he hablado, en más de una ocasión, al pasar por aquel valle de las alfombras de hierba y los pequeños lagos azules, me sentía muy atraído por el lugar donde estuvo la construcción de los bloques de piedra y crecían los tres árboles. Todavía siguen allí clavados en la tierra, como guardianes de aquella niña y reflejo de las oraciones que el padre elevó por ella al cielo. En más de una ocasión, en mis visitas a ese valle, procuraba que la noche se me echara encima y sin miedo ninguno, al lado de algunas rocas que por allí aun hay y no lejos de los árboles, me recostaba para pasar la noche. Y se lo aseguro: siempre esas noches y el sueño que en ese rincón he disfrutado, han sido para mí la experiencia más dulce, relajada y placentera que he vivido a lo largo de los días que tengo.

El rumor del aire al pasar por entre las hojas de la vieja morera, el aroma de la hierba fresca por toda aquel valle, las azules aguas de las pequeñas lagunas y la luna reflejada en ellas, el canto de los grillos y el hondo silencio de esos hermosísimo paisajes, no tienen comparación con nada en este suelo. Ni siquiera los maravillosos palacios de la Alhambra, sus jardines y fuentes, superan en belleza y eternidad a estos lugares. Por eso, cuando usted quiera y si tiene tiempo, un día vamos a este valle para quedarnos a dormir y así comprobar si es cierto o no lo que le estoy diciendo.
Dejó de hablar el pastor. El científico seguía en silencio escuchando sin dejar de mirar a la lejana cumbre de las rocas y el sol. Y el pastor, para sí y en su corazón susurró: “Dios, dueño de todo el Universo, permíteme que un día yo también y en el paraíso que para muchos nos tienes reservado, me encuentre con los padres de aquella niña y con ella misma. Será un gozo inmenso y con nada comparable, poder jugar y correr con ella por los bellos paisajes que desde su casita de piedra, contemplaba en las mañanas de luces purísimas y cielos azules”.

Las uvas //Ba

En el alma y mente de todas las personas, siempre hay imágenes únicas. Cuadros de paisajes, escenas de animales o retratos de personas que en un momento dado aparecieron en nuestra vida y eternas en el corazón se quedaron clavadas con la misma pureza y frescura del instante en que lo vivimos. Es lo que misteriosamente sucedió y aun ocurre con la niña de las uvas.

Vivía en el barrio del albaicín y era la alegría de los padres. Hija única que estaba a punto de cumplir los diez años, cuando ocurrió la historia que voy a narrar. El color de su piel era blanco con tonos de miel, sus ojos negros como el azabache, tenía la cara algo redonda y el tono de su pelo era el de los atardeceres en Granada: oro fuego un poco claro. Su padre trabajaba en las huertas y jardines de la Alhambra y la madre cuidaba de ella, de la casa y hacía otros menesteres. Los vecinos constantemente le decían:
- Como tu niña, nunca hubo ni habrá otra en este barrio nuestro ni en Granada.
- ¿Qué es lo que tiene mi niña?
- Que es hermosa como ella sola y dulce como el más delicado de los sueños. ¿La casarás algún día con un príncipe de la Alhambra?
- Ni ella ni yo nunca hemos soñado tal cosa. Solo Dios sabe lo que ocurrirá cuando pase el tiempo.

Ayudaba al padre a coger flores de los jardines de la Alhambra y también recogía frutos para las princesas de estos palacios. Ayudaba a la madre cuando en el río Darro lavaba la ropa y jugaba con sus amigas por las calles del barrio en las claras tardes de primavera o verano. Y a ella, una de las cosas que más le gustaba, eran las uvas que daban algunas de las parras en las casas del Albaicín y también las que daban las cepas que en la Alhambra el padre cultivaba. Un joven que vivía en el mismo barrio, muy humilde y decían los vecinos que con alma de poeta, mostraba mucho interés por la pequeña y se interesaba mucho en las cosas que hacía. Por eso un día supo de su gran aprecio por los racimos de uvas. Y desde ese momento, buscaba la manera de ofrecerle algunos racimos de uvas únicas. Se decía: “Tienen que ser uvas gordas, doradas como el color de su pelo y dulces como el brillo de sus ojos, sonrisa y cara”.

Corrió todo el mes de agosto y se acercaban los primeros días del otoño. De la viña que un amigo suyo tenía por las partes altas del río Darro, un día el joven cogió los mejores racimos de uvas. De color dorado, muy gordas y ya bien maduras. Se puso, a la mañana siguiente, cerca de la casa de la niña de pelo con tonos atardeceres en Granada y a su lado colocó la barja de esparto repleta de los racimos de uva que había cogido en la viña del amigo. Miró para la Alhambra, para las casas del barrio y para el lugar donde muchas tardes jugaba la pequeña de ojos negros y se dijo: “Hoy es el día perfecto para que aparezca ella y se pare a mi lado a charlar conmigo. Nunca hubo por aquí momentos tan mágicos como los que vibran en el ambiente esta mañana”. Seguía con sus ojos clavados en la puerta de la casa de su amiga y, al poco, la vio caminando calle arriba. Se paró al llegar a él, miró la cesta llena de racimos de uvas y le dijo:

- No he visto en mi vida uvas más buenas que estas. ¿Me das algunas?
Y sin pronunciar palabra, el joven extendió su brazo y en la palma de la mano, le ofreció un delicioso racimo de uvas al tiempo que le decía:
- ¡Cógelas!
Toda decidida, la niña cogió el racimo de uva, le dio las gracias al joven y siguió caminando calle arriba. A cada paso que daba, arrancaba un grano del racimo de uvas y se lo llevaba a la boca.

Según se alejaba despacio, el joven la miraba, por completo extasiado en la belleza que la muchacha irradiaba. Su blanca piel con tonos miel, su dorado pelo, su menudo cuerpo y algo regordete y la inocencia que desprendía, se clavó en el corazón de joven. Por eso, como al viento y al cielo, susurró: “Solo por permitirme el cielo ver y vivir esta escena, creo ya tengo más que colmados todos los días que en este lugar viva”.

Pasó el tiempo, los dos jóvenes se hicieron mayores, se casaron cada uno por su lado, tuvieron hijos y cada uno vivió su vida. Ella no fue nunca princesa en los palacios de la Alhambra pero en el barrio, en aquel rincón de los niños, desde aquel día de los racimos de uva, algo muy dulce y bello quedó y aun hoy permanece fresco. La escena aquella del racimo y la niña alejándose de espaldas mientras se comía las uvas, se ha quedado por aquí como estampada en el viento. Como un trozo de eternidad que supera en belleza, frescor y dulzura a la Alhambra que mira desde la colina de enfrente, a todos los reyes que ocuparon esos palacios y a todas las personas que viven y pasan por estos lugares del albaicín.

Cuando cada año llega el otoño
y en las parras maduran las uvas,
como de lo más hondo,
del tiempo y el cielo más puro,
su recuerdo surge silencioso.
La Alhambra y el albaicín
guardan en sus almas este sueño hermoso.

El salvaje //Pa

Sobre el collado, entre la espesura de las encinas y cerca del arroyo, se veía el cortijo. Una gran almunia en forma de palacete pero con las paredes encaladas. Por eso, al salir el sol cada mañana, el edificio relucía como un espejo mágico. Desde la curva del río, al

poniente del cortijo y a unos dos kilómetros, se le divisaba con toda claridad. Y lo que más llamaba la atención eran las dos altas torres que, desde blanco edificio, emergían por entre los encinares.

Aquella mañana, un buen día de primavera y por eso los jarales mostraban ya un hermoso espectáculo de flores blancas, al grandioso cortijo y desde la Alhambra de Granada, llegó el joven. Y, lo mismo que otras muchas veces, se presentó dando voces para asustar a los sirvientes:
- Ha llegado el momento. A partir de hoy ya no se ríe más de mí ese felino salvaje que recorre estos montes míos. Preparadme las flechas, poned apunto los perros y prepararos vosotros que nos vamos a cazarlo. En cuanto lo vea me lo cargo. Para que se entere de una vez que de mí nada ni nadie se ríe. Y menos este salvaje imbécil.
Y, a media mañana, la comitiva salió del cortijo, en busca del gato montés porque el joven, "el príncipe mal educado", según se decían entre sí los criados, quería darle caza. Todos se concentraron en torno al señorito para complacerlo y porque era el que pagaba.

Al norte del edificio, por entre los jarales del cerro de enfrente, encontraron al felino. Un viejo y hermoso gato montés, bello como la criatura más bella y libre como el mismo viento. Y al verlo, enseguida dijo el joven:
- Otra vez más no te ríes de mí. Nadie ni nada se ha reído de mí desde que tengo uso de razón.
Y disparó sus flechas unas detrás de otra sin ni siquiera parar a tomar aliento.
Los gritos y las voces, se oyeron por todos aquellos barrancos y, en ese mismo instante, también se escucho un gran maullido. Ladraron los perros, atravesando los montes y sorteando rocas pero el felino, como por arte de magia, despareció. Enseguida gritó el joven:
- Que no se escape este cabrón. Y lo quiero vivo.

A lo largo de varias horas buscaron por todos aquellos montes. Azuzando a los perros y escudriñando cada hueco de cada peña. Hasta que comenzó a caer la tarde. El sol se hundía en horizonte lejano y un silencio enorme se adueñó de todos aquellos campos. Decidieron volver al cortijo y, mientras regresaban, el joven refunfuñaba lleno de rabia:
- No puedo consentirlo. Nunca nadie, en el tiempo que tengo de vida, se ha reído de mí como lo está haciendo este bicho sin corazón. El día que lo tenga entre mis manos me lo voy a comer con piel y todo.

Oscureciendo, por la orilla del río, avanzaba el amante de las montañas. Cargado con su morral y recreándose en la música que el agua de la corriente le regalaba. Y se acercó a la cueva. Descolgó su

zurrón, desdobló la tela que le iba a servir como tienda y se preparó para montarla. Pero, todavía no había terminado de oscurecer ni él de montar su tienda, cuando oyó un quejido. Como un lamento humano que venía de la curva del río, un poco más abajo. Cogió su espada, avanzó por entre los juncos, mirando y escuchando atento y de nuevo oyó los lastimeros quejidos. Se acercó, procurando no hacer mucho ruido y de pronto lo vio. Estaba tendido muy cerca de la corriente del río, un poco oculto entre las raíces de un viejo fresno. Agudizó la vista un poco más y vio que, un hilillo de sangre, manaba y levemente teñía las claras aguas de la corriente del río. Dijo, como si lo conociera de toda su vida o como si lo considerara su mejor amigo:

- Ya veo que te han herido. No tengas miedo. Otra vez estoy yo aquí para ayudarte. Ahora mismo lavo tus heridas porque quiero que sigas viviendo.

Se agachó, lo acarició con sus manos, lo puso luego sobre sus brazos y, poco a poco, se lo fue llevando hacia la cueva. Y lo primero que hizo, cuando ya lo había recostado junto a una de las rocas en la cueva, fue darle un poco de alimento. Luego lavó sus heridas y allí mismo, casi pegado a su cuerpo, tendió su saco de dormir y preparó la cama. Le dijo de nuevo:

- Para que no te sientas solo ni esta noche tengas miedo. Y no te preocupes que ya verás como te curas. Tienes que seguir viviendo.

Y la noche transcurrió serena. Solo perturbada por rumor de la corriente del río, el ulular de algún cárabo y el palpitar del corazón del amigo. Pero, al llegar el nuevo día, nada más amanecer, se oyeron ladridos de perros. Luego se oyeron voces humanas y al poco, desde el otro lado del río y la alta peña bermeja, se oyó un potente grito:

- ¡Maldito felino! Acabaré contigo aunque te escondas bajo tierra.

Nadie ni nada respondieron a estas voces. Se hizo el silencio y, al poco, de nuevo se oyó la voz del joven príncipe, dueño del blanco cortijo:

- Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo.

Y, en esta ocasión, el acantilado de la curva del río, devolvió un potente eco: “Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo”.

La mariposa //Ba

Los mediocres en inteligencia y valores humanos, siempre intentan destruir a los que son más sabios y buenos que ellos.

La hermana mayor, ya estaba para cumplir los dieciséis años, lo quería mucho. No sabía ella si como amigo o porque en el fondo estaba algo enamorado de él. Por eso, aquella hermosa mañana del mes de agosto, le dijo a la hermana pequeña:
- Le obligan a que se vaya de su casa, de este barrio y de Granada y esto me entristece mucho. Pienso que lo estará pasando mal y por eso se me ha ocurrido algo.
Y la hermana pequeña, aun todavía no había cumplido los diez años, le preguntó:
- ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?
- Hablar con la dueña de la casa del jardín con fuentes y cipreses y decirle a él que venga ahí y se encuentre con nosotros.
- ¿Y eso para qué?
- Para estar con él un rato largo antes de que se vaya y que nos cuente cosas. Podemos, de este modo, consolarlo y darle ánimo al tiempo que disfrutamos de su compañía

Estuvo de acuerdo la hermana pequeña y en aquel mismo instante, fueron a la casa del jardín con fuentes y cipreses. La majestuosa casa casi palacio, alzada en las laderas bajas del Albaicín y besada en todo momento por el sol y las nieves de Sierra Nevada. Y como la dueña de este bonito palacio era muy amiga de las dos hermanas, en cuanto supo lo que pretendían, les dijo:
- El jardín de mi casa, sus fuentes, árboles y sombras, podéis disfrutarlo como si fuera vuestro.
Y la hermana mayor comentó de nuevo:
- Es que nos da pena que se tenga que marchar de esta manera siendo tan buena persona y amigo nuestro. Queremos aprovechar este encuentro para decirle algo muy importante y, al mismo tiempo, pedirle que nos enseñe por qué de aquí lo destierran.
Y la mujer dueña del palacio, simplemente dijo:
- ¡Lo entiendo!

Se lo dijeron a su amigo y a la mañana siguiente, en compañía de la dueña del palacio, los tres se encontraron en el mismo centro del jardín. Justo al lado de la fuente de mármol que derramaba sus aguas en una pequeña alberca. Le preguntó la hermana mayor:
- ¿Y qué es lo que has hecho para que los importantes de la Alhambra se enfaden tanto contigo?

- Tienen miedo que un día se hagan realidad las cosas que sueño.
- ¿Y qué cosas son esas?
Con mucho interés, la dueña del palacio y la hermana pequeña, observaban y esperaban con impaciencia a que el joven respondiera a la pregunta que la hermana mayor le había hecho. Y el joven dijo:

- Siguiendo el curso del río Darro, a no mucha distancia de aquí, hay un pequeño bosque muy curioso. Son encinas no muy grandes, de troncos y ramas retorcidas y añosas. Hace tiempo iba yo por allí y por entre los árboles de este curioso bosque, vi zigzaguear a una bonita mariposa, color verde, oro y negra y con pequeños rabos al final de sus alas. La observé durante un rato y enseguida imaginé lo bonito que sería poder volar como esta mariposa, remontando a las copas de los árboles, coronar la gran colina de la Alhambra e incluso, surcar el aire por encima de las altas torres de estos palacios. Pensé hacerme amigo de esta original mariposa y después de observarla y darle confianza, se vino a mi lado, revoloteando de acá para allá y como interesada en mí. Al poco me vine de este lugar de las encinas.

Pero cual nos ería mi sorpresa cuando al día siguiente me encontré a esta mariposa revoloteando por entre las ramas del granado que crece en huerto que mi padre tiene junto al río. La llamé, jugué con ella, le pedí que alzara vuelo hacia la Alhambra y al verla surcar el aire tan llena de elegancia y libre, me imaginé agarrado a su cuerpo, observando todos estos lugares desde las alturas y casi dueño de la tierra. Y me puse a soñar un sueño que quizá nunca se haga realidad pero que me pareció grandioso, lleno de emoción y bello. Alguien en la Alhambra se enteró de estos juegos míos con la mariposa y las fantasías que se me ocurrían y un día llegó a mi casa un enviado del rey que me dijo:
- Por expreso deseo de su majestad, debes presentarte mañana mismo a primera hora en los palacios de la Alhambra.
- ¿Para qué es necesario que haga esto?
- Ya te lo dirán cuando estés allí.

A primera hora, al día siguiente, me presenté en los palacios de la Alhambra y me recibieron unos señores muy serios, decían que sabios y muy cultos. Me dijeron:
- Hemos oído hablar mucho de ti, de tu amiga mariposa y sabemos que sueñas cosas estrambóticas. No es posible que un día sobrevueles las torres de la Alhambra pero como esto sería muy peligroso para nosotros por el gran poder que tendrías sobre todo estos lugares, queremos hacerte una prueba.
- ¿Qué clase de prueba?
- Te mostraremos algunos problemas complejos de matemáticas a ver si

eres capaz de resolverlos.
- Pues lo que ustedes quieran, señores.

Me mostraron los problemas, me dieron papel y pluma para escribir, me puse a estudiarlos y al rato ya los tenía resueltos. Se los entregué, los miraron muy despacio y entre sí oí que comentaban: “Su sabiduría es mucho mayor que la nuestra. Este joven cualquier día es capaz de inventar algo extraño que no está al alcance nuestro y crear un peligro real para la vida del rey y la estabilidad del reino”. Después de estos rumores entre ellos, uno se aproximó a mí y me dijo:
- Lo sentimos pero eres un muchacho muy peligroso. Por ahora, vamos a dejarte libre pero serás desterrado de tu barrio y de Granada.
Detuvo en este punto su narración el joven y al notar que tanto la hermana mayor como la pequeña y dueña del palacio lo miraban como esperando un punto y final, de nuevo habló y dijo:
- Mañana mismo tengo que irme de aquí y en este momento, puedo enseñaros algo.
- ¿Qué es?
Preguntó enseguida la hermana pequeña.

Con un silbido en forma de suave viento, el joven llamó a la mariposa. Surcando el aire apareció desde las aguas del río Darro, revoloteó por encima de ellos y luego se posó en las ramas de un rosal cerca de la fuente. Comentó el joven:
- Yo ahora puedo ordenar a esta mariposa que alce vuelo y que se eleve y eleve hasta coronar las torres de la Alhambra. Y vosotras, si cerráis los ojos y os agarráis a las alas de esta mariposa, podréis veros surcando el aire y observarlo todo de esas alturas. Parece un sueño fantástico pero no imposible y por eso sé que viviréis una experiencia maravillosa y única.
La hermana menor, viéndose ya dentro de este sueño y viviendo la emoción, dijo:
- En este viaje, yo quiero ir cogida de tu mano. Y luego, cuando nos cansemos de verlo todo desde allá arriba, volvemos otra vez a este patio, junto a este jardín para compartir la aventura con esta amiga nuestra.

Al día siguiente por la mañana, el joven salió de su casa escoltado por militares, recorrió las calles del barrio y unas horas después, se alejaban por las llanuras en la dirección en que se pone el sol. Acompañando el cortejo, de vez en cuando se veía a la mariposa revoloteando por el aire. La hermana mayor, abrazada a la mujer dueña del palacio del jardín con fuentes, lloraba por él mientras lo perdía de vista. Cuando aquella noche dormía, Soñó con su amigo y en un momento de este sueño, se vio a sí misma, al joven amigo y a la

hermana pequeña, agarrados al lomo de la mariposa y surcando el aire por encima de las torres de la Alhambra. Al descubrirlos el rey atravesando los cielos por encima de sus palacios, asustado dijo:
- Hay que acabar con esta fantasía porque supone una gran amenaza.
Pero como sucedía en sueño, ni el rey ni sus súbditos pudieron hacerle daño.

Desde aquel día y hasta hoy, de vez en cuando y muchas personas, dicen que tienen sueños parecidos a éste. Que se ven surcando los aires con la libertad y elegancia de una mariposa y ni los reyes más poderosos de la tierra ni absolutamente nadie pueden hacer nada para evitarlo.

La turista y el manantial //Pa

Llegó a Granada para solo unos días y en cuanto se encontró con sus amigas, les dijo:
- Quiero visitar la Alhambra como todas las personas que vienen por aquí pero especialmente, quiero conocer el manantial.
Y una de las jóvenes que la recibía, enseguida le preguntó:
- Manantiales, arroyos, ríos y montañas, hay muchos por los territorios de la Alhambra. ¿Cuál de ellos es el que tú quieres conocer?
- El que brota en la ladera, bajo el olivo y dicen que sus aguas son agrias, además de claras y se despeñan en cascadas.
- Pues se lo decimos a nuestro amigo vecino y mañana mismo él nos lleva a ese lugar. Nadie en Granada ni en ninguna otra parte del mundo, conoce exactamente cada trocito de terreno y gota clara de agua de esta manantial que dices.

Enseguida hablaron con el joven y rápido se pusieron a preparar la excursión. Al caer la tarde, caminaban desde la Alhambra hacia el levante y antes de ponerse el sol, llegaron al montículo. Un pequeño puntal lleno de encinas y mucho monte bajo y donde a su derecha corría un arroyuelo. No lejos el al frente, se veía la ladera de los olivos y las pequeñas cascadas que descendían desde el manantial que buscaban. Montaron aquí las tiendas y el joven experto en el manantial del olivo, dijo a la muchacha turista que deseaba conocer los misterios que rodean a la Alhambra:
- Para ver el manantial tal como fue en aquellos tiempos es necesario hacer lo que ahora mismo hacemos.
- Tú eres el experto.
Simplemente dijo la turista.

Según anochecía, se concentraron en un pequeño rellano, hicieron fuego, prepararon la comida y después de mucho rato contando historias y contemplando el cielo estrellado, se metieron en las tiendas. Durmieron tranquilamente hasta bien entrada la madrugada que fue cuando el joven los despertó diciendo:
- Es el momento, daros prisa.
En tan solo unos minutos, todos salieron de sus tiendas, se prepararon y al poco, ya caminaban por la senda que iba río arriba. Avanzaron despacio y en silencio, como preparando el ánimo para un encuentro grande y bello. La luna iluminaba desde lo más alto y por entre las cumbres de Sierra Nevada. También titilaban las estrellas que, acompasadas con el rumor de las aguas del río, el cric, cric de los grillos y el ulular de algún mochuelo, llenaba de magia todo el entorno y momento.

Amanecía y se acercaban a la ladera de los olivos y arroyuelo compañero del manantial. Dijo el joven conocedor de los misterios:
- Estamos a punto de llegar al manantial que buscamos. Id preparados que ya veréis qué asombroso es todo esto.
Sin pronunciar palabra, siguieron a joven muy concentraros y al iluminarse los campos con la total luz del nuevo día, llegaban al venero. Un chorrillo de agua que, por entre las raíces de un grueso tronco de olivo, caía cristalino por entre unas piedras, recorría la torrentera y se fundía con el arroyuelo treinta metros más abajo. Como con respeto, se acercó al manantial, sacó de su mochila un pequeño cuenco de barro colorado, lo llenó del agua que bajo la roca brotaba y se lo fue dando para que bebieran al tiempo que aclaraba:
- El agua que los reyes de la Alhambra nunca pudieron probar, es la que vosotros ahora estáis bebiendo y de este modo es como hay que saborearla.

Para descansar un poco mientras bebía el agua que el joven le había ofrecido en el cuenco de barro, la joven turista se sentó en la piedra de la derecha del manantial al tiempo que preguntaba al experto:
- ¿Por qué los reyes de la Alhambra nunca pudieron beber de esta agua y por qué hay que saborearla tal como nosotros estamos haciendo?
Y el joven experto y conocedor de los misterios del manantial y todo el entorno, sentándose también en otra piedra al lado de arriba del venero, le dijo:
- Cuenta la leyenda que en aquellos tiempos, un joven fuerte y sabio, guardaba a todas horas este manantial. Los reyes de la Alhambra supieron de este venero y del sabor y propiedades de estas aguas y por eso mandaron a sus soldados para que le quieran al joven esta propiedad. Pero sucedió que cuando los soldados se acercaban a este lugar, el joven se escondía y el venero dejaba de brotar. Y en cuanto los soldados se retiraban, volvía el joven y el venero comenzaba a manar.

Se dieron cuenta de esto los soldados y entonces planearon matar al joven que guardaba estas aguas. Lo acecharon y al amanecer de una noche de luna clara, lo mataron. En aquel mismo momento, en este lugar brotó un gran borbotón de agua, arrastró al cuerpo sin vida del joven y se lo llevó río abajo, nadie supo nunca a dónde. Al instante se secó por completo este manantial y nunca más tuvo ni una sola gota de agua. De este modo, tampoco nunca los reyes de la Alhambra fueron dueños ni pudieron probar en ningún momento estas aguas.
Pensativa estaba la joven turistas escuchando el relato del experto y, pasado unos segundos preguntó de nuevo:
- ¿Y por qué ahora mismo nosotros sí podemos ver que brota este manantial y hasta estamos bebiendo estas aguas?
- Porque vosotros sí tenéis vuestros corazones abiertos a la belleza, a lo transparente y a lo excelso.
- ¿Y aquel joven guardián?
- Él sabía que los reyes de la Alhambra querían estas aguas para aumentar su poder y para solo su placer material. Y las aguas que brotan en este venero, ya las habéis probado: además de lavar por dentro y dejar el corazón preparado para gozar de las estrellas que por las noches titilan en el cielo, conectan el alma con la inmortalidad del Universo.

Al oír estas palabra, la joven turista miró fijamente al joven experto que tenía a su lado y en ese momento, lo vio como transformado. Algo hermoso y grande se iluminó en su corazón que le llenaba de una dulcísima sensación al tiempo que la elevaba como a lo más azul del firmamento. Quiso expresarlo con palabras pero solo dijo:
- Desde luego que los misterios de la Alhambra, de Granada y de estas montañas, son asombrosos, llenan de gozo y elevan a lo más limpio del cielo.

La moneda //Ba

Cuando sus amigos le preguntaban:
- ¿Y qué beneficio obtienes tú siendo positivo a todas horas?
Siempre les respondía:
- El mayor beneficio de todos en esta vida que es, tener la conciencia en paz y contagiar tranquilidad a los que me rodean.
- Pero, con aquellos que te critican, te calumnian y te humillan ¿cómo es posible ser amable y positivos y además, premiarlos con sonrisas?
- No es fácil y bien lo sabéis vosotros pero yo lo consigo ignorando sus insidias y teniendo siempre claro que mi actitud positiva, es de valor

eterno. Los que critican y hacen daño a los demás por envidia o para imponerse, nunca tendrán paz en sus corazones y serán podredumbre muchas de sus palabras y hechos.

Vivía el hombre en el Albaicín bajo, frente a la enorme colina de la Alhambra y al borde de las aguas del río Darro. Era ya algo mayor y solo una pequeña casa poseía, en la que se refugiaba cuando regresaba del trabajo. Y cuando en este lugar se encontraba, sin más compañía que la Alhambra en la colina, el rumor de las aguas del río y las noches estrelladas, a su manera oraba a Dios y decía: “Que nunca yo salte con violencia y ataque a los que me persiguen o critican. Prefiero tener mi corazón en paz y sentirme bueno y en armonía con el universo, antes que saborear el amargor de la venganza o el desprecio”.

Su trabajo consistía en ayudar a los que lo necesitaban para alguna cosa. A veces recogía arena del río y la llevaba a donde algún vecino hacía obras. Otras veces, labraba la tierras de los huertos y en ocasiones también transportaba frutas y hortalizas de las personas que se lo pedían. Y como todos sabían que era un hombre no solo bueno sino muy amable y positivo, muchos querían tenerlo a su lado.

Y sucedió que un día de verano, regresaba él de su trabajo dirección a su casa cuando vio que en una pequeña plaza, un vecino del barrio vendía sandías. Al pasar cerca, el vendedor le dijo:
- Sandías como estas de dulces y buenas, no las has comido tú en tu vida. Te vendo ahora mismo una.
Traía en hombre una pequeña moneda en sus manos que momentos antes le habían dando por el trabajo que terminaba de hacer. Miró a la moneda y le preguntó al vendedor:
- ¿Cuánto vale la sandía que me estás mostrando?
- Justo la moneda que llevas en la mano.
- Pues dámela y toma la moneda a cambio.

Le alargó el vendedor la sandía y el hombre extendió la mano con la moneda para dársela. Al cogerla, el vendedor simuló un accidente y tiró la moneda al suelo. Salió la pequeña pieza rodando y unos metros más abajo la recogió otro hombre que subía por la calle. El hombre dueño de la moneda pensó que se la devolvería pero el que había recogido la pieza dijo:
- Hoy estoy de suerte. Ya tengo una moneda más en mi bolsillo.
Lo miró el dueño de la moneda y le dijo:
- Con esta moneda, fruto de la ganancia de mi trabajo a lo largo de día, estaba pagando la sandía que le he comprado a este vecino.
- ¿Quieres decir que te estoy robando?
Preguntó muy enfadado el hombre que había recogido la moneda. Y al

darse cuenta el hombre dueño de esta pequeña fortuna y descubrir la mala actitud del que había recogido la pieza, devolvió la sandía al vendedor y le dijo:
- Estará muy buena pero hoy no puedo comprártela. Otro día será.
Le entregó el fruto, dio media vuelta, caminó por la calle y cuando llegó a su casa, abrió y entró dentro. El vendedor de sandías y el que había recogido la moneda, lo miraban mudos y quietos y cuando lo vieron meterse en su casa, dijeron:
- Definitivamente este hombre no está cuerdo.

Y ya refugiado en su casa el hombre de la paz y hechos positivos, miró para la Alhambra y luego para el cielo que comenzaba a llenarse de estrellas y en forma de oración susurró: “Dios, aunque intenten reírse y burlarse de mí y humillarme, que no pierda yo nunca la paz en mi corazón ni deje de ver a las personas y al mundo en positivo. Tener mi conciencia tranquila me hace sentirme en la verdad y con una felicidad que no podrá ser nunca comprada ni con todo el oro del mundo”.

Al llegar el verano //Pa

Al llegar el verano, regresó a Granada y lo primero que hizo fue recorrer los caminos hasta el lugar de su infancia. Después de varias horas atravesando paisajes, arroyuelos y algunos ríos, llegó al collado. Por entre el bosque, ahora casi todos pinos y algunos pinsapos, se paró y observó despacio. A solo unos metros de él, descubrió el gran árbol. Un hermosísimo y anciano almez que todavía permanecía verde y frondoso. Avanzó un poco más y a intervalos cerraba los ojos. Los recordaba con tanta fuerza y claridad que hasta le parecía oír sus risas y palabras.

Mucho tiempo atrás, cuando las dos hermanas aun eran pequeñas, bajo este árbol, jugaban mucho con el padre. A la izquierda le quedaba el cortijillo, al frente, el alto cerro y un poco más lejos, el claro y caudaloso río. Mientras las ovejas pastaban por la pradera, las dos hermanas y el padre, soñaban, reían y jugaban bajo la sombra del ampuloso almez. Este ere su mundo, su fantasía, su paraíso. Ahora, después de tantos y tantos años, al llegar al lugar, aunque recordaba con toda fuerza y claridad aquellas escenas, todo por el rincón se lo encontraba solitario. Solo el vientecillo movía algunas ramas y hojas y las chicharras acompañaban del fondo con su cansina monotonía.

Descansó unos minutos a la sombra del árbol y luego siguió. Recorrió la pequeña ladera toda cubierta de bosque y media hora más tarde, se asomó al barranco. Hundido entre redondos cerros tapizados de bosque, se veía el gran surco del cristalino y misterioso río. Casi a sus pies, caían los acantilados y a su izquierda, se alzaba el redondo cerro amigo del copioso manantial, primero y principal de este cauce. Meditó durante un rato mientras miraba y meditaba los paisajes y luego se movió para el lado izquierdo. Buscó la sendilla y por la empinada cuesta, avanzó hacia el centro del bosque y rocas. Coronó por la zanja de una de las abandonadas trincheras, con el corazón encogido y triste. Esperaba, al terminar de coronar a lo más alto, encontrar lo que necesitaba y por eso buscaba con tanto interés.

Pero antes de llegar sintió los cacareos de las urracas. Miró y las vio al frente, saltando por las piedras y de rema en rama. Se dijo: “Como en aquellos tiempos, siguen por aquí dueñas de los campos. Pero hoy no encuentro al anciano que las perseguía para que no se comieran los huevos o polluelos de las aves que pueblan estos paisajes”. Y, después de moverse de acá para allá por las derruidas zanjas de las trincheras y no hallar lo que necesitaba, salió a lo más elevado. El sol le daba de frente y por eso puso sus manos en los ojos en forma de visera. Detuvo sus paso, miró primero para su izquierda y ahí, en lo más hondo, adivinó el claro manantial por todos conocido como nacimiento del río. Desde el limpísimo charco, fue recorriendo con sus miradas las aguas y el surco que el río horadaba por entre montañas, cerros y valles y se tropezó con el pequeño pueblo blanco. Algo más abajo, descubrió el valle de las viñas, la colina de la Alhambra y luego las torres y murallas. Más al fondo, adivinaba la ancha vega y los ríos surcándola. Casi al frente por completo pero muy lejos, se veían las altas cumbres de Sierra Nevada y luego el cielo azul y el infinito.

Respiró hondo, suspiró y como en forma de oración, se dijo: “Es mi mundo, mis recuerdos y mi cielo. Lo tengo estampado en mi corazón y, mi alma, eternamente será esencia de todo esto”.

Los poemas del río //Rd

I- Hacía tiempo que su marido había muerto. Luchando en una de las muchas batallas que los reyes de la Alhambra libraban contra sus enemigos. Y al quedarse viuda, ella se volcó en el único hijo que tenía. Un niño muy sano que rozaba los diez años. Lo llevó un día a la casa del sabio, cerca del Puente del Aljibillo y aguas del río Darro y le dijo al hombre:

- Quiero que enseñes a este niño mío a leer y a escribir. ¿Cuánto vas a cobrarme por ello?
Y sin titubear el sabio argumentó:
- No voy a cobrarte nada porque sé que eres pobre y también me han dicho que hasta los pocos alimentos que tienes, te los quitas de tu boca para que no pase hambre tu niño.
Reconfortada y llena de agradecimiento la mujer mostró su respeto al sabio y al día siguiente mandó a su hijo a la casa de este hombre para que recibiera la primera clase.

Tenía ella un pequeño huertecillo a la vera del río Darro, no lejos de la Fuente del Avellano. Cavaba y regaba cada día estas tierras, siempre sola y mientras su hijo estudiaba en casa del sabio o jugaba con la corriente de la aguas o la arena de los charcos. Casi siempre que hacía esto, lo que más al muchacho le gustaba era buscar pequeñas piedras planas y con un trozo de cuarzo, dibujaba en estas piedras signos o palabras. Le enseñaba luego a la madre estas escrituras y le decía:
- Esto que ves aquí, en estas piedras del río, es un pequeño poema que esta mañana he escrito.
- ¿Y qué dices en ese poema?
- No está todavía terminado pero te aseguro que es muy hermoso y por eso, en cuanto lo acabe, quiero leértelo.
- Seguro que será muy hermoso tu poema pero yo también, un día de estos, me gustaría mostrarte algo.
- ¿Qué es, si ya puedo saberlo?
- Es algo que tengo ahí en el huerto, cerca de la reguera y donde sembré la albahaca.

Impaciente el joven insistió a la madre y al final ésta le dijo:
- Mañana, cuando termines de dar tu clase con el sabio, reúne a tus amigos y ven por aquí con ellos.
- ¿Para qué quieres que vengan mis amigos?
- La sorpresa que para ti tengo reservada, también puede gustarle y serle muy útil a ellos.
Y entonces el hijo, intrigado por lo que la madre le había propuesto, rápido comentó:
- Pues si traigo a mis amigos, puedo enseñarles los trozos de poemas que ya tengo en las piedras escritos. ¿Qué piensas tú de esto?
- Pienso que es bueno compartir con los demás, los pequeños o grandes sueños que todas las personas llevamos en el corazón y la originales obras de arte que a veces nacen de estos sueños. Así que escribe y pinta tus poemas y compártelos con los amigos.

II- Aquella misma tarde, el joven se encontró con todos los amigos que tenía en el barrio y les pidió que al día siguiente por la mañana, fueran al Puente del Aljibillo. Y al salir de clase, al día siguiente por la mañana, aquí se encontró con un buen grupo de sus más fieles amigos. Los saludó y rápidos caminaron por las sendas al borde del río. Enseguida llegaron al huertecillo de la madre y al verlos ésta, los saludó y les dijo.

- Venid por aquí que es ahí junto a la acequia donde tengo la sorpresa que deseo mostraros.

Caminaron los jóvenes detrás de la madre y solo unos metros más arriba, la mujer se paró junto a un rodal de plantas muy verdes. Señaló a este pequeño trozo de tierra al tiempo que les decía a los niños:

- Como veis, estas plantas son verdes y pequeñas matas de albahaca. Esparcí por aquí las semillas hace unas semanas y ya están lustrosas y perfumadas. Y como podéis comprobar, su verde es tan intenso que hasta dan ganas de comérselas.
- Es verdad lo que usted dice pero ¿qué misterio hay en esto?

Preguntaron algunos niños. A los que la madre les respondió:

- Mirad ese trozo de tierra ahí un poco más arriba y también cerca de la reguera.

Miraron los niños y también su hijo y descubrieron un reducido rodal de tierra parecido al de la albahaca que la madre les había mostrado unos minutos antes. También se veía cubierto por pequeñas plantas pero no de color verde sino por completo negras.

Sorprendidos los niños siguieron preguntando a la madre:

- ¿Por qué estas plantas de aquí sí están verdes y aquellas en cambio se ven negras como una noche sin luna?
- Aquí está el secreto o misterio que pretendo mostraros. Aquellas plantas negras, viven ahí desde hace muchos, muchos años y nadie sabe dar explicación de lo que en ellas ocurre.
- ¿Y tú sí lo sabes?
- Yo sé que hace muchos años, en los pequeños huertos que por aquí veis, había dos hombres que no eran amigos. Un día, a uno de estos hombres, se le secó una higuera muy buena que tenía en su huerto. Y al descubrirla marchita, enseguida pensó que su enemigo la había maldecido y por eso se secó. Para vengarse de él, cuando el vecino no lo veía, le echó veneno a unos cerezos pequeños que este hombre tenía en su huerto. Se secaron a los pocos días estos cerezos pequeños y entonces, este hombre se entristeció pero no se vengó de su enemigo y vecino.

Pero sucedió que al hombre de la higuera, también por aquellos días se le marchitaron dos almendros. Al verlos pálidos enseguida pensó que era obra de su vecino que se vengaba de él por haberle echado veneno a los cerezos. Por eso, otra vez a escondidas, vino una noche y a este rodal de albahaca que estaba verde como esta mía, de nuevo la roció con veneno. A la mañana siguiente todas estas plantas aparecieron por completo negras, tal como ahora las estáis viendo.
Detuvo la mujer la narración de su relato y los niños aprovecharon para preguntarle:
- ¿Por qué estas plantas se tornaron negras y por qué aquel hombre se comportaba de aquella manera?
Y la mujer les explicó:

- Podéis deducir que el comportamiento de aquel hombre no era bueno. Y sin embargo, el hombre dueño de los cerezos, no se vengó de su vecino y enemigo. A nadie dijo nada, dejó que estas plantas negras siguieran aquí en este rodal de tierra y sembró otras en el mismo sitio donde yo ahora tengo las matas verdes de albahaca que estáis viendo.
Mudos observaban los niños y no sabían qué era lo que la madre pretendía mostrarle. Por eso, ahora ya fue el propio hijo el que le preguntó:
- ¿Y cuál es la conclusión que unos y otros habéis sacado de todo esto?

III- Con mucho amor, la mujer abrazó a su hijo y mirando a los amigos que le acompañaban, les dijo:
- Aquellos dos hombres, un día murieron y todos por aquí pensaron que uno había ido a un cielo verde y el otro a un cielo negro. Por eso dejaron aquí y todavía respetamos, estas matas de albahaca negra. Yo, un día, comencé a regar y cuidar estas otra matas verdes y desde entonces así de vigorosas y frescas se mantienen. Nunca se secan ni tampoco se muere la albahaca negra. Queremos que vivan y siguen en este huerto para que tengamos claro que, en algún lugar del Universo, existen estos dos cielos, representados en estos dos trozos de tierra con las distintas matas de albahaca. El cielo negro, para aquellas personas de corazón malo como el del hombre del veneno para las plantas y el cielo verde, para aquellas personas de corazón bueno. ¿Entendéis lo que pretendo mostraros?
Y los niños, todos dijeron que sí.

Al poco se fueron a los charcos del río y acompañado del hijo de la mujer de la albahaca, se pusieron a buscar pequeñas piedras planas. En ellas, el niño alumno del hombre sabio, escribió signos y poemas durante mucho rato. Cuando ya se cansaron, el niño de los poemas dijo a sus amigos:
- Os regalaré luego estas piedras para que las guardéis y algún día

alguien importante y sensible, las lea y descifre los poemas que en ellas estoy dejando escrito.
Y aquel día, al siguiente y durante bastante tiempo, ellos jugaron por la orilla del río, buscando piedras pequeñas y planas, se las daban al amigo alumnos del sabio del Puente del Aljibillo y éste, dibujaba y escribía signos y poemas. Fueron coleccionando estas piedras en un rincón especial no lejos de las aguas, mientras encontraban dónde guardarlas mejor.

No lo habían pensado ellos pero un día, descargó por estos lugares una gran tormenta, creció mucho la corriente del río y las virulentas aguas arrastraron río abajo todas las piedras que habían coleccionado. Cuando las aguas bajaron, buscaron y encontraron solo algunas. Otras de estas piedras, por el río y muy lejos de Granada, se quedaron para siempre. Yo ahora, a partir del día en que supe de esta historia, de vez en cuando me acerco al río Darro y por el Puente del Aljibillo, más arriba y más abajo, busco piedras escritas con estos pequeños poemas. Tres me he encontrado ya y he descifrado algunos de los signos que en ellas hay grabados. Escribiré un día un breve relato y pondré en él los poemas que vaya teniendo claros.

Nostalgia //Pa

I- No fue consciente pero cuando se marchó de Granada, dejó por toda la ciudad un vacío inmenso y una muy honda y extraña nostalgia. Al menos esto es lo que experimentó en su corazón el hombre que en secreto la amaba, en las calurosas tardes de verano cuando la conoció.

Vino de un país lejano y llegó a esta ciudad al final del mes de julio. Para estudiar español y conocer mejor la cultura de este país y se instaló en un piso cerca del río Genil. A la tarde siguiente, estaba él sentado en un banco no lejos de las aguas de este río y por donde en tiempos muy lejanos estuvieron los palacios, jardines y huertas de algunos de los reyes de la Alhambra. Cantaban las chicharras y aunque hacía calor, a lo lejos todavía se veían algunas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada.

La vio caminar por entre los jardines cerca de donde estaba sentado y le pareció hermosa. Alta, delgada, cara algo morena, pelo por completo rubio y joven. Se dijo: “Será otra joven más, turista o estudiante de las muchas que por estos días vienen a esta ciudad”. Y lo que no

esperaba es lo que sucedió solo unos segundos después. La joven se acercó al banco donde estaba sentado y en español pero con un fuerte acento extranjero, le preguntó:
- Para ir a Sierra Nevada ¿qué hay que hacer?
Algo sorprendido y extrañado, a la vez le preguntó:
- ¿En coche particular, en bicicleta, andando o en autobús?
- Yo acabo de llegar a esta ciudad y voy a estar aquí todo el mes de agosto. Aunque ahora ya no hay nieve en Sierra Nevada, me gustaría ir un día de estos para ver y recorrer esas montañas, lagunas y cascadas.
Y entonces él la invitó a que se sentara a su lado. Muy confiada la joven se sentó en el mismo banco y durante un buen rato charlaron de muchas cosas. De su país lejano y de la nieve y el frío que en invierno se acumula allí, de la Alhambra aquí en Granada, del río Darro y el barrio del Albaicín y del español que pretendía estudiar a lo largo de todo el mes de agosto.

Al salir el sol al día siguiente, ella lo esperaba por donde la Fuente de las Ninfas. Se presentó él, subió la joven en el coche y hora y media más tarde, ascendían por las laderas hacia las cumbres del Veleta, el tercer pico en altura en el macizo de Sierra Nevada. A media mañana llegaron a lo más alto y aquí, durante mucho rato, observaron los blancos pueblos de la Alpujarra y las voluminosas nubes de niebla que desde el mar ascendían hacia los picos del Mulhacén y la Alcazaba. Unas horas más tarde, se descolgaban por las laderas hacia los Tajos de la Virgen y al poco, ya estaban bañándose en las lagunas y luego en el embalse de las Yeguas. Al caer la noche regresaron a Granada y al despedirse ella le dio las gracias por lo que le había enseñado y el día compartidos juntos. Antes de irse, él le dijo:
- Antes de que te marche de Granada, tengo que llevarte al palacio blanco entre encinas para que conozcas los ríos y cascadas que por aquellas laderas se despeñan.
Y ella preguntó:
- ¿Eso que me dices se encuentra aquí en Granada?
- Al levante de la Alhambra y en unos paisajes de ensueño que solo algunas personas conocen.
- Pues sí que me gustaría conocer el palacio que dices, los ríos, bosques y cascadas y respirar el perfumado aire que por allí corre.

II- No la vio ni supo nada de ella al día siguiente ni al otro ni en una semana. Procuró saber o encontrarse con ella pero no tuvo suerte. Fue corriendo el tiempo y el mes de agosto, caluroso y muy lleno de turistas por las calles de Granada y se acercaba el día de su marcha de esta ciudad. No la olvidaba y por eso, antes de irse la buscó y por fin pudo verla. La saludó y enseguida le dijo ella:
- Te agradezco tus atenciones para conmigo en esta mi estancia

veraniega en Granada. Y siento no haber podido complacerte en la invitación que me hiciste para ver y recorrer esos rincones de los ríos, cascada y bella casa blanca entres los bosques de encinas.
- Si no has podido, debe ser por alguna razón importante. Vete tranquila y a ver si en otra ocasión realizamos este sueño.
Poco después se despedían y al día siguiente, a primera hora, pensaba en ella y la imaginaba en la estación de autobuses y luego en el aeropuerto y surcando los cielos de Granada hacia su país lejano.

Y no supo por qué ni cómo pero comprobaba como su corazón se le ahogaba en nostalgia. Como si de pronto y para siempre se le hubiera muerto en su vida el más bonito de los sueños. Y quizá por esto, cuando al llegar la noche dormía en su cama con ella en el pensamiento, tuvo un sueño. La vio recorriendo una de las calles más bonitas de Granada, con la mochila a sus espaldas y al encontrarse con ella le preguntó:
- ¿A dónde vas tan solitaria?
- Quiero, antes de marcharme de Granada, visitar el lugar de los ríos y cascadas, por donde esa preciosa casa que me dijiste.
- Pero está a punto de caer la noche y el lugar se encuentra lejos.
- Lo que pretendo es precisamente recorrer el camino a lo largo de la noche y a la luz de la luna para estar allí al amanecer y descubrir todo aquello con la luz del nuevo día. Como si me presentara con los ojos cerrados para abrirlos de pronto y quedar fascinada por lo que ante mí encuentre.
- Puedo acompañarte si quieres.
- Es que deseo vivir una experiencia única.

Al despertar, el alma se le moría de pena por la nostalgia que le producía el sueño que había tenido y por la ida de su amada y para siempre de Granada. Se dijo: “Hoy, mientras ella se aleja de esta ciudad, yo voy a ir al valle de la casa blanca, los ríos y las cascadas. Quiero comprobar si de verdad ha recorrido el camino a lo largo de la noche y por fin ha llegado al lugar. Será maravilloso encontrármela por allí, frente a las cascadas y los ríos y frente a la imagen de la fantástica casa blanca”.

Las jóvenes, el perro y la niña //Ba

Un amigo le dijo un día:
- A los pies de la Alhambra, junto al río que le pertenece, cada día y cada tarde, ocurren cosas muy curiosas.
Y como tenía pensado hacer una visita a la ciudad de Granada, enseguida preguntó:

- ¿Qué cosas tan curiosas son esas que con frecuencia ocurren a los pies de la Alhambra?
- Cuando vayas por allí, pasea despacio por la calle llamada de los Tristes, fíjate en la clara corriente del río que cerca pasa, mira sin prisa para la colina donde se alzan las torres y murallas de la Alhambra y observa con atención lo que por ese lugar vayas encontrando.
- Pues voy a seguir tus consejos en cuanto, en mi viaje, llegue a Granada.

Llegó a esta ciudad una gris tarde de invierno. Había llovido el día antes y por eso los bosques de la Alhambra que caen desde las torres hacia el río, se veían brillantes. Verdes ocres porque en invierno de estos colores se visten los paisajes pero asombrosos y como agazapados en silencios llenos de misterios. No preguntó a nadie porque deseaba descubrir las cosas por sí, sin ayuda de guías ni amigos. Desde Plaza Nueva caminó lento y justo al pisar la calle por donde el río se esconde para atravesar la ciudad, las vio.

Dos jóvenes muy bellas, de piel fresca y blanca, ojos azules y pelo rubio recogido en trenzas, una y la otra con coleta. Se habían agachado junto a un hombre que caminaba en dirección contraria sujetando la correa de un perro pequeño. Notó que era un cachorrillo de mastín con no muchos días de vida y por eso el animal, se mostraba tierno y juguetón. Encanto que las dos muchachas habían captado y por eso se agacharon cerca del animal y, con palabras tiernas, lo acariciaban y mimaban. Oyó que una dijo:
- Yo quiero un perrito como éste.
Y la otra comentó:
- Nos lo llevamos ahora mismo.

Durante unos segundos estuvo observando a las dos jóvenes agachadas casi a los pies del hombre y acariciando al cachorrillo. Y le pareció tan especial y hermosa la imagen que en ese momento comprobó que la escena superaba en belleza, misterio y cierto placer espiritual, a la imagen de la Alhambra alzada obre la colina a su derecha y a la corriente del río Darro a solo unos metros de él. Quiso, de alguna manera, recoger esta escena para llevársela en su corazón y no encontró cómo hacerlo. Siguió subiendo lentamente por la calle empedrada y al llegar al segundo puente, el conocido con el nombre de Cabrera, su imagen se le clavó en la retina y le hirió el corazón. Al mirar para el pequeño barrio que por esta zona remonta desde el río hacia la Torre de la Vela, la vio sobre el muro del puente y del río.

En lo alto de la pared estaba sentada, con sus dos piernas extendidas a lo largo del muro, las manos recogidas sobre su pecho y

con las espaldas apoyadas en la pared de la casa que pegada al puente se alza. Tenía su cabeza recta, con los ojos cerrados, le chorreaba la melena por ambos lados de la cara, su pelo era negro y parecía transmitir serenidad, envuelta en sueños y la música del río. La observó durante unos segundos y le sorprendió la hermosa figura de la Alhambra clavada en lo alto de la colina. A un lado y otro, las personas pasaban sin fijarse en ella y por completo ajenos a lo que soñaba o meditaba.

En la fachada de Casa Zafra, a solo unos metros del puente Espinosa y a la izquierda según se sube por la calle, la acera se eleva. La convirtieron en una pequeña plataforma y como mira a la Alhambra, al caer las tardes, aquí se ponen los jóvenes de las cuevas a vender sus abalorios. Hasta sus oídos llegaron los sonidos de la guitarra y las modulaciones de la voz y al mirar la vio. Una muchacha de cara dulce, pelo castaño, ojos pequeños y cuerpo menudo, estaba sentada en una vieja silla. Tenía sus piernas cruzadas, sobre las rodillas apoyaba la guitarra y con sus manos rasgaba las cuerdas con rabia. Al mismo tiempo cantaba como gritando una monótona melodía cuya letra era solo denuncias a la vida, al mundo en general y quejas por los mal que en su vida le iban las cosas.

Junto a ella pero no en la plataforma elevada de la acera, dos policías montados en bicicletas, se pararon y le pidieron el permiso para cantar en la calle. Ella les preguntó:
- ¿Para cantar mis penas sentada en esta vieja silla tengo que estar autorizada?
- Eso dicen las ordenanzas.
- ¿Y quienes ordenan esta ordenanzas?
- No vamos a discutir contigo. Si continuas cantando aquí, te identificamos y te ponemos una multa. Decide tú.
Discutió durante unos minutos más la joven con los policías mientras alrededor las personas se concentraban y observaban.

Se acordó en estos momentos de su amigo y por eso se dijo: “Desde luego que esta imagen y la de las dos muchachas del perrillo, transmiten armonía y belleza, dolor y pena como pocas otras cosas. ¿Es esto lo que siempre me ha querido revelas?” Llevándose en su corazón la belleza y delicada imagen de la joven sobre el muro del puente y la de la joven de la guitarra y silla discutiendo, continuó subiendo por la calle. Miró varias veces hacia el bosque y la colina de la Alhambra y al pasar la iglesia de San Pedro, sintió nueva música. Primero los sonidos de una guitarra y luego una voz muy aguda con unas modulaciones que desconocía. Buscó atento, con el deseo de descubrir qué música era y de dónde procedía y la vio. Sentada en uno de los hitos de piedra que hay clavados por delante de la casa de las Chirimías, miraba para la

calle y al mismo tiempo, desgranaba su canción. Triste pero bella aunque muy extraña por lo agudo de su voz y el tono melancólico y amargo.

El color de su piel era negro, sus pelos se recogían en recias rastas, los dedos de sus manos también brillaban negros y eran largos y su cuerpo estaba limpio de ropas desde la cintura para arriba. La Alhambra le quedaba a sus espaldas y, mientras tocaba su guitarra y desgranaba las originales melodías, miraba para la calle por donde pasaban los turistas. En el suelo, casi a sus pies, tenía la funda de la guitarra y dentro solo algunas monedas de valor pequeño. Se adivinaba que era el reclamo para los que por la calle iban y venían, se animaran y les regalaran alguna moneda más. A solo unos metros y por detrás de ella, se paró, la observó con mucho interés mientras hasta sus oídos llegaban las notas que salían de su guitarra y el chorro de voz que manaba de su garganta. Y no pudo evitar comparar esta imagen con las dos jóvenes de tez blanca acariciando al cachorrillo, la de la recogida muchacha, sentada en el muro del puente y la de la Casa Zafra también con su guitarra y la vieja silla.

Dejó una moneda en la funda de la guitarra de la joven cantante de tez negra y unos minutos después, caminaba por donde la fuente en el centro de la plaza del Paseo de los Tristes. Se paró un momento, miró para atrás y le llamó la atención lo que vio en la casa de enfrente. En el viejo edificio de lo que en otros tiempos fue el Monte de Piedad, la vio sentada en el balcón de la ventana. Frente a la Alhambra, en silencio y tomando el sol, por completo ajena a las personas que pasaban por la calle. Y le llamó tanto la atención que sacó su cámara y le hizo una foto. No sabía para qué pero sí porque el cuadro le parecía romántico, lleno de una belleza especial en este lugar de Granada, frente a las torres de la colina, realzadas por los bosques de la Alhambra.

Siguió y solo unos minutos después, cruzó el Puente del Aljibillo y se fue derecho a los aparatos para hacer gimnasia que por aquí hay. En uno que sirve para fortalecer la columna, se colocó y comenzó con los primeros movimientos. Un perro negro, se vino como hacia él, desde el Carmen del Granadillo y al verlo una niña que con sus padres avanzaba en dirección contraria, comenzó a huir al tiempo que lloraba. Los padres no le prestaban atención pero él, tal como estaba con sus ejercicios, sí observó a la pequeña y al perro. Con mucha ternura del dijo a la niña:

- No tengas miedo. Este perro no te hará daño porque es bueno.

La pequeña lo miró, con su tierna mano recogió un puñado de pelos de su cara y se vino hacia él como si buscara amparo del perro que ella creía iba a morderle.

Y pasados unos minutos, concluyó su sesión de gimnasia, Buscó en sus bolsillos y encontró un pequeño bolígrafo y una libreta rectangular, caminó unos metros y sobre el muro que por aquí separa al río del rellano, se sentó. Con la figura de la Alhambra mirando desde lo más alto, la corriente del río, la quietud del bosque y el trajín de los que por un lado y otro pasaban sin prestar atención a la joven de la guitarra y tez morena. Abrió el bloc y comenzó a escribir, pensando en el amigo y con la intención de explicar y recoger lo que esta tarde estaba encontrando a los pies de la Alhambra y junto al río que la refleja.